Guillermo Furlong S. J.

LOS JESUITAS Y LA CULTURA RIOPLATENSE

EDICIONES UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

GUILLERMO FURLONG, S.J.

LOS JESUITAS
Y LA
CULTURA RIOPLATENSE

I.S.B.N. 950 - 592 - 011 - 3

Printed in Argentina
Impreso en la Argentina

Rodríguez Peña 640, Buenos Aires, República Argentina.
Hecho el depósito que indica la ley 11723.

Este libro se terminó de imprimir el 23 de Junio de 1984 en GRAFICA YANINA República Argentina 2686 Valentín Alsina.

GUILLERMO FURLONG, S.J.

LOS JESUITAS
Y LA
CULTURA RIOPLATENSE

EDICIONES UNIVERSIDAD DEL SALVADOR



PRESENTACION DE LA TERCERA EDICION

Se cumple en mayo del corriente año un decenio del fallecimiento del R.P. Guillermo Furlong, S.J. La Universidad del Salvador lo cuenta entre sus más destacados fundadores, y su Biblioteca Central, así como un Instituto de la Facultad de Historia y Letras, se honran con su nombre.

La presente edición de LOS JESUITAS Y LA CULTURA RIOPLATENSE quiere ser un homenaje al autor, y al mismo tiempo retomar los afanes del P. Furlong por esta temática que le apasionó durante casi toda su vida.

Por otro lado, es oportuno repasar la apretada síntesis de una obra de tanta envergadura y trascendencia, como fue la desarrollada por la Compañía de Jesús en nuestras tierras: en 1985 se cumplirán los 400 años de la llegada de los primeros misioneros jesuitas. Ojalá con esta publicación despertemos mayor interés para un justiciero recuerdo.

Características de esta 3a. edición: *retoma el texto de la segunda, y añade los tres capítulos finales de la primera – omitidos en la segunda–. De la primera también reproducimos la mayor parte de los esquemas y láminas. Sólo hemos actualizado alguna nota, respetando siempre el escrito original. Lo que sí añadimos es una breve semblanza del P. Furlong, escrita por el R.P. José A. Sojo, S.J., y una selección bibliográfica para quienes se interesen en ampliar los temas de este libro.*

Agradecemos el interés y apoyo prestado por la Srta. Rectora de la Universidad del Salvador, Prof. María Mercedes Terrén, y por las demás autoridades superiores de la Universidad, así como el gran esfuerzo de nuestro Departamento Editorial. Queremos mencionar y agradecer también el especial cuidado del Prof. Héctor D. Fiotto en preparar la bibliografía y la revisión de otros datos y notas.

Víctor O. Marangoni, S.J.
Buenos Aires, 9 de mayo de 1984.
En la fiesta de Ntra. Sra. de los Milagros.

CUSTODIO DE NUESTRA HISTORIA

El P. Guillermo Furlong S.J.

Se me ha pedido una semblanza del P. Furlong, como jesuita. La tarea es, a la vez, fácil y difícil.

Fácil porque el P. Furlong tuvo siempre un gran amor, un apasionado amor por la Compañía. Cuando uno conversaba con él —y es éste un recuerdo de mis 17 años— acerca de la Compañía, sus ojos azules, profundos, parecían chispear.

Hablaba de ella con un entusiasmo contagioso. Desfilaban las anécdotas de los jesuitas que él había conocido en España, Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica, Holanda, las casas de la Compañía, sus Colegios y Universidades, el apostolado, los Santos, los misioneros en remotas tierras. En esa época acababa de publicar un pequeño folleto vocacional: "Los jesuitas" al que tenía especial predilección. Al lado de sus eruditos libros de historia, el folleto en cuestión, era como el benjamín, pero lo había escrito de la abundancia de su corazón y mojando su pluma en ese inmenso amor a la Compañía, por eso lo apreciaba tanto.

Este mismo amor explica su fecunda tarea vocacional. El no llevaba números ni listas. Temía le sucediese lo que al rey David; pero un cálculo aproximado, bastante exacto, hace pasar de un centenar, las vocaciones a la Compañía, que él, en alguna manera, suscitó, orientó o dirigió, a lo largo de su vida.

Una carta escrita a su Provincial, el 8 de diciembre de 1973, meses antes de su muerte, sintetiza todo esto: "No me precio de Licenciado ni de Doctor sino de P. Furlong y sigo encariñado con las dos letras que añado a mi firma: S.J. En Posadas, hace trece días y

durante hora y media he loado, magna tuba, a aquellos varones y la obra misionera por ellos realizada, codo a codo, como falange tebana y con continuidad inalterable, durante siglo y medio, hasta caer en 1767 y morir en 1773, como la cabeza, para resucitar como El resucitó, en 1814. Iam delibor et tempus resolutionis meae instat, pero en cuanto me lo permitan mis ya gastadas fuerzas, sigo y seguiré trabajando A.M.D.G."

El P. Furlong conservó siempre, hasta su muerte, rasgos de su formación jesuíta y de la solidez de la misma.

Uno de ellos fue el respeto al Superior. Cuando el que esto escribe, que había sido su alumno en el Colegio del Salvador y su dirigido espiritual varios años, entraba en su cuarto, el P. Furlong, con un gesto casi militar, se sacaba el bonete y se ponía de pie, en señal de respeto. Es que entraba su Rector y él veía al Superior, como San Ignacio quería que lo viese, en lugar de Cristo, Nuestro Señor.

En otra de sus cartas dice al P. Provincial (P. Bergoglio): "Lamento no haber seguido el otro día, el consejo de V.R. de quedarme en la capilla, en lugar abrigado, para luégo regresar a la ciudad. Es que ni me pasó por la mente que era el Provincial y no el maestro de Novicios, quien me hablaba. Después caí en la cuenta de mi error. Forgive me, please". Tenía 84 años y había vivido en la Compañía desde 1903.

Otra característica de su sólida formación S.J. era el amor a la pobreza. Conocida es por muchos la austeridad de su viejo aposento en el Salvador, donde esqueletos de cajones de frutas hacían las veces de biblioteca y aún de mesas y unas destartaladas sillas reemplazaban los sillones. Uno de sus más íntimos amigos, el Profesor Don Vicente Sierra, historiador como él, nos lo describe: "Salía a dar clases llevando sus escritos en un viejo portafolio, caminando con la sotana desteñida, los zapatos gastados y la faz rubicunda de sus antepasados irlandeses, enmarcada de mechones blancos".

Pobre vivió, pobre murió, en una estación del subterráneo el 20 de mayo de 1974. Los que lo hemos acompañado en alguno de sus viajes, cuando recorría media República, como Asesor Nacional de la J.A.C., guardamos la imagen de su valija marrón, de cartón prensado, reforzadas las cerraduras con una cuerda o piolín grueso...

Podríamos también señalar su espíritu de laboriosidad que él sintetizaba en aquello de "tiempo es cielo" corrigiendo el dicho más crematístico de los anglosajones. Trabajando siempre, intensamente, desde temprano, "nullo die sine linea" otro de sus dichos favoritos. Buscando, revolviendo, escribiendo, copiando, cortando y pegando

sus escritos, hasta el punto que la tijera, el papel y el engrudo, formaban parte de su armamento intelectual y estaban siempre sobre su mesa de trabajo.

Cuando en abril del '74, un mes antes de su muerte, fallece en Córdoba el P. Grenón, santafesino como él e historiador como él, escribe al P. Provincial: "Cumplí con los deseos de V.R. y fui a Córdoba. Bien se lo merecía el gran Padre Grenón. La concurrencia a la Misa de cuerpo presente, en la iglesia de la Compañía, fue enorme. Durante ella, por pedido del P. Sojo, dije unas palabras. Estaba como dopado porque esa noche no había podido dormir nada, y el cambio de clima, que antes no me afectaba, ahora ya me afecta. Pero si nada tenía que decir ni como decirlo, hice antes mucha oración y dejé que El hablara y El sabe hablar mejor que Cicerón y que Castelar."

Disponibilidad, laboriosidad, sencillez. Todo esto lo acompañó siempre. Y un amor a Cristo que trasmitía en sus ejercicios espirituales y en su dirección como un rasgo muy típico y característico de su espiritualidad, que fue siempre "Cristocéntrica". "Oh, my dear boy ¿Amas a Cristo? ¿Quieres seguir a Cristo?", quien lo oyó alguna vez hacer estas preguntas, sabe muy bien la fuerza, la vehemencia que ponía en ellas, con toda la sinceridad y la pasión propia de un corazón que ama y mucho. Por eso, por cierta afinidad temperamental, amaba tanto a San Pablo y lo citaba tanto, de manera que, de oírlo, uno aprendía a conocer y a amar también al gran Apóstol que pudo decir: "Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí" (Gal. 2,20).

La Santa Misa fue también, en él, algo característico. La celebraba con unción, fervor y piedad. Amaba su Misa, la Misa temprana, la primera de todas las que se decían en el Salvador. A pesar de su vista cansada y defectuosa, no la dejó nunca, hasta el día mismo de su muerte.

Hasta aquí, lo fácil.

Lo difícil viene a partir de la época del 60, con el Vaticano II, la Congregación General XXXI, los cambios en la liturgia, en las costumbres, en la manera de vivir dentro de las casas religiosas.

Cambios que aunque muchas veces eran tan sólo accidentales, traían a su formación clásica, firme y segura como un bloque de piedra, tremendos interrogantes. No cabe duda que en esa época el P. Furlong sufrió y sufrió mucho. Fue el momento de la purificación y de la prueba, el demonio de la tentación, que ya no era meridiano sino vespertino.

A todo esto contribuía, sin duda, su temperamento apasionado. Enemigo acérrimo de toda componenda, era muy poco dado a matices y distingos. Se ha dicho de él y con razón, que "era exaltado: vivía en una especie de exaltación entre lo óptimo y lo pésimo. Sentía y expresaba con vehemencia sus vivencias. Personalidad fuerte, temperamental, se lanzaba con alma y cuerpo en aquello que hacía".

Es cierto, también, que en esa época de cambio, junto a transformaciones necesarias y equilibradas hubo lamentables excesos y desafortunados errores. Todo eso lo afectó y mucho, emocional y sensiblemente. Era tajante en su rechazo. No que se opusiese a todo cambio. Tenía un sentir bien claro de la modernidad. Admiró siempre la practicidad de los jesuítas norteamericanos y cuando ya no fue obligatorio el uso de la sotana, vistió su "clergyman" con alegría, aunque no con demasiada elegancia...

Dios premió sin duda la larga fidelidad de su siervo y al final de su vida religiosa, permitió que sobre ella, volviese a brillar el sol.

Dos cartas suyas, poco antes de su muerte, testimonian esto y hacen innecesaria toda otra aclaración.

Escribiendo al P. Bergoglio, Provincial, con motivo de la visita a la Argentina del P. General Pedro Arrupe, en agosto de 1973, le dice: "Años atrás asistí a una conferencia de Don Orione y como este santo varón tenía una lengua de trapo y hablaba un castellano cocoliche, no llegué a entender ni el 50 por ciento de lo que dijo, pero nunca plática alguna me hizo tanto bien, y así lo he declarado oficialmente para la causa de su beatificación. Otro tanto me ha pasado, ayer, con el P. General Arrupe: Por mi sordera no le he entendido ni un 30 por ciento de lo que dijo, pero, aún así me ha hecho mucho bien. Realmente, los santos hablan y convencen, aun cuando callan. Eso lo he experimentado también, al pasar unos días en la Trapa de Azul."

En otra de abril del '74 escribe: "Escuché los ejercicios ignacianos que dio el P. Fiorito. Volvemos a la sensatez."

Pero, quizá, la carta que resume mejor todo este delicado problema y que bellísimamente trasparenta su gran amor a la Compañía es ésta, que como si fuese su testamento, escribe al P. Provincial Jorge M. Bergoglio, poco antes de morir: "Vivía yo con la imagen, ya borrosa, de aquella matrona nobilísima y santísima que fue el encanto de mi vivir, durante 65 años y sentía repulsión por esta chicuela, que ahora tenía delante desde hacía cinco años; pero ahora estoy seguro de que ella, la chicuela, llegará a ser como la matrona

y aún la superará. No dudo de que será así. Aunque V.R. no pensó en ser Provincial y menos procuró serlo, por ser tan joven, le convienen aquellas palabras de San Pablo "Qui episcopatum desiderat, bonum desiderat", que Mons. Bogarín, el viejo, traducía libremente: "Quien desea ser Obispo, buena le espera". Quiera Dios, que este "buena le espera" sea para V.R. leve y llevadero".

Creo con esto haber cumplido mi cometido.

Mi recuerdo vuelve, agradecido y filial, al P. Furlong, y pienso que sobre su tumba está la simple inscripción, que él siempre quiso, deseó y amó:

R.P. Guillermo Furlong S.J.

José Antonio Sojo S.J.
San Miguel, 31 de julio de 1978.

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION

No ha sido nuestro objeto exponer en toda su amplitud la labor múltiple y la civilizadora influencia ejercida por la Compañía de Jesús en los orígenes y desenvolvimiento de las repúblicas rioplatenses. Nuestro objetivo ha sido mucho más modesto, ya que hemos tan sólo pretendido esbozar esa historia presentando de la misma un panorama general.

Además de sintético, hemos procurado dar a este escrito un carácter objetivo, contentándonos con relatar los sucesos y señalar los hechos, persuadidos que en presencia de ellos sabrá el lector deducir las legítimas consecuencias y formarse cabal juicio del valor de la contribución cultural ofrendada por la Compañía de Jesús a estos países.

Por singular gracia de Dios, pertenecemos a la Orden religiosa fundada por Ignacio de Loyola, pero esa calidad no nos ha impedido relatar con verdad y objetividad los hechos que en esta publicación consignamos; el ser jesuíta en nada ha sido para nosotros impedimento, estorbo o rémora, y en muchos casos nos ha grandemente favorecido y ayudado para conocer mejor los hechos y poder así consignarlos con mayor exactitud y fidelidad.

Guillermo Furlong S.J.
Montevideo, 1933

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION

Agotada, hace años, la primera edición de **Los Jesuítas y la Cultura Rioplatense,** *aparecida en Montevideo, en el decurso de 1933, autorizamos hoy su reimpresión, no sin introducir algunas modificaciones, correcciones y ampliaciones, sugeridas, no pocas de ellas, por la crítica, tan certera como ponderada, que de ese nuestro ensayo hiciera el eximio historiador uruguayo, doctor Felipe Ferreiro, a raíz de su aparición.*

Las ampliaciones introducidas han sido pocas y leves, a fin de no desvirtuar el carácter de manual sintético, con que esta obrita fue concebida y realizada. Por otra parte, nos hallamos empeñados, desde hace años, en la composición de una serie de volúmenes, en cada uno de los cuales desarrollamos sendos capítulos de **Los Jesuítas y la Cultura Rioplatense,** *y con una amplitud tal que no restringimos nuestras investigaciones a los Jesuítas, sino que exponemos la labor de los mismos en función de la de los demás habitantes rioplatenses. En esos tomos de* **Cultura Colonial Argentina** *podrá hallar el lector, si así le agrada, lo que en la presente obrita sólo esbozamos.*

Guillermo Furlong, S.J.
Buenos Aires, 1946

I

EXPLORADORES

Empresa nada fácil es querer sintetizar en pocas páginas la serie de arriesgadas expediciones que desde 1585 hasta 1767 realizaron los Jesuítas en estas regiones del Nuevo Mundo. El escenario de sus heroicidades se extendió desde el Pilcomayo hasta la Tierra del Fuego y desde la Cordillera Andina hasta el Estuario platense. No quedó palmo de tierra que, en una u otra oportunidad, no recorrieran llevando doquiera la cultura y civilización cristianas.

Con sobrado fundamento ha podido afirmar José Manuel Estrada que los Jesuítas como "viajeros infatigables abrían sin cesar a las ciencias campo para sus exploraciones. La geografía, la lingüística, la botánica y la historia les deben en América sus primeros rudimentos, incontrovertible blasón que hace glorioso su nombre en los anales de nuestra civilización"[1]

Apenas habían arribado al Tucumán los primeros Jesuítas en 1585 cuando uno de ellos, el P. Alonso Barzana, partió a las orillas del río Bermejo e inició entre los indios Matarás una labor que fue la admiración de los contemporáneos. El mismo Barzana, en compañía del P. Francisco Angulo, recorrió toda la región chaqueña ocupada por los Tonocotes, Kakanas y Sanavironas, y en pocos años habían ambos Jesuítas realizado fecunda y sana labor entre dichos indígenas.

[1] Fragmentos históricos, Buenos Aires, 1901, p. 374.

Al año de llegar aquellos Jesuítas procedentes del Perú, arribaron otros del Brasil. Sin pérdida de tiempo subieron Paraná y Paraguay arriba y se internaron en las bravías y desconocidas regiones del Guayrá paraguayo. Hay que leer las *Cartas Anuas* editadas por la Universidad de Buenos Aires o la *Conquista Espiritual* de Montoya para darse alguna idea del heroísmo desplegado por aquellos hombres. Indios buscados entre los bosques, caminos atravesados en medio de dificultades horribles, hambre y sed en jornadas por terrenos abandonados, trabajo molesto en la instrucción de indios rudos, oposición y resistencia de parte de los europeos que no querían la liberación del indígena, eran algunos de los múltiples trabajos que debieron de tolerar aquellos misioneros. Desde Buenos Aires hasta el Guayrá no había toldería de indios que ellos no conocieron. De sólo el P. Tomás Fields sabemos que llegó a recorrer, casi siempre a pie, más de seiscientas leguas españolas, distancia sin comparación mayor que la recorrida por Alvar Núñez Cabeza de Vaca cuando desde Santa Catalina pasó a la Asunción. Y nótese la diferencia: el uno iba con tropas armadas; el otro sólo llevaba su Crucifijo; el uno iba en busca de gloria a la capital del Paraguay; el otro tan sólo ansiaba almas que salvar e indígenas a quienes iluminar con la cristiana civilización.

Cuando en 1588 el Gobernador de Tucumán, Ramírez de Velasco, emprendió su expedición a los indios calchaquíes, no quiso ir sin el P. Barzana. Consideraba garantía de éxito llevar en su compañía a tan experimentado y sabio misionero. Así lo escribió él mismo al Rey en carta del 6 de julio de 1588[2]. El santo misionero aprovechó tan buena coyuntura y por su cuenta recorrió el valle de los Calchaquíes, completando así la labor del celoso Gobernador. Son por cierto altamente honoríficas para Barzana las cartas que de Velasco han sido editadas[3].

Toda la región argentina desde Salta hasta Córdoba fue recorrida en continuas expediciones por el citado Barzana y por los Padres Angulo y Añasco, a quienes sucedieron en la labor los Padres Juan Darío, Hernando de Monroy, Juan Romero y tantos otros, que sería

[2] Archivo de Indias: 14-4-11.

[3] 12 de mayo y 6 de julio de 1588, citadas por Pastells, t. I, pp. 50/52.

muy largo enumerar. Recorrieron ellos las márgenes del Bermejo y Pilcomayo, las altiplanicies de Oruro y las pampas de Santa Cruz de la Sierra, los valles de Polsipas y Calchaquíes, las quebradas de Humahuaca y Saracoy, las tolderías de los Chiriguanos, de los Tobas y de los Diaguitas. La historia de la exploración y conquista de la actual provincia de Santa Fe y la de Corrientes está íntimamente vinculada a los nombres de los Padres Juan Darío, Miguel de Sotomayor, Francisco de San Martín, Juan de Salas, Miguel Angel Serra y otros no pocos, sin contar toda la pléyade de misioneros que fundaron y llevaron a tan grande esplendor los pueblos de indios mocobiés y abipones, pueblos que constituyeron no solamente la salvación de Santa Fe, sino hasta su grandeza y prosperidad.

Nada digamos de la región oriental, desde el estuario del Plata hasta el país de los indios Chiquitos. Los Padres Juan Saloni, Tomás Fields, Esteban Grao y Manuel Ortega inician la conquista espiritual en las remotas tierras del Guayrá, quinientos y seiscientos kilómetros al noreste de la Asunción. El Beato Roque González baja desde la Asunción a Buenos Aires y Córdoba, asciende nuevamente al Guayrá, se interna setenta leguas hacia el oriente en las selvas tapes, recorre las costas de nuestros grandes ríos, es uno de tantos misioneros que hacen esas largas y atrevidas travesías, recorriendo en total distancias que sumadas no pueden bajar de cinco o seis mil kilómetros.

Algunos, como el Padre Antonio Ruiz de Montoya, exceden, y por mucho, esa distancia. Parte de Lima, recorre todo el norte argentino, hace repetidas giras en la región mediterránea, sube hasta la Asunción, baja en repetidas ocasiones a Buenos Aires, cruza la Mesopotamia, recorre las costas orientales y occidentales del Paraná, Uruguay y Paraguay, se interna animosamente en los bosques de Casapá y de Piratininga y es el caudillo de aquel célebre éxodo del pueblo guaraní.

Emulos gloriosos de Roque González y de Antonio de Montoya fueron los Padres Marcelo de Lorenzana y Diego Alfaro, José Cataldino y Cristóbal de Mendoza, Diego de Boroa y Pedro Espinosa, Martín de Urtasun y Juan del Castillo, Juan Romero y Alonso Rodríguez, Diego Suárez y Silverio Pastor, José Domenech, Hernando de Santa Cruz, Simón Mazeta, Manuel Bertot y cien otros que recorrieron y exploraron las inmensas regiones comprendidas entre

el Paraguay y Paraná, y entre este río y la Capitanía portuguesa. Fueron tantas las exploraciones realizadas por los Jesuítas durante el primer siglo de su labor entre nosotros y fueron tantos los caminos abiertos por ellos en diversas regiones del país que el Rey ordenaba en 1630 que "los Padres Jesuítas procuren cerrar los caminos que han abierto de unas provincias a otras en tanto no se fortifiquen las fronteras". No hemos visto el texto de esta Real Orden, pero la cita el Sr. B. Barreiro en la *Revista del Paraguay*[4].

Pero prescindamos de aquellas expediciones que podríamos denominar ordinarias y cotidianas para recordar algunas que tuvieron un carácter extraordinario. En 1721 emprendieron los Padres Gabriel Patiño y Lucas Rodríguez una proeza que sin ser de mayores dimensiones que las de otros misioneros, tuvo mayor repercusión y han alcanzado mayor celebridad. Aludimos a la expedición que realizaron para explorar el desconocido río Pilcomayo. No puede negarse que la empresa fue atrevida, ya que desde el 14 de agosto de aquel año hasta fines de diciembre recorrieron el curso del gran río en compañía tan sólo de seis españoles y sesenta indios. Sobre las aguas del ignoto río hallaron toda clase de peligros y tropiezos. El descansar cada noche sobre las intrincadas y selváticas playas fue un atrevimiento de parte de tan heroicos expedicionarios. El resultado fue cual se esperaba. Quedó dilucidado el curso del río; quedó evidenciado que era diverso del río Bermejo, quedó abierto a los futuros exploradores gracias al *Diario* y al *Mapa* compuesto por el mismo Patiño. Al comenzar su *Diario* pudo aseverar su autor que todos los gastos de aquella importante expedición habían sido sufragados por la Compañía de Jesús, sin ayuda alguna de S. M. ni de sus reales ministros[5].

[4] Mayo 1892, año 2, n. 5, p. 221.

[5] Pablo Soria, *Informe del Comisionado de la Sociedad del Bermejo*, Bs. As. 1831, p. 5; *Diario de Patiño*, pp. 15/28 de *Noticias históricas y descriptivas sobre el gran país del Chaco y Río Bermejo; con observaciones relativas a un plan de navegación y colonización que se propone*, por José Arenales, Teniente Coronel graduado de Artillería, e ingeniero encargado del Departamento topográfico de Buenos Aires. Buenos Aires 1833; Carlos Calvo, *Colección de Tratados, Besanzón* (Francia), II, 320-321; Pastor López Aranda, *El Río Pilcomayo*, en *La Prensa*, Bs. As. 12 de marzo de 1939, 2a. Sección.

Veinte años más tarde, en 1741, volvieron a reconocer el Pilcomayo el Padre Agustín Castañares y el H. Salvador Colom "su compañero, inteligente de rumbos por tierra y por agua". Sabemos que con varias barcas, dirigidas por indios Zamucos, exploró el P. Castañares los orígenes del río Pilcomayo, desde la región actualmente boliviana de los indios Chiquitos hasta treinta leguas de la desembocadura del Río. El Colegio de la Asunción corrió con todos los gastos de esta expedición. La falta de comestibles obligó a los expedicionarios a suspender el viaje hasta la Asunción, como era su deseo[6].

El Padre Patiño no tenía primordialmente en vista el hallar una ruta entre el Paraguay y el Alto Perú, pero este ideal había sido el objetivo del Padre Pedro Lascamburu, que en 1691, partiendo de la Asunción llegó hasta los cerros llamados Ibitiratis, y el objetivo de los Padres Francisco Hervás y Miguel de Yegros, que en 1702 y partiendo de la región de los indios Chiquitos llegaron hasta cerca del Río Paraguay. Al año siguiente, y partiendo de la Asunción, salieron en búsqueda de un camino los Padres José Francisco de Arce, Francisco Hervás, Juan Bautista Cea, Juan B. Neumann y Bartolomé Jiménez. En octubre de 1704 emprendieron esta misma y dificilísima empresa los Padres Patricio Fernández y Miguel de Yegros con el Hermano Enrique Adami; y en 1715 los Padres José Francisco de Arce y Bartolomé Blende remontaron nuevamente el río Paraguay, por espacio de trescientas leguas, y atravesaron las inmensas selvas del occidente, llegando así el citado Padre Arce hasta las Reducciones de Chiquitos.

El P. Juan Bautista Cea recibió sorprendido en San Rafael al heroico P. Arce. Apenas pudo conseguir de él que pasara algunas horas en su compañía. Sólo permaneció lo necesario para vestirse de nuevo, pues traía hechos jirones su ropa toda, y se le curaron y vendaron las heridas más peligrosas y las llagas más dolorosas. El

[6] *Relación del viaje* que hizo el P. Agustín Castañares por las costas del río Pilcomayo para descubrir comunicación con las misiones de Chiquitos y del Paraguay: Arch. Gen. S. J.; Cartas Anuas de 1735-1743, fols. 323-324; Lo que se gastó en la expedición del Pilcomayo: Arch. Gen de la Nación, Bs. As., Leg. Comp. de Jesús, S. J. El P. Castañares era salteño (1687-1744) y murió a manos de los Mataguayos, entre quienes tanto había trabajado.

afán del gran misionero era volver en busca del P. Blende y de los indios que habían quedado en su compañía en los esteros y pantanos del oriente. Así lo hizo; pero en vez de hallar a su compañero vivo, como esperaba, hallóle muerto e igualmente muertos no pocos de los indios que le acompañaban. Los terribles Payaguás habían caído sobre ellos. La desgracia fue tanto mayor cuanto que a poco el mismo Padre Arce cayó también en manos de aquellos sanguinarios bárbaros.

La terrible desgracia de 1715 no desanimó a los Jesuítas. En 1721, y mientras el Padre Patiño subía el Pilcomayo, como ya dijimos, exploraban el mismo río pero más en sus orígenes los Padres Felipe Suárez y Agustín Castañares. En 1738 y en 1739 hizo otro tanto el Padre Ignacio Chomé, llegando en su primer intento a abrir veinticinco leguas de camino, y en su segunda salida unas sesenta leguas. En 1740 el mismo Padre Chomé atrevióse por tercera vez a bajar hasta el Pilcomayo, desde la misión de Zamucos. Era su afán y su objetivo el dar con los Padres Patiño y Castañares que subían aguas arriba. Fracasó ésta y otras dos tentativas del heroico Padre Chomé[7]. Más adelante recordaremos el éxito que en esta empresa obtuvo el Padre José Sánchez Labrador.

Años antes habían los Jesuítas llevado a cabo otra empresa no menos memorable: la exploración y conquista espiritual de las regiones del Nahuel Huapí. Un siglo antes que Antonio Viedma y Basilio Villarino arribaran a esas latitudes, habían los Jesuítas estado allí y establecido centros de cultura cristiana a orillas del célebre Lago y en los bosques circunvecinos. El *pioneer* fue el P. Nicolás Mascardi. Debió ser por los años de 1662 que hizo su primera entrada a la tierra de los indios Poyas y, como es sabido, unos diez años más tarde, o sea en 1670, y en compañía de algunos de ellos recorrió la cordillera andina hasta la confluencia de los dos océanos. Creyó el buen misionero que llegaría hasta los famosos Césares. Murió heroicamente en la demanda. Uno de los montes de la Patagonia lleva justicieramente su nombre, porque como muy bien asevera Ramón

[7] Sobre todas estas expediciones, véase Guillermo Furlong, *De la Asunción a los Chiquitos por el río Paraguay*, tentativa frustrada en 1703, Breve relación inédita del P. José Francisco de Arce en *Archivum Historicum Societatis Jesu*, Roma 1338, VII, pp. 54/79.

Lista, "el Padre Mascardi es el prototipo del Jesuíta antiguo, que investiga todo, el mundo moral y el mundo físico: es el primer gastador de los bosques vírgenes y misteriosos y el primer ascencionista de los Andes patagónicos. Es también el noble y ardoroso misionero que busca a los gentiles, a los indios de Nahuel Huapí, para redimirlos de la barbarie y enseñarles la palabra elocuente y consoladora de Jesús. Para él no hay obstáculos ni peligros; su genio todo lo allana, todo lo vence su voluntad indomable. A la fe del misionero cristiano reúne el valor legendario de Cortés, de Pizarro y de Balboa"[8].

El Jesuíta Felipe Vandermeren, más conocido con el nombre castellanizado de Laguna, continuó la labor emprendida por Mascardi. Lleno de fervor y despreciando múltiples peligros llegó al Nahuel Huapí en diciembre de 1703. Meses más tarde se le junta el valiente P. Juan José Guillelmo, quien partió a su destino llevando carpinteros para la construcción de las primeras casas que se levantaron a orillas del gran Lago Argentino. Catorce años trabajaron entre los Poyas y Puelches de aquellas remotas tierras, de las que ahora tanto se envanece el pueblo argentino. Justo es recordar que a ellos se debió el descubrimiento del camino de Bariloche.

En 1740 emprendieron los Jesuítas la conquista espiritual de la región central y sur de la actual Provincia de Buenos Aires. Comenzaron por fundar el pueblo de Concepción en la desembocadura del Río Salado, algo más al oriente de la actual Estación Castelli del F. C. S., tomando así posesión en nombre de la civilización y de la cultura de lo que con el transcurso de los años había de ser la parte más rica del patrimonio nacional. Dos hombres de singulares dotes, los Padres Matías Strobel, alemán, y Manuel Querini, griego, fueron los fundadores de esta misión, aunque fue un español, el P. Jerónimo Rejón, quien más había de adelantarla y hacerla prosperar.

En 1747 fue Strobel designado para otra empresa no menos importante: la pacificación de los indios Serranos que ocupaban toda la región sudeste de la actual Provincia de Buenos Aires. En compañía de los Padres Tomás Falkner, inglés, y Sebastián Garau, español,

[8] *Exploraciones antiguas en la Patagonia*, Bs. As., 1896, pp. 5/6, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. 42, p. 113.

fundó en la Sierra del Volcán el pueblo de Nuestra Señora del Pilar. *Poco después* se fundaba otro pueblo, el de Nuestra Señora de los Desamparados, y ambos fueron los primeros núcleos de civilización que existieron al sur de la Provincia de Buenos Aires. El primero de ellos fue el precursor de Mar del Plata, en cuyas cercanías existió, como lo demuestran las ruinas aún subsistentes en la llamada Laguna de los Padres.

Desde estas misiones hicieron los misioneros varias y atrevidísimas expediciones, como la efectuada por Falkner que duró muchas semanas hacia el occidente y la del P. José Cardiel que, con indecible trabajo, bajó por la costa hasta el Arroyo del Sauce, o sea el actual Bahía Blanca. Nada arredraba a aquellos hombres que parecían nacidos para todo lo arduo y arriesgado. Hoy día se nos hace pesado hacer el recorrido en confortable pullman desde la Capital Federal hasta el aristocrático balneario al Sur, ¡y pensar que Cardiel hizo esa travesía cuatro veces y aun se extendió quinientos kilómetros más al Sur!

Fue en 1745 que por orden de S. M emprendieron los Padres José Quiroga, Matías Strobel y José Cardiel la tan conocida expedición marítima a las costas de la Patagonia. En la fragata San Antonio partieron los tres misioneros el 6 de diciembre de aquel año y regresaron el 4 de abril del siguiente. Era el P. Quiroga el jefe de la expedición y por cierto que su nombramiento fue el más acertado. Fue aquella la primera expedición "científica", como la denomina el Sr. José J. Biedma, que se realizó para explorar y conocer las desconocidas tierras patagónicas. Los tres Jesuítas se desvelaron por explorar cuanto les fue posible aun a costa de ingentes sacrificios. Cada vez que bajaban a tierra, que era las más veces posible, penetraban tierra adentro en jornadas de tres y más días, anotando y observando cuanto pudiera contribuir al mejor conocimiento de las costas de la Patagonia, hasta entonces tan olvidades y aun desconocidas. Cardiel y Quiroga escribieron después sendas relaciones, y el último de ellos compuso además diecinueve planos y croquis.

En vísperas de la expulsión de los Jesuítas por Carlos III (1767) habían aquéllos realizado dos notables exploraciones. Fue la una la del P. José García, que desde la isla de Caylin (Chiloé) bajó hasta la Tierra del Fuego estudiando con toda minuciosidad la cordillera que separaba la República Argentina de la Chilena. Su *Diario y*

Mapa, publicados por don Diego Barros Arana, interesan por igual a argentinos y chilenos, ya que "el Diario en que consignó la historia de sus viajes ofrece un gran interés para conocer la geografía de aquellas regiones, imperfectamente exploradas hasta entonces" según se expresa el citado historiador.

La otra exploración a que aludimos fue la atrevidísima del P. José Sánchez Labrador. Durante más de medio siglo habían los Jesuítas vanamente procurado hallar un camino directo que uniera a los pueblos del Paraguay con los del Perú, evitando así el tener que bajar a Buenos Aires y volver a subir por Córdoba, Salta y Tarija. El día 9 de enero de 1766, en compañía de sies indios, se arriesgó el valiente misionero a empresa tan temeraria, saliendo al efecto del pueblo de Belén de indios Mbayas, fundado por él, en los 26 grados de latitud y 320 de longitud (Meridiano de la Isla de Fierro). El día 13 de enero del siguiente año llegó con todo éxito al pueblo del Sagrado Corazón de indios Chiquitos después de haber hecho una travesía de más de sesenta leguas por tierras llenas de asperezas y cubiertas en gran parte de bañados y lagunas. Regresó por el mismo camino, del que después escribió una prolija relación para uso y provecho de los que querían hacer esa travesía más corta, pero más peligrosa que la tradicional. Para encontrar una hazaña comparable a ésta de Sánchez Labrador, es preciso remontarnos a la historia de Ayolas, no menos atrevido, pero menos afortunado que el Jesuíta manchego[9].

Fue también en vísperas de la expulsión que el P. José Jolís realizó tres entradas al gran Chaco que hasta entonces permanecía cerrado a la civilización cristiana. La primera expedición la efectuó en 1762, en compañía de unos cuantos Tobas y duró cerca de cuatro meses. Dos años más tarde determinó abrir camino desde el Valle de Salinas hasta Jujuy y empleó cuatro meses y ocho días en empresa tan meritoria. Es necesario leer las relaciones de los contemporáneos para darse idea de los sufrimientos y privaciones verdaderamente increíbles que tuvo que tolerar y toleró muy resignada y

[9] Peramás J., *De vita et moribus sex sacerdotum Paraguaycorum*, Faenza 1791, pp. 138/139, Sánchez Labrador, J., *El Paraguay Católico*, Buenos Aires 1910, I, 13/15.

heroicamente el buen misionero. Acababa de salir por tercera vez del Chaco cuando se le notificó la Real cédula de extrañamiento[10].

En estas y en tantas otras expediciones no menos asombrosas, jamás se propusieron los Jesuítas otro objetivo que la salvación de las almas y establecimiento de la cultura cristiana. Por lo general no contaron con subsidio alguno de las autoridades. El P. Patiño que exploró, como dijimos, el Río Pilcomayo, así lo asevera abiertamente al principio de su valioso Diario. Céspedes, que fué el tercer Gobernador de Buenos Aires[11], se atrevió a escribir a S. M. que había favorecido financieramente las expediciones de los Jesuítas, "pero no decía verdad, asevera un historiador tan inteligente como el Sr. Enrique Peña, cuando comunicaba a S. M. que esas doctrinas (las del Paraguay y Uruguay) le costaban a él mucho dinero, pues sabido es que la Compañía de Jesús emprendió la conquista espiritual de aquellos territorios, animada sólo por su fe, y si logró ver coronados sus esfuerzos débese a su evangélica perseverancia; pues si bien es verdad que ella recibía una pequeña limosna del Soberano, era, como digo, tan pequeña que no merece ser tomada en cuenta"[12].

A sus expensas realizaron los Jesuítas tantas y tan asombrosas exploraciones. Los gastos materiales fueron los menos sensibles. Mas, sin comparación alguna, fueron los de tantas vidas de hombres talentosos y de varones preclaros en virtud y en ciencia que quedaron tronchadas en medio de los bosques y de las selvas. Basta mirar el Mapa compuesto por Machoni, editado por Lozano y reeditado por Biedma, para darse uno cuenta de la heroicidad de aquellos hombres. Todo el Mapa de referencia está cubierto de cruces con la consabida leyenda: *"Hic occisus est Pater. . ." "Aquí fué muerto el Padre. . ."*. Durante el siglo XVII mataron los Tobas a los Padres Gaspar Osorio, Antonio Salinas y Antonio Ripari; los Tapes dieron muerte a los Padres Cristóbal Mendoza y Pedro Romero; los Guaraníes a los Padres Roque González, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo. En el curso del siglo XVIII los Manacicas mataron al P. Lucas Caballero, los Zamucos al H. Alberto Romero, los Payaguás a los Padres

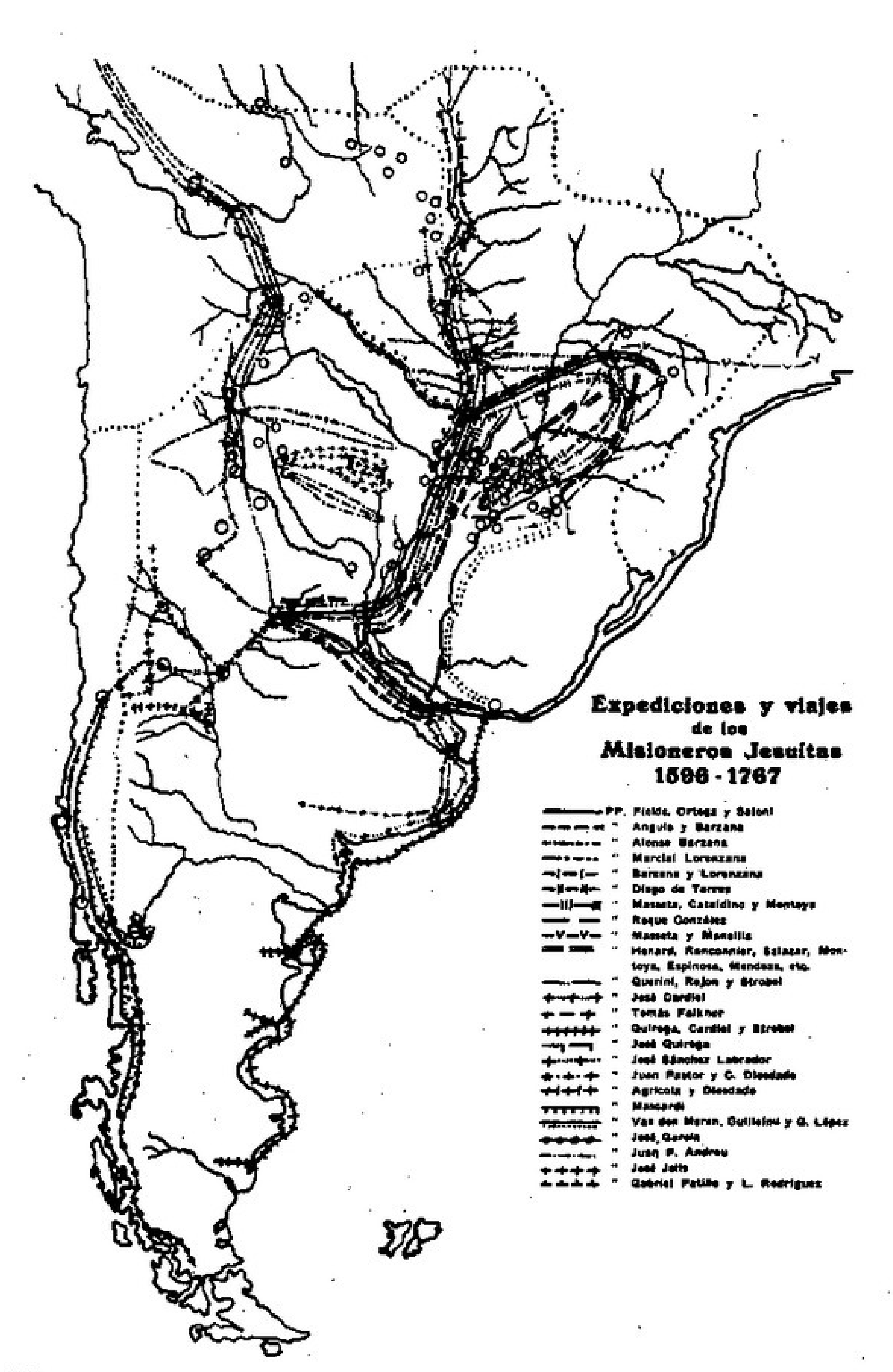
[10] *Diario del Padre Jolís*, en Estudios, B. A. 1920, t. 18, 293.

[11] Archivo de Indias: 16 - 24 - 1632.

[12] Céspedes, p. 22 (Buenos Aires, 1916).

José Arce y Bartolomé Blende, los Chiriguanos al Padre Julián Lizardi, los Mbayas al P. Antonio Guasch, los Mataguayos al P. Francisco. Ugalde, los Mamelucos del Brasil a los Padres Cristóbal Arias y Diego de Alfaro y los Charrúas a los Padres Pedro Espinosa, Blas de Silva, Mateo Sánchez, José Mazo y Santiago Herrero.

¿Cabe presentar una página más gloriosa en los anales de un pueblo que el que constituye la relación de tantas expediciones, de tantas travesías y de tales empresas en medio de las mayores penalidades y aun con la pérdida de tantas vidas?


Expediciones y viajes
de los
Misioneros Jesuitas
1596 - 1767
PP. Fields, Ortega y Saloni
" Anguio y Barzana
" Alonso Barzana
" Marcial Lorenzana
" Barzana y Lorenzana
" Diego de Torres
" Maseta, Cataldino y Montoya
" Roque González
" Maseta y Mansilla
" Menard, Ranconnier, Salazar, Montoya, Espinosa, Mendoza, etc.
" Querini, Rajon y Strobel
" José Cardiel
" Tomás Falkner
" Quiroga, Cardiel y Strobel
" José Quiroga
" José Sánchez Labrador
" Juan Pastor y C. Diosdado
" Agrícola y Diosdado
" Mascardi
" Van den Meren, Guillelmo y G. López
" José García
" Juan F. Andreu
" José Jolís
" Gabriel Patiño y L. Rodríguez

II

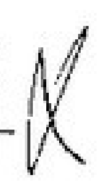
COLONIZADORES

A la labor heroica de exploración correspondió la de roturación, y a ésta la no menos ímproba de la siembra. Podemos felizmente aseverar que la siega y la cosecha estuvo en consonancia con el esfuerzo realizado. Los Jesuítas denodadamente trabajaron en estas tierras argentinas, y es justo reconocer que tantos sudores y tanta sangre derramada no fue estéril, antes bien fue muy prolífica, pues fecundó cual ninguna, la árida tierra de tantos corazones y de tantas inteligencias hasta entonces carentes de toda cultura y civilización. Es imposible echar una mirada sobre la historia colonial sin llegar al convencimiento de que fueron ellos los más decididos y afortunados civilizadores de nuestros pueblos. Como iremos exponiendo, su labor fue tan extensa como intensa, tan metódica como acertada en cuanto lo permite la mísera naturaleza del hombre siempre expuesto a errores y fallas que escapan a toda previsión.

Nos place citar el testimonio de dos historiadores que son sin duda de los más egregios que han producido los países rioplatenses y cuyo testimonio, por ser de quienes provienen, no pueden ser tildados de parciales. Andrés Lamas, cuyo nombre es legión, resume en estas frases su juicio sobre la labor colonizadora de los Jesuítas: "El rol de la Compañía de Jesús en la conquista de estos países es altísimo; porque ella representa en nuestra historia uno de los dos sistemas ensayados para someter y civilizar a los indígenas..." Pudieron errar y tal vez erraron en los métodos adoptados, pero "cuan-

do los encontramos [de los Jesuitas] en la historia americana, nos inclinamos reverentemente ante ellos, como ante los verdaderos y más animosos apóstoles de la civilización en la época de la conquista"[1].

El otro testimonio no es menos elocuente ni menos autorizado que el que acabamos de transcribir. Desde mediados del siglo XVI, escribe el Sr. Carlos Navarro Lamarca, "no se puede abrir la Historia del Continente Americano sin ver los rastros luminosos que en él dejaron los Jesuítas de sus apostólicos trabajos . . . y es de justicia reconocer que equivocados o no, sus métodos de evangelización y su sistema de reducciones transformaron paulatinamente los bárbaros hábitos del indio en patriarcales y sencillísimas costumbres. . . Sólo a fuerza de años de abnegación, de desinterés, de constancia, de fe y de amor al sacrificio y al martirio, habían conseguido los Jesuítas aislar miles de seres humanos del comercialismo y la codicia, interponerse entre ellos y los colonos españoles y librarles de la esclavitud y de la miseria. Los pueblos fundados por los Jesuítas se deshicieron después de la expulsión de los mismos, pero la Historia, como hermosamente agrega el Sr. Navarro, conserva "su recuerdo y el imborrable rastro de los Jesuítas que la construyeron. Utópicos o no, fue grande su sinceridad y sublime su sacrificio. Ello basta para que sus hombres perduren en todo corazón bien templado nimbados de admiración y de gloria"[2].



Quien conozca, aunque no sea sino medianamente, la intensa labor desarrollada por los Jesuítas, no extrañará cuanto contienen estas afirmaciones de tan egregios historiadores. Ya en 1683 lo había declarado sin ambages José de Herrera y Sotomayor en carta a su Majestad cuando le decía a propósito de la conquista de la Patagonia: "La forma, Señor, que me ocurre, es que esta conquista se encargue primeramente de los Religiosos de la Compañía de Jesús, por la experiencia que se tiene de su celo, espíritu, perseverancia y medios proporcionados que siempre han puesto en semejantes conquistas, con muy buenos efectos, y logro de grandes conversiones, y tesón continuo en conservarlas y todo atropellando por cuantas dificultades

[1] *Colección de obras, documentos y noticias,* Bs. As., 1882, t. 11, p. XXV/XXVI.

[2] *Compendio de la Historia General de América* , Bs. As., 1913, t. 2, pp. 375/380.

pueden ofrecérseles, una vez empeñados: viéndose domesticadas las naciones de estas Indias, por fieras y bárbaros que sean, y siempre con grande aumento, así en la doctrina y enseñanza cristiana, como en el de los pueblos y doctrinas que han reducido". (Carta del 23 de enero de 1683, Angelis, *Memoria histórica,* Buenos Aires, 1852, p. VI).

Es un hecho incuestionable, históricamente comprobado, que los Jesuítas fueron los grandes fundadores de ciudades y pueblos y los que más contribuyeron a sus progresos y adelantamiento desde 1585 hasta 1767. A fuerza de titánica constancia hicieron surgir de en medio de las selvas misioneras del noreste argentino dieciséis pueblos, la mitad de los cuales existen en la actualidad. Yapeyú, patria de San Martín, fue fundación jesuítica; Loreto, San Javier y Santa María la Mayor, que tienen la gloria de haber sido la cuna del arte tipográfico nacional, fueron también fundados por los misioneros Jesuítas y gobernados por ellos hasta 1767. San Ignacio, Corpus y Santa Ana, actualmente emporios de la industria yerbatera, surgieron de las selvas por obra de los mismos misioneros.

De los siete pueblos ubicados al oriente del río Uruguay, en territorio actualmente brasileño, hay uno que no podemos dejar de mencionar. Nos referimos a Santo Angel, cuna del General de la revolución, Carlos de Alvear. Al noroeste del río Paraná establecieron ocho pueblos que hasta la expulsión de los Jesuítas disfrutaron de una prosperidad nunca desmentida, aunque al presente apenas figuran en los mapas de la vecina República del Paraguay, en cuyo territorio actualmente están situados.

En las regiones que corresponden ahora a las provincias del Tucumán y Santiago del Estero hicieron surgir pueblos, a pesar de la índole sumamente difícil de los indígenas chaqueños. En 1711 fundaron el pueblo de Miraflores, sobre la izquierda del río Salado del Norte, distante unas treinta y seis leguas de Salta; en 1734 levantaron, no sin grandes dificultades, el pueblo de Rosario de Salinas, en el valle del mismo nombre y como a treinta leguas de Tarija; un año más tarde fundaron el pueblo de Petacas, también sobre el Salado, distante sesenta leguas de la actual ciudad de Santiago del Estero. La reducción de la Concepción de indios Abipones fue fundada sobre el río Dulce en 1749 y el pueblo de Valbuena de indios Isistines y Toquistines en 1751, sobre una de las márgenes del río

Salado. En 1763 fundaron los Jesuítas los dos pueblos de Ortega y Macapillo, el primero de los cuales era de indios Vilelas y el segundo de indios Paisanes.

En la Provincia actual de Santa Fe y al norte de la ciudad del mismo nombre fundaron pueblos de tanta trascendencia histórica como San Javier (1743), San Jerónimo (1748), San Fernando (1750), San Regis (1750) y San Pedro (1765). La fundación de estos pueblos y su conservación por parte de los misioneros fue la acertada solución del gran problema que durante todo un siglo había tenido en jaque a los pacíficos moradores de Santa Fe. Dobrizhoffer nos cuenta lo que le acaeció a él cuando llegó a Santa Fe en 1750, o sea después de la fundación de los mencionados pueblos. "Hallándome yo parado junto a la puerta de nuestra iglesia, paróse junto a mí un noble caballero español y medio llorando de pura emoción, me dijo: Oh, Padre. . . Cómo estaban nuestras cosas pocos años hace. Por ley se nos había prohibido venir a esta iglesia, si no era armado. Ni a la calle podíamos salir sin peligro de la vida"[3].

No fue menos útil la labor realizada por los Jesuítas en la Provincia de Buenos Aires. Fueron ellos los primeros en explorar de un extremo al otro aquella privilegiada porción de la Nación Argentina, y fueron además los primeros en dedicarse a la agricultura y ganadería, aun en los puntos más lejanos de la capital del Virreinato. Cuando los españoles apenas se atrevían a cruzar el río Matanzas y ocuparse en el laboreo de aquellos campos actualmente tan productivos, habían los Jesuítas establecido cuatro pueblos a trescientos y cuatrocientos kilómetros de distancia de la ciudad de Buenos Aires, uno de ellos, Nuestra Señora del Pilar, estuvo radicado donde hoy se extiende el balneario y ciudad marplatense, y otro de esos pueblos ocupó lo que es hoy la bella región y fuente Copelina. Si esos pueblos fracasaron no fue por falta de solicitud de parte de los misioneros. La causa verdadera, escribía un misionero, fue que "los de Buenos Aires sentían verse privados de ir a comerciar con los Serranos que tienen ponchos y plumeros, y daban un poncho que vale en Buenos Aires 20 pesos por un frasco de aguardiente que vale dos"[4].

[3] *Historia de Abiponibus*, t. 3, p. 17.

[4] Carta del P. Escandón, al P. José Pagés, Archivo de Loyola: 2-2-30.

Todos estos pueblos fueron centros que irradiaron cultura y contribuyeron a la civilización de las futuras nacionalidades rioplatenses, pero no fueron los únicos. Las estancias de los Jesuítas en Buenos Aires, como las de Chacarita y Arrecifes; en Santa Fe, como las del Carcarañá, Sto. Tomé y Paraná, y las magníficas de Córdoba, como Santa Catalina, Caroya, Jesús María, y las del Uruguay, como la Calera de las Vacas y la Calera de los Desamparados, fueron modelos en su género y bien podemos aseverar que durante la época colonial no tuvieron por desgracia competidores. Fueron los primeros establecimientos agrícolas de estos países y precursores de los que actualmente tanto honran a nuestros pueblos. Alrededor de ellos se formaron verdaderos pueblos que aprendieron a cultivar la tierra y criar ganado, trabajar la cera de los montes y laborar la miel de los bosques. Todas estas estancias tenían sus molinos o moliendas, sus acequias, sus represas y diques de aguas como todavía puede verse en algunas de Córdoba. Tenían sus hornos de cal, como la Estancia de las Vacas, que pertenecía a la Residencia de Belén (Buenos Aires), aunque estaba ubicada en la actual República Oriental del Uruguay. Quien haya manejado documentos en los Archivos no hallará hiperbólica la afirmación de que aun los moradores de Buenos Aires, cuando querían o necesitaban de algo que salía de lo ordinario y que no se hallaba en venta en las tiendas y en los almacenes de la capital del Virreinato, acudían habitualmente a los pueblos de los Jesuítas. Puede decirse sin temor de exageración que toda la industria colonial estaba en sus pueblos y estancias. La estancia de Santa Fe proveyó en una época a la ciudad del mismo nombre con la carne necesaria para la población; la estancia de Santa Bárbara, una de las estancias de las reducciones de Guaraníes, proveyó al Cabildo de Buenos Aires de los muebles de que carecía; la estancia de los Desamparados que tenían los Jesuítas en Montevideo proveyó al gobierno de esa ciudad de la cal necesaria para la construcción del Fuerte, y durante muchos años se hacía la molienda de todo el trigo de Montevideo en el molino que sobre el arroyo Miguelete habían entablado los Jesuítas. Los indígenas de los pueblos del Tucumán fabricaban excelentes quesos; algunos Hermanos Coadjutores fabricaban cuchillería de estaño que poco a poco fue reemplazando la de madera que hasta entonces había predominado; otros Hermanos construyeron telares de tipo moderno y surtían a los Jesuítas de lo necesario y a

los amigos que solicitaban esas telas menos mortificantes que las usuales.

Los soldados españoles venidos a América pudieron fundar ciudades y pudieron conservarlas con la fuerza de las armas, pero siendo en su mayor parte hombres rústicos provenientes de los pueblos más humildes de España, eran incapaces de dar a las poblaciones americanas algo más que su existencia. No así los Jesuítas. Puede asegurarse que todos ellos eran hombres de más que de mediana cultura; un buen porcentaje era de grande cultura. Había entre ellos españoles, italianos, alemanes, franceses, ingleses y hasta griegos y todos ellos pudieron aportar su grano de civilización según era la que dominaba en sus respectivas patrias. Como veremos en otros capítulos, los Hermanos Coadjutores que venían de Alemania y de Flandes (Bélgica u Holanda) eran verdaderos artífices y en estas vírgenes tierras fueron dinamismos de vastísima cultura en todos los órdenes[5].

Los Gobernadores y Prelados que visitaban las reducciones de los Jesuítas podían apreciar y en efecto apreciaban el contraste que había entre las ciudades de los españoles y las de los misioneros. La causa de su admiración al darse cuenta de éstas, la irá viendo el lector en los capítulos que dedicaremos a la escultura, arquitectura, pintura, imprenta, y demás artes que tanto florecieron en las poblaciones fundadas y gobernadas por los miembros de la Compañía de Jesús.

Sólo agregaremos aquí que los Jesuítas importaron de Europa no solamente hombres singularmente preparados para las artes y sus aplicaciones, sino maquinarias agrícolas e industriales, como también instrumentos de cirugía para sus colegios y pueblos. Existen en el Archivo de la Nación Argentina muchas listas de esa índole, como también en el de Indias de Sevilla. Sería muy conveniente darlas a luz y algún día lo haremos. Tenemos en este momento a la vista la lista de los objetos importados en 1680 por el P. Dombidas[6], y en ella aparecen cajones de ropa blanca, drogas de botica, calderas grandes de cobre, sombreros, papel blanco y lienzos de pintura, sin contar 25 quintales de hierro, 2 quintales de cobre y veinte cajoncillos

[5] Cf. Vicente D. Sierra, *Los Jesuítas Germanos en la conquista espiritual de Hispano-América*, Bs. As. 1944.

[6] Archivo de Indias: 75-6-9.

con palas de hierro, hoces, hachas, anzuelos, azadones y tijeras de trasquilar.

En 1754 trajo consigo de Europa el P. Hofreither: instrumentos quirúrgicos, vendas y gasas, instrumentos arquitectónicos, instrumentos textiles en gran cantidad, tijeras para trasquilar, instrumentos de hierro para carpinteros, para fabricantes de relojes y para cirujanos, y el Colegio de Munich quiso cargar con el costo de todo este material, habiendo tenido que abonar al efecto 642 florines.

Notemos también en este lugar que los Superiores de la Compañía en las visitas anuales que hacían a todos los pueblos miraban con alto interés social y económico por todo lo relacionado con el progreso material y bienestar de los mismos. Así vemos al P. Antonio Machoni ordenar en 27 de octubre de 1748 que además del obraje existente, se añada en el Colegio de Córdoba un telar más de bayeta y pañete "para que de esta suerte se vista la gente toda nuestra de la manufactura del Colegio". El P. Pedro Andreu aprobaba el proyecto del pueblo del Convertillo, cerca de la actual ciudad de Tucumán, de establecer una quesería, como en efecto se estableció[7].

Los Provinciales y Superiores procuraban que los hombres más peritos en artes fueran de un pueblo al otro, estimulando en todos ellos las aplicaciones necesarias o convenientes. Otras veces ordenaban, como ordenaba el P. Aguirre en marzo de 1722 al Padre que estaba al frente del pueblo de Jesús que "Envíense a los Pueblos donde hay buenos Pintores y Herreros algunos muchachos hábiles y de buen natural para que aprendan a pintar y de herrería". No podemos omitir la transcripción de otro documento que tenemos a la vista. Es un Memorial del P. Aguilar a los Padres García y Rico que partían a Europa: "Al Asistente de Germania puede V. R. significar que necesitamos acá de dos Hermanos para obrajes de paños y estameñas; algún fundidor, otros dos carpinteros; y de allá o de otra Provincia (Jesuítica de Europa) son necesarios dos Albañiles... También son necesarios algunos Hermanos Labradores"[8].

[7] Este dato existe en el Archivo de la Nación. El Dr. Nicolás Avellaneda pudo afirmar con toda verdad que en el Tucumán los Jesuítas cultivaron la tierra y criaron ganados, plantando varios valiosos establecimientos rurales y entre ellos el de Tafí donde se fabrica el queso famoso, que fue uno de sus descubrimientos. (Escritos literarios, p. 116).

[8] Archivo de la Nación, Buenos Aires, Compañía de Jesús 1738.

Un conocedor de las cosas como el P. Francisco Miranda no titubeaba afirmar que en todas las artes útiles y artísticas habían los Jesuítas sido maestros y habían creado ambiente en el vasto territorio del Virreinato Rioplatense, excepto en una cosa: la música. En este ramo tenían ellos en sus pueblos coros y bandas, pero jamás pudieron conseguir que los pueblos españoles les imitaran[9]. .

Espíritus ingenuos o malévolos, que unos y otros no suelen faltar, aun entre los hombres eruditos, nos dirán que todo lo que llevamos dicho es bello y es cierto, pero también es cierto que los pueblos fundados por los Jesuítas y por ellos regenteados estaban compuestos de moradores que carecían de libertad, que no tenían libre uso de sus facultades, ya que en ellos todo estaba ordenado y reglamentado minuciosamente como en un monasterio. Esta afirmación es falsa en todas sus partes. Basta estudiar el régimen de aquellos pueblos para persuadirse que en ellos, más que en los pueblos españoles, había verdadera libertad de acción y había una felicidad que jamás asomó en los centros donde dominaba la ociosidad, la borrachera y demás vicios. Muy bien decía el general San Martín que "el mejor gobierno no es el más liberal en sus principios, sino aquel que hace la felicidad de los que obedecen"[10], y la historia toda está conteste en que los indígenas de los pueblos Jesuíticos eran en verdad felices.

Se objetará que esos pueblos se esfumaron no bien se alejaron de ellos los Misioneros, prueba de su poca consistencia. No fue por cierto el alejamiento de los Jesuitas lo que arruinó aquellos prósperos pueblos, sino el advenimiento de los rapaces sucesores de los Jesuítas, y al decir esto no nos referimos a los religiosos de las diversas Ordenes que suplieron, en cuanto pudieron, la parte espiritual sino a los poderes políticos y económicos que entraron en los pueblos como una irrupción de bárbaros y sólo se preocuparon del pillaje y del robo desenfrenado. El virrey Vértiz, en un informe del 12 de marzo de 1784[11], confiesa la completa decadencia de los pueblos jesuíticos antes tan prósperos, y no halla otra causa sino el proceder de

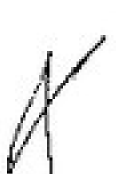
[9] *Sinopsis de los bienes*, archivo de Loyola, Azpeitia, p. 16, n. 30.

[10] Correspondencia, p. 192.

[11] Archivo de Indias: 122-3-21.

los mismos encargados de conservar la obra de los Jesuítas. El diligente y honrado mandatario lamentaba el desastre acaecido y cómo había un déficit de 67 mil pesos en solos los pueblos de Misiones "sin embargo de toda aquella exactitud y diligencia de los ex-Jesuítas"[12].

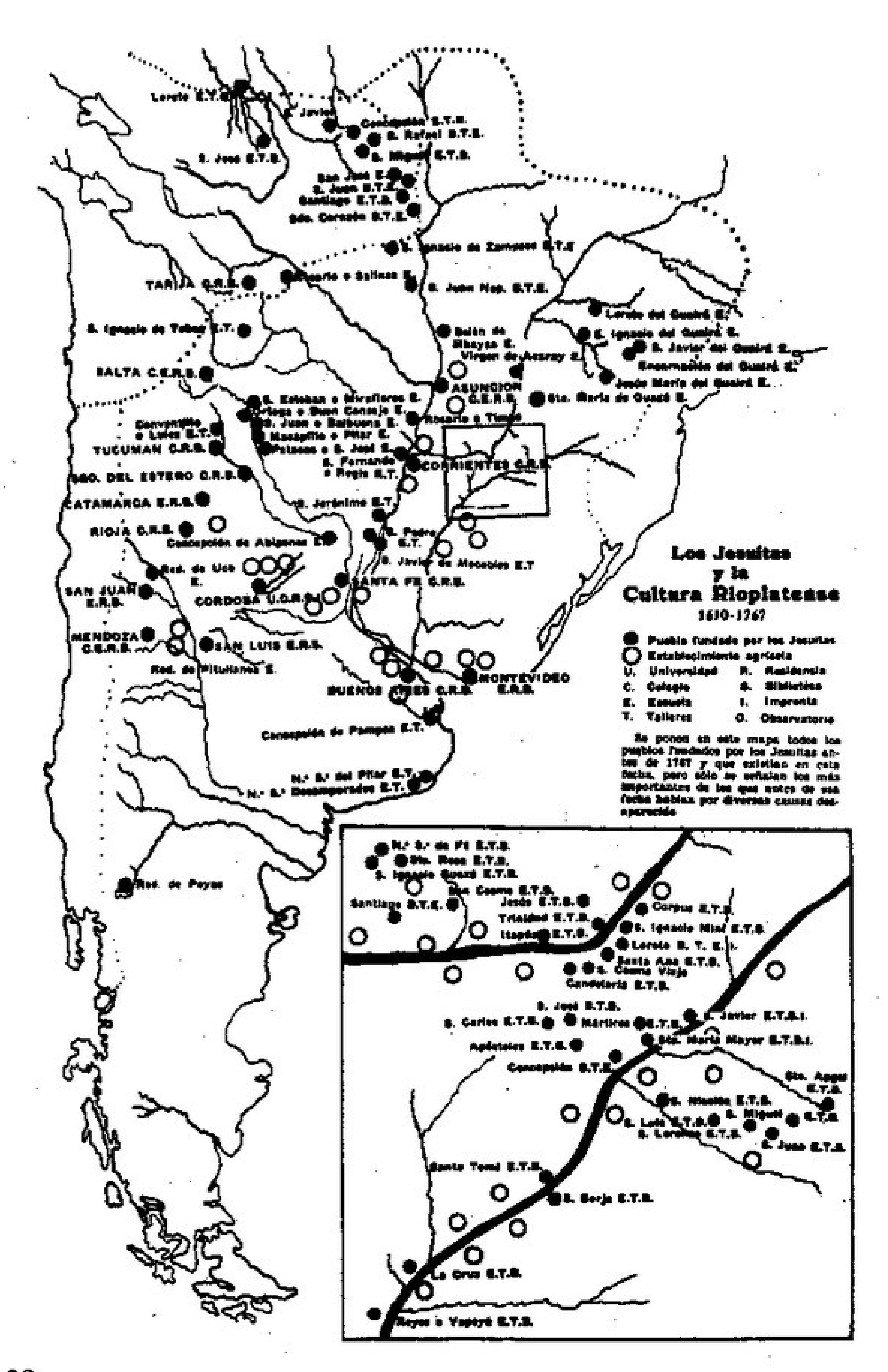
Groussac, además, y con mucho acierto, escribió en una oportunidad que "faltaría averiguar qué parte deba atribuirse, en el triste resultado de la domesticación [de los indios] al régimen de los encomendadores y Jesuítas, y cuál a la idiosincrasia del indígena"[13]. Así es, en verdad, y desgraciadamente quienes critican sin estudio el método seguido por los Jesuítas no sólo han prescindido de la idiosincrasia del indio, del "eterno niño", pero hasta han olvidado o procurado olvidar que reemplazaron a los Jesuítas en 1767 quienes sólo tuvieron por objetivo el pillaje más descarado. No en vano huyeron los indios a los bosques. El instinto de conservación los salvó de la barbarie[14].



[12] Revista del Río de la Plata, Bs. As., 1872, t. 2, p. 159.

[13] *Anales de la Biblioteca*, Bs. As., 1911, t. 7, p. 209

[14] Las frases, bastante fuertes, que estampamos en estas líneas contra el proceder de los que reemplazaron a los Jesuítas, no son nuestras sino de Menéndez y Pelayo, pero total y absolutamente concuerdan con la realidad. Después de haber consultado, leído y aún estudiado los legajos de Temporalidades, existentes en el archivo General de la Nación de Buenos Aires, labor que hemos realizado repetidas veces entre 1914 y 1945, nos atrevemos a aseverar que el pillaje de parte de los hombres a quien se encomendó el inventario, la conservación y la aplicación de los bienes de los Jesuítas, no pudo ser ni más criminal, ni más descarado. Como aquellas frases del texto, a que antes aludimos, nos mereció otrora de un escritor español, otras frases no menos fuertes, pero felizmente infundadas, consignamos aquí que no hacemos la apología de la conducta de España en el Río de la Plata. Personalmente ningunos vínculos nos unen a ese país, y nada tenemos de hispanófilo, pero el estudio sereno y objetivo, realizado en los archivos desde hace un cuarto de siglo, despierta en nosotros una admiración sin límites por la obra que esa nación realizó en América, en especial en el Río de la Plata.



Loreto E.T.
Concepción E.T.B.
S. Rafael E.T.B.
S. José E.T.B.
S. Miguel E.T.B.
Santiago E.T.B.
TARIJA C.R.B.
S. Juan Nep. E.T.B.
SALTA C.E.R.B.
ASUNCION C.E.R.B.
Virgen de Acaray E.
Rosario o Timbó
TUCUMAN C.R.B.
SGO. DEL ESTERO C.R.B.
CORRIENTES C.R.B.
CATAMARCA E.R.B.
RIOJA C.R.B.
S. Jerónimo E.T.
S. Javier de Mocobíes E.T
SANTA FE C.R.B.
SAN JUAN E.R.B.
CORDOBA U.C.R.B.I.
MENDOZA C.E.R.B.
SAN LUIS E.R.B.
BUENOS AIRES C.R.B.
MONTEVIDEO E.R.B.
Concepción de Pampas E.T.
Red. de Puyas
Los Jesuitas
y la
Cultura Rioplatense
1610-1767
Pueblo fundado por los Jesuitas
Establecimiento agrícola
U. Universidad
R. Residencia
C. Colegio
B. Biblioteca
E. Escuela
I. Imprenta
T. Talleres
O. Observatorio
Se ponen en este mapa todos los pueblos fundados por los Jesuitas antes de 1767 y que existían en esta fecha, pero sólo se señalan los más importantes de los que antes de esa fecha habían por diversas causas desaparecido
Corpus E.T.B.
Trinidad E.T.B.
Itapúa E.T.B.
Candelaria E.T.B.
S. José E.T.B.
S. Carlos E.T.B.
Mártires E.T.B.
Apóstoles E.T.B.
Concepción E.T.B.
Sta. María Mayor E.T.B.I.
S. Nicolás E.T.B.
S. Miguel
S. Juan E.T.B.
Santo Tomé E.T.B.
S. Borja E.T.B.
La Cruz E.T.B.
Reyes o Yapeyú E.T.B.

III

PROTECTORES DE LOS INDIGENAS

Una de las glorias más grandes y genuinas de la Compañía de Jesús es la de haber sido sus miembros siempre y en todas partes, pero muy particularmente en estas regiones del Río de la Plata, los más tenaces defensores y los más sacrificados abogados de los indígenas. Es realmente indecible lo mucho que sufrieron los Jesuítas de parte de los encomenderos y colonizadores laicos, a fin de garantir la natural libertad de los indios que moraban en estos países. El que aquéllos después de medio siglo de durísima esclavitud recobraran su libertad se debió exclusivamente a los Jesuítas, como toda la historia lo comprueba.

Se habla no poco de la actuación a favor de los indígenas de Centro América desplegada por Fray Bartolomé de las Casas, pero la popularidad del célebre Obispo de Chiapa no se debe tanto a lo que hizo en beneficio de los indígenas cuanto a lo que exageradamente escribió contra los opresores de los indígenas. Una popularidad más merecida, y sin comparación más grande, es la que circunda la frente del eximio Jesuíta Diego de Torres, alma y nervio de todo el gran movimiento que a principios del siglo XVII se desarrolló en el Río de la Plata hasta culminar en las célebres Ordenanzas de Alfaro.

Las leyes de Indias ordenaban el respeto a la natural libertad de los indígenas, pero permitía el llamado servicio personal. En fuerza de éste los españoles podían obligar a los indios que tenían bajo su cuidado a cierta cantidad de labor, a fin de indemnizarse de los gas-

tos que la conservación de los mismos indígenas y su enseñanza, manutención, etc. demandaban. Aquellos indios eran encomendados a los españoles para que éstos los atrajeran a la vida civil cristiana; ellos a su vez pagarían ese servicio con parte de sus fatigas en trabajos útiles a sus amos. El principio no era malo, pero su aplicación fue pésima. Ya en 1592 escribía el Jesuíta P. Angulo al Arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo y le manifestaba que "no hay esclavitud ni cautiverio en Berbería ni en galeras de turcos, de más sujección" y daba el primer grito de alarma contra los horribles abusos que él mismo había presenciado. Pedía el santo misionero que el Prelado se entrevistara con el Sr. Virrey y pusiera en su conocimiento los pormenores que entonces le remitía. El señor Obispo así lo hizo, e hizo algo más: escribió sobre el asunto al mismo Felipe II y como prueba de cuanto le comunicaba envió al monarca la misma carta que el P. Angulo le había escrito sobre el asunto[1].

Fue esta la primera voz autorizada que se levantó a favor de la inocencia oprimida y de la libertad coartada y escalvizada de los indefensos indígenas americanos en estas regiones del Río de la Plata. Años más tarde indujo el mismo Angulo al Obispo del Tucumán, Monseñor Trejo, de gratísima memoria, a que elevase a la Corte otro memorial sobre los abusos de los encomenderos, como en efecto se hizo[2]. Trejo elevó ese memorial en 1609 y en ese mismo año escribía el General de los Jesuítas una notable carta al Provincial P. Diego de Torres, en la que le manifestaba la conducta que debían seguir los Jesuítas en este asunto no exento de peligros. El prudente General ordenaba que "a los indios que nos son adjudicados les tratemos tan justificadamente, así en el salario como en el sustento y acudimiento a todas sus necesidades, así espirituales como corporales, que los indios reconozcan el beneficio de ser nuestros y los españoles tomen ejemplo de cómo han de tratar a sus indios y hagan escrúpulo de lo contrario, y con esto pensamos que se cumplirá más al justo con nuestras obligaciones[3].

La línea de conducta trazada por el General de los Jesuítas en esta carta era digna y noble, pero no era heroica y sin duda alguna

[1] Archivo de Indias: 7-3-8.

[2] Archivo de Indias: 74-6-46.

[3] Carta del día 28 de abril de 1609: Archivo Gen. de la Compañía.

no habría arrancado de raíz la abundante maleza que desde hacía medio siglo impedía que se desarrollara la buena semilla. Esa conducta la habían siempre guardado los Jesuítas del Perú, por ejemplo, pero sin resultado práctico en cuanto a la reforma de los encomenderos.

No había aún el P. Torres recibido la tan sensata carta del P. General, cuando, con la aprobación de los Jesuítas de Santiago de Chile, donde se hallaba a la sazón (marzo de 1608), decidió dar un golpe, cuyas consecuencias tal vez ni el mismo previó: "me resolví, escribía después el mismo Torres, a ejecutarlo y poner los indios en libertad, como lo hice, delante de su protector y un escribano y juez, ofreciéndoles de nuevo, si nos querían servir, mayores comodidades y salarios, lo que ellos aceptaron con mucho gusto, y entre veinte se debieron añadir como trescientos ducados cada año más; y el mismo día proveyó Nuestro Señor quien nos diese más de mil limosnas, que en esta tierra es mucho, y hasta ahora ningún indio nos ha dejado, y cada seis meses se pagan ante el protector, escribano y juez[4].

El efecto fue terrible. Se acusó a los Jesuítas de escrupulosos, se les tildó de enemigos del Rey, pues éste permitía las encomiendas, se les recriminó de atrevidos y calumniadores, y la cosa llegó a tanto que los mejores amigos se retiraron del trato y comunicación de los Jesuítas. Pero el P. Torres no se amilanó. Tuvo una idea muy feliz, cual fue la de respaldar su conducta y la de los Jesuítas haciendo redactar un dictamen, en el que se consignaba la licitud y nobleza del proceder de los mismos y la iniquidad que cometían los encomenderos. Todos los teólogos y juristas más notables de Santiago se ofrecieron a firmar este documento, con el que se asestaba un golpe mortal contra las tiranías de los encomenderos chilenos.

Con ese dictamen en sus manos pasó el P. Torres de Chile a la Argentina y su propósito más sincero y firme era hacer otro tanto a este lado de los Andes. Allá había triunfado, puesto que el Gobernador hizo pregonar una Cédula de S. M. que tenía en su poder, pero que hasta entonces no se había animado a publicar por miedo de que se alborotara toda la población. También en el Tucumán y en el Río de la Plata le esperaban al P. Torres grandes sinsabores, pero, con ellos, grandes consolaciones.

[4] Cr. Astrain, *Historia de la Companía*, t. 4, p. 651.

A fines de 1608 llegó a Córdoba, e inmediatamente dispuso ejecutar con los indios que estaban a servicio de los Jesuítas lo mismo que había hecho en Chile. Como era de suponer, se levantó una tempestad de protestas, de insultos y hasta de calumnias. Hermosamente describe el mismo P. Torres esta que él llama "polvareda" levantada por los vecinos de aquella ciudad que decían "se perdería la tierra" si se les obligara a imitar el proceder de los Jesuítas[5]. Creyeron algunos Padres que la conducta del P. Torres les restaría limosnas y la vida en Córdoba se les haría muy difícil, pero felizmente no fue así, ya que varios vecinos y el Obispo acudieron a los valientes defensores de los indefensos indígenas.

Más terrible sin comparación fue el alboroto de los vecinos de Santiago del Estero cuando vieron que los Jesuítas licenciaban a sus indios poniéndolos en entera libertad. Llegó la cosa a tanto que los Jesuítas de aquella ciudad tuvieron que ausentarse de ella, retirándose al efecto a la ciudad de Tucumán, donde tenían casa. Iguales, si no mayores aun, fueron los sufrimientos que en la ciudad de la Asunción tuvieron que padecer por tan santa y nobilísima causa. Por ella, escribía después el P. Torres, "se levantó una voraz tempestad contra los Nuestros que quedaron allí, que parece que los había de tragar dándoles todas las pesadumbres y haciéndoles las molestias que pudieran"[6].

La oposición era tan general que se creyó inútil toda ulterior acción en empresa tan honesta y tan digna de almas nobles y cristianas. El buen ejemplo de los Jesuítas no había sido bastante; era necesario que la autoridad competente tomara cartas en el asunto, y con este fin no faltaron personas buenas que escribieron al Virrey y al mismo Monarca español. En Sevilla hemos tenido el placer de leer la notabilísima carta que el impertérrito P. Torres escribió a S. M. con fecha 14 de setiembre de 1610. Un extracto de la misma ha sido publicado por Pastells[7]. Puso la citada carta en manos del Monarca el señor Francisco Pérez, abogado de la Real Audiencia de los Charcas, y a él alude cuando escribe: "Asi mismo dará cuenta a

[5] *Documentos para la historia argentina*, t. XIX, Iglesia, Bs. As. 1927, p. 70.

[6] *Documentos para la historia argentina...*, t. XIX, p. 149.

[7] *Historia de la Compañía de Jesús*, Madrid, 1912, t. 1, pp. 183/184.

V. M. el dicho Doctor, de las crueldades y agravios con que de esta ciudad [de Córdoba] se hizo una maloca de que se han traído 212 piezas de Indios y se van vendiendo y trocando como bestias, dejando también muertos algunos sin razón ni causa alguna, y otros mataban sus hijos para que no cayesen en el general, y india hubo que se enterró viva por la misma causa. Habemos algunas personas procurado el remedio y hecho demostración de cédulas y cartas de V. M. en que prohibe estas malocas y nada ha bastado para el remedio..."[8].

A fines del año de 1610 dispuso la autoridad competente que un Visitador pasara a estas regiones y pusiera coto a tantos abusos. El Oidor de la Real Audiencia de Charcas, D. Francisco Alfaro, fue el designado al efecto. Su nombramiento fue recibido con aplauso por los Jesuítas y por las personas honradas. Alfaro era bien conocido de los Jesuítas, pues era el progenitor del Jesuíta Diego Alfaro, tan justamente recordado en los anales religiosos de estas regiones. Don Francisco era un caballero intachable y un mandatario integérrimo.

A principios de 1611 ya estaba Alfaro en Córdoba, donde conferenció largamente con el P. Juan de Viana sobre el asunto de su misión. Su deseo, sin embargo, era tener cerca de sí al P. Torres, y a este efecto habíale escrito no bien aceptó la difícil misión que se le confió. Estaba a la sazón el mencionado Padre en Chile, pero inmediatamente se puso en camino. Alfaro pasó a Santiago del Estero y se encontró allí con un hombre de grandes dotes que estaba de pasada en aquella población. Era el P. Vázquez de la Mota. Con él conferenció larga y detenidamente el buen y prudente Visitador, y tan prendado quedó del Jesuíta que quiso que en esa ciudad, tan adversa a los Jesuítas, precisamente por causa del servicio personal, predicara Vázquez desde el púlpito todo lo que sentía contra aquella iniquidad. Así lo hizo el Jesuíta, no sin grande satisfacción del orador, del Obispo y de algunas otras personas.

Regresó Alfaro a Córdoba y partió para Buenos Aires. Por el camino entre estas dos ciudades le alcanzó el P. Torres, que regresaba recién de Chile. Durante dos días interrumpieron su viaje y conferenciaron detenidamente sobre el asunto de las encomiendas en una casa de campo o en cierta hacienda que había en el camino.

[8] Archivo de Indias: 75-6-5.

Fue entonces que Alfaro formó su campaña en pro de la libertad de los indígenas. Lástima grande que no sepamos qué localidad era aquella, pues fue allí donde, en esta parte del continente, se erigió el primer templo a la Libertad en su faz más noble y simpática, y eso gracias a la labor de un miembro de la Compañía de Jesús.

Después de la entrevista de dos días partió el P. Torres a Santa Fe y bajó Alfaro a la ciudad de Buenos Aires. Semanas más tarde volvían a juntarse los dos y partían a Asunción, donde no era poca la resistencia que esperaba a ambos. Como dice muy bien Astrain, fué el P. Torres "como el ordinario consultor de D. Francisco en todos los casos ocurrentes", y "de aquí procedió la ira de los encomenderos contra los Jesuítas y, sobre todo, contra el P. Torres, a quien miraban como el *factotum* en las ordenanzas y disposiciones que iba tomando Alfaro"[9].

Gracias a los consejos del Jesuíta obró Alfaro con la prudencia y con el más lisonjero éxito. Regresó de la Asunción y volvió a pasar por Santa Fe y Córdoba en su ruta hacia Santiago del Estero. En esta ciudad, tan encarnizada en sus ataques contra los Jesuítas, publicó el Visitador sus célebres Ordenanzas que la historia rioplatense recuerda con cariño y gratitud, ya que ellas vinieron a aminorar considerablemente los gravísimos males que aquejaban a los indefensos indios de estas regiones. Hubo, es verdad, después no pocos abusos, pero fue siempre fácil su extirpación; no se remedió totalmente el mal con las mencionadas Ordenanzas, pero ellas quitaron a las encomiendas su faz de legitimidad jurídica que hasta entonces gozaban.

Esas Ordenanzas suscritas en San Miguel de Tucumán a 19 de enero de 1612 llevaban como complemento una serie de opiniones o dictámenes de eminentes teólogos y juristas sobre la ilegitimidad de las encomiendas. Entre los autores de los tales dictámenes o juicios se hallaban los nombres de varios Jesuítas, como los Padres Diego de Torres, Luis de Leiva, Diego de Boroa y Horacio Morelli.

Al año de promulgadas y para disipar ciertas argucias de algunos que aun sostenían la legitimidad de las encomiencas, no obstante lo determinado por el Visitador Alfaro, dispuso el P. Torres que el P. Juan Romero redactara un llamado Caso de conciencia, que era un caso práctico relacionado con el servicio personal, y al citado Caso

[9] *Historia de la Compañía de Jesús,* Madrid 1913, t. 4 pp. 656/657.

se agregaron las soluciones de la sana teología moral y del derecho de gentes. Cuatro Jesuítas de reconocida ciencia jurídica y teológica firmaron la solución adversa a los encomenderos y, además de ellos, trece personas de autoridad ajenas a la Compañía de Jesús. A este dictamen, suscrito en 31 de agosto de 1613, se acomodaron los confesores y predicadores sin excepción y fue, sin duda, el golpe de gracia dado a la enojosa cuestión del servicio personal.

Diremos con Astrain que "aunque no hubiese hecho otra cosa en toda su vida el P. Diego de Torres sino empezar a promover esta obra admirable, tendría justos títulos a que todo el mundo le respetase como uno de los grandes bienhechores de la Humanidad"[10]. El la empezó y aunque fue el Visitador Alfaro quien la llevó a feliz remate, recuérdese que opinaba éste que debía a los Jesuítas el éxito de sus gestiones. En 1612 escribía el P. Juan de Viana que "el señor Visitador va gratísimo, atribuyendo por su humildad la principal parte de este suceso a la Compañía[11].

[10] *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid, 1913, t. 4, p. 666.

[11] Astrain, *Historia*, t. 4, p. 654, quien cita Paraquaria. Litt. Ann., 1610.

Fragmento de la Carta Anua de 1612 en la que el P. Diego de Torres reseña los padecimientos sufridos por los Jesuitas de la Asunción a causa de su interés en defender a los indígenas contra los encomenderos y cómo el mismo Hernandarias adopta la doctrina de los misioneros y pone en libertad a los indios que tenía a su servicio. — (C. Leonhardt, Cartas Anuas, t. I, p. 151, Bs. As., 1927).

IV

GEOGRAFOS Y CARTOGRAFOS

En todas las regiones de América dedicáronse los Jesuítas con tesón y éxito al mejor conocimiento de los accidentes físicos, y de todas ellas se esmeraron en levantar planos y componer mapas geográficos; pero podemos aseverar que en ninguna región llevaron a cabo una labor tan profícua como en el Río de la Plata. Con toda razón ha podido afirmar el señor Gastón Marcel, tan buen conocedor de los trabajos cartográficos relativos a América, que mientras Ayolas, Cabeza de Vaca y Chaves hacían sus expediciones y atrevidas correrías hacia el corazón del continente en busca de aventuras y de oro, se ocupaban los Jesuítas en el estudio del mismo y en darlo a conocer a los europeos por medio de trabajos geográficos y cartográficos[1].

Menéndez y Pelayo, después de afirmar que en "las provincias argentinas no había más educadores que los Jesuítas" y que eran ellos "los únicos que habían bosquejado la historia civil y religiosa del país", agrega que "si existían mapas especiales del territorio, a ellos se debían; e imperfectos y todo, eran los *únicos* que habían servido de base para el arreglo de los límites con los portugueses en 1750"[2].

El P. Juan Romero, que vino del Perú en 1593 y que recorrió estos países en repetidas ocasiones desde Salta y Jujuy hasta Buenos

[1] *Reproduction de cartes et des globes,* Paris 1893, p. 69.

[2] *Introducción a la Antología de poetas hispano-americanos,* Madrid 1895, t. 4, p. CVII.

Aires y la Asunción, fue el primero que en forma científica consignó por escrito en las *Litterae Annuae* de 1596, publicadas en 1605, una reseña geográfica así del Tucumán como del Paraguay y Río de la Plata, reseña que hizo acompañar de un mapa. Desgraciadamente este último no ha llegado hasta nosotros.

Amplió considerablemente la información que divulgó Romero, el P. Diego de Torres al publicar las *Litterae Annuae* o Cartas Anuas de 1609. A él parece que se debe atribuir el célebre mapa rotulado *Paraguay o Provincia de la Plata con las regiones adyacentes, Tucumán y Sta. Cruz de la Sierra*, que comprende desde los 5 hasta los 37 grados de latitud y que reprodujeron Laet en 1633, Blaeu en 1634 y 1661, Juan Jansson en 1653, Montano en 1671, Ogilby y Allard en 1696, sin contar las ediciones posteriores que no han sido menos numerosas[3].

Sabemos que en 1632 compuso el P. Luis Ernot otro mapa de estas regiones, y pocos años más tarde aquel gran varón que se llamó en vida Antonio Ruiz de Montoya trabajó un tercer mapa de estos países. En la misma época llevó a cabo la composición de otra carta geográfica el P. Antonio Ripari, mapa que tal vez sea el publicado entre los años 1640 y 1649 con el título de *Paraguay cum adjacentibus*, que es el mapa más rico por su contenido y el más exacto en los detalles de cuantos se habían publicado hasta entonces. No en vano lo editaron y reeditaron los grandes cartógrafos de la época como Blaeu, Montano y Ogilby[4].

En 1646 ofreció el P. Diego Ovalle en su *Historia relación del Reyno de Chile* un panorama geográfico que, además de abarcar en líneas generales todo el territorio de las actuales repúblicas rioplatenses, proporcionaba un caudal inmenso de noticias sobre aquella región que él consideraba privilegiado; nos referimos a las provincias de Cuyo, dependientes, a la sazón, de Chile. Si Vicuña Mackenna y Medina han afirmado de Ovalle que es el primer historiador de Chi-

[3] Este mapa, como todos los que citamos en este capítulo, fueron reproducidos en la Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. Número LXXI. *Cartografía Jesuítica del Río de la Plata*, por el P. Guillermo Furlong Cardiff. I. Texto [II. Mapas]. Buenos Aires, 1936.

[4] Facultad, I, 26-30, y II, mapa 2 y 3.

le[5], nosotros podemos considerar al P. Ovalle como el primer geógrafo de la región andina. Ovalle ilustró su obra con un curioso mapa que comprende por igual a Chile y a la Argentina actual[6].

Pocos años más tarde publicaba el P. Atanasio Kircher su trabajo sobre los flujos y reflujos de las corrientes marítimas en las costas magallánicas y patagónicas y exponía su teoría sobre el sistema hidrográfico andino, estudios ambos que ilustró con sendos mapas. Hasta esos pormenores llegaba la ciencia y la labor de los Jesuítas en el campo de las disciplinas geográficas, y eso ¡a mediados del siglo XVII!

Años más tarde (1673) publicaba el P. Nicolás del Techo su *Historia de la Provincia del Paraguay*, y en ella ofrecía a los cultores de las ciencias físicas un compendio de la geografía del Tucumán, Paraguay y. Chile, sin contar los múltiples datos diseminados al través de toda su obra sobre geografía, así física como política, así económica como social y humana.

Basado en este escrito de Techo y probablemente en un mapa del mismo, que no ha llegado hasta nosotros, compuso Guillermo De l'Isle, geógrafo del Rey de Francia, el precioso *Mapa del Paraguay, Chile, Río de la Plata, Tucumán y Estrecho de Magallanes*, que vió la luz por primera vez en 1703 y fue reeditado muchas veces en los años subsiguientes. De este mapa afirmó Zeballos[7] que era la tercera carta geográfica de los Jesuítas que se conoce, "pero es la primera en importancia y autoridad".

Diez años más tarde componía el P. Juan A. Nyel su *Mapa del Estrecho de Magallanes*; en 1715 terminaba el P. Antonio Garriga el relativo al país de los indios Moxos, y en 1721 levantaba el P. Gabriel Patiño varios croquis del río Pilcomayo por él recorrido y estudiado.

Fue en 1726 que se publicó el gran *Mapa Paraquariae Provinciae Societatis Jesu*, compuesto, según parece, por el Jesuíta bonaerense Juan Dávila o Juan de Avila y dedicado al décimo cuarto General de

5 *Colección de historiadores de Chile*, Santiago de Chile 1861, t. 12, p. XX.

6 Facultad... I, pp. 31-34; II, m. 4.

7 Exposición, p. 66, Buenos Aires, 1893.

la Compañía de Jesús, R. P. Miguel A. Tamburini. No vamos a ponderar los méritos verdaderamente eximios de esta preciosa carta geográfica; baste recordar que de ella se hicieron más de quince ediciones en casi todas las principales ciudades de la culta Europa y aun hoy día sigue siendo una de las piezas más notables de la cartografía colonial[8].

En el curso del año 1728 publicáronse en Alemania dos mapas jesuíticos, diversos del antes mencionado, y en 1732 salió a luz el compuesto por el P. Antonio Machoni y dedicado al R. P. Francisco Retz, décimo quinto General de la Compañía[9]. Fundamentalmente coincide este mapa con el de Dávila, pero es más completo y más perfecto, sobre todo en lo relativo a la región de los indios Moxos y Chiquitos. De Machoni es también el hermoso mapa que Lozano incluyó en su *Chorografía del Gran Chaco Gualamba*[10]. Difícil es decir cuál de las dos obras, el mapa ya citado o el mencionado libro, merecen mayores plácemes de parte de los amantes de la ciencia geográfica. De la preciosa monografía de Lozano nos hemos ocupado ya, aunque sin hacer resaltar su mérito como contribución geográfica; del mapa de Machoni baste decir que en nuestros días ha sido reproducido fascimilarmente por Brabo y Biedma, por Navarro Lamarca y Levillier, por Cunningham Graham y por Boggiani.

La publicación del mapa de Machoni coincidía, en cuanto a la fecha, con la del mapa conocido generalmente con el nombre del dibujante D'Anville, pero cuyo solo título denota ser de procedencia jesuítica. Años después componía su *Mapa del Paraguay y Uruguay* el P. Lorenzo Ovando, natural de la ciudad de la Asunción, y por el mismo tiempo el H. Salvador Colóm completaba los trabajos cartógrafos del P. Gabriel Patiño haciendo nuevos diseños y mapas del curso del río Pilcomayo, que él, en compañía del P. Agustín Castañares, había recorrido detenidamente.

Con anterioridad al mapa editado por Lozano está la *Carta Topográfica de la Colonia del Sacramento* que, en su calidad de Geógrafo del Estado de Brasil, hizo el Padre Diego Suares y dedicó a

[8] Facultad... I, pp. 44-49; II, m. 8.

[9] Facultad... I, pp. 49-50; II, m. 10 y 11.

[10] Facultad... I, pp. 57-60; II. m. 18.

Juan V de Portugal, y el mapa del *Río Grande del Plata* que hizo el mismo Jesuíta y que publicamos por primera vez en 1936[11].

En 1744 las prensas de Viena editaban el Mapa del P. Rechberg, y dos años más tarde editábase en Madrid el *Mapa de las Misiones del Paraguay*[12] que había compuesto el P. Juan de Montenegro. Ambas son piezas cartográficas de primer orden, pero ambas quedaron eclipsadas con la aparición del gran mapa compuesto por el P. José Quiroga en 1749 y editado en Roma en el curso del año de 1753. Este magnífico mapa, que la Universidad de Buenos Aires ha reeditado últimamente en forma egregia[13], y que los estudiosos han recibido con plena satisfacción, fue el primero que trabajó aquel insigne geógrafo y cartógrafo Jesuíta, pero no el último. Como es sabido, dedicóse Quiroga íntegramente al estudio de la geografía rioplatense, como lo demuestran sus croquis y estudios sobre las costas patagónicas, su monografía sobre la expedición a la boca de Jaurú y, sobre todo, sus múltiples mapas, prueba la más convincente de su laboriosidad y de su ciencia.

Al lado de este eximio geógrafo e incansable cartógrafo hemos de colocar al P. José Cardiel, cuyo nombre y cuyas atrevidas exploraciones recuerdan un cerro y un lago de la región patagónica. Pocos Jesuítas recorrieron tanto estos países como Cardiel, ya que sus viajes se extendieron desde el Guairá, al norte de la Asunción, hasta las costas patagónicas, que exploró desde el navío San Antonio y que recorrió a pie hasta las proximidades de la actual ciudad de Bahía Blanca. De cuanto vió y supo en sus viajes nos dejó Cardiel relaciones y cartas geográficas, unas y otras de tanto valer que, al ocuparse el doctor Félix F. Outes del mapa que compuso el gran misionero después de su viaje hasta el Río del Sauce, no duda afirmar que es la pieza más preciosa de la antigua cartografía bonaerense. Diez mapas compuso Cardiel y otras tantas monografías sobre temas relacionados con la geo, flora, fauna y etnografía rioplatense[14].

Por más que enaltezcamos la labor realizada por Cardiel en el

[11] Facultad... I, 50-53; II, mapas 13 y 14.

[12] Facultad... I, 66-68; II, m. 15.

[13] Facultad... I, 71-77; II, m. 16.

[14] Facultad... I, 68-69, 70-71.

terreno de las ciencias geográficas, hemos de reconocer que uno de sus conmisioneros le aventajó considerablemente. Aludimos a aquel hombre cuyo nombre es legión y que, como el sabio de la antigüedad, disertó, y con erudición pasmosa, sobre los ríos de estos países y su navegación, sobre las cataratas y los molinos de agua; sobre el arco iris que se forma en la catarata del Iguazú y sobre las aguas que petrifican; sobre los lagos y las fuentes, sobre algunas materias singulares de las aguas del Paraná y sobre los restos fósiles hallados en el Carcarañá; sobre el aire y sus propiedades en estas regiones; sobre los vientos, los huracanes, las estaciones y los solsticios; sobre los terremotos y meteoros ígneos; sobre la aurora boreal y las causas de los incendios de los campos; sobre la diversidad de tierras y sus propiedades; sobre la bondad de las arenas para tejas y ladrillos; sobre la utilidad de los montes; sobre la riqueza minera; sobre las especies de azufre, de pólvora, de mármoles y piedras preciosas; sobre las minas de oro, plata, platino, plomo, estaño, hierro, acero, cobalto, bismuto y zinc.

En un grueso volumen trata Sánchez Labrador de todos estos puntos de geografía, dedicando otros diez tomos a la flora, fauna y demás productos de estas regiones, que él tan a fondo conocía y tan sabiamente estudió. Eximio geógrafo, no fue sino un mediano cartógrafo. Conocemos una docena de mapas compuestos por él y no hallamos en ellos ni la elegancia de Camaño, ni la precisión de Cardiel, ni la amplitud de Machoni. No fue un cartógrafo de mérito singular, pero ¿quién puede comparársele en cuanto a conocimiento vastísimo, a la par que exactísimo, de todo lo relativo a la geografía de estos países?

Acabamos de mencional al P. Joaquín Camaño y es justo que consignemos su nombre al lado del de los PP. Quiroga, Cardiel y Sánchez Labrador. Fue un digno competidor y émulo feliz de los mismos. Sabemos que compuso media docena de mapas rioplatenses y particularmente tucumanos, pero sólo uno de ellos ha llegado hasta nosotros, el que editó el P. José Jolís en su *Saggio sulla historia naturale della provincia del Gran Chaco*, y han reeditado posteriormente Lafone y Quevedo, Levillier y Navarro Lamarca, Deletang y Boggiani. A juicio del último de los nombrados, trátase del mapa chaqueño más científico que nos legó la época colonial. Camaño, sin embargo, no sólo era un inteligente cartógrafo, sino, además, un

eximio geógrafo, como lo comprueban sus extensas y eruditas cartas sobre la existencia del Río Corrientes. Desgraciadamente se ignora el paradero de la gran obra de este Jesuíta, que no es otra que su "*Diccionario Geográfico-Histórico de Indias, donde se contiene cuanto hay digno de saberse, perteneciente a geografía, comercio, historia natural, civil, eclesiástica de América; trabajo en que he empleado más de 20 años hasta completar 30 mil artículos, sin omitir diligencia para adquirir libros, papeles, noticias y cartas geográficas de aquel nuevo mundo, con que he logrado juntar una de las colecciones más completas que se conocen...*"

Al lado de todos estos geógrafos y cartógrafos ¡cuántos otros pudiéramos y debiéramos mencionar! No es posible, sin extendernos más de lo que nos hemos propuesto. Recordemos, no obstante, cuánto debe la ciencia geográfica al P. Martín Dobrizhoffer, que en su monografía sobre los indios Abipones nos dejó un compendio de geografía lleno de observaciones personales[15]; al P. José Jolís, que en su ensayo sobre la historia natural del Gran Chaco completó la información que medio siglo antes había Lozano consignado en su célebre *Chorografía del Chaco Gualamba*; al P. Tomás Falkner, que fue el primero en recorrer la zona central de la pampa bonaerense y el primero en dar a conocer al público de la Gran Bretaña y a la Europa toda la geografía de aquellas zonas y aun las del sur de Santa Fe y de Córdoba por él exploradas[16]; al P. Manuel Canelas, que nos ha dejado una maravillosa monografía sobre el suelo santafesino, particularmente sobre la región que ocupaban los indios Mocobíes; al P. Francisco Javier Iturri, de quien es un *Tratado acerca de los males que España ha sufrido por el exceso de oro proveniente de América y acerca de las fábricas y compañías de comercio de España*; al P. Matías Strobel, cuyas cartas escritas desde la región marplatense contienen noticias valiosas sobre aquella zona, que él recorrió y habitó a mediados del siglo XVIII[17].

15 Compuso además un curioso mapa que reeditamos en nuestra Cartografía. Cf. Facultad... I, 120-121.

16 Falkner compuso un mapa de las regiones del Río de la Plata. Cf. Facultad... I, 112-114; II, m. 38a y 38b.

17 En nuestra *Cartografía Jesuítica del Río de la Plata*, ya citada, damos noticia de ciento once mapas compuestos por los jesuítas que moraron y traba-

Pudiéramos alargar aún esta lista, pero la cerraremos recordando que la información geográfica más antigua y por cierto valiosísima que poseen los pueblos rioplatenses es la contenida en las *Cartas Anuas*, así en las denominadas del Perú y aparecidas antes de 1610, como en las que hasta hace poco yacían inéditas, y actualmente publica la Universidad de Buenos Aires. Los dos tomos aparecidos sólo comprenden las *Cartas Anuas* relativas a los años 1609 - 1637; pero, aun así, ofrecen al estudioso un caudal inmenso de noticias como no es posible hallar en escrito alguno de aquella lejana época. Diseminadas al través de dichas Cartas hallará el estudioso antecedentes de primer orden sobre nuestra hidrografía y orografía, sobre la fauna y flora, sobre el comercio de los primitivos pobladores, sobre los productos indígenas y las faenas de los mismos, sobre la moneda de la tierra y sobre la higiene edilicia de nuestras primitivas poblaciones. Nada falta en esa grande enciclopedia del saber, conocida generalmente con el título tan poco expresivo de *Cartas Anuas*.

jaron en estas regiones de América. Después de publicado aquel trabajo hemos hallado otros tres mapas jesuíticos: el Mapa de las Misiones. 1758 compuesto por un jesuíta italiano: Archivo de Ingenieros Militares (Madrid): D. - b. - 9 - 67 (38 x 26 cm. en papel y colores, ms.), un plano de las estancias de ganados: Bibl. de la Real Acad. de la Historia (Madrid): 11-1-8, n. 2. (50 x 30 cm. mss.); otro intitulado: Estancias de ganados: Archivo de Loyola: 4 - 4 (30 x 20 cm. en colores, mss.). Como se lee en una advertencia, es su autor el Hno. Juan de Avila.

V

ETNOGRAFOS Y ETNOLOGOS

¿Dónde estaría yo si no fuese por los trabajos de los Misioneros, S. J., franciscanos y otros? En los trabajos de ellos he estudiado lo poco que sé y cada día aprendo a apreciarlos más y más". Estas son palabras del doctor Samuel Lafone y Quevedo y fueron escritas por aquel sapientísimo etnólogo en 1919[1], cuando estaba a las puertas de la eternidad, después de haber pasado media centuria dedicado casi exclusivamente a los estudios de su predilección, que no fueron otros que los etnográficos.

Ni es de extrañar que así pensara aquel sabio varón. Basta abrir cualquiera de sus innumerables monografías sobre etnografía y lingüística argentina para ver cómo supo aprovecharse de los escritos etnográficos compuestos por misioneros de la Compañía de Jesús. Para todo lo referente a los indios Tobas halló abundante información en los escritos del P. Alonso Barzana o Bárcena; para el estudio sobre los indios del grupo Mataco-Mataguayo (1896) valióse, asimismo, de las cartas de Barzana y de las noticias que le proporcionaron los Padres Hervás y Jolís; para el esclarecimiento de lo referente a la raza pampeana y guaraní (1900) halló un rico minero en las magníficas obras de los Padres Ovalle y Falkner; para el estudio

[1] Publicado en la revista "Estudios", t. XIX, Bs. As., 1920, p. 20.

sistemático y científico del grupo Guaycurú - Mocobí halló información segura en los escritos de los Padres Lozano, Hervás, Jolís, Techo y Sánchez Labrador; para el mejor conocimiento de los indios Vilelas aprovechóse de lo que nos han dejado los Padres Machoni, Dobrizhoffer, Jolís y otros. Apenas se hallará una página en los escritos del doctor Lafone en la que no aparezca la cita de algún miembro de la Compañía de Jesús. Como es sabido, su admiración por Barzana, por Dobrizhoffer, por Brigniel, por Sánchez Labrador, por Lozano, rayaba en veneración[2].

Ni se crea que el sapientísimo ex-director del Museo de la Plata fue el único que acudió a las fuentes jesuíticas en busca de información abundante y segura. Podemos aseverar que todos los estudiosos argentinos han ido a beber en las mismas fuentes, así Juan Pelleschi para sus estudios sobre los indios Matacos (Bs. As., 1867), como Guido Boggiani para su *Compendio de etnografía paraguaya*[3], así Domenico del Campana para su valioso aporte de *Notizie intorno ai Ciriguani*[4], como Félix F. Outes para su célebre monografía sobre Los Querandíes[5]. No podemos omitir en esta breve recensión la magistral obra de Eric Boman[6], en la que tanta parte tienen los Padres Valdivia, Lozano, Barzana, Ovalle y Santisteban. Sin los aportes de estos Jesuítas ¡cuán diverso sería el valor de esa magnífica monografía sobre las *Antiquités de la region andine*!

No hay, por cierto, región alguna argentina ni tribu alguna de indígenas acerca de los cuales no poseyamos información proveniente de fuentes jesuíticas. Sobre los indios rioplatenses en general nos han dejado relaciones meticulosas los Padres Lozano, Andreu, Jolís, Camaño, Cardiel y Muriel. El escrito de este último yace aún inédito en los archivos madrileños[7]. El citado Padre Camaño escribió dos re-

[2] Véase lo que de Lozano escribió Lafone en su monografía sobre Londres y Catamarca, Bs. As., 1888, pp. 32/33.

[3] Asunción, 1900.

[4] Firenze, 1902.

[5] Buenos Aires, 1897.

[6] París, 1908.

[7] Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 20119. Se intitula *"Noticia breve de las Misiones de la Compañía de Jesús"*.

laciones y ambas han sido editadas en la revista uruguaya "Amigos de la Arqueología", que se edita en Montevideo[8].

Sobre los indios Mataguayos en particular poseemos la valiosa relación del P. Román Arto, quien en ocho folios nos ha dejado una noticia tan compendiosa como sustanciosa de aquellos indígenas. El antes citado Andreu, autor de una noticia general de los indios chaqueños, escribió y publicó la *Vida del P. Francisco Ugalde*, en la que largamente disertó sobre esos mismos indígenas. Sobre los Omoampas y Lules nos dejó datos no menos interesantes en su *Vida del P. Pedro Artigas*[9] y en su relación de las Misiones del Chaco[10].

De los indios Vilelas poseemos abundantes noticias gracias al Padre Tomás Borrego, autor de una disertación sobre ellos, y gracias al P. Bernardo Castro, que en dos ocasiones se ocupó de aquellos indígenas, a quienes había tratado y con quienes había convivido durante ocho años. Una de sus relaciones consta de 48 folios y la otra de 10. Ambas merecen ser publicadas para provecho de los estudiosos. Yacen inéditas en un Archivo de Barcelona[11].

Sobre los indios Huarpes es poco lo que sabemos, pero aun ese poco se debe a los Jesuítas, o sea a los Padres Valdivia, Pastor y Ovalle.

La información más rica y más fidedigna que poseemos acerca de los indios Mocobíes la debemos íntegramente a los misioneros de la Compañía de Jesús, Nos referimos a los Padres Paucke, Burgés, Canelas y Bustillo. El primero compuso una voluminosa obra de más de mil páginas sobre aquellos indios, volumen que traducido, acaba

[8] En nuestra monografía *"Entre los Mocobíes de Santa Fe"*, Buenos Aires, 1938, nos hemos valido de las noticias que sobre esos indígenas nos ha dejado Camaño.

[9] Madrid, 1762. Valdría la pena reeditar este libro y esperamos poder hacerlo en breve.

[10] A base de esos escritos de Andreu hemos pergeñado nuestra monografía *"Entre los Lules del Tucumán"*, Buenos Aires, 1941.

[11] Esto escribíamos en 1933, pero en 1939 publicamos *"Entre los Vilelas de Salta"*, según noticias de los Misioneros Jesuítas Bernardo Castro, Joaquín Camaño, Antonio Moxí, Vicente Olcina, Alonso Sánchez, Roque Gorostiaga, José Jolis, Antonio García, Tomás Borrego y Pedro Juan Andreu, Buenos Aires 1939, en cuyas páginas mechamos las valiosas de esos historiadores.

de ser publicado y con toda magnificencia por el señor Ricardo Staudt[12].

No es inferior a Paucke el P. Francisco Burgés, autor de otro voluminoso trabajo sobre los Mocobíes. "Relación de la fundación del Pueblo de S. Javier de los Mocobis" es el título de su valiosísimo estudio y en él consigna sus largas experiencias en compañía de los mismos, su oscuro origen, su sitio, pueblos y casas, el conocimiento que tenían de lo espiritual, la forma en que educaban a sus hijos, sus guerras y las armas de que disponían, sus borracheras y sus juegos, las ceremonias fúnebres y los entierros, etc., etc., dedicando a todos estos puntos y otros muchos sendos capítulos de interesantísima lectura.

Superior, a nuestro juicio, a este magnífico estudio sobre los indios Mocobíes, y es mucho decir, es el trabajo verdaderamente completísimo del P. Manuel Canelas, natural de la ciudad de Córdoba. Es aún inédito, pero el doctor Lehmann Nitsche ha podido, valiéndose de nuestra copia, extractar datos de gran interés sobre el culto que aquellos indios daban a los astros[13].

Los Padres Brigniel y Dobrizhoffer nos han dejado cuanto podemos desear sobre los famosos y belígeros Abipones. Sobre todo el segundo de estos Jesuítas agotó la materia en forma absoluta. Su célebre libro "De Abiponibus" no sólo es una magnífica monografía sobre aquellos indios, sino que debe ser considerado como uno de los escritos que más contribuyeron a la evolución de la ciencia etnográfica. Así lo declara, entre otros, Achelis al aseverar que Dobrizhoffer y Lafitau deben ser considerados "como los pioneers o fundadores de la ciencia etnográfica comparada"[14]. Oscar Canstatt, tan poco

[12] Los tres gruesos volúmenes de esta preciosa obra, una de las más interesantes para el conocimiento pleno e integral de lo que fue la civilización hispana y el problema del indio, en la primera mitad del siglo XVIII, reproducen en tamaño natural y en colores los valiosos dibujos con que Paucke enriqueció su original.

[13] Este manuscrito de Canelas, como el antes citado de Burgés, han sido ampliamente utilizados en nuestro trabajo *"Entre los Mocobíes de Santa Fe"*, según noticias de los misioneros jesuítas Joaquín Camaño, Manuel Canelas, Francisco Burgés, Román Arto, Antonio Bustillo y Florián Baucke. Buenos Aires, 1938.

[14] *Moderne Volkerkunde*, p. 82.

favorable a los misioneros católicos y particularmente a los Jesuítas, nos dice, no obstante, que "es imposible ocuparse uno de los indígenas del Chaco sin contar ante todo con los escritos de Ptotenhauer y Dobrizhoffer"[15], y Wolfang Menzel no titubeó en aseverar que Dobrizhoffer fue el primero que dió a la Europa un conjunto de noticias exactas acerca de los indios sudamericanos[16]. Falkestein opina que el mérito de Dobrizhoffer como etnólogo es tan grande y tan grandes fueron sus servicios a la civilización, que con toda razón puede decirse de él que es "uno de los Jesuítas más ilustres que ha producido la Germania"[17].

No es menor la gloria que circunda la frente del insigne Jesuíta Padre Tomás Falkner. El doctor Félix F. Outes no duda en señalar la obra de este Jesuíta como uno de los grandes jalones en la evolución de los estudios etnográficos. "Dejando de lado las amplias crónicas de los religiosos Nicolás de Techo (1675), Pedro Lozano (1745) y de su repetidor Tomás [José] Guevara, en cuyas páginas se hallan diluídas, asimismo, observaciones apreciables, conviene hacer notar que, al publicarse en 1774 la *Descripción de la Patagonia* por el Jesuíta Tomás Falkner, se inicia una evolución sensible, pues la obra referida, discreta y bien informada, y en la que se describen sobriamente los pueblos que habitaban en aquel entonces las llanuras, la Patagonia y los archipiélagos magallánicos, resume observaciones personales realizadas por un espíritu cultivado y durante largo espacio de tiempo[18]. Lafone, a su vez, ha escrito muy acertadamente: "Falkner era inglés, desde luego inclinado a decir mucho en pocas palabras; era Jesuíta, por lo mismo *the right man in the right place*, es decir, que no era tapón cuadrado en agujero redondo; y, por último, había estado cuarenta años en los lugares que describe. Su re-

[15] Citado por Cathrein en *"Stimen aus Maria Laach"*, t. 27, p. 441.

[16] *Die deutsche Litteratur*, t. 3, p. 110.

[17] A base principalmente de Dobrizhoffer y de Brigniel escribimos y publicamos en 1938 nuestro trabajo *"Entre los Abipones del Chaco"*, según noticias de los misioneros jesuítas Martín Dobrizhoffer, Domingo Muriel, José Briqniel, Joaquín Camaño, José Jolís, Pedro Juan Andreu, José Cardiel y Vicente Olcina.

[18] *Los Aborígenes de la República Argentina*, Buenos Aires, 1910, p. 24.

lación es magistral y ha debido tenerse en cuenta cuando se ha discutido la naturaleza de los Querandíes..."[19].

Al lado de estos dos insignes etnólogos hemos de unir el nombre y la gloria del Padre José Sánchez Labrador. La Universidad de La Plata comenzó la publicación de todos sus libros sobre etnografía y llegó a dar a la publicidad tres tomos que fueron recibidos por todos los estudiosos con verdadera satisfacción. Hablando de los dos primeros tomos pudo escribir el doctor Lafone que "la monografía sobre los indios Mbayá (del P. Sánchez Labrador) llena un vacío que nos quedaba en la historia de la gran familia étnica a que pertenecen"[20].

Terminaremos estas líneas recordando que fue un Jesuíta quien a fines del siglo XVIII concibió la idea de hacer una vasta enciclopedia etnográfica argentina y al efecto reunió abundantes y valiosísimos materiales. Quiso el P. Joaquín Camaño, natural de nuestra Rioja, hacer en el campo de la etnografía lo que el P. Lorenzo Hervás y Panduro había hecho en el de la lingüística. Pidió y obtuvo la colaboración de cuantos misioneros había entonces en las ciudades del norte de Italia donde él se encontraba y muchos de ellos no contentos con proporcionarle datos sueltos, escribieron largas e interesantísimas relaciones, la mayor parte de las cuales yacen aún inéditas en los archivos italianos y españoles. Algunas de esas relaciones, como las de los Padres Manuel Canelas y Juan Pedro Andreu, Román Arto y Ramón Salat, Antonio Moxí y Roque Gorostiza reservan más de una sorpresa a causa de su valiosa y novedosa información.

[19] De los escritos de estos jesuítas muy particularmente, nos hemos valido para nuestra monografía *Entre los Pampas de Buenos Aires*, según noticias de los misioneros Jesuítas Matías Strobel, José Cardiel, Tomás Falkner, Jerónimo Rejón, Joaquín Camaño, Manuel Querini, Manual García, Pedro Lozano y José Sánchez Labrador, Buenos Aires 1941.

[20] *El Paraguay Católico*, Bs. As., 1910, t. 1, p. XIV.



Indios abipones, según dibujo publicado por el Padre Martín Dobrizhoffer en su "Historia de Abiponibus" (Viena, 1783)

VI

LINGÜISTAS Y FILOLOGOS

Un historiador del prestigio del señor Torres Saldamando ha podido afirmar a propósito de los libros en lengua indígena escritos por miembros de la Compañía de Jesús que los "Jesuítas no sólo escribieron aquellas obras en los idiomas referidos, sino en todas las lenguas americanas, formándose un monumento imperecedero, que recuerda constantemente su amor a las ciencias y sus inestimables servicios en favor de la civilización"[1].

No exagera el historiador peruano que escribió estas líneas. Basta abrir alguna de las bibliografías de lenguas americanas como la de Ludewig, la del conde de la Viñaza o la del general Mitre para confirmar ampliamente los asertos del señor Torres Saldamando. Pasan de mil las obras que en lengua indígena o sobre las lenguas indígenas han escrito los Jesuítas en el transcurso de tres siglos y en los diversos países del continente americano desde el Alaska hasta la Tierra del Fuego. Notemos además que no sólo en el número carecen de rival, sino sobre todo en la calidad, ya que los autores de esas obras eran en su mayoría hombres de alta cultura y preparados por ende para apreciar y transmitir a la posteridad los grandes valores glóticos de los idiomas indígenas. Pudieron a las veces errar queriendo reducir la analogía y la sintaxis de los idiomas americanos a las reglas de los idiomas clásicos, pero ese error es por cierto muy disculpable ya que la ciencia lingüística no había aun evolucionado; apenas había nacido en brazos de los humanistas del siglo XVI.

Hicieron cuanto les fue posible para conocer primero y trans-

[1] *Los Jesuítas*, Lima, 1884, p. 4.

mitir después los idiomas de los indios y esta es la gran gloria de los fervorosos sabios misioneros que la Compañía de Jesús diseminó por nuestro continente y particularmente por esta fracción del mismo que hoy ocupan las repúblicas rioplatenses. Los primeros Jesuítas que llegaron a nuestro país entraron en el campo lingüístico a banderas desplegadas. El P. Alonso Barzana, cuyo nombre suena a legión, llegó a aprender trece idiomas, entre ellos algunos tan raros como la lengua Tonocote, Kakana, Sanavirona, Calchaquí y Natica. El señor Samuel Lafone editó el "Arte de la lengua Toba", compuesto por este insigne lingüista, valiéndose al efecto del manuscrito que tenía el general Mitre[2], y desde 1607 es del dominio público la Doctrina Cristiana en la lengua Puquina aditada por el P. Jerónimo Ore[3]. Sabemos que compuso además Artes y Vocabularios en las lenguas Tonocote, Kakana y Puquina, como también Artes y Catecismos en las lenguas Guaraní, Natija y Quiroquini y Artes y Vocabularios en la lengua de los Abipones y de los Querandíes[4].

El P. Añasco, compañero de Barzana, no le anduvo a la zaga. Nieremberg nos dice que "para cuidar del bien espiritual de los indios aprendió nueve lenguas diferentes, de las cuales hizo artes, vocabularios, catecismos y oraciones". El mismo Añasco en carta al Padre General de la Compañía le decía que "aunque podemos por la voluntad del Señor catequizar y confesar en once lenguas, quedan otras muchas que aprender, y todas las salidas que hacemos traemos aprendidas una o dos lenguas". Y agregaba: "es de tanta importancia esto para ganar los corazones de toda esta gente, que no lo sabré encarecer... No sólo los indios de estos pueblos, sino los que están muy apartados de ellos en sus chacaras y chozas, los viejos y viejas que nunca ven sacerdotes ni españoles acuden con tanta afición y amor a oír la doctrina y hacer todo lo que se les dice, que causa admiración... y todo esto se gana por medio de hablarles en sus lenguas...".

[2] Buenos Aires, 1893, 1 vol. fol. 234 pp.

[3] Nápoles, 1607. Existe ejemplar en el Museo Británico de Londres.

[4] Véase Lozano, *Descripción del Gran Chaco*, p. 116, e Historia de la Compañía, t. 1, p. 105. Más someramente nos hemos ocupado de todos los escritos lingüísticos de Barzana en nuestra monografía *"Alonso Barzana, S.J., Apóstol de la América Meridional"* (Buenos Aires, 1934), pp. 17-19, 34-38.

Por Añasco sabemos también que su compañero de fatigas, el P. Juan Romero era otro polígloto. Era modelo en todo, asevera Añasco, "también en animarnos a la empresa de las lenguas que digo, de las cuales él sabe seis, predica y confiesa en ellas con notable fruto"[5].

Estos Jesuítas trabajaron principalmente en las regiones mediterráneas argentinas. Los que iniciaron su labor en las partes orientales, particularmente en las del Paraguay, no fueron menos fervorosos en aprender los idiomas indígenas. Baste recordar los nombres de los Padres Vicente Griffi, Marcel Lorenzana, José Cataldino, Simón Masseta, Francisco de San Martín y Roque González, todos ellos inteligentísimos en dos, tres o más idiomas. Sobre todos ellos destacóse el P. Roque González, a quien los contemporáneos llamaban "el Demóstenes Guaraní", según asevera Bauzá[6]. Sucesor suyo en la dura labor misionera y en la gloria filológica fue el P. Antonio Ruiz de Montoya.

En 1637 y en compañía del P. Francisco Díaz Taño pasó Montoya a España para defender, cual otro Las Casas, a los Indígenas contra las arbitrariedades de los encomenderos y aprovechó la coyuntura para editar, no sin ingentes dificultades, el Arte, Vocabulario, Tesoro y Catecismo de la lengua Guaraní, que él y sus hermanos de religión habían compuesto. Esas obras, como también las del P. Luis Bertonio, del P. Figueredo y del P. Ancheta, merecieron que el señor Julio Platzmann las reeditara facsimilarmente y en forma la más egregia, reedición que mereció los aplausos unánimes de la ciencia que acogió tan grande arsenal de información con el mayor júbilo, pues se trataba de libros muy difíciles de adquirir[7].

Mientras estuvo Montoya en España defendió a sus hermanos de religión contra ciertas calumnias que ya entonces levantaban contra ellos algunos españoles. Precisamente una se refiere al estudio de los idiomas indígenas. El buen Montoya para probar la falsía de los que así se expresaban, aducía el hecho de haber traído él las citadas obras y agregaba: "averígüese el tesón y cuidado con que aprenden

[5] Astrain, Historia, t. 4, pp. 626-628.

[6] *Historia de la dominación española,* Montevideo, t. 1, pp. 379 y 354.

[7] Sobre Montoya véase el elogioso juicio de Manuel Domínguez en el XVII Congreso de Americanistas, Buenos Aires, pp. 193-194.

[los Jesuítas] en todas las Indias las varias lenguas que hay, con tanta perfección, que se les parece nativas"[8]. Advertía además el P. Montoya en este mismo Memorial que "hay orden de los Padres Generales que inviolablemente se guarda, que ningún sacerdote de la Compañía de Jesús haga la profesión solemne, aunque sea aptísimo para ello, si no supiere alguna lengua de indios".

Aludía sin duda Montoya a la "Instrucción para enfervorizar en el ministerio de los Indios" que en 1603 había enviado el P. Claudio Aquaviva y cuyo texto puede verse en Hernández[9]. Con tal fervor, antes y después de esta Instrucción, tomaron los Jesuítas el estudio de los idiomas de los indios que en 1613[10] se aseveraba que "de los cincuenta y dos sacerdotes que hay en toda la Provincia del Paraguay sólo dos o tres no conocen ni hablan alguna lengua indígena". Esta diligencia no decayó jamás como lo comprueba una carta del P. Tirso González, escrita en 1687 y lo comprueba también la ordenación que en 1739 dió el P. Antonio Machoni a los misioneros de indios Lules. Al establecer esta nueva misión ordenaba el Superior que a la manera de lo hecho siempre en las misiones nuevas se debería destinar "media hora de ejercicio de la lengua, para que mejor se impongan en ella los misioneros, y a este efecto se señalaría en la distribución diaria "media hora" "que fuese más cómoda para los Padres".

No es fácil formarnos idea de los sacrificios que esta diligencia costaba a los Jesuítas, sobre todo a los que venían a las Misiones entrados ya en años, que era el caso de no pocos. Hombres que en Alemania, en Francia, en Italia o en España habían regenteado cátedras en las grandes ciudades se hacían niños con los niños a fin de llegar a aprender con perfección el idioma que les había de abrir las puertas al apostolado. El P. Luis de la Roca en su Biografía del P. Francisco Burgés cuenta lo que le acaeció a este santo misionero: "Juntaba el P. Francisco a los muchachos y muchachas para enseñarles la Doctrina en la lengua Quichua, que iba ya aprendiendo, y como todavía no la sabía perfectamente hacía algunos errores con ella. Aquí era

[8] *Memorial* de 1643, Hernández, Organización Social, t. 2, p. 620.

[9] *Organización social de las doctrinas guaraníticas,* t. 1, p. 578, artículos 3 y 4.

[10] *Anuas de 1613*, ed. Leonhardt, Bs. As., 1927, t. 1, p. 269.

la fiesta y las risadas de la gente grande que andaba cerca, y le oía; mas el Padre sin hacer caso ni aprecio de que se riesen de él y le hiciesen burla, pasaba delante muy sereno y sosegado atendiendo sólo a instruir y dar noticia a los ignorantes de los misterios de la Fe".

Este es un caso, pero análogos a éste pasaron muchos otros a la mayoría de aquellos beneméritos misioneros. Nada, sin embargo, les arredró y así se explica que fueran tantos los que llegaron a ser eminentes en el conocimiento de las lenguas indias. No es posible ni aun en forma sintética consignar los nombres de tantos como nos han dejado escritos más o menos extensos, más o menos importantes, si es que en este campo de la glótica indígena puede haber algún escrito que no sea de grande interés e importancia proviniendo sobre todo de hombres de singular cultura y que con todo fervor estudiaron y llegaron a dominar los idiomas de los naturales de estos países.

El célebre Padre José Acosta compuso además de otros escritos menores un tomo de *Sermones de la Caridad y Limosna en lengua Quichua*, obra que Quaritch puso a la venta en 1885 y cuyo paradero actual se ignora; el P. Juan Ignacio Aguilar reditó en 1754 el *Arte y Vocabulario de la lengua Quichua* que había escrito el P. Diego de Torres y aumentado y corregido el P. Juan de Figueredo (Lima 1754). Del P. Cristóbal Altamirano, excelsa gloria de la ciudad de Santa Fe, se exhiben en las vitrinas del British Museum de Londres su *Compendio de la Doctrina Cristiana para niños*, escrita en lengua guaraní, como también sus Doctrinas compuestas en esta misma lengua, de la cual era un artífice[10]. El P. Diego Francisco Altamirano que fue Provincial de la Provincia del Paraguay, compuso una *Doctrina Cristiana en la lengua Moxa* con algunos apuntamientos para formar arte y vocabulario de la misma. Nada digamos del P. José Ancheta, cuya labor en el campo de las lenguas supera toda ponderación, ya que pasan de diez las obras que compuso, una de las cuales, su *Arte de Gramática de lingoa mais usada na costa do Brasil*, fue publicada en 1595 y reeditada facsimilarmente en 1876, gracias a la munificencia del doctor Julio Platzmann. Existen además ediciones totales o parciales de 1648, 1708 y 1818, 1859 y 1892. El P. Alonso de Aragona, napolitano, es el autor de seis obras en lengua guaraní, una de las cuales de letra del mismo misionero existe en la Bibliote-

[10] Furlong, *Glorias Santafecinas*, Buenos Aires, 1929, p. 286.

ca del Colegio del Salvador. Valiéndose de este original sacó el general Mitre una copia que puso después a disposición del doctor Lafone y Quevedo, que la utilizó. En el idioma Mataguayo compuso el P. Juan Nicolás Aráoz, Jesuíta natural de la ciudad de Tucumán, una Gramática y un Vocabulario, según consigna Hervás que lo conoció[11]. En idioma Toba dejaron escritos diversos los Padres Román Arto y Pedro Artigas, como en la lengua de los Abipones los Padres Dobrizhoffer y Brigniel, de quienes nos hemos ocupado anteriormente. Del segundo de los mencionados sabemos que compuso Vocabulario, Gramática, Catecismo y Sermones en aquella lengua tan poco estudiada y tan poco conocida. El doctor Lafone, en 1896, editó los manuscritos de este Jesuíta y le defendió contra los gratuitos asertos del señor Azara, que sin haber estado jamás entre los Abipones ni estudiado su idioma, se atrevió a censurar los escritos lingüísticos del misionero alemán.

Quaritch puso a la venta, en 1885, un *Vocabulario de la lengua Guaraní*, de 368 páginas, compuesto por el P. Pedro del Castilho; y Maisoneuve, de París, puso a la venta el *Arte y Vocabulario de la Chiquita*, compuesto por varios Jesuítas de aquellas Misiones. Erradamente se creyó que era Chomé uno de sus autores, como demostró el señor Lucien Adam en el estudio preliminar. Sabemos, sin embargo, que este benemérito Jesuíta compuso alrededor de diez obras en lengua Chiquita y Zamuca. Algunas aun existen en archivos bolivianos, como ha demostrado últimamente el P. Rubén Vargas. Hervás, que tanto se valió de las noticias y escritos de Chomé, escribió de él "que no solamente sabía todas las lenguas europeas civiles, como la española, francesa, alemana, inglesa, italiana e ilírica, mas también la china, dos africanas y cuatro americanas, que eran la guaraní, la chiquita, la zamuca y la quichúa o peruana; y de las lenguas chiquita y zamuca escribió gramática y vocabulario y a ellas tradujo algunas oraciones piadosas"[12]. Según el P. Techo, compuso el P. Francisco Díaz Taño en lengua Gualacha: *Gramática, Vocabulario y Doctrina Cristiana*, pero ninguna de esas obras ha llegado hasta nosotros. Aunque vivió principalmente en Chile, nadie ignora cuánto han apreciado los filólogos los escritos del P. Andrés Febrés. Su

[11] Catálogo, t. 1, 198.

[12] Catálogo, t. 1, p. 198.

Gramática Araucana es tan útil para el conocimiento de no pocas parcialidades de los indígenas de la Patagonia como los escritos análogos del P. Bernardo de Havestadt, autor de la magnífica obra conocida con el título abreviado de *Chilidugu*, y cuyo mérito excepcional indujo a Platzmann a reeditarlo facsimilarmente en dos gruesos tomos tan apreciados en el mundo de la lingüística. Nada digamos de los escritos del P. Luis Figueira, igualmente reeditados por Platzmann en 1899, ni de los del P. Juan de Figueredo, tan elogiados por Saldamando, ni de los trabajos del P. José Martí, tan elogiados por Barros Arana, por Hervás y por Cooper. Este último, aludiendo a la célebre carta del 31 de octubre de 1763 sobre los indios de Tierra del Fuego, escribe: "esta carta ha sido utilizada posteriormente como base para la clasificación de estos indios", "*This letter, has frecuently been used by later writers as a basis for the clasification of these natives*"[13].

El P. Antonio Garriga, que fue Provincial del Paraguay en 1709 y 1713, reeditó la tan apreciada *Arte de la Lengua Moxa con su Vocabulario y Catecismo*, compuesto con anterioridad por el Padre Marbán, aunque aparecida por primera vez en 1702. El P. Diego González Holguín, fallecido en la ciudad de Mendoza en 1617, fue el autor de la *Gramática y Arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua Quichua*, publicada en 1607 y reeditada en 1842. Fue igualmente reeditado, en ese año, su Vocabulario de la misma lengua. Del P. Juan José Gullielmo sabemos que compuso una Gramática y Diccionario de las lenguas que hablan los indios Puelches y Poyas, y tradujo a estos idiomas las oraciones y el Catecismo. Lástima grande que ignoremos el paradero de tan codiciados escritos. Impresa corre la voluminosa obra que en idioma guaraní escribió el P. José Insaurralde y publicó en 1759 con el título de *Araporu aguiyey*. Forma dos tomos de 464 y 368 páginas y es sin duda una de las obras guaraníes más apreciables, ya que su autor era natural del Paraguay y eximio maestro en el idioma de sus compatriotas. De lo escrito por el P. Francisco Legal Sólo poseemos un fragmento: el editado por el P. Felipe Gilij[14], aunque según asevera el

[13] *The Tierra del Fuego Indians*, p. 97.

[14] *Saggio di Storia Americana*, t. 3, pp. 248-261.

conde de Viñaza[15], existe en la Biblioteca Real de Berlín un manuscrito de este Jesuíta en la lengua Guaraní. En la Biblioteca Nacional de Berlín se conservan cuarenta doctrinas escritas por el Padre Paulo Restivo, tan conocido ya por sus obras impresas de lingüista[16]. En la misma Biblioteca se encuentran dos Gramáticas guaraníes, compuestas también por misioneros Jesuítas[17].

Del P. Antonio Machoni tenemos su precioso *Arte y Vocabulario de la lengua Lule y Tonocote*, editado primeramente en 1732 y reeditado en 1877 por el señor Juan M. Lársen, además de valiosos datos que resumió Hervás en sus diversas obras sobre lingüística como en su *Origine*, pp. 29, 37, 41, 44, 45, 49, 121; en su *Saggio pratico*, pp. 102/103 y en su *Vocabolario Poliglotto*, pp. 121 y 223. Adelung, a su vez reeditó en parte estos datos en su *Mithridates*, t. 3, pp. 310/512, 514/516.

Como ve el lector, la lista de los Jesuítas que escribieron sobre idiomas rioplatenses es enorme, y ni aun sintéticamente es posible mencionarlos a todos. Nada, efectivamente, hemos dicho relativo al P. Diego Martínez, autor de un *Arte y Vocabulario en lengua Chiriguana*, al P. Francisco Mercier, autor de una *Historia de los cuatro evangelios en lengua Aymará*, al P. Pedro Marbán, que nos ha dejado un *Arte y Vocabulario de la lengua de los indios Moxos*, publicada en 1699, al Padre Francisco Navalón, que proporcionó elementos lingüísticos de la lengua Abipona a Hervás, al P. Diego Samaniego, que compuso un Arte y Vocabulario de la lengua Chiriguana, al P. José Sánchez Labrador, a quien debemos eterna gratitud por habernos dejado cuanto pudiéramos desear sobre la lengua Guaycurú o Mbaya, al P. Luis de Santisteban, autor de dos obras sobre la lengua de los indios que moraban en la región de Cuyo, al P. Felipe Suárez, a quien cabe la gloria de haber sido el primero que se animó a escribr una *Gramática de la lengua Chiquita*, al P. Ramón Termeyer, que ofreció al egregio autor del *Catálogo de las lenguas* algunos elementos de la que hablaban los indios Mocobíes, al P. Pedro Torrellas, autor de *Pláticas doctrinales en forma de coloquios compuestos en lengua chilidoxu*, al P. Diego Torres Rubio, que durante treinta años fue

[15] *Bibliografía de Lenguas indígenas*, p. 320, n. 1088, Madrid 1892.

[16] *Deutsche Staatsbibliotek*, acc. Ms. 1897, 225 y acc. ms. 1897, 226.

[17] Ib. sig. 145, 9 y fol. 92-93.

profesor de lengua Quichua y de lengua Aymará en el Colegio de La Plata y a quien debemos sendos volúmenes sobre las mencionadas lenguas indígenas, al P. Luis de Valdivia, cuyos escritos sobre lenguas chilenas nos interesan, pero cuyos escritos sobre el Milcayac y sobre el Allentiac son del más grande interés, al P. Cristóbal Valente, que hasta poesías en guaraní nos ha dejado y que Fernando Denis tuvo la buena idea de rescatar del olvido[18], al P. Juan Yate, inglés de origen, que escribió a fines del siglo XVI una *Gramática de la lengua Guaraní*, según afirma Foley[19].

Particularísima mención debemos hacer del P. Lorenzo Hervás y Panduro, padre de la moderna filología como no dudó en llamarle el Profesor Max Müller en sus célebres conferencias pronunciadas en la Universidad de Oxford. "Hervás, escribe el señor Amor Ruibal, trazó un cuadro casi perfecto de la familia semítica, sentó las bases para el conocimiento de la llamada familia turania, descubrió la familia de las lenguas malayas y polinesias, clasificó antes que otro alguno las lenguas americanas..."[20]. Gracias a sus titánicos esfuerzos surgió a fines del siglo XVIII la ciencia filológica.

[18] *Une fête bresilienne*, pp. 98-102.

[19] *Records of the English Province*, t.1, pp. 284/295.

[20] *Problemas de la filología comparada*, 1905, t.2, pp. 5-6.

ARTE
DE LA LENGUA GUARANI
POR EL P. ANTONIO RUIZ
DE
Montoya
DE LA COMPAÑIA
DE
JESUS
Con los Escolios Anotaciones
y Apendices
DEL P. PAULO RESTIVO
de la misma Compañia
Sacados de los papeles
DEL P. SIMON BANDINI
y de otros.
En el Pueblo de S. MARIA La Mayor.
El AÑO de el Señor MDCCXXIV

Portada de uno de los libros de lingüística escrito por los misioneros de la Compañía de Jesús e impreso en las mismas Misiones

VII

HISTORIADORES Y CRONISTAS

El doctor Rómulo D. Carbia, en su sintética *Historia de la Historiografía Argentina*, ha consignado en páginas concisas y luminosas la labor emprendida y realizada por los historiadores Jesuítas en el Río de la Plata desde fines del siglo XVI hasta fines del siglo XVIII. Quien lea con atención lo que ese erudito escritor consigna al respecto, fácilmente se persuadirá que cabe a la Compañía de Jesús la indiscutible gloria de haber fundado primero y hecho evolucionar, después, la historiografía nacional hasta llevarla a su pleno desarrollo y virilidad en manos del más grande historiador nacional, que no es otro que el Jesuíta madrileño Pedro Lozano.

Se ha advertido, y con razón, el gran valor histórico de la correspondencia epistolar de los Jesuítas, pues "por medio de ellas enviábanse noticias de historia natural o social", y se ha citado al efecto las *Cartas edificantes* que aparecieron primeramente en lengua francesa y que posteriormente tradujo y editó en Madrid el P. Davin, entre las que no pocas fueron escritas por misioneros que moraban en estas regiones y versan sobre las mismas, pero ninguno de nuestros historiadores nacionales ha conocido y menos aún ha podido apreciar otra colección sin comparación más rica, más variada y plenísima de noticias sagradas y profanas relativas a estos países. Nos referimos a la celebérrima *Welt Bott*, aparecida en Alemania y en Austria desde 1726 hasta 1761 y que abarca en su totalidad trein-

ta y ocho partes o tomos con 780 cartas o relaciones, de las que cuarenta se refieren al Río de la Plata. En las columnas de la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico de Montevideo* publicó el P. Juan Mühn una versión de la mitad de estas cartas o relaciones relativas a estos países[1].

Las dos citadas colecciones sólo contienen una parte ínfima de las cartas de carácter histórico escritas por los Jesuítas rioplatenses. Inéditas unas y publicadas otras en obras raras o de no fácil adquisición, hay diseminadas más de doscientas cartas que merecerían ser reunidas, pues formarían un *corpus* de valiosísima información. A tal obra podrían contribuir las cartas de los Padres Pedro de Añaco (1590), Alonso Barzana (1594), Antonio Betschon (1719), José Cataldino (1610), Ignacio Chomé (1730), Ignacio Cierheim (1733), Manuel García (1746), Roque González (1627), Francisco Magg (1730), Diego Martínez (1581), Nicolás Mastrilli (1595), Pedro de Oñate (1616), Ladislao Orosz (1726), Manuel Ortega (1613), Gaspar Osorio (1630), Pedro Romero (1640), Claudio Royer (1630), Antonio Ruiz de Montoya (1635), Jerónimo Ruiz del Portillo (1587), Juan Saloni (1599), Martín Smid (1738), Antonio Sepp (1692), Adolfo Skal (1734), Gaspar Sobrino (1618), Miguel de Sotomayor (1627), Matías Strobel (1727), José Uberacker (1750), José I. Barreda (1750), Cayetano Cattanneo (1730), Juan de Escandón (1768), Jerónimo Herrán (1733), Marcial de Lorenzana (1622), Bernardo Nusdorffer (1740), etc., etc. Como ve el lector, la lista es extensa y podemos apuntar que sólo hemos anotado los que nos han dejado cartas verdaderamente históricas por su contenido[2].

Muchas de estas cartas, más de quinientas, existen inéditas en el Archivo de la Nación Argentina, y existen otras tantas en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, tan rica en documentación argentina y existe un par de centenares en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, no pocas en el Archivo Real de Baviera, en el Archivo Histórico de Madrid y en el Archivo General de la Compañía

[1] *La Argentina vista por viajeros del siglo XVIII según cartas traducidas por Juan Mühn*, S. J., en Revista del I. H. y G. del Uruguay, Montevideo, 1931, pp. 229-324.

[2] En *Estudios*, Bs. As. 1945, t. 73, pp. 297-338, publicamos 18 Cartas del Padre Sebastián de San Martín (1733-1749).

de Jesús. ¡Qué valiosa, y valiosísima fuente de información, no sería un *corpus epistolarum* de los Jesuítas rioplatenses![3].

A estas cartas, tantas y tan valiosas como documentación histórica, hay que agregar un crecido número de relaciones, memoriales y tratados de toda índole y en todas las cuales se hallan a granel noticias y datos del mayor interés, aunque diseminados, a las veces, en páginas de difícil e ingrata lectura. Las memorias de los Padres Jaime Aguilar (1737), y Francisco Burgés (1658), del P. Francisco Crespo (1665), y del P. Francisco Díaz Taño (1632-1636), del P. Bernardo Nusdorffer (1730) y del P. Juan de Viana (1615); los *Tratados* (tal suele ser su título), del P. Pedro Calatayud (1773) y del P. Manuel Canelas (1780), del P. Tomás Borrego (1781) y del P. Diego González (1784); las *relaciones* del P. José Cataldino (1610) y del P. Jacobo Dennett (1759); del P. Antonio Ripari (1630) y del P. José Marchault (1638), del P. Félix de Lourmel (1754) y del P. José J. Rossignol (1803); las *breves noticias* del P. Domingo Muriel (1762) y del P. José de Montenegro (1746); las reseñas diversas que con títulos también diversos publicaron los Padres Francisco Altamirano, Juan Escandón, Jerónimo Herrán, Bernardo Nusdorffer, Ladislao Orosz, Julián de Pedraza, José Rico, Gaspar Rodero, Antonio Ruiz de Montoya, Adamo Schirmbeck, Antonio Sepp[4] y tantos otros, son documentos de gran valía documental.

Debemos recordar muy particularmente las llamadas *Cartas Anuas* que constituyen un arsenal inagotable de información segura y precisa desde 1610 hasta fines del siglo XVIII. La Universidad de Buenos Aires ha iniciado la publicación de esta obra y es de esperar que lleve a cabo empresa tan útil. Téngase presente que constituyen dichas Anuas las cartas que anualmente remitía el Provincial de los Jesuítas en esta parte de América al General residente en Roma.

[3] En breve publicaremos la correspondencia jesuítica relacionada con los orígenes de la ciudad de Rosario de Santa Fe, en las cercanías de la cual poseyeron los Jesuítas la estancia de San Miguel del Carcarañá.

[4] Sobre la obra del P. Sepp escribió y publicó el Sr. Roberto Lehmann Nitsche *"Un viaje a Buenos Aires en 1691 referido por el Padre Antonio Sepp"* en la "La Prensa", 8 de agosto de 1937, y el Sr. Edmundo Wernicke, *"El Padre Tirolés Antonio Sepp, misionero jesuíta en Yapeyú"*, en "La Prensa", 24 de marzo de 1940. Ambos publicistas ponen de manifiesto el valor histórico del relato de este jesuíta, aparecido en 1696.

Aunque esas extensas misivas anuales van firmadas por los mismos Provinciales, no eran ellos, por lo teneral, los autores de las mismas, sino sujetos que señalaban al efecto. Estos recogían los materiales y los ordenaban. Si en estilo no eran maestros, pasaban los manuscritos a quienes pudieran darles forma correcta y elegante, y como censores de la materia y de la forma eran de rúbrica los llamados Consultores de Provincia que tenían a su cargo juzgar de la exactitud y perfección de la Anua que debía ser remitida al General. Corridos todos estos trámites, suscribía el Provincial, en caso favorable, el extenso documento y cuidaba de su remisión a Roma. Entre los autores hemos de mencionar a hombres de tan singulares prendas como el P. Diego de Torres, P. Juan Pastor, P. Ignacio Frías, P. Juan B. Ferrufino, P. José Peramás y P. Pedro Lozano.

Lo que llevamos escrito bastaría para conceptuar a la Compañía de Jesús como grandemente benemérita de los estudios históricos en la República Argentina. No hemos, sin embargo, mencionado siquiera el principal capítulo relativo a la labor de los Jesuítas en el terreno de los estudios históricos. ¿Acaso Techo con su *Historia de la Provincia del Paraguay* (Lieja, 1673), y el P. Charlevoix con su *Histoire du Paraguay* (París, 1756), y Lozano con su trilogía histórica el *Gran Chaco Gualamba* (Córdoba, 1733), la *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay* (Madrid, 1754-56), y la *Historia Civil del Río de la Plata* (Buenos Aires, 1873) y Guevara con su *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay* (Buenos Aires, 1882), y Muriel con la continuación de la historia de Charlevoix no ocupan en nuestra historiografía las más altas cumbres en la relación verídica y abundante del pasado nacional?

La *Historia de la Provincia del Paraguay*, que en lengua latina escribió el P. Nicolás Techo, constituye un tomo en folio de 400 páginas en las que el autor, que vivió durante media centuria en estos países, nos ha dejado una descripción geográfica de los mismos, además de referir los principios de la conquista guerrera y religiosa, particularmente desde 1586 hasta la fecha en que escribía. No desconocemos los defectos de Techo, pero tenemos presente que escribía a mediados del siglo XVII cuando era costumbre el abuso de las formas clásicas, de las arengas artificiales, de las descripciones de corte antiguo, de las perífrasis insubstanciosas. Sus fallas podrán ser grandes, pero su gloria no es menor, ya que fue él quien primero

esbozó los orígenes del pueblo argentino. Hasta un apasionado enemigo de los Jesuítas, el señor Blas Garay, ha reconocido que esa obra proporciona "interesantes noticias" y merece "el crédito de que la abundante copia de documentos que tuvo a la vista para componerla la hacen acreedora"[5].

Un siglo más tarde aparecieron dos hombres que con singular ingenio refundieron, completaron y perfeccionaron la obra de Techo. Charlevoix y Lozano dieron mayor lustre a la historiografía nacional. Uno y otro es un historiador a la moderna, aunque sus obras no lleven ese bagaje de notas, apéndices y bibliografías que tan en boga están hoy día; son, sin embargo, las obras de ambos, substancialmente modernas, pues son de índole crítica, exentas de fábulas, libres de consejas, desembarazadas de falsos artificios retóricos.

La labor de Lozano es imponente. La *Descripción Chorográfica del Gran Chaco Gualamba* es un tomo en 4to. de 490 páginas; su *Historia de la Compañía* comprende dos tomos en folio de 773 y 832 páginas; su *Historia Civil del Río de la Plata* abarca cinco volúmenes en 4t0. de 468, 396, 570, 489 y 364 páginas; su *Historia de las Revoluciones* llena dos tomos en 4to. de 453 y 456 páginas; sus *Cartas Anuas*, finalmente, constan de tres gruesos tomos de 184, 500 y 766 páginas. Compuso, además, un *Diccionario Histórico Indico* en seis volúmenes, que desgraciadamente parece haberse perdido, además de una colección de documentos que su autor había rotulado *Collectanea* y que el P. Muriel utilizó mientras moraba en Córdoba.

Maravilla, a la verdad, hallar en plena época colonial a un hombre que emprende y lleva a ejecución obras de tanto aliento, aun en la suposición de que sean de menguado valor científico. No es, sin embargo, así, ya que Lozano fue un investigador incansable que recorrió los archivos existentes en el país, copió y estudió cuantos documentos pudo hallar a mano, ordenó y encadenó los sucesos relatando causas y efectos y pronunció con la mayor imparcialidad el severo dictamen de la verdad objetiva e imparcial. Se ha dicho, y con razón, que es Lozano para los historiadores argentinos, uruguayos y paraguayos lo que Tácito es para los ingleses, César para los

[5] Prólogo a la Historia de Techo, Madrid, 1897, t. 1, p. 7.

franceses y Tito Livio para los italianos. Es nuestro historiador por antonomasia, aunque en la actualidad no sea ni el más completo, ni el más exacto, y mucho menos el más elegante de nuestros analistas. La gloria de Lozano estriba principalmente en el hecho de haber sido él el primero que penetró en el boscaje chaqueño de nuestros anales, el primero que abrió una picada al través de la tupida y enmarañada selva de los sucesos, facilitando así a la posteridad, la instructiva y placentera oportunidad de recorrer el camino por él esbozado y afirmado con tanto acierto y con tan halagüeño resultado. "Lozano, escribe el doctor Lafone y Quevedo, no era hombre que se contentaba con lo que Herrera o Ruy Díaz de Guzmán o Techo, u otro le dijera: él compulsaba, digería, investigaba; en fin, parece que seguía los métodos que están en boga en nuestro siglo y nos ha dejado así obras de las que no podemos prescindir nunca los que nos ocupamos en la materia"[6].

Charlevoix no escribió tanto como Lozano, pero nos ha dejado una obra orgánica, completa, breve, luminosa, acertada y hasta amena. Es su libro el primer *manual de historia argentina*. Es menos profundo que su predecesor, pero su obra está escrita con visiones de conjunto, estudia los sucesos bajo diversos aspectos y no deja a un lado la faz jurídica de los mismos. Es más metódico, más ordenado y su estilo es más conciso. Impresa la *Histoire du Paraguay* en París en 1756 fue reeditada en 1757 y traducida al alemán en 1768, al inglés en 1769, al latín en 1779 y al castellano en nuestros días (1910).

La edición latina de esta obra se debió al P. Domingo Muriel, varón verdaderamente benemérito de la cultura nacional. La tradujo, pero agregando a su versión, además de notas sobrias y brevísimas y muy oportunas que rectifican algunas inexactitudes, un complemento que consta de cuatro libros de lectura interesante y de sólida información. Otro Jesuíta de reconocida probidad histórica, el P. Pablo Hernández, tradujo al castellano así la historia de Charlevoix como la de Muriel y enriqueció a ambas con nuevas y valiosas notas además de otro suplemento. Con razón escribió Hernández al frente de su versión que la obra de Charlevoix era "la obra clásica en la materia y hasta llegar a los últimos tiempos que abarca, no hay otra que

[6] Londres y Catamarca, Bs. As., 1888, pp. 32-33.

pueda igualársele en exactitud histórica y acierto para juzgar de los sucesos" (P. 8).

Quiso competir con Charlevoix otro Jesuíta y a él debemos otro buen *manual de historia*, aunque es verdad que la obra del P. José Guevara está lejos del carácter genial de la del P. Lozano y de la índole metódica y ordenada del P. Charlevoix. Ha tenido, sin embargo, editores tan egregios como Andrés Lamas, que publicó la primera edición de la *Historia del Paraguay*, de Guevara, y Paul Groussac que en forma admirable editó la segunda edición. A pesar de que en gran parte es toda ella. una mera rapsodia de la grande obra del Jesuíta madrileño, ha tenido y tiene admiradores, contándose entre los primeros a José Manuel Estrada, quien, a base de Guevara, filosofó sobre los sucesos de nuestra historia que en forma tan brillante nos ha dejado en sus inmortales lecciones.

Estas obras de Techo, Lozano, Charlevoix y Guevara son obras orgánicas o de conjunto que escribieron y publicaron religiosos de la Compañía de Jesús. Yacen, sin embargo, inéditas o perdidas tal vez las de índole análoga que sabemos escribieron varios Jesuítas como el P. Diego Lezama, Juan Pastor y Francisco Bautista. Fragmentos de la obra de este último se encuentran todavía en los archivos madrileños y chilenos, pero nada se conserva de los antes mencionados, como tampoco se conserva la voluminosa *Historia del Tucumán*, que escribió el P. Eugenio López, hombre de singularísimas dotes, según aseveran todos los contemporáneos. Del mencionado P. Pastor nos dice Techo que revolvió con toda diligencia los archivos de la época y "logró tan bien sus desvelos, que pudo dejar compuestos (cuando pasó a mejor vida en 1658) dos tomos en folio", tomos que sabemos aprovechó el mismo Techo para su *Historia Paraquariae*.

A estas obras orgánicas o de conjunto hemos de agregar otras que también lo son, aunque circunscritas a una sola región o pueblo de indígenas, como la que compuso el P. José Peramás "*Sobre las costumbres de los indios Guaraníes*" (1779), la *Historia de los indios Chiquitos*, del P. Ignacio Chomé (1776), el *Diccionario indiano*, en seis tomos, que escribió Lozano, pero que no llegó a publicar, la *Historia de Abiponibus* que escribió y publicó el P. Martín Dobrizhoffer, en tres gruesos tomos, la celebérrima *Descripción de la Patagonia* que en Inglaterra editó el P. Tomás Falkner, las *Efemérides de la Guerra Guaraní* que compuso el P. Tadeo Henis (1754), las

Cartas Críticas que contra el último cosmógrafo de Indias escribió el P. Francisco Iturri (1798), la *Relación de las regiones cercanas al Estrecho* que en 1654 escribió el P. Nicolás Mascardi, el *Paraguay Católico*, el *Paraguay Natural* y el *Paraguay Cultivado* que en doce gruesos volúmenes escribió el P. José Sánchez Labrador y cien escritos más de índole histórica, algunos de los cuales han visto ya la luz pública, aunque la mayoría de ellos yacen aún inéditos.

Aunque no sea sino muy brevemente creemos un deber recordar que hubo un Jesuíta rioplatense, el Padre Tomás Borrego, ex-misionero chaqueño, que escribió una *Historia Universal* en 12 volúmenes en folio y los remitió a Madrid para la aprobación real y publicación. Desgraciadamente obra tan voluminosa se extravió, y su autor volvió por segunda vez a escribirla y la extendió a 13 volúmenes en folio, además de tres volúmenes de índices. Los dieciséis infolios yacen en la Biblioteca de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid[7]. Jamás se publicará esta *Historia Universal*, ni merece tales honores, pero si no es ella un monumento a la erudición y ciencia de su autor, lo es ciertamente a su espíritu de laboriosidad, sin igual tal vez en la historia literaria del pueblo argentino[8].

Se ha dicho, con toda razón, que al ser expulsados los Jesuítas en 1767, siguieron influyendo hasta la época de la Revolución mediante las obras literarias, históricas y jurídicas que habían escrito. Así fue en efecto, y se puede agregar que siguen influyendo todavía. La exploración de múltiples archivos del Viejo Mundo, la publicación de *corpus* de documentos, la multiplicación de revistas históricas y de monografías de diversa índole, la abundante producción histórica de un siglo y medio, no ha podido relegar al olvido ni pasar a un plano secundario la labor que en el campo de la historia, muy particularmente, realizaron los Jesuítas. Aun más: los Archivos nos ofrecen a diario nuevos y valiosísimos documentos de procedencia Jesuítica hasta ahora desconocidos y que enriquecen de continuo el ya riquísimo acervo de noticias históricas que se deben a miembros de la Compañía de Jesús.

[7] Sala 1, t. I, est. 25.

[8] Academia Nacional de la Historia, 2o. Congreso Internacional de Historia de América III Buenos Aires 1938, III, 662-666.

VIII

BOTANICOS Y ZOOLOGOS

Siempre y en todos los países mostraron los Jesuítas grande inclinación al estudio de la historia natural, pero en ninguna región se dedicaron a ella con mayor afán y éxito que en las vírgenes tierras americanas. Tantas especies nuevas, tantos géneros enteramente desconocidos en el Viejo Mundo, tantos ejemplares rarísimos, tantas novedades de toda índole, así en el campo de la botánica como en el de la zoología, no podían menos de entusiasmar a los Jesuítas que vinieron y moraron en estas regiones del Río de la Plata. Téngase presente que la generalidad de ellos eran hombres de una cultura más que ordinaria, y no pocos, aun en las ciencias físicas y de la naturaleza, estaban dotados de conocimientos especiales y capacitados por ende para apreciar y hacer apreciar nuestra riquísima flora y variadísima fauna.

Los documentos de los siglos XVII y XVIII nos recuerdan los nombres de no pocos botánicos y zoólogos Jesuítas, entre los que debemos recordar a Aperger y Lozano, Falkner y Montenegro, Nusdorffer y Betschon, Jenig y Ruiz de Montoya, Suárez y Font, Guevara y Boehm, Griera y Techo, Fernández y Sánchez Labrador, Juárez y Cardiel, Dodrizhoffer y Burgés, Termeyer y tantos otros cuya sola nómina constituye una gloria para la Compañía de Jesús y una página honrosa en los anales culturales de las repúblicas rioplatenses. Con toda razón decía Dawson que la historia natural en el Río de la Plata tenía contraída una eterna deuda de gratitud con la Compañía de Jesús.

Compañero de aquellos grandes apóstoles del Tucumán, Padres Barzana y Añasco, fue el P. José de Acosta, a quien cabe la gloria de haber sido el primero que se esforzó en consignar y divulgar cuanto se conocía a fines del siglo XVI sobre la flora y fauna sudamericana desde México hasta el Tucumán. Su *Historia Natural y Moral de las Indias*, tantas veces editada y a tantas lenguas traducida, le valió justicieramente el dictado de Plinio del Nuevo Mundo, y mereció ser considerado como superior al mismo; y con sobrada razón, ya que el naturalista romano basó su obra sobre la de sus predecesores; Acosta, empero, no pudo valerse de otro autor ni de otros libros que el gran libro de la virgen naturaleza americana que nadie antes de él había abierto, escudriñado, estudiado y descrito[1].

Hermosamente escribía Feijoo a propósito de este insigne Jesuíta: "Inglaterra y Francia, ya por la aplicación de las Academias, ya por la curiosidad de sus viajeros, han hecho de algún tiempo a esta parte no leves progresos en la historia natural; pero no nos mostrarán obra alguna, trabajo de un hombre solo, que sea comparable a la *Historia Natural* de América, compuesta por el P. José de Acosta y celebrada por los eruditos de todas las naciones"[2].

La gran visión de conjunto genialmente desplegada por Acosta tuvo ampliadores y rectificadores en no escaso número, hasta que dos hombres geniales, los Padres Gaspar Juárez y José Sánchez Labrador, eclipsaron su gloria con sendas obras de dimensiones y de méritos muy superiores. Notemos, sin embargo, que entre la aparición del libro de Acosta y la composición de las obras de los mencionados naturalistas hay un espacio de tiempo nada exiguo: dos siglos.

En la primera mitad del siglo XVIII escribió y publicó el P. Antonio Ruiz de Montoya su *Conquista Espiritual* y como es sabido dedicó todo el capítulo III de esa obra, aparecida en 1639, a la zoología del país que entonces habitaba su autor y que no era otro que el Río de la Plata. Al estudio de la yerba mate dedicó el capítulo VII, y, sin duda alguna, es su estudio uno de los primeros, sino el primero que se escribió y publicó sobre lo que es en la actualidad una de las

[1] "No halló de quien transcribir cosa alguna", escribió Feijoo en su *Discurso XIV. Glorias de España*, no obstante se ha tachado al P. Acosta de plagiario. Cuán irracionalmente, puede verse en Estudio Preliminar por Edmundo O'Gorman en *Historia Natural y Moral de las Indias*, México 1940, pp. XII-XXI.

[2] *Teatro crítico*, Discurso XIV.

grandes fuentes de prosperidad y riqueza paraguaya y brasileña.

El Jesuíta Nicolás del Techo, cuya grande obra editóse en Lieja en el curso del año 1673, dedicó tres capítulos a la flora y fauna nacional, pero apenas agregó cosa a lo ya conocido. Abominó, empero, de la yerba mate "porque si se abusa de ella produce la demacración, la embriaguez y otros males, ni más ni menos que el vino". Es curioso notar esta opinión de Techo que no fue por cierto la de la mayoría de los Jesuítas, pues, como es sabido, fueron ellos los más entusiastas cultivadores y propagadores del alimenticio *té americano.*

Más a fondo inquirió todo lo relativo a la flora y fauna el P. Pedro Francisco Charlevoix, como puede verse en los primeros capítulos de su *Historia del Paraguay*, editada en París en 1756 y reeditada tantas veces en francés, inglés, alemán e italiano. A Charlevoix nada se le escapa que pueda ofrecer algún interés a los lectores europeos y no cabe duda que fué él uno de los que más contribuyeron a que se conocieran en el Viejo Mundo las curiosidades más relevantes de nuestra flora y fauna.

Superóle no obstante en conocimientos y en criterio científico el P. Pedro Lozano. Por lo que respecta al Chaco argentino y paraguayo, escribió y publicó en 1733 varios y largos capítulos de grande interés en su *Chorografía del Gran Chaco Gualamba*. Dedicó todo el capítulo IV de esta obra a los árboles y plantas que existen en el Chaco (pp. 26-37) y todo el capítulo V a los animales y serpientes que abundaban en sus enmarañadas selvas (pp. 37-47). De la flora y fauna en general, aunque circunscribiéndose siempre a estos países, escribió largamente en su *Historia de la Conquista del Paraguay*, obra compuesta a mediados del siglo XVIII. Tres largos capítulos (VIII, IX y X del libro I) están consagrados a la botánica y cuatro (XI, XII, XIII, XIV) a la zoología: "Lozano no hace, ni podía hacer lo que ahora entendemos por descripciones y clasificaciones científicas. Describe a la manera de Dioscórides y de Plinio; como escribe Oviedo, el primogénito de la historia natural en América, como lo hicieron Monardes, el P. José de Acosta y todos los continuadores de Oviedo; lo que vale decir que se limita a dar a conocer los objetos naturales por las propiedades y las exterioridades más sobresalientes[3].

[3] Lamas. Introducción a la H. de la C. del P., p. LXI.

Estas postreras frases son del señor Andrés Lamas, quien advierte también, y justicieramente, que en la parte botánica Lozano depuró la ciencia de errores y fábulas que corrían en su tiempo, aunque en la parte zoológica no fue tan afortunado. "Lo que se hace notable en Lozano, agrega Lamas, es la circunspección con que se limita, en todo lo que era maravilloso, a relatar lo que sobre ello afirmaban autores entonces respetables, que cita, declinando en esta forma su responsabilidad personal" (pp. LXXI/LXXII). "Apartados los errores y fábulas que dejamos señalados, las descripciones botánicas y zoológicas del P. Lozano tienen mérito y utilidad real. Ellas resumen lo que en esos ramos sabían los Jesuítas..."[4].

En 1691 arribó a Buenos Aires el Jesuíta tirolés Padre José Sepp y el Jesuíta Bávaro Antonio Boehm, y de ambos nos consta que trajeron consigo desde sus respectivas patrias un pequeño plantel de plantas que deseaban aclimatar en el Río de la Plata. Sepp nos relata en sus cartas el empeño que puso en conservar a bordo del navío en que venía su jardín de flores, y la vid de moscatel. Ignoramos qué flores eran esas y si llegó a difundir su cultivo, pero sabemos que la vid de moscatel arraigó en Yapeyú y fué el consuelo del empeñoso misionero.

Peramás nos ofrece una noticia interesante, al informarnos que el Padre Miguel Marimón, misionero que fué entre los Indios Guaraníes, había llegado a clasificar 103 géneros de aves, 45 de cuadrúpedos y 40 de peces, y todos ellos eran conocidos de aquellos indígenas y tenían sus nombres propios en el idioma de los mismos.

El P. Segismundo Aperger era un gran médico, pero el testimonio de sus contemporáneos está igualmente uniforme en que era además un insigne botánico. Escribiendo el P. Juan Escandón al P. Charlevoix le decía que Aperger era "insigne médico y botanista, y excelente en arte y mecánica"[5], y Azara que conoció y trató a muchos que habían conocido a dicho misionero afirma que se dedicó especialmente a la medicina y botánica, en cuyas facultades pasó en estos países por sapientísimo..."[6]. A él se atribuyó siempre el haber descubierto el famoso Bálsamo del Paraguay, pero como ya

[4] Lamas. o. c., p. LXXI/IV.

[5] Carta del 28 de marzo de 1756.

[6] *Geografía*, ed. Schuller, p. 127.

lo han manifestado Groussac y Arata, parece que esta gloria corresponde al Hermano Montenegro y no al Jesuíta alemán. No necesitaba Aperger de esa gloria, pues es indiscutible que fué, como lo asevera el mismo Azara, un eximio botánico, y lo comprueba el *Herbario* que se le atribuye y los escritos suyos sobre diversas plantas rioplatenses.

El Hermano Pedro Montenegro es el indiscutible autor de un precioso códice de *Botánica médica* que se conserva original en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y que Trelles, con muy buen acuerdo, dió a la publicidad en cuanto a su texto, aunque sin haber podido reeditar, como hubiera convenido, las múltiples láminas de plantas, yerbas, frutos y flores que con mano maestra trazó aquel insigne varón para ilustrar su apreciado libro. Sánchez Labrador asevera de este estudioso que su "estudio fué continuo en la Botánica farmacéutica" y que sobre este asunto escribió varios libros en lenguas castellana y guaraní[7]. No vamos a detenernos más en la obra de este benemérito estudioso por cuanto su labor ha sido largamente estudiada por el doctor Pedro Arata en un magistral estudio aparecido en La Biblioteca[8].

Al lado de Aperger hemos de poner a su compatriota Martín Dobrizhoffer, autor de una monografía verdaderamente perfecta. Aludimos a su libro *De Abiponibus*. E. A. Hopkins ha escrito y sin exageración que "el libro del Padre Martín Dobrizhoffer es en su conjunto la mejor guía que se conoce para el estudio de la Historia Natural del actual Paraguay" ("the work of Father Martin Dobrizhoffer is on the whole the best guide to what is known of the Natural History of Paraguay proper")[9]. No encontrará exageradas estas líneas quien recorra las páginas del *De Abiponibus* y halle en el capítulo XXX un detenido estudio sobre las serpientes, en el XXXI otro sobre los insectos, sin contar todos los datos que a mano llena sembró por las páginas de su amenísimo libro.

Compite con Dobrizhoffer aquel gran Jesuíta que se llamó en vida Tomás Falkner y cuya gloria parece acrecentarse de día en día. Precisamente es el Jesuíta austríaco quien asevera del Jesuíta inglés

[7] *Paraguay Natural*, t. 1, p. 526.

[8] Tomo séptimo.

[9] *Natural History*, p. 57.

que fué "Botanique imprimis clarissimus"[10]., "fué sobre todo un eximio botánico", elogio que confirman todos los contemporáneos y los mismos escritos de Falkner que han llegado hasta nosotros. Desgraciadamente ignoramos el paradero de su grande obra botánica que él rotuló "Observaciones botánicas, mineralógicas y otras sobre productos de América" ("Botanical, mineral and like observations on the products of America") que llenaba cuatro volúmenes en folio, obra que según el P. Thorpe constituía "una gran colección de observaciones botánicas, mineralógicas, etc., coleccionadas por él en América"[11]. Compuso además "Un tratado de las enfermedades americanas curadas con drogas americanas" ("A treatise on American distempers cured by American Druggs"), cuyo carácter forzosamente había de ser botánico. Por Sánchez Labrador, Termeyer y Dobrizhoffer sabemos cuánto estudió este misionero nuestra flora y cuán gran partido sacó de sus observaciones e investigaciones[12]. En las páginas de su celebrado *Description of Patagonia* no sólo se ocupó Falkner de la botánica y zoología de estas regiones desde el smelt o sparling hasta el Yaguarú o tigre del agua, sino que le cabe la gloria también de haber sido el primero en hallar restos fósiles en nuestro territorio y el primero en darlos a conocer en su famoso libro (p. 60). Por eso, D'Orbigny[13] escribe que "J'ai reconnue que Falkner le premier y fait la decouverte du tatou gigantesque".

Por encima de todos estos botánicos se yergue la figura del Padre Gaspar Juárez o Xuárez, santiagueño, aútor de nuestra primera Historia Natural, fundador de un Jardín botánico americano, discípulo de Brotero al par de Enrique de Paiva, editor del *Prodromus Florae Chilensis et Peruvianae* y corresponsal de Hipólito Ruiz y de José Pavón.

Juárez con Sánchez Labrador, de quien después nos hemos de ocupar, constituye la más alta cumbre a que llegó la ciencia rioplatense durante la época colonial. Sus tres tomos de *Observaciones fitológicas sobre las plantas rioplatenses* hacen honor a la ciencia botá-

[10] *De Abiponibus*, t. 1, p. 382.

[11] *La obra y personalidad de Tomás Falkner*, p. 99.

[12] Véase al efecto lo que se consigna en *La obra y personalidad de Tomás Falkner*, Buenos Aires 1929, pp. 45-50.

[13] *Voyage dans l'Amerique Meridionale*, París 1842, t. 3, pp. 41-42.

nica de aquellos tiempos y de todos los tiempos, pues Juárez no era un mero aficionado, sino un maestro, comparable en el arte de las descripciones y clasificaciones a sus amigos Ruiz y Pavón. Sus monografías sobre la ortiga, el mamón, el árbol de arvejas, el maní, el camote, el zapallo y cien plantas más, no han envejecido todavía. Tanto fue el carácter de modernos que supo infundir a sus trabajos. La descripción detallada, la nomenclatura popular y científica, las notas características y un diseño tan perfecto y cabal como hoy día se estila, es lo que Juárez consignó de cada una de las plantas y flores a que dió cabida en su preciosa cuanto rara colección de estudios botánicos[14].

El único escritor de la época colonial que puede competir con Juárez es el Padre José Sánchez Labrador. Aun la labor de don Félix de Azara, tan ponderada y elogiada, ¡cuán pálida y exigua nos parece al lado de la de este Jesuíta! ¡Qué son los dos tomitos del viajero aragonés al lado de los veinte volúmenes del Jesuíta manchego, que vivió en las ciudades de Buenos Aires, Córdoba y Asunción, y moró en las selvas de los Mbayas y atravesó a pie todo el Chaco desde la Asunción hasta el Alto Perú? En la historia cultural de los pueblos rioplatenses, y aun en las de todo el continente americano, no es posible hallar un naturalista de mayores alientos y más prolífico que Sánchez Labrador. Su obra no parece ser la de un hombre cuanto la de una legión de observadores perspicaces e incansables investigadores.

Los veinte gruesos volúmenes de sus escritos constituyen una verdadera enciclopedia científica. Como el sabio de la antigüedad disertó y escribió acerca de cuanto vió y supo, desde el hisopo que crece en las hendiduras de las paredes, hasta el roble que surge y domina en la cúspide de los altos montes.

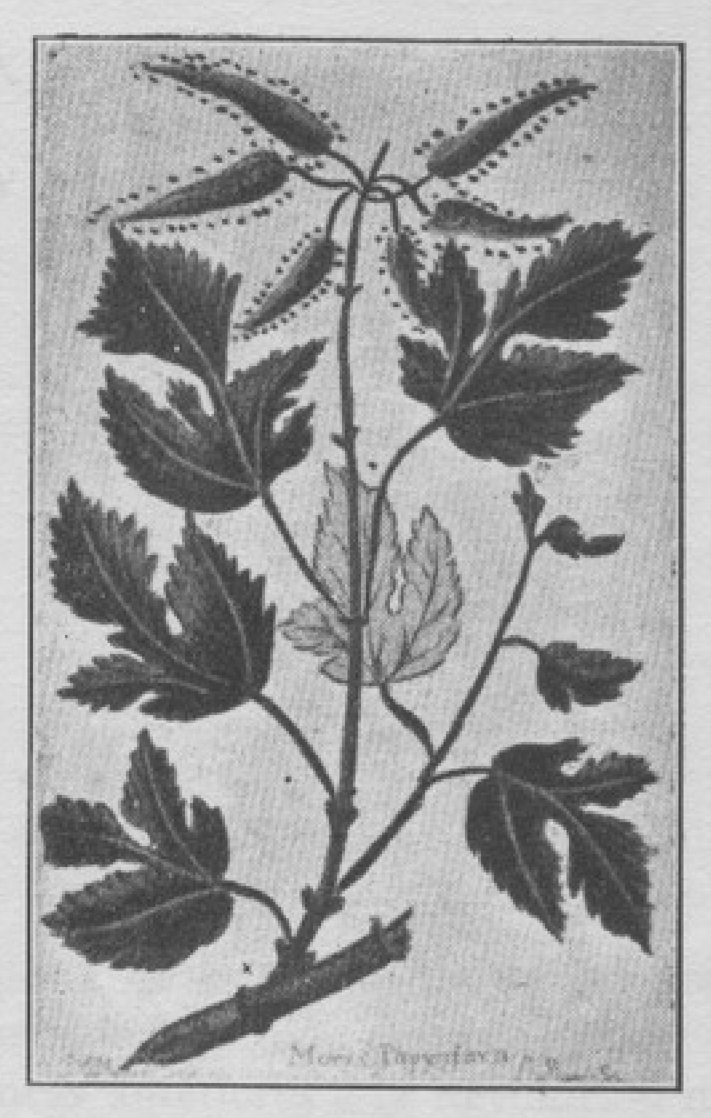
No es posible sintetizar en pocas líneas su inmensa labor científica, aun circunscribiéndonos a lo que se refiere a la flora y fauna.

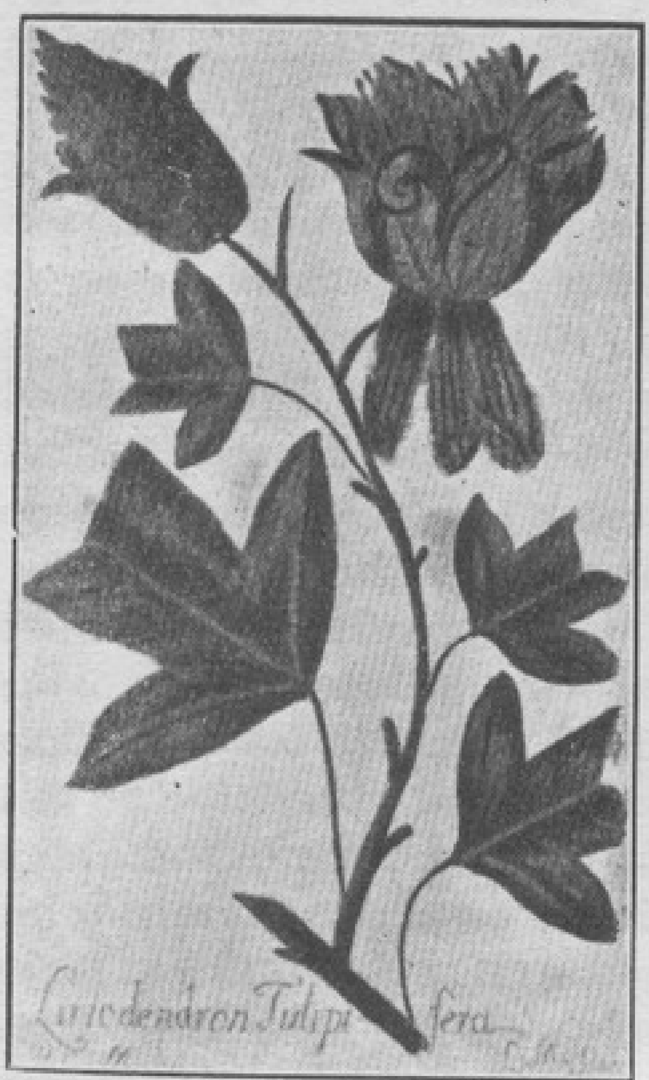
[14] De todos estos escritos de Juárez nos ocupamos en 1918 al publicar nuestra monografía sobre este esclarecido santiagueño, pero nada pudimos decir en esa ocasión sobre otra obra suya que entonces nos era desconocida. Nos referimos a su *Raccolta di Alberi curiosi ed eleganti piante dell'America* que publicó Juárez en 1790. No es obra enteramente original, ya que el texto es del Doctor Juan Hill, pero son de Juárez las muchas y valiosas notas, como también las diez láminas que ilustran esta curiosa obrita del Jesuíta santiagueño.

Recuérdese que dedicó Sánchez Labrador un volumen de 558 páginas al estudio de las tierras, agua y aire de estas regiones; escribió otro de 500 páginas sobre botánica y un tercero de 794 páginas sobre zoología. Comprende éste 127 páginas sobre ornitología, 166 sobre animales cuadrúpedos, 128 sobre peces y 373 sobre anfibios, reptiles e insectos. Además de todo lo mencionado escribió en cuatro volúmenes de 314, 197, 134 y 231 páginas una monografía botánica de singular mérito ya que era como un resumen de cuanto había llegado a saber sobre plantas americanas.

Basta la simple enumeración de estos escritos para comprender lo vasto del talento científico de este benemérito Jesuíta que después de haber sido el apóstol de los bravos y sanguinarios Mbayas, con quienes moró en las selvas chaqueñas, supo aprovechar sus forzados ocios en el destierro escribiendo una enciclopedia científica donde no sabe uno qué admirar más, si la universalidad del talento de Sánchez Labrador o su singularísimo espíritu de observación y fecundísima memoria.









Cuatro láminas (1|4 del tamaño natural) de la obra de botánica intitulada "Notizie fitologice" escrita por el santiagueño Padre Gaspar Juárez. (Museo del Colegio del Salvador)

IX

MATEMATICOS Y ASTRONOMOS

Será siempre una singular gloria de la Compañía de Jesús el haber cultivado con ahinco y enseñado con todo empeño, en estas regiones del Nuevo Mundo, y épocas anteriores a la Revolución de Mayo, las ciencias matemáticas, y muy en especial la astronomía.

Cuando el mismo pueblo español peninsular mostraba poco afecto a las ciencias exactas, y cuando la existencia de observatorios astronómicos era en España tan escasa como anodina, contaba el pueblo argentino con hombres eminentes en el saber pitagórico y con dos observatorios, el uno de fines del siglo XVII, ubicado en Nahuel Huapí, y el otro de principios del siglo XVIII, sito en las Reducciones de Guaraníes, y ambos, de tanto prestigio, que sus observaciones y estudios trascendían los lindes patrios.

Antes de iniciar Suárez sus estudios y desplegar sus talentos de astrónomo, habían trabajado en el mismo campo otros Jesuítas, como los Padres Antonio Sepp y Matías Strobel. El primero se embarcó para el Río de la Plata en 1691 y tenía la misión científica de observar las variaciones en la aguja náutica al sur del Ecuador e informar al respecto. Estudió también las estrellas de este hemisferio y lamentó el que no estuvieran consignadas en los globos germánicos que él conocía. No sabemos de qué aparatos se valió Sepp para estas observaciones, pero es indiscutible que poseyó, a lo menos, los más comunes y en uso en ese entonces.

La figura de Suárez es única en la historia del continente ameri-

cano. Un escritor moderno ha escrito y con toda razón que "en las instituciones modernas que allá en Córdoba, donde él enseñó, se erigieron en tiempo de Gould y de Sarmiento, el nombre del Santafesino Suárez no podía ser olvidado. Doscientos años después de su nacimiento, las oficinas astronómicas y meteorológicas se han difundido en nuestro país, al amparo del gobierno, de la fortuna, de la industria y de la cultura universales, pero nada de ésto es comparable en belleza de espíritu a la espontánea vocación augural de aquel solitario que, en la selva chaqueña o misionera, barajaba sus números pitagóricos como un poeta de la ciencia viendo brillar las pléyades —para el indio sagradas— sobre las densas aguas del Paraná[1].

Sabemos de este hombre singular que inició sus observaciones astronómicas con aparatos fabricados por él mismo con maderas de nuestros bosques y hasta con lentes de fabricación americana y misionera. El mismo escribía en 1739: "No pudiera haber hecho tales observaciones por falta de instrumentos (que no se traen de Europa a estas provincias, por no florecer en ellas el estudio de las ciencias matemáticas) a no haber fabricado por mis manos los instrumentos necesarios para dichas observaciones, cuales son reloj de péndulo con los índices de minutos primeros y segundos; cuadrante astronómico para reducir, igualar y ajustar el reloj a la hora verdadera del Sol, dividido cada grado de minuto en minuto; telescopio, o anteojos de larga vista de solos dos vidrios convexos de 8 y 10 pies usé en las observaciones de los eclipses del Sol y Luna, y de los mayores de 13, 14, 16, 18, 20 y 23 pies en las inmersiones de los cuatro satélites de Júpiter, que observé por espacio de trece años en el pueblo de San Cosme, y llegaron a ciento cuarenta y siete las más exactas".

Suárez construyó estos instrumentos, incluso los lentes. Así nos lo asegura el P. José Sánchez Labrador. Al ocuparse éste, en su grande obra *El Paraguay Natural*, de los cristales y sus usos escribe que "cuando los cristales de roca son de buena agua, o claros, y sin manchas, pueden servir para hacer anteojos. Efectivamente el P. Buenaventura Suárez, misionero de los indios guaraníes, y célebre matemático, los labró muy buenos y hizo algunos anteojos muy claros"[2].

[1] R. Rojas. *Historia de la literatura argentina*, t. 2, p. 243.

[2] *Paraguay Natural*, t. 1, p. 174.

Con estos escasos instrumentos compuso Suárez un libro que fue muy apreciado en Europa. Nos referimos a su *Lunario de un siglo*. Publicóse la primera edición en 1744; fué reeditado en Lisboa en 1748, hízose una tercera edición en Barcelona en 1752, una cuarta en Quito en 1762 y por fin una quinta en pleno siglo XVIII. En Corrientes y bajo la inteligente administración del gobernador Pujol apareció la última edición en el curso del año 1852. ¿Puede pedirse a un libro de matemáticas y astronomía una aceptación más halagüeña? ¡Y pensar que su autor era un Jesuíta americano que con sus propias manos había levantado el rústico observatorio desde el que hacía sus observaciones!

Estas, sin embargo, tuvieron una aceptación aún mayor. ¿Acaso el celebérrimo Vargentin no manifestó que las hallaba más perfectas que las procedentes de Londres, San Petersburgo y Pekín?[3]. ¿Acaso no fue otro insigne astrónomo, Celsius, quien entregó a Vargentin esas observaciones que él mismo había transcrito para su propio estudio y provecho? ¡Feliz astrónomo el que mereció los elogios de Vargentin y de Celsio, del fundador del observatorio de Upsala, del colega de Maupertius y de Clairaut, del autor de los grandes trabajos sobre la intensidad de la luz y sobre los satélites de Júpiter, del iniciador feliz de la graduación centígrada en los termómetros!

No puede dudarse que los estudios astronómicos de Suárez le granjearon fama en América, en Europa y aun en el Asia. Como hace notar el señor Alvear en su *Relación de Misiones*: "conservó (Suárez) familiar y honrosa correspondencia con los astrónomos de varias cortes y pueblos principales que le comunicaban sus observaciones y recibían las suyas con toda aceptación"[4].

Esta fama del astrónomo americano y la aceptación que obtuvo su *Lunario* indujo a los Superiores a obtener para el estudioso Jesuíta los medios más modernos de labor. A este efecto ordenaron traer de España cuanto podía precisar. El caso es singularmente gracioso. El Comisionado no pudo hallar en la Metrópoli nada de lo que deseaba. Allí no se preocupaban las gentes de esta clase de estudios. Pasó a Portugal, pero supo que allí no se hallaban "estas chuche-

[3] Véase *Glorias Santafecinas*, p. 110.

[4] Véase este testimonio y otros varios en *"Glorias Santafecinas"*, pp. 107-114.

rías inglesas" "porque nosotros los portugueses no somos muy dados a las matemáticas"[5]. Tal era el estado de estos estudios en España y en Portugal cuando los Jesuítas del Río de la Plata se ocupaban de construir en toda forma un observatorio astronómico. Pudieron hacerlo, ya que de Inglaterra se ordenó traer un telescopio de 16 pies con combinación nocturna y diurna y otro de 8 pies, además de dos relojes. La Compañía de Jesús pagó por ambos rubros las respectivas cantidades de 62.400 y 36.000 maravedíes. ¡Y pensar que este hecho tuvo lugar a mediados del siglo XVIII y en un apartado rincón del Nuevo Mundo!

Suárez no fué el único Jesuíta que durante la época colonial adquirió fama de astrónomo. Alonso Frías, lo mismo que Suárez, fué un amante de los estudios astronómicos. Nacido en Santiago del Estero, era pariente del eximio naturalista P. Gaspar Juárez. Por éste sabemos que su compatriota y pariente "ha trabajado una obrita de calculación, la más difícil sobre la verdadera posición de Cádiz y la mandó a España manuscrita, donde ha tenido la aprobación y aplauso de los mejores astrónomos"[6]. Años más tarde hallamos a Frías en el Observatorio de Milán donde ayudaba en las observaciones y en la formación de los cálculos astronómicos[7]. Sabemos que escribió sobre el cuadrante solar de Cádiz, sobre la ascensión recta de las estrellas Fijas, sobre la determinación del equinoccio del otoño de 1773, sobre la determinación del paralelo en que el sol se halla cotejado con la estrella en su ida y vuelta del solsticio de invierno, sobre el sistema telegráfico del señor Pache, además de varias memorias, entre ellas una sobre la evolución de la ciencia astronómica.

Suárez y Frías se formaron en América con los medios de que pudieron disponer al efecto. No así el P. José Quiroga pues cuando ingresó en la Compañía de Jesús "había sido Guardia Marino y tenía principios de matemáticas", según asevera el P. Luengo que le conoció y trató, aunque el mismo Luengo agrega que "en las cuales (matemáticas) adelantó mucho después de ingresado" en religión.

[5] *Glorias Santafecinas*, p. 105.

[6] *Los Funes y Juárez*, t. 2, p. 19.

[7] Hervás y Panduro, *Biblioteca de escritores*: Arch de Loyola.

Su actuación toda demuestra que cuando vino a nuestro país era considerado como matemático no vulgar.

Arribó en 1745 y con él todo un cargamento de instrumentos apropiados a sus estudios. Es ciertamente novedoso en nuestra historia el que un hombre llegara al país trayendo consigo:

Dos relojes de faltriquera para la mensura del tiempo.

Dos telescopios, uno de 8 y el otro de 16 pies geométricos.

Un estuche matemático.

Una lámina de cobre para cuadrante.

Dos globos.

Dos mapas y un libro de las estrellas australes, etc.

Más arriba hemos mencionado la expedición que en 1745 y 1746 realizó Quiroga a las costas de la Patagonia por orden de S. M., yendo en compañía de los Padres José Cardiel y Matías Strobel. Ahora hemos de recordar que a la vuelta de aquella célebre expedición le escogió la municipalidad de Buenos Aires para que en compañía de algunos pilotos, que de pasada se encontraban en la ciudad, tomara a su cargo un asunto que desconcertaba a los vecinos. Hallábanse enredados en cuestiones sobre límites de sus propiedades territoriales, por falta de una regla científica, acertada y general sobre el arrumbamiento que debía darse a los deslindes de sus fondos. Las reglas que para esta materia dió el Jesuíta y los pilotos que trabajaron en su compañía fueron aceptadas por las autoridades y en 27 de abril de 1746 fueron convertidas en ley con el nombre de Auto de Moreyras"[8].

Fue también el Padre Quiroga quien estableció y regentó las primeras cátedras de matemáticas así en la ciudad de Buenos Aires como en la de Córdoba. Era esa su especialidad y los Superiores de la Compañía accedieron con gusto a sus deseos. La cátedra de matemáticas en Buenos Aires no entusiasmó a los moradores de la Capital del Virreinato; no así la de Córdoba. Desde el año 1749 o 1750 se estableció una clase de esta asignatura en las aulas de la Universidad cordobesa, y diez años más tarde trataron los Superiores de darle mayor estabilidad creándola oficialmente.

En octubre de 1762 se tuvo en Córdoba la 16a. Congregación Provincial en la que se trataron los asuntos relacionados con el ade-

[8] Véase nuestra monografía *José Quiroga*, Buenos Aires 1931, pp. 28-29.

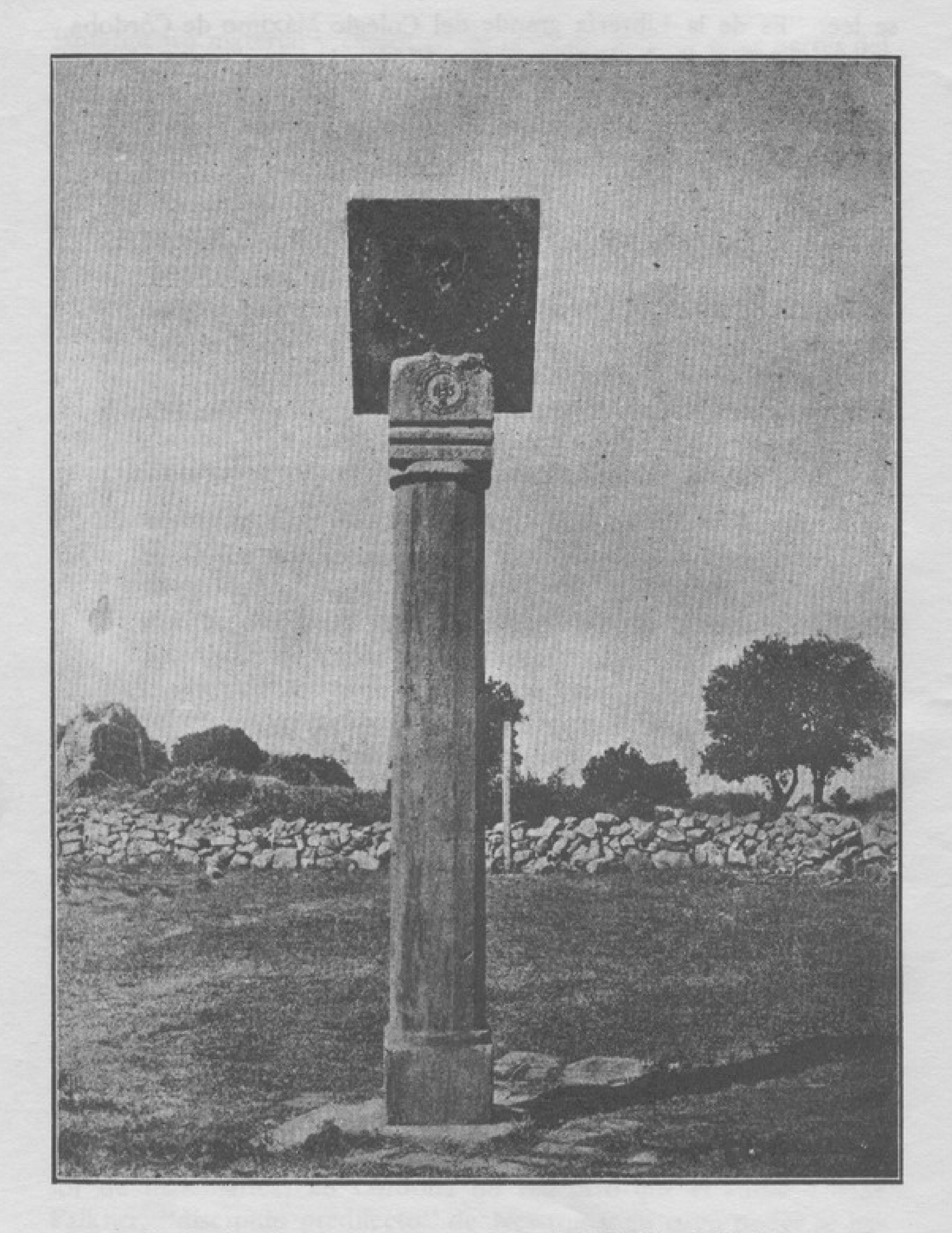
lantamiento material y espiritual de la Compañía en estas partes del continente. Fue en la quinta sesión, celebrada a 29 de aquel mes, que se determinó pedir al General de la Compañía la constitución de una Cátedra de Matemáticas, por las razones siguientes que entonces se adujeron:

1. Para aumentar el esplendor del Colegio y de la Universidad de Córdoba;
2. Porque esta clase de estudios siempre han sido recomendados por el Instituto de la Compañía, y aunque su introducción sería una novedad para esta Universidad, no lo es de suyo pues la hay en otras partes, aun en las Indias; sería una vergüenza que nuestros alumnos, profesores y estudiantes ignoraran en estas tierras lo que es ahora tan vulgar;
3. Si no se sabe matemáticas es imposible llegar a saber bien la Física tan recomendada por las últimas Congregaciones Generales;
4. Porque esta asignatura tiene particular importancia en estas provincias de Indias y en ésta del Paraguay, ya que los Misioneros que no saben matemáticas están en peligro de perderse en estas regiones inconmensurables y de desconocidos ríos; lo cual es tanto así que algunas expediciones evangélicas se han frustrado por esta razón;
5. Porque las Artes Mecánicas, que forman una parte de las Matemáticas, tienen gran atingencia con la fundación de nuevos pueblos de indios, como se deduce de la arquitectura, de la industria de las maderas y de la Hidrotecnia.

Estas poderosas razones y el haber entre los Jesuítas rioplatenses hombres versados en las ciencias matemáticas indujo al General de los Jesuítas a conceder lisa y llanamente lo que se solicitaba, fundándose así oficialmente la primera cátedra de matemáticas que conocieron nuestros centros universitarios.

No nos consta con certeza, pero creemos que el primer profesor de matemáticas en Córdoba no fue otro que el Padre Tomás Falkner, "discípulo predilecto" de Newton y en cuyo poder se hallaba a mediados del siglo XVIII un regio ejemplar de la magna obra matemática de Cristián Wolff (Verona 1746), en cuya frontispicio

se lee: "Es de la Librería grande del Colegio Máximo de Córdoba, aplicado por el P. T. Falconer, año 1764". Los tres tomos de esta obra, con sendas anotaciones de Falkner, se conservan actualmente en la Biblioteca del Colegio del Salvador de Buenos Aires (143-I).



Cuadrante solar que se conserva aún en la Reducción de La Cruz

X

FARMACEUTICOS Y MEDICOS

Los primeros Jesuítas que arribaron a nuestro país no eran médicos de profesión ni eran entendidos en el difícil arte, pero es justo que consignemos el hecho de que valiéndose unas veces de sus conocimientos empíricos y otras de las prácticas que habían visto hacer a los indígenas, se esforzaron en todo momento por aliviar a los que sufrían. Sabemos por ejemplo que en 1614 el P. Antonio Ruiz de Montoya atajó una peste que diezmaba a los indios de Guayrá[1], y que al año siguiente el P. Juan de Salas llegó a dar salud a casi todos los apestados de una región con cierto jarabe por él confeccionado. En 1618 el P. Diego de Boroa aparece propinando medicinas a sus neófitos de San Ignacio[2], y poco después el Padre Roque González, gracias al licor de San Nicolás, devolvió la salud a muchos indígenas de la Residencia de Yaguapoa. El Hermano Diego Bassauri, que vino al país en 1610, ejerció ampliamente el oficio de enfermero en Córdoba primero, y después en la Asunción, y según parece, y así lo indica el doctor José Luis Molinari, escribió un libro de medicina, sin duda el primero que se compuso en tierras argentinas[3]. Entre 1635 y 1637 es el Padre Jerónimo Porcel quien salva la población gravemente enferma. "Yo en persona, nos dice él, comencé a ejercer este oficio [de cirujano] desconocido [en estas tierras], abriendo venas día y noche"[4].

[1] Cartas Anuas, t. 2, pp. 22 y 88.

[2] Cartas Anuas, t. 2, p. 210.

[3] *Historia de la Medicina Argentina*, Bs. As., 1937, p. 16.

[4] Ib. p. 17.

Los mismos misioneros sabían muy bien sus limitaciones y por eso procuraron, cuanto antes, traer de Europa hombres especializados en la ciencia de Galeno. En un memorial elevado al General en 1632 le pedían que les enviase Hermanos legos que entendieran "de sementeras, ganados y viñas, además de algunos versados en sastrería, pinturería y alguno que entendiera de Botica, Medicina, Barbería y Enfermería"[5].

En esta fecha ya contaba la Compañía de Jesús con un médico de prestigio. Tal era el Hermano Blas Gutiérrez, natural de Vega Cervera, en Castilla la Vieja. En Lima fue médico de Santo Toribio de Mogrovejo, y muy apreciado por su arte de "Barbería y cirugía". Después del fallecimiento del santo Arzobispo, pasó a Chile en compañía del gobernador Alonso de la Ribera. De Chile pasó a Buenos Aires, donde ingresó en la Compañía. De él nos dice Jarque, que era un gran cirujano, y agrega que "la experiencia y la necesidad le había hecho allí [o sea en el Río de la Plata] protomédico... cuyo nombre es digno del bronce". En 1633 era tan grande la labor que pesaba sobre este único médico rioplatense que el General de la Compañía de Jesús en carta al Provincial del Paraguay le manifestaba la conveniencia de que "se excuse en quanto pudiese de que acuda [el H. Blas] a curar seglares". Parece que eso no fue posible dada la absoluta carestía de médicos que había en el país, y fueron precisamente las atenciones que prestó a un extraño, a quien asistió durante meses, que contrajo la enfermedad de que murió a los 72 años de edad y 22 en la Compañía. A este Hermano aludía el Célebre Hermano Pedro Montenegro cuando escribía medio siglo más tarde que en estas regiones sólo había conocido "un cirujano digno de este nombre"[6].

Durante la segunda mitad del siglo XVII y principios del siguiente hallamos varios médicos Jesuítas de reputación aunque sospechamos que no todos eran profesionales. En 1732 falleció el Hermano Joaquín Zubeldía que vino al Río de la Plata en 1689 y que ejerció la medicina durante media centuria así en las ciudades de españoles como en las Misiones de Guaraníes. Baltasar García Ros, goberna-

[5] Hernández, *Organización Social de las Doctrinas*, t. 1, p. 14.

[6] *Materia médica*, ed. Trelles. Revista patriótica del pasado argentino, t. 1. Cf. Molinari, op. cit, pp. 19-24.

dor de todas las tropas que concurrieron a la toma de la Colonia, manifestaba en 15 de junio de 1705 que tenía en su ejército a tres cirujanos y nombraba a los Hermanos Pedro de Montenegro, Joaquín de Zubeldía y José Brassanelli. Contemporáneo de Zubeldía fue el Hermano Marcos Villodas que en Córdoba dejó buena reputación de médico como puede verse en las páginas que escribió el Dr. Garzón sobre la medicina en Córdoba. Opina este historiador que el P. Marcos que figura como médico de las Monjas del Convento de Santa Clara de esa ciudad no es otro que el mencionado Hermano. Natural de Tarragona era el Hermano Jacobo Jaime Icart y había venido al Río de la Plata en 1733. En los registros navieros se consignó que había nacido en 1708, ingresado en la Compañía en 1729 y que era "cirujano". De él nos habla Sánchez Labrador, al ocuparse de ciertas piedras de estos países, las cuales apreciaba "un Hermano Jesuíta boticario excelente, que en Barcelona había practicado por muchos años la Pharmacia, o su oficio[7].. Además de los citados, recuerdan las crónicas de principios del siglo al Hermano Brassanelli que vino al país en 1689 juntamente con el citado Hermano Zubeldía, al Hermano Juan Escobar y al Hermano Enrique Adami, italiano. De este último sabemos que estaba de residencia en Roma y era enfermero de la Casa de Gesú o morada del General de los Jesuítas cuando pidió pasar a América. Falleció en 1705 después de haber ejercido su oficio y buenos servicios entre los indios Chiquitos y pueblos de españoles[8].

Por encima de todos estos Hermanos hemos de colocar al célebre Hermano Pedro de Montenegro que tanta huella ha dejado en nuestra historia colonial. Nacido en Galicia en 1663 vino a América en 1693 después de haber ejercido su profesión en el hospital general de Madrid. De este médico tenemos un testimonio de la mayor valía. Sánchez Labrador escribe que para "formar idea del temperamento del Paraguay es suficiente lo hasta aquí escrito. Quien deseare informarse más por entero de las enfermedades en particular, que son frecuentes en estos países, podrá satisfacer su curiosidad leyendo varios opúsculos manuscritos que andan en manos de todos. Sus autores han sido Misioneros Jesuítas muy inteligentes en Medicina, especial-

[7] *Paraguay Natural*, t. 1, p. 193.

[8] Sobre todos estos médicos véase Molinari, ob. cit., p. 7-34.

mente Hermanos Coadjutores que la estudiaron y practicaron antes de tomar el estado religioso. Entre todos sobresale el Hermano Pedro Montenegro, cuyo estudio fué continuo en la Botánica Pharmacéutica, Medicina y Cirugía para bien de las gentes del Paraguay, y singularmente de los Indios. En el idioma Guaraní compuso algunos libros, y otros en la española"[9].

El señor Trelles publicó en su *Revista patriótica del pasado argentino* (tt. 1 y 2) la intitulada *Materia Médica Misionera* que el H. Montenegro había compuesto e ilustrado con 148 figuras, copias de yerbas, plantas y arbustos por él estudiados. Sabemos por el mismo Montenegro que había estudiado los principales autores de la época y de épocas anteriores, sabemos además por él que trabajó para aprovecharse de la ciencia indígena. "Por espacio de treinta y un años, escribía Montenegro en 1710, que he comenzado (cuando seglar) a curar en el hospital de Madrid, algunas de ellas he reconocido sus virtudes, y mayormente de doce acá que por hallarme en estas tierras de América sin botica ni boticarios, me he forzado a que con ellos hacerme autor de botica"[10]. Los señores Trelles, Groussac y Arata y los doctores Canton y Schiaffino han estudiado y ponderado los méritos de esta *Materia médica* del H. Montenegro y no es necesario insistir aquí sobre sus méritos. El doctor Schiaffino escribe acerca de este célebre Hermano que "su preparación médica en el hospital general de Madrid, su actuación de medio siglo en las Misiones, ejerciendo la profesión, sus condiciones de estudioso y observador y la obra cuyas copias después sirvieron de estudio para enfermeros y misioneros, hicieron de su figura la más importante, desde el punto de vista médico, no sólo en las Misiones Jesuítas, sino en todas las poblaciones españolas de Córdoba y Tucumán, Buenos Aires y Montevideo, en las que durante muchos años, entregado como estaba el ejercicio de la medicina en manos de aficionados o curanderos, las enseñanzas de Montenegro y sus yerbas medicinales, fueron, puede decirse, el recurso obligado de entendidos y profanos"[11]. El doctor José Luis Molinari, después de hacer suyas las frases ya citadas del doctor Schiaffino, nos dice que Montenegro no solamente era "ci-

[9] *Paraguay Natural*, t. 1, p. 526.

[10] Ed. cit., t. 1, pp. 265-266.

[11] *Historia de la medicina*, t. 1, p. 368.

rujano y entendido en botánica médica", sino era además "un profundo observador y psicólogo"[12].

Con el Hermano Montenegro termina la primera época de la medicina en el Río de la Plata. La segunda época, o sea, el siglo XVIII no fue menos abundante de médicos Jesuítas, ni fueron éstos de menor mérito. Fue a principios de ese siglo que pasó a Europa el P. Francisco Burgés y uno de los objetivos de su viaje fue reclutar, en Alemania sobre todo, médicos y farmacéuticos que quisieran venir al Río de la Plata. Sabemos que en España recorrió las casas que en la Península tenían los Jesuítas, pero, según parece, sin resultado favorable a sus pretensiones. Así lo escribía el P. Manuel de Olano desde Villagarcía el 19 de setiembre de 1709.

No le sucedió lo propio entre los alemanes. El Asistente de Alemania tomó el asunto a pecho y en breve partía para el Río de la Plata toda una pléyade de médicos. El Hermano Tomás Heyrle ingresado en la Compañía en 1725, el Hermano José Jenig que llegó a nuestras playas en 1748, el Hermano Ruperto Dahlhammer que vino cinco años antes y el Hermano Pedro Kornmayer que arribó a mediados del siglo XVIII, fueron todos ellos maestros en el arte de aliviar las dolencias y de todos existen en los archivos abundantes noticias además de las ya publicadas por el doctor Garzón en su *Historia de la Medicina en Córdoba*, por el doctor Schiaffino en su *Historia de la Medicina en el Uruguay* y por el doctor Molinari en su *Historia de la Medicina Argentina*. Además de los citados hallamos no pocos otros. Así entre los desterrados del país en 1767 hallamos a los Hermanos Wenceslao Horski, Cristián Maier, Enrique Peschke, Norberto Zuilak, Carlos Kramer, todos ellos peritos en medicina y que prestaron grandes servicios a los habitantes de Tucumán, Córdoba y de las Misiones.

Dos son sin embargo las grandes figuras médicas que en la segunda mitad del siglo XVIII tuvo la Compañía de Jesús en el Río de la Plata. Nos referimos a los Padres Segismundo Aperger y Tomás Falk-

[12] Op. cit., p. 68. Sobre Montenegro ha escrito un jugoso estudio el Sr. Carlos Floriani: *"El primer tratado de materia médica en el Río de la Plata"*, en *La Nación*, 26 de enero de 1941. En las páginas de la *Revista de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires* (1942-1944) se ha publicado en toda su integridad la *Materia Médica* de Montenegro, y se ha hecho una tirada aparte, precedida de un prólogo pleno de errores y de inexactitudes. Cf. G. Furlong, *Pedro Montenegro S. J.*, en *Estudios*, Bs. As. 1945, t. 73, pp. 45-456

ner. De ambos se puede decir que sus nombres venerables han pasado a la posteridad envueltos en una aureola de ciencia y de santidad; sacerdotes ejemplares y misioneros celosos consagraron sus energías todas a la dura labor de cristianizar a nuestros indígenas; médicos peritísimos en la ciencia curativa dedicáronse con afán y con éxito nunca rivalizado en las regiones del Río de la Plata, al alivio de sus semejantes. Los contemporáneos los consideraron como enviados del cielo, pues tantas y tan insignes, fueron las curaciones, de toda índole, que llegaron a obrar.

Aperger era tirolés. Vino a nuestro país en 1717, y en 1767 cuando sobrevino la expulsión seguía aun curando, aunque desde su lecho, a causa de sus dolencias y avanzada edad. Apenas llegado a nuestro país se le ofreció una magnífica coyuntura para manifestar sus dotes y ciencia médica. Nos referimos a la peste de 1718 y 1719. Antonio Betschón escribía después que "el Padre Segismundo salvó de la muerte en Córdoba de Tucumán a tanta gente con las medicinas que había traído de Europa y con diversas plantas medicinales que descubrió en el país, que el Obispo y la ciudad le dieron las gracias"[13]. Años más tarde escribía el P. Francisco Magg que "el Padre Segismundo Aperger, renombrado en estas regiones, se ha captado el amor y estima de todos por su buena habilidad en la medicina. A un Padre español oí decir de él que "si este alemán no hubiese estado aquí, hubiera perecido mitad de nuestra provincia del Paraguay". Es probable que Aperger no fuera médico de profesión, pero el haber venido con medicinas de Europa y el haberse dedicado toda su vida a esa ciencia, prueba que tenía singularísimas dotes y no escasa ciencia, de suerte que no sin razón escribe de él el señor Trelles[14] que fue uno de esos "amigos de la humanidad", a quienes la falta de médicos y medicinas entre los conquistadores de estos países obligó "a dedicarse al estudio de las yerbas y plantas a que los indígenas atribuían virtudes curativas".

Juan Escandón en carta al historiador francés Charlevoix mencionaba al P. Aperger y decía de él que era "insigne médico y

[13] Véase Arata, *La Biblioteca*, t. VII, p. 444. Cf. G. Furlong, *Un médico colonial: Segismundo Aperger*, 1687-1772 en *Estudios*, LV, pp. 117-128, y Molinari, *op.* cit. pp. 35-48.

[14] Revista Patriótica, t. 1, p. 249.

botanista"[15], pero el testimonio más valioso es el de Azara, enemigo declarado de los Jesuítas por una parte y que por otra pudo conocer y tratar a quienes habían sido beneficiados por Aperger. Afirma Azara que Aperger "se dedicó especialmente a la medicina y botánica, en cuyas facultades pasó en estos países por sapientísimo y sus recetas y sentencias tienen aun hoy esto es, a fines del siglo XVIII más crédito que las de Hipócrates y Dioscórides"[16].

Gloriosa es la fama de Aperger, pero queda oscurecida ante la de aquel insigne médico de profesión e hijo de médico y alumno del doctor Mead, el Padre Tomás Falkner. Acababa de terminar sus estudios cuando la Royal Society de Londres le comisionó, a expensas de la misma y con el carácter de botánico y físico para que pasara al Río de la Plata y estudiara las propiedades de las plantas y aguas americanas. Fue al propio tiempo declarado médico y cirujano de una nave negrera. Esta llegó a Buenos Aires en 1730. Dos años más tarde Falkner ingresaba en la Iglesia Católica y en la Compañía de Jesús. Siete años más tarde declaraba el General de la Compañía que a Falkner se le podría permitir curar con las limitaciones y condiciones que se expresan en los Privilegios de la Compañía"[17].

Sabemos que este hombre singular escribió todo un "Tratado sobre las enfermedades americanas curadas con medicinas americanas" y otro sobre Anatomía, el cual ocupaba dos tomos según Caballero y cuatro según Hervás, pero no fueron los escritos de Falkner los que le granjearon su merecida fama de sabio médico. Podemos aseverar que desde 1740 hasta 1767 fue él, el gran médico con que contaron los pueblos rioplatenses y que hasta la época de los Argerichs y O'Gormans no es posible hallar una figura más egregia en el campo de la medicina. Precedió a ambos y no fué inferior a ninguno de ellos. Toda la documentación de la época nos induce a este aserto.

En. 1783 escribía el P. Lorenzo Casado: "No hay médico en toda la provincia [de Córdoba], sino en Buenos Aires. En Córdoba teníamos un sujeto nuestro inglés, médico insigne"[18] y el P. Pera-

[15] Carta del 28 de marzo de 1756, Archivo de Loyola, 2-2-30.

[16] *Geografía física de Azara,* edición Schuller, p. 127.

[17] Archivo de la Provincia Argentina de la C. de J.

[18] Relación de la Prov. del Paraguay, f. 51 v.

más, al consignar el éxito que obtuvo Falkner en Cádiz por su habilidad de médico y cirujano al pasar por aquella ciudad los expulsos de 1767, escribe que no era de extrañar ya que "era tan grande su pericia en el curar, de la cual eran testigos los pobres y los ricos de Córdoba del Tucumán, que durante tantos años y gratuitamente habían disfrutado de ella..."[19]. Sánchez Labrador afirma de Falkner que era "muy inteligente en la Botánica y Medicina"[20], puesto que poseía con excelencia la Phisica y Medicina que estudió y practicó en su Patria Inglaterra y en la Capital de Londres[21], y Dobrizhoffer escribe de Falkner que "era este Inglés hombre peritísimo en la Medicina y a quien la España y la América consideró eminente en la ciencia botánica y médica"[22]. Diosdado aseveraba que "entre los Jesuítas y los externos había realizado Falkner una obra admirable curando a unos y otros"[23].

El doctor Garzón Maceda atribuye al Jesuíta inglés algunos antecedentes sobre el origen de la viruela entre nosotros y en la obra de ese distinguido médico cordobés, como también en las páginas de nuestra monografía sobre Falkner, pueden verse los fallos que en diversas oportunidades dió el Jesuíta en cuestiones médicas, como también la nómina de personajes a quienes curó de diversas enfermedades[24]. La salida de Falkner para el destierro a causa de la pragmática de Carlos III constituyó una verdadera calamidad para la ciudad y campaña de Córdoba como repetidamente lo declaró el Cabildo de aquella ciudad[25] al manifestar por ejemplo en 6 de setiembre de 1767 que "ha quedado la ciudad sin médico que asista las continuas enfermedades que diariamente se experimentan por haber caminado el P. Falconer de dicha Compañía que asistía a los enfermos que en ésta había...".

19 Diario de la expulsión.

20 *El Paraguay Natural*, t. 2, pp. 365-366.

21 Op. cit., t. 3, p. 123.

22 *De Abiponibus*, t. 1, p. 159 y t. 2, p. 284.

23 *Bibliothecae*, t. 2, p. 32.

24 G. Furlong, *Tomás Falkner*, Bs. As., 1930, pp. 43/48.

25 Cf. *Una página de historia médica*, en Rev. de la Univ. de Córdoba, Junio de 1920.

Notaremos también que a los Jesuítas se debió la importación de instrumentos quirúrgicos y la importación, fabricación y hasta la venta de medicamentos. En Buenos Aires, hasta mediados del siglo XVII, y en Córdoba hasta la fecha de la expulsión tenían los Jesuitas su botica privada bien provista, pero eran tantos los que solicitaban medicinas de la misma y parecía tan criminal negarse a proporcionar lo que en ninguna otra parte podían los vecinos obtener, que los superiores autorizaron la venta, no en forma clandestina, pero sí en forma más o menos privada. Parece, sin embargo, que la botica de Córdoba tenía un local abierto siempre al público[26].

"En nuestra Facultad, de Ciencias Médicas, escribe el doctor José Luis Molinari, el bronce ha conservado el recuerdo de los iniciadores de los estudios médicos en nuestro país y fundadores de la Escuela de Medicina: Fabre, Gorman y Argerich.

"El recuerdo está incompleto: antes de ellos varios abnegados misioneros médicos, cirujanos, físicos, boticarios y naturalistas, con título o sin él trabajaron con todo tesón y al mismo tiempo con singular modestia en la asistencia a los enfermos y en el estudio de nuestra flora médica, a cuyo conocimiento adoptaron valiosísimos dotes, que han sido aprovechados por los distintos escritores que se ocuparan más adelante de estos temas.

"Los nombres de Falkner, Suárez, Aperger y Montenegro esperan y merecen al igual que los fundadores de nuestra escuela el recuerdo de nuestras generaciones como una deuda impaga a su ciencia, abnegación, laboriosidad y trabajo"[27].

[26] Cf. G. Furlong, *La Botica de los Jesuitas en Buenos Aires*, en Estudios, LV, pp. 263-267.

[27] Op. cit., p. 70.



La Yerba de la Víbora o Macagüá Caá. Tomado de la "Materia Médica" del H. Montenegro, S. J. (Biblioteca Nacional de Buenos Aires)

XI

FILOSOFOS, TEOLOGOS Y JURISCONSULTOS

Si en algunos de los ramos del saber humano siempre han sobresalido los Jesuítas, ha sido ciertamente en los relacionados con la filosofía y teología, con la Escritura Sagrada y con el Derecho Canónico y no podía ser de otra suerte, ya que son esas las disciplinas intelectuales que más disponen a un sacerdote para su sagrado ministerio. Trátase al propio tiempo de las que mejor forman las inteligencias, a la par de las lenguas clásicas.

Fue ciertamente una ventaja para la Compañía de Jesús que coincidiera con su fundación la aparición de métodos y directivas que acabaron con los abusos sofísticos y con las estériles y vanas discusiones tan en boga durante los dos últimos siglos de la Edad Media. Los primeros teólogos de la Compañía de Jesús se formaron cuando la filosofía se ceñía a los grandes maestros y la iluminaba una luz más adecuada al desarrollo de las cuestiones. Sobre todo, las doctrinas, así filosóficas como teológicas de Santo Tomás influyeron poderosamente en la restauración de los estudios y es justo anotar que la Compañía de Jesús se plegó a ese movimiento y llegó a ser una de las fuerzas propulsoras del mismo.

Los Jesuítas han seguido siempre al Angel de las Escuelas, pero con una razonable amplitud. Han seguido sus doctrinas, pero adaptándolas a los tiempos y necesidades de cada época. Así lo hicieron y no sin éxito. Contaron los Jesuítas en su seno a muchos y muy insignes pensadores, discípulos de Santo Tomás en lo substancial. pero originales pensadores en puntos accidentales o en la forma y métodos. Pudo Janssens decir que en el siglo 16 y 17 "apud Societatem Jesu pullulant summi viri mira et vix audita efflorescentia" que había entre los Jesuítas una enorme multitud de notables pensa-

dores, y Scheeben pudo agregar que "la parte del león tocó a la Orden recién fundada de los Jesuítas, que produjo obras grandiosas en todos los dominios del pensamiento.

Bastará mencionar algunos nombres. Toledo y Molina, Vázquez y Gregorio de Valencia, Martínez de Ripalda, Fonseca y Belarmino, Lessio y Korninck, Tanner y tantos otros son universalmente considerados como pensadores de primera categoría, y por encima de todos ellos el eximio Francisco Suárez, el más representativo, el más comprensivo y el más penetrante de los filósofos posteriores a la época del Renacimiento.

Todos estos pensadores influyeron en la ideología rioplatense, pero ninguno tanto como el mencionado Suárez. Cuando en 1551 se fundó la Universidad de Lima ordenó Felipe II que se siguiera la doctrina de Santo Tomás, del Doctor Escoto y de Francisco Suárez, y a los pocos años de iniciar los Jesuítas su labor educacional en el Río de la Plata, escribía el P. Diego de Torres al General de la Compañía (Febrero de 1613) que a los estudiantes y maestros de Córdoba, recientemente trasladados a Santiago, se les había ordenado "con parecer de los Padres, que se siguiesen nuestros autores y leyesen por ellos, siguiendo principalmente al P. Francisco Suárez, y no dejando en algunas otras cosas al P. Gabriel Vázquez, de que se han seguido muy buenos efectos..."[1]. El mismo Provincial escribía tres años más tarde desde Córdoba del Tucumán y decía al General que "el Padre Procurador lleva un papel de las razones y motivos que hubo para comenzar a asentar en esta Provincia la doctrina del P. Suárez y tenerle por expositor de Santo Tomás..."[2].

Suárez fue durante todo el siglo XVII y XVIII el gran pensador que ejerció mayor influjo en el Río de la Plata. Discípulos de Francisco Suárez fueron todos los profesores que en Córdoba, Buenos Aires y la Asunción abrieron cátedras de filosofía y teología, entre los que hemos de recordar los nombres de los Padres Lauro Núñez, Juan Cavero, Francisco Burgés, Diego Ruiz, Ignacio de Arteaga, Jayme Aguilar, Jerónimo Núñez, Jerónimo Boza, Gaspar Phitzer, Benito Riva, José Rufo, Luis de los Santos, José Angulo, Ignacio Leiva,,Juan de León, Mariano Suárez, Vicente Sanz, José Verón, y tantos otros,

[1] Pastells, *Historia de la Compañía de Jesús,* t. 1, p. 254.

[2] Pastells, *Historia de la Compañía de Jesús,* t. 1, p. 354.

hoy día desconocidos, pero que en el transcurso de dos centurias disciplinaron las mentes de la juventud americana.

Desgraciadamente son pocos los escritos de estos maestros que han llegado hasta nosotros, pero ellos bastan para indicar el alto nivel en que estuvieron los estudios así teológicos como filosóficos bajo la dirección de los Jesuítas. En poder de Monseñor Cabrera existe un cartapacio de papeles que contienen las tesis y explicaciones del P. Gaspar Phitzer; en el Museo del Colegio del Salvador están los que hizo para sus alumnos el P. Mariano Suárez; en el Archivo de la Nación Argentina se conservan no pocas hojas de los apuntes del P. Ladislao Orosz que tanta gloria dió a la ciencia en las cátedras cordobesas; Vera y Vallejo ha tenido la feliz idea de publicar en idioma castellano los tratados que en 1734 dictaron a sus alumnos los Padres Bruno Morales y Eugenio López. Si es lícito por estas muestras juzgar del conjunto, podemos aseverar sin temor a duda que en el Río de la Plata estaban los estudios filosóficos y teológicos a igual altura que en las universidades de Salamanca y de la Soborna, con las que el P. Francisco Miranda comparaba la de Córdoba.

Sabemos además que un Jesuíta de esa Universidad, el P. Juan Escandón, fué quien editó en cinco volúmenes en folio los *Comentarios filosóficos* del Jesuíta peruano P. José Aguilar; fué alumno de aquella misma Universidad el P. Miguel Viñas que en 1709 dió a publicidad en tres gruesos tomos su filosofía escolástica; fue profesor en sus aulas el P. Jerónimo Boza, quien escribió y publicó la *Laurea theologica* y con ella redujo a añicos la *Conmonitoria dissertatio* de Blasio. Sobre su sepulcro se grabaron estas líneas, entre otras: "In provinciae Paraquariae Universitate Cordubensi - Lector philosophiae et theologiae per plures annos"; fue alumno de Córdoba el P. Pedro Campos que en tres gruesos volúmenes disertó eruditamente sobre "La Autoridad y justicia de la Constitución *Unigenitus*"; fue profesor en las aulas cordobesas el P. Lauro Nûñez de quien se conservan en la Biblioteca Provincial de Sevilla dos volúmenes de comentarios sobre la Sagrada Escritura; había cursado en las escuelas de los Jesuítas Joaquín Fernández que salió en defensa del milenarismo del agudo pensador Ben-Ezra; alumno primero y profesor después de la Universidad de Córdoba fue el P. Guevara, más teólogo y filósofo que historiador o humanista, y que escribió su *Disertación antiblasiana* editada en 1775, tan elogiada por Luengo y por

Caballero, y quien escribió y publicó más tarde una *Disertación histórico-dogmática* sobre el culto de las imágenes, otra disertación sobre los oráculos y los espíritus; y sabemos que escribió, pero no llegó a dar a la publicidad un tratado sobre la fe y otro sobre el abuso supersticioso de las cosas sagradas; había estudiado en las mismas aulas el P. Nicolás Laguna que escribió y dió a la estampa unos comentarios sobre las profecías mesiánicas de Jesús.

Como ve el lector, la sola nómina de las lucubraciones teológicas y filosóficas compuestas por profesores o ex-alumnos de las escuelas jesuíticas dice muy alto a favor de la enseñanza que en las aulas de los mismos se impartía. No hemos mencionado, sin embargo, a los más egregios pensadores que ilustraron las cátedras filosóficas y teológicas de Buenos Aires, la Asunción y Córdoba. Nos referimos a los Padres Joaquín Millás, José Sanz y Domingo Muriel.

Millás no sólo fué un gran esteta sino además un gran filósofo, como lo demuestra su tratado *Del único y máximo principio* que publicó en 1786 y en el que no obstante su amplia y seria cultura se ladeó visiblemente a la escuela escocesa, derivando en gran parte sus ideas de Bacon y de Condillac. En 1798 publicó sus "*Principales proposiciones de la lógica*" (4o. - 208 pp.) en las que demostró sus tendencias metafísicas y su afición a los grandes filósofos de la época, aunque conservando en el fondo la base de la escuela tradicional; tendencias que aparecen más de manifiesto en su grande y elogiada "*Introducción a las disciplinas metafísicas*" que abarca un grueso volumen de 607 páginas. Es una verdadera lástima que esta obra sea enteramente desconocida a nuestros estudiosos. Comienza su egregio autor presentando en vista panorámica toda la historia de la filosofía desde los Estoicos y los discípulos de Platón hasta Vives, Valla, Lulio y Ramo. Se muestra entusiasta de Gassendi, de Descartes y de Newton, pero Bacón lleva sus preferencias, a quien coloca en un mismo plano con Pascal, Galileo, Boyle y Newton en cuanto a lo genial de su espíritu. Sostiene Millás que se debe a Newton la modernización de la filosofía de las escuelas, remozándola por medio de la inducción y el método en un instrumento de grandeza y de soberana fuerza. Tal es el asunto de la primera parte de su libro. En la segunda parte trata largamente sobre la certeza y la evidencia, aduciendo al efecto las teorías todas de los filósofos como las de Descartes, Malebranche, Locke, Condillac, Wulff, Salham, Soave y Bacón. Según

Menéndez y Pelayo[3] era Millás "un psicologista fervoroso, pero más inclinado (como Arteaga) a los principios de la escuela escocesa que a las de Condillac. Para él, la observación del hombre (hominis contemplatio) era el fundamento de la filosofía; y no tenía reparo en aceptar la duda cartesiana y patrocinar el método analítico".

Millás es sin duda uno de los más grandes pensadores que han morado en el Río de la Plata; no menos profundo en su pensar y más erudito que él fué el Padre José Sanz, tan desconocido como Millás, pero no menos digno de ser conocido como lo comprueban sus múltiples publicaciones de índole filosófica y teológica. *Qui fidei hostes* es el título de la apologética católica que editó en 1792 y en la que con gran caudal de ciencia, de lógica y de erudición desenmascaró a los incrédulos de su tiempo, poniendo de relieve las causas nada honrosas de su sectarismo. De pasada demuestra la futilidad de las teorías sobre igualdad y libertad, "palabras tan sonoras en teoría como inaceptables en la práctica". La verdadera ética y la verdadera sabiduría será siempre la cristiana, no obstante todos los engendros de los modernos utopistas.

Escribió otra obra sobre la soberanía pontificia y dejó inéditos todo un arsenal de monografías de índole teológica y filosófica y, según Hervás y Panduro, emprendió la continuación de la Teología que Juan Gener había dejado sin terminar.

Muy por encima de estos dos pensadores se yergue la figura gloriosa de Domingo Muriel, insigne teólogo, gran filósofo, eruditísimo historiador. Fué él la más grande cumbre a que llegó la cultura jesuítico-colonial. Su *Fasti Novi Orbis* es aun hoy día traducido y comentado como puede verse en la gran obra de Hernaez; su *Historia del Paraguay*, continuación de la de Charlevoix, ha sido vertida al castellano y su *Rudimenta juris Naturae et Gentium* ha merecido ser vertida y editada por la Universidad de La Plata en su Biblioteca Centenaria. En su voluminoso tratado sobre los *Fasti* analiza la política de los Papas y de los Reyes en el Nuevo Mundo, comentando las disposiciones de uno y otro poder siempre que podían afectar los intereses religiosos de los americanos. Su *Rudimenta*, cuyo título castellano es el de *Derecho Natural y de gentes*, es de un interés excepcional, como lo han declarado todos los estudiosos.

[3] *Historia de las ideas estéticas en España,* t. 3, v. 1, p. 266.

En este libro, lo mismo que en sus demás obras, mostróse Muriel erudito a carta cabal, puesto que le eran conocidos no sólo los autores antiguos sino también los modernos, así los ortodoxos como los heterodoxos. No escasean en sus escritos las citas de Grocio, Heinecio y aun las de los Enciclopedistas franceses. Notemos también que la tendencia americanista es general en los libros de Muriel. Confirma sus asertos, robustece sus opiniones, ejemplifica sus afirmaciones con casos concretos de la realidad americana que él conoció y estudió. Parece que hasta se preocupaba de poner junto a la teoría europea, general y abstracta, el caso americano, particular y nuevo en la historia de los pueblos.

Cabe a Muriel[4] la gloria de haber sido el más grande polígrafo de la época colonial, pero le cabe aún otra gloria a este genial pensador. Nos referimos a la restauración de los estudios filosóficos en la Universidad de Córdoba. Nadie ignora que a mediados del siglo XVIII cuando se iniciaron en Europa las nuevas corrientes ideológicas estaba la vieja y tradicional filosofía en un período de crisis, comparable al que había experimentado antes del Concilio de Trento y advenimiento de los grandes pensadores del siglo XVI. Funes se refiere a esa época decadentista en la que había más empeño en formar sofismas que en discurrir con acierto y en que la metafísica presentaba fantasmas en vez de entes reales, pero el mismo distinguido historiador cordobés anota que "seis o siete años antes de la expulsión salieron ya cursos y materias que no desdeñaría el buen gusto"[5].

Hallamos plena confirmación del aserto de Funes en la vida de Muriel escrita por uno que fue su alumno en las aulas de filosofía. "El tercer año del curso filosófico, escribe Miranda, después de habernos dictado la metafísica y la animástica (o psicología), en cuyos tratados procuró ceñirse cuanto pudo, cercenando varias cuestiones inútiles, que no sirven sino para perder el tiempo y para romper la cabeza, aunque nuestros mayores las creyeron y llamaron útiles para aguzar el ingenio; sin embargo, de que en aquella Universidad no se acostumbraba, nos dió ética o filosofía moral en un bellísimo compendio que hizo...".

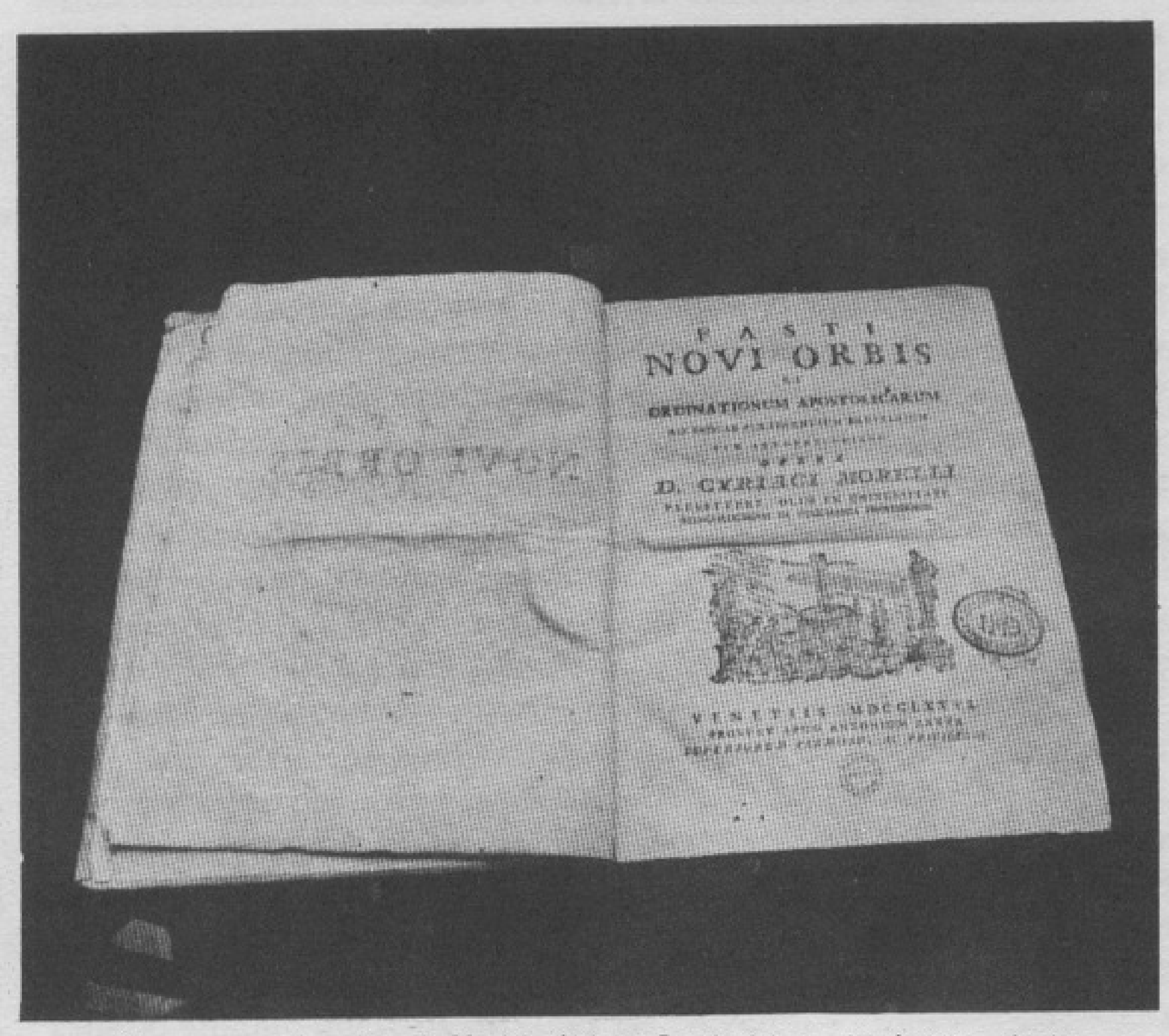
[4] Véase nuestra monografía sobre Muriel recientemente editada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires (1933).

[5] *Historia de las Provincias Unidas*, Buenos Aires, 1856, t. 2, p. 224.

Dió, además, el P. Muriel grande importancia a los estudios matemáticos y al de las ciencias naturales, "en lo cual hizo un no pequeño beneficio a aquella Universidad porque rompió y abrió el camino para que en ella, cortando los maestros de filosofía aristotélica muchas superfuidades inútiles, áridas e insípidas que allí se trataban, introdujeran materias útiles, amenas y sabrosas de la filosofía moderna, que antes se miraban allí como géneros de contrabando"[6].

Hemos tenido especial interés en citar este testimonio de escritor tan abonado para que se vea cuán gratuitamente aseveró Juan M. Gutiérrez, y con él el señor Ingenieros que fue necesaria la expulsión de los Jesuítas para que penetraran en el Río de la Plata las tendencias filosóficas modernas. Tal aserto es de una ignorancia o mala fe indecibles. La doctrina enseñada por Muriel en sus obras, el testimonio de Miranda confirmado por el de Funes y hasta el Catálogo de los libros que tenían en Córdoba los Jesuítas comprueban que no estaban ajenos los maestros y alumnos a las corrientes ideológicas y a los novísimos métodos europeos. La Sorbona cordobesa no estaba en zaga a los tiempos ni desconocía cuanto de bueno, noble y útil habían producido las diversas escuelas filosóficas, aun las heterodoxas.

[6] *Vida de D. Domingo Muriel*, Córdoba (Argentina), 1916, pp. 144-146.



Obra del P. Muriel, último Provincial de los jesuitas rioplatenses.

XII

POETAS Y PROSISTAS

No hubo ciertamente en la época colonial una literatura nacional en el verdadero sentido de esta palabra, pero no es menos cierto que hubo literatos egregios y abundaron los amateurs de buena ley, cabiendo a unos y a otros la gloria de haber trasplantado la cultura literaria existente en la vieja Europa y de haberla hecho arraigar y florecer en estas lejanas tierras americanas.

En esta doble labor corresponde un puesto de honor a la Compañía de Jesús, si no es que se tenga que sostener que a ella muy principalmente, ya que no exclusivamente, corresponde el lauro eterno en empresa tan difícil como gloriosa. No es nuestro propósito empequeñecer en lo más mínimo la participación que otras entidades laicas o religiosas pudieron tener en tan noble labor, pero debemos anotar que todos los miembros de la Compañía de Jesús que pasaron a estas regiones durante las dos centurias que corren desde 1585 hasta 1767 fueron hombres de una cultura más que mediana y podemos agregar que la inmensa mayoría de ellos eran poseedores de una cultura superior en todas las disciplinas humanísticas. Aquellos hombres que en Europa contaban en sus aulas a alumnos como Cervantes y Lope de Vega, Góngora y Calderón, Corneille y Moliére, no podían ser indiferentes al ambiente que ellos mismos tanto contribuian a formar.

Salían de la Península provistos de grandes anhelos de trabajar en la conversión de los indígenas, pero salían siempre llevando junto al Crucifijo y al lado del Breviario las obras unas veces de Perpiñán o de Mariana, las de Tasso otras veces o las de Ariosto, éste algunos tomos que contenían las *Eglogas* de Virgilio, o las *Elegías* de Ovidio,

aquél las *Soledades* de Góngora o el *Héroe* de Gracián. Llegados a nuestras playas y recluidos en lejanas reducciones de indios Chiquitos o Guaraníes, Mocobíes o Abipones, no hallaban, después de los solaces espirituales, otros más gratos que releer en la soledad agreste de nuestras pampas algunas páginas de la *Eneida* virgiliana o de la doble epopeya homérica. El caso de Sánchez Labrador es típico. Despliega su celo entre los terribles Mbayas, en una región salvaje y capaz de intimidar al más valiente, pero no por eso olvida sus clásicos latinos y aun griegos. Gracias a su prodigiosa memoria repite rapsodias enteras del cantor de los orígenes de Roma o largas andanadas de las metamorfosis del vate romano que sufrió duro destierro en las heladas riberas del Ponto Euxino.

Han llegado hasta nosotros varios Catálogos de las bibliotecas que tenían los Jesuítas en el Río de la Plata cuando sobrevino la expulsión colectiva de 1767, y por ellos venimos en conocimiento de qué contaban con todas las obras maestras de la literatura, no solamente española, sino aun universal. En los Catálogos de la Biblioteca del Colegio de Buenos Aires, que tiene en su poder el Sr. Enrique Peña; en la del Colegio de Santa Fe, que existe en el Archivo de la Nación Argentina, y en el de la Universidad de Córdoba, que reeditó Monseñor Cabrera[1], se encuentran catalogadas las obras de Cervantes, así su Quijote como sus Novelas Ejemplares, los Autos Sacramentales de Calderón y los dramas de Moreto, las poesías de Lope de Vega y las églogas de Garcilaso, las comedias de Plauto, las tragedias de Carpani, las odas de Horacio, la Araucana de Ercilla, los Epigramas de Marcial, la Eneida de Virgilio, los *Carmina* de Antonio Flaminio, las composiciones poéticas de Guarini, las tragedias de Séneca, la prosa de Mureto, la Historia literaria de Italia y hasta las Aventuras de Robinson Crusoe[2].

No nos extraña que aun hombres de la seriedad y de las ocupaciones del P. Boroa, uno de los que más contribuyeron a la formación de la Provincia del Paraguay, dedicara algunos de sus ocios a escribir poesías sobre la naturaleza americana como asevera su biógrafo, el P. Luis de la Roca, y como se comprueba por el soneto que de él

[1] Revista de la Universidad Nacional, Julio-Agosto 1930, pp. 175-216.

[2] Cf. G. Furlong, *Las Bibliotecas Coloniales en el Río de la Plata*, pp. 115-148 de Boletín de la Academia Nacional de la Historia. XIII, Bs. As., 1940.

se conserva aún[3]; no nos extraña que aquel gran varón que descubrió heroicamente las regiones de Nahuel Huapí entretuviera sus escasos ocios en componer dísticos latinos que merecieron ser publicados en Génova a principios del siglo XVIII[4]; nada nos admira que el P. Francisco Javier Miranda llegara hasta componer cuartetas y saetillas a cuantos asuntos se le ocurría, ni que el P. José Peramás estuviera siempre con el laúd en las manos para cantar las glorias de los laureados alumnos y de los beneméritos profesores de la Universidad cordobesa.

Aun más; no nos extrañamos que haya sido un Jesuíta quien compusiera e hiciera representar en tierra argentina el primer drama. El hecho acaeció a fines del siglo XVI. Las Anuas de 1596, impresas en 1605, lo consignan. Al trasladar los Jesuítas de la Asunción el Santísimo desde la Catedral a su nuevo colegio, pensaron en solemnizar el acto con una representación dramática. Encomendó el rector la tarea al P. Alonso Barzana, y éste, con un entusiasmo que no correspondía a lo avanzado de su edad trazó el argumento, escribió el drama y preparó a sus mismos alumnos para la representación. El éxito fue enorme al decir de las citadas Anuas[5]. "Fue, escribe el autor de las mismas, el primer fruto de la enseñanza de los Jesuítas en aquella ciudad y fue cosa tanto más maravillosa cuanto que la población era exigua y poco interesada en obras de esa índole. Duró, sin embargo, la representación dos horas y media y gustó enormemente a todos los espectadores".

No vamos a recordar todas las obras de índole poética ejecutadas por los Jesuítas durante dos siglos de vida colonial, pero no podemos dejar de recordar que si los Jesuítas no contaron en sus filas con ningún genio poético, fueron precisamente ellos quienes proporcionaron, de entre sus alumnos, el vate más insigne que honró aquellos siglos de conquista y gestación nacional. Nos referimos al egregio vate cordobés Luis de Tejada (1604-1680). Este afortunado competi-

[3] Academia de la Historia (Madrid).

[4] *Philosophia Scholastica. Patris Michael Viñas,* Génova, 1709, t. 1, pp. III/XII; véase también Machoni, *Las siete Estrellas,* p. 383.

[5] Cf. Oscar J. Dreidemie, *Los Orígenes del Teatro en las regiones del Río de la Plata,* pp. 651-661: IIo. Congreso Internacional de Historia de América, III, Bs. As., 1938.

dor de Góngora, y autor no menos afortunado del Pelegrino en Babilonia y de Soledades, obras ambas tan elogiadas por los críticos modernos, fue alumno de los Jesuítas, y al lado de ellos y bajo la dirección de los mismos hizo sus primeros estrenos en el campo de las letras. Recuérdese que fue el P. Diego de Torres quien alentó al joven poeta por la senda de la divina poesía, de la que era tan egregio representante. Cierto es que fue el más grande y más genuino vate de la época colonial y que en las aulas de la Universidad cordobesa recibió aliento, y halló ambiente para su misión de artista soberano.

La poesía tuvo entre los Jesuítas numerosos cultores, pero los tuvo en mayor número la prosa ciceroniana, a la manera de los humanistas del Renacimiento, y la prosa castellana que muchos manejaron con singular destreza y maestría. Además de los que se distinguieron en el manejo de las lenguas del Lacio y de Castilla, hemos de agregar los que fueron maestros en la teoría literaria y en la ciencia estética.

Como oradores de fácil y amena palabra no menos que de persuasiva argumentación eran muy apreciados por los moradores de Buenos Aires durante el siglo XVII los Padres Diego de Torres y Juan Darío, Pedro de Oñate y Gaspar Sobrino, y durante el siglo siguiente los Padres José Isidoro Barreda y Juan de Escandón, Pedro de Arroyo y Juan Barrera, sin contar otros de menor figuración en los grandes púlpitos de la época. Los dos últimos que hemos mencionado fueron los elegidos por el Cabildo para las solemnísimas exequias celebradas por la ciudad por el deceso de Felipe V y para las no menos solemnísimas fiestas de gozo que tuvieron lugar al advenimiento del nuevo monarca Fernando VI. Sabemos que los discursos de ambos oradores fueron tan del agrado de las autoridades bonaerenses, que se remitieron sendas copias de los mismos al Monarca Español. Así consta en la "Descripción de las fiestas reales", que, gracias a un anónimo autor de la época, han llegado hasta nosotros[6].

Como prosistas en lengua castellana pudiéramos considerar a casi todos los Jesuítas del siglo XVII, desde Añasco y Barzana hasta Ruiz de Montoya y Miguel de Sotomayor. El escribir castizamente estaba entonces tan en el ambiente, que era apenas posible a un hombre instruido sustraerse a la tendencia correcta y perfecta de la

[6] Revista del Río de la Plata, Buenos Aires, 1871, t. 1, pp. 85 y 90.

época. Lozano es a las veces enfático, pero siempre correcto y claro; Gaspar Rodero no siempre es elegante, pero siempre es armonioso; Juan Rico es sencillo, ameno, insinuante; Nusdorffer es a las veces rígido, a las veces poco explícito, pero raras veces deja de ser robusto en la frase y enérgico en la expresión; Francisco Leoni escribe sobre venta de ganados e invasión de langostas, pero lo hace con una ingenuidad y espontaneidad que recuerda el estilo de Santa Teresa, y Juan de Viana sazona su estilo con expresiones tan suaves, con sentencias tan bien traídas y con anécdotas tan sabrosas, que su lectura jamás fatiga.

Podemos, sin embargo, aseverar que fue la lengua latina la que más y con mayor éxito emplearon los Jesuítas de aquellos tiempos. La razón es obvia: era la lengua internacional de aquellos siglos y era el vehículo más seguro para que las ideas se difundieran por un radio más extenso y más selecto. Como cultores de la lengua del Lacio debemos mencionar al Padre Francisco de Altamirano, al P. Diego de Boroa, al P. Nicolás del Techo, al P. Ladislao Orosz, al P. Juan de Escandón, al P. Julián de Pedraza, al P. Adolfo Schirmbeck, al P. Antonio Sepp, al P. Domingo Muriel, al P. Eugenio López, al P. Jerónimo Núñez y, sobre todo, al P. José Peramás, que fue considerado por sus contemporáneos admirable ciceroniano, así por la espontánea galanura de su estilo como por la amplitud de sus períodos y la factura acabada de sus párrafos latinos.

Fue, sin duda, Peramás un gran humanista; aun más: fue el más grande que produjo el pueblo argentino durante la era colonial. Sus dos series de *Vita et moribus*, sus *Laudationes quinque*, que fueron una de las pocas obras editadas en la imprenta que los Jesuítas tuvieron en Córdoba; su preciosa obrita sobre las costumbres de los Guaraníes, entre quienes había vivido durante algún tiempo, y sus *Cartas Anuas*, que merecieron los elogios de Cordara, son sin excepción obras de genuina elegancia latina y no indignas de los más grandes humanistas europeos. Debemos también manifestar que nos maravilla que a fines del siglo XVIII, cuando era grande la postración y la decadencia en que yacía el culto de la forma clásica, salieran a luz esas obras compuestas en un rincón del nuevo mundo. Gran gloria la suya haber legado al pueblo argentino cuatro obras de índole histórica, llenas de noticias sobre nuestro pasado nacional, y mayor aun el haberlas arropado en la purpúrea túnica de Cicerón y Tácito.

Si corresponde al P. José Peramás haber sido el más grande humanista de la época colonial, corresponde al P. Joaquín Millás el haber sido el más grande esteta. Suyo es el tratado que intituló "*Del único principio salvador de la razón, del gusto y de la virtud en la educación literaria*" suyo el *Ensayo sobre los tres géneros de poesía*, suya la monografía "*Sobre el diseño y el estilo*", suyas las *Proposiciones de Lógica* y la *Introducción a la metafísica*, de que nos ocupamos ya al mencionar a los filósofos.

El ensayo sobre los tres géneros de poesía es una lucubración que ella sola bastaría para inmortalizar a su autor. Si Lessing, en presencia del Laocoonte, escribió su inmortal tratado de la belleza, Millás, en presencia de la triple obra del poeta mantuano, compuso su tratado sobre la poesía. Hermosamente diserta sobre las églogas virgilianas, contrastándolas con las del vate griego Teócrito y con las del poeta italiano Sannazaro, tratando de pasada de la poesía didáctica desde Hesíodo hasta Virgilio. La segunda parte de su libro versa sobre la poesía épica, comenzando por la Ilíada y la Odisea y demostrando la belleza que campea en aquellas obras maestras y en la soberana imitación que de las mismas hizo el poeta mantuano y extendiendo su estudio hasta la poesía épica italiana, cual se ostenta en la Jerusalem libertada de Tasso y el Orlando Furioso de Ariosto. Demuestra que aquellos eximios vates fueron initadores de Virgilio y que precisamente en la imitación de aquel gran maestro estriba la acertada disposición de los poemas de entrambos.

Obra mucho más voluminosa y de mayores alientos fué su tratado "Sobre el único y máximo principio de la razón, del gusto y de la virtud", que salió a luz en 1786 y que forma tres tomos de 236, 280 y 283 páginas de nutrida lectura. Educar armónicamente las facultades del espíritu fue el objetivo que se propuso Millás, y ciertamente consiguió su fin si nos hemos de atener a los elogios que Tiraboschi[7] y el doctor Vittorio Cian en nuestros días[8] han tributado a esta obra del Jesuíta rioplatense[9]. Su tercer tratado sobre

[7] Diario de Módena, t. 35.

[8] *L'Inmigrazione dei Gesuiti*, p. 42.

[9] Nos hemos ocupado más extensamente de estas obras en nuestra disertación sobre *"Joaquín Millás: esteta y filósofo"*, en Boletín de la Academia Nacional de la Historia, XI, Bs. As., 1938, pp. 144-53.

arte es el rotulado "Sobre el diseño y el estilo del idioma poético italiano", tema tanto más atrevido cuanto que la lengua italiana no era la nativa del autor. Para gloria de Millás baste decir que Menéndez y Pelayo le incluyó en su Historia de las ideas estéticas en España[10] y tuvo cálidas frases de elogio para su meritísima labor estética comparable en algunos aspectos a la del incomparable Arteaga.

[10] Madrid 1886, t. 3, vol. 1, pp. 266/267.

XIII

LA MUSICA Y EL CANTO

Los Jesuítas que con tanto acierto supieron introducir, así en las ciudades de los españoles como en las reducciones de los indígenas, los oficios mecánicos y las artes liberales, no dejaron de hacer cuantos esfuerzos pudieron para aficionar a los unos y a los otros a la música y al canto. Nadie ignora el papel preponderante que en todas las sociedades desempeña la armonía en sus diversas manifestaciones y lo mucho que contribuye a la formación de hombres de espíritu sereno y de criterio armónico. Hemos de consignar, por lo que respecta al Río de la Plata, que los Jesuítas obtuvieron el éxito más completo en sus reducciones y pueblos, así de indios Guaraníea, como de Lules, Chiquitos, Abipones, Mocobíes y Mojos, pero fracasaron lamentablemente en cuanto a las ciudades[1]. Los españoles que moraban en éstas no respondieron a los esfuerzos de los Jesuítas.

La labor jesuítica en el campo de la música data de 1609. Fue en esta fecha que el P. Diego de Torres ordenaba a los Padres José Cataldino y Simón Maseta que "cuanto más presto se pudiere, con suavidad y gusto de los indios, se recojan cada mañana sus hijos para aprender la doctrina... leer y cantar. Y si el licenciado Melgarejo hallare cómo les hacer flautas para que deprendan a tañer, se haga: procurando enseñar bien a alguno, que sea ya hombre, para que sea maestro"[2]. El mismo Padre Torres en una Instrucción que dió a los

[1] Véase nuestro volumen sobre *Músicos Argentinos durante la Dominación Hispánica*, Buenos Aires.

[2] *Lettres edifiantes*, t. 11, p. 424.

Misioneros en 1610, ordenaba que a los indígenas se les enseñase canto y música, "habiendo comodidad"[3].

La música y el canto coral llegó a ser tan universal en los pueblos de fundación jesuítica que ya a principios del siglo XVI fue necesario reprimir abusos, más bien que estimular iniciativas. Así lo comprueba el Reglamento que para las doctrinas dio el Provincial P. Gregorio de Orozco en 1620[4]. Ni es de extrañar, puesto que a mediados de dicho siglo tenían ya todas las reducciones sus coros de cantores, sus bandas de músicos y sus orfeones de instrumentos de cuerda y los tenían en forma tan halagüeña que quienes habían estado en las grandes ciudades de España, o en la misma Roma, o en los grandes centros musicales de Bohemia declaraban que no había en dichas ciudades o países nada superior en cuanto a coros de voces bien disciplinadas y a músicas más difíciles y mejor interpretadas.

Véase el testimonio de un hombre tan inteligente como Cardiel: "en todos los pueblos hay 30 ó 40 músicos... estiman mucho este oficio... Enseñados desde niños salen muy diestros... Yo he atravesado toda España, y en pocas Catedrales he oído músicas mejores que estas en su conjunto"[5]. El mismo historiador nos ofrece otros datos de gran interés. "En todas las misas de cada día, agrega Cardiel, siempre están tocando y cantando los músicos desde el principio hasta el fin con sumo silencio y veneración del pueblo. Al principio hasta el Evangelio tocan órganos, chirimías, arpas y violines. Desde el Evangelio hasta la Consagración cantan algún Salmo de las vísperas con todos los instrumentos juntos. Después cantan algún motete en latín o castellano y tal cual en su idioma, o algún himno variando cada días las letras y las composiciones; y si sobra tiempo hasta el fin vuelven a tañer los instrumentos"[6].

Por el mismo historiador sabemos que los instrumentos que conocían y tocaban los indios eran variadísimos. "Los instrumentos comunes a todos los pueblos, escribe Cardiel, eran violines, dos o tres; arpones, tres o cuatro; y uno o dos órganos y dos o tres clari-

[3] Lozano, *Historia de la Compañía de Jesús*, t. 2, p. 135.

[4] Hernández, *Organización Social*, t. 1, p. 594.

[5] *Declaración de la verdad*, Buenos Aires, 1900, p. 279.

[6] *Declaración de la verdad*, Buenos Aires, *1900, p. 280.*

nes, en casi todos los pueblos"[7]. Sabemos por el mismo historiador que había además cornetas, espinetas, liras, arpas, y en fiestas que se celebraban fuera de los templos había además guitarras, cítaras, bandolas y bandurrias[8].

Que no son exageradas estas noticias nos lo prueban los inventarios de los pueblos de Misiones publicados por el señor Francisco J. Bravo. Como puede verse en el valioso libro de este escritor había en la Reducción de Apóstoles en 1767: "3 arpas, 4 bajones, 2 violines, 6 violines nuevos, 1 fagote, 2 liras, 2 flautas, 2 cornetas y 53 piezas de sonatas"[9], mientras que en la Reducción de Concepción había "4 arpas grandes, 6 rabelas, 2 rabelones, 1 espineta 2 violas, 2 bajones granes, 4 bajones menores, 10 chirimías, 1 fagotillo, 2 cornetas, 4 flautas, 1 órgano y 4 clarines"[10]. De los indios del pueblo de Yapeyú sabemos que tenían entre otras cosas 13 violines y 11 chirimías"[11].

Cuando uno recuerda que todos estos instrumentos responden a un gran movimiento musical, admira ciertamente la labor intrépida y la habilidad de los Jesuítas que tanto pudieron hacer en épocas y regiones lejanas. Cuando la historia de la música en las poblaciones de españoles era nula y nadie había que se preocupara de tan noble arte, tenían los Jesuítas en sus misiones no solamente coros y bandas de expertos músicos, sino hasta fábricas de instrumentos de cuerda y de viento. En los primeros tiempos se importaron de Europa algunos instrumentos, pero ya a fines del siglo XVII comenzaron las Misiones a fabricarlos ellos mismos. En este un hecho innegable, de lo cual no puede dudarse. "El Misionero Jesuíta, escribe el P. Miranda, era por necesidad un Proteo (por explicarme así) que se transformaba en mil figuras y hacía mil papeles diferentes. Era el arquitecto y albañil..., era el carpintero..., era el tallista..., era el maestro de música y el maestro también de hacer instrumentos de ella como órganos, clavicordios, etc... Pero esto se debe entender de la infancia

[7] *Breve relación*, ed. Hernández, p. 558.

[8] *Declaración de la verdad*, Buenos Aires, 1900, p. 281.

[9] *Inventarios de los bienes de los Jesuítas*, Madrid, 1872, p. 18.

[10] *Inventarios de los bienes de los jesuítas*, Madrid, *1872, p. 64.*

[11] *Inventarios de los bienes de los Jesuítas*, Madrid, 1872, p. 280.

o principios de la Reducciones... que después de algunos años, los mismos indios de discípulos pasaban a ser maestros"[12].

Confirma esta noticia y la esclarece otra que nos da el P. Peramás al escribir: "No vayan a creer los que esto leyeren que cuando digo que los indios eran ingeniosos en hacer instrumentos que éstos fueran unos aparatos informes y groseros, pues sabían valerse de los instrumentos de trabajo con la misma destreza que los más egregios maestros europeos. Ciertamente se maravillaría quien viniese y viese a estos eximios artífices fabricar órganos neumáticos y toda clase de instrumentos musicales"[13].

La gloria de haber dado un grande y poderoso impulso a la fabricación de tales instrumentos corresponde muy particularmente a un eximio Jesuíta alemán el P. Antonio Sepp. Como escribía un contemporáneo: "esto le será un mérito inmortal", y así es por más que nuestros historiadores de música ni recuerdan su nombre mucho menos sus glorias musicales en el Río de la Plata.

No fue sin embargo Sepp el primer gran maestro de música que tuvieron los Jesuítas en estas regiones. Corresponde esta gloria al P. Juan Vaseo, de nacionalidad belga, "que trabajó apostólicamente en las Reducciones y puso la música en maravilloso punto entre los indios" según se expresaba a mediados del siglo XVII el P. Antonio Ruiz de Montoya que le conoció y trató[14]. Vino al Río de la Plata en 1616 y por razones muy simpáticas. Era músico en la Corte cuando llegó a su noticia lo mucho que podría él hacer entre los indígenas del Paraguay con sus aficiones y habilidades musicales, y, sin más, lo abandonó todo y partió para el Nuevo Mundo. Falleció en 1623 mientras asistía a los indios contagiados de una peste, pero dejando muchos herederos de sus habilidades.

Sucesor del P. Vaseo fue el H. Verger, francés de Arctoine en Arrás y que había pasado a América con el mencionado Vaseo. Verger era un hombre muy habilidoso, así en el arte musical como en la escultura, la arquitectura pintura y orfebrería. En 1632 se hallaba en el pueblo de San Ignacio cuando recibió una carta del mismo General de la Compañía, quien entre otras cosas le decía lo siguiente:

[12] *Sinopsis de los bienes que producían los Jesuítas*, p. 16.

[13] *De vita et moribus sex sacerdotum,* Faenza, 1791, p. 65.

[14] *Conquista espiritual*, ed. de Bilbao, 1892, p. 82.

"Huélgome mucho... que le vaya tan bien, como me dice en la de 4 de agosto, y que esté tan ocupado en esa Reducción enseñando a los indios a pintar y tocar instrumentos para ganarlos por estos medios y disponerlos para que se hagan cristianos. Ya he encargado que se compren las cuerdas de laúd que me pide y procuraré que se envíen con ésta"[15]. A este Jesuíta aludía sin duda el Padre Noel Berthod cuando escribía que a su arribo a las Misiones guaraníticas en 1628 había presenciado y disfrutado de unas hermosas fiestas en las que "según el buen gusto de Francia" habían los indígenas cantado varias piezas de música al son de instrumentos amaestrados por un Jesuíta francés. "Este, según se expresa el mismo Berthod, había prestado muy buenos servicios con su instrumento músico a aquella Reducción, pues tras él iban como cautivos los indios, y oyéndole cantar y tocar permanecían hasta cuatro horas inmóviles y como estáticos".

A Verger sucedió el Jesuíta italiano Pablo Anesanti, y a ambos el eximio músico italiano Domingo Zipoli. Peramás escribe que nunca faltaron buenos músicos entre los Jesuítas de la Provincia del Paraguay, pero "jamás nadie, agrega este historiador, aventajó a Domingo Zipoli, músico que había sido de una de las capillas de Roma y de cuyo talento musical puede decirse que era singularísimo, y que aquel que una vez hubiese oído alguna de las piezas de música por él compuestas, no encontraba después gusto alguno en las obras musicales de otros autores"[16] Las Anuas nos dicen que falleció a principios de 1726 cuando acababa de terminar en Córdoba sus estudios de teología y después de elogiar sus dotes de músico, recuerda que de ellas dió buena prueba así en las múltiples piezas de música que compuso como en el libro que dio a luz. Este, según los biógrafos, estaba redactado en lengua italiana y se publicó en Roma durante el año de 1716 con el siguiente título que damos en castellano: "Principios o nociones para tocar con acierto el órgano y la trompa".

Zipoli pasó los últimos años de su vida en Córdoba. En el Tucumán vivió y murió otro insigne maestro cual lo fue el Padre Juan Fecha. Sabemos que en el Tucumán abrió este Jesuíta "una escuela de músicos en la que enseñaba a los indios más aptos a cantar y tocar

[15] Grenón, *Mensajero Andino Platense*. t. p. 422.

[16] *De vita et moribus sex sacerdotum*, p. 294.

la lira, la flauta y la trompa con notas y según las reglas del solfeo. Gracias a la diligencia del maestro y a la afición de los indios pronto se pudo tener un buen coro y una banda que no solamente contribuía al esplendor de la Reducciones de los Lules sino que era llamado a la ciudad de Tucumán y a otras donde lucían con admiración de todas sus habilidades"[17].

En la ciudad de Santa Fe y entre los indios Mocobíes llegó a conquistarse sempiterna gloria el Padre Florián Paucke. Había estado en las Misiones Guaraníticas, pero su labor más notable fue entre los indígenas de la Provincia de Santa Fe. Hermosamente escribe Miranda que era este Jesuíta "alemán de nacimiento y tan insigne misionero como excelente maestro de música, la cual le sirvió maravillosamente para hacerse amar de los infieles, amansar los ánimos feroces de aquellos tigres mocobíes y disponerlos para que se rindiesen a la vocación de la Divina Gracia"[18]. Gran músico, gran compositor de música y gran fabricante de instrumentos músicos fue este ingeniosísimo Jesuíta alemán. Sabemos que entre otras cosas fabricó un órgano con cinco registros por el que, en la ciudad de Santa Fe, le llegaron a ofrecer 800 pesos, pero él no quiso ponerlo en venta[19]. A los tres años de fundada una de las Reducciones de Mocobíes tenía ya el buen misionero "unos veinte muchachos que dominaban otros tantos instrumentos y con tanta perfección que cuando en la iglesia tocaban alguna composición musical sagrada, causaban admiración no solamente a los indios, sino también a los mismos españoles que tenían ocasión de oírlos. "Grande fue, escribe el mismo Paucke, el regocijo de todos los indios al oír esta música (o pequeña orquesta, compuesta de 6 violines, 1 violoncelo, 4 flautas, 2 arpas y 1 trompa) y sobre todo, el de los padres de nuestros pequeños ejecutantes; día por día fue creciendo la concurrencia a la Santa Misa particularmente de los indios infieles, quienes, atraídos por la música, asistían diariamente con gran regularidad"[20].

Dobrizhoffer y Miranda nos han dejado noticias muy interesan-

[17] Véase Pedro J. Andreu, *Carta sobre el P. Ugalde*, p. 30 y Peramás, *De vita et moribus tredecim*, p. 129.

[18] *Vida de D. Domingo Muriel*, Córdoba 1916, p. 119.

[19] *Memorias*, p. 49.

[20] *Memorias*, p. 42.

tes sobre el éxito singularísimo que en todo el Río de la Plata alcanzó el P. Paucke, cuando a petición de las ciudades de Córdoba, Tucumán, Santa Fe y Buenos Aires le requerían que bajara con sus músicos para festejar alguna de las grandes solemnidades. "Gran parte de la ciudad de Buenos Aires y algunos ex Jesuítas que vivimos, escribía Miranda en 1784, no pudimos ver sin lágrimas de consuelo, el año 1758, ahora no puedo acordarme de ella sin ternura, y fue que en la vigilia y en la fiesta de San Ignacio se vieron en el coro de nuestra iglesia tocar con destreza varios instrumentos músicos a cinco jóvenes, y cantar las vísperas y misa otros tres, hijos de aquellos mismos mocobíes que cinco o seis años antes se lavaban las manos en la sangre de los españoles. Bajó con ellos a Buenos Aires el P. Florián Paucke... llamado o convidado del rector de aquel colegio, para dar a la ciudad aquel tierno y consolante espectáculo, que visto con los ojos y sentido con los oídos apenas se hacía creíble"[21].

En Córdoba primero y después entre los Indios Chiquitos trabajaron gloriosamente los Padres Juan Mesner y Martín Schmid, músicos ambos y que dejaron recuerdos imborrables de su actuación en el campo de la música, según todas las referencias de los contemporáneos. Schmid era suizo y era todo un artista. Cuando vino a América no sabía fabricar instrumentos músicos, pero se entrevistó con un fabricante de Potosí y aprendió de él la manera de construir cuantos aparatos le podían ser útiles en las Misiones. Sabemos que hasta instaló una fundición para hacer las partes metálicas necesarias. Por estos medios llegó a fabricar gran cantidad de órganos, violines grandes y pequeños, flautas, liras, trompetas "y hasta llegó a hacer un monocordio (que es invención de los alemanes) y que es un instrumento que con una cuerda larga imita todos los sonidos del arpa, aventajando a los de la flauta (ad invidiam tubicinum)"[22].

El austríaco Mesner fue un decidido colaborador de Schmid. Conocedor, como el que más, de todo el arte musical, ponía música a los cantos sagrados y copiaba y distribuía las piezas de música que componía Schmid y las que le llegaban de otras partes de América y de la Europa, cuando eran de buenos maestros. A imitación de Schmid pasaba de una a otra Reducción organizando en todas ellas

[21] *Vida de D. D. Muriel*, p. 119.

[22] Peramás, *De sex*, p. 432.

escuelas de canto y de música y cuando esto le era imposible pedía le remitieran de los diversos pueblos a los jóvenes más indicados para una y otra cosa. Una vez educados a su lado, los enviaba de nuevo a sus respectivos pueblos[23].

Aun después de la expulsión de los Jesuítas no olvidaron los indios Chiquitos las sabias lecciones que habían recibido de sus maestros de canto y música. Cosme Bueno, profesor de Lima y cosmógrafo del Perú, escribía en sus *Efemérides* que "al visitar las Reducciones de los Chiquitos, en 1768, Monseñor Francisco de Hervoso, no pudo menos de maravillarse de los órganos que poseían las iglesias de los diversos pueblos. Quiso que los indios le hicieran uno para su Catedral y los indios satisfacieron la voluntad del Prelado e hicieron un órgano que no desmerecía de los existentes en las catedrales y templos del Perú; y es mucho de admirar que indios, que fuera de su lengua nativa nada saben, manejen el compás y apliquen a tales artefactos con proporción y orden las reglas de la música".

Más maravilloso aún es que D'Orbigny y Dermesay, entre los años 1830 y 1835, encontraran entre los indios mencionados y los Mojos, los cantos y danzas que un siglo antes les habían enseñado los Jesuítas. D'Orbigny en la interesantísima relación de su visita al pueblo de El Santo Corazón, escribe textuales palabras que sin duda asombrarán a no pocos lectores: "Yo fui sorprendido al percibir que con sus danzas indígenas mezclaban piezas de Rossini y de Weber; la música y canto de la misa solemne fue ejecutada por los indios de una manera muy notable"[24].

Si de las Misiones pasamos a las ciudades pobladas por europeos, nos encontramos asimismo que los únicos maestros que en ellas había adiestrando coros de canto y bandas de música eran los Jesuítas. Así lo afirma categóricamente Peramás cuando escribe que "en dichas ciudades no había otra música que la de los discípulos de los Jesuítas" y Miranda, después de exponer cómo los Jesuítas habían trabajado y con éxito "en casi todas las líneas" para introducir, fomentar y propagar las bellas artes, añade lo siguiente: "Dije en casi todas las líneas para exceptuar una cosa en que los Jesuítas no han podido pegar (por explicarme así) o propagar este contagio artístico

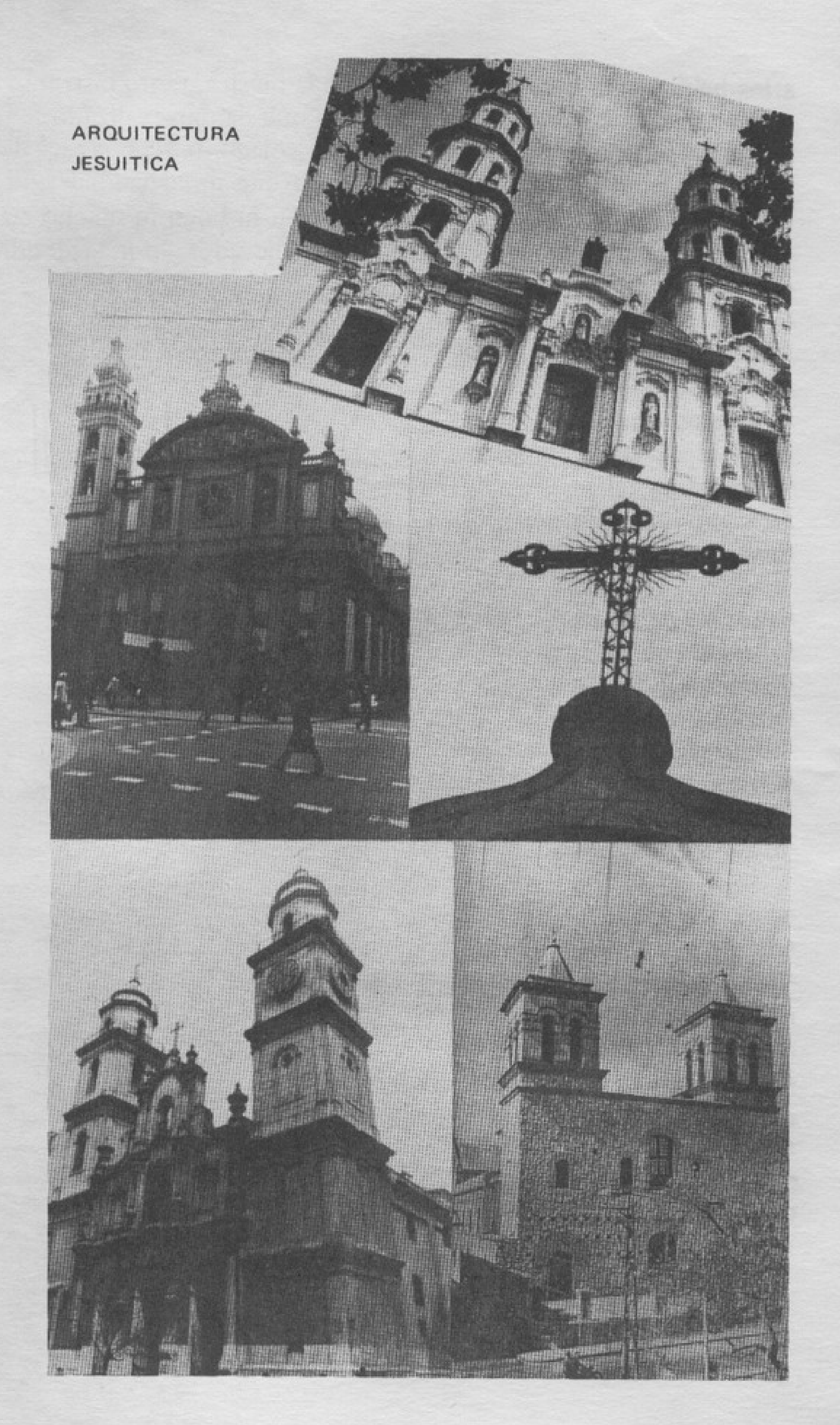
[23] Peramás, *De sex*, p. 189.

[24] Citado por Graham, *A vanished Arcadia*, pp. 178/179.

a los habitantes de las ciudades, y es en la música, tanto instrumental como vocal", y después de historiar lo que habían realizado los Jesuítas en sus misiones y cómo "en cada colegio teníamos escuela de la misma facultad", prosigue asegurando que ni las ciudades, ni las catedrales ni otros cuerpos se preocuparon ni poco ni mucho en introducir entablar y mantener la música, llevados "por la desidia o por ahorrar gastos"[25].

[25] *Sinopsis de los bienes que producían los Jesuítas*, pp. 18/19.

ARQUITECTURA
JESUITICA



XIV

ARQUITECTOS, ESCULTORES Y PINTORES

Parecerá, extraño a primera vista que podamos incluir entre los arquitectos y pintores del pasado a miembros de la Compañía de Jesús, pero la tal extrañeza se convertirá en asombro cuando comprobemos que toda la arquitectura, toda la labor escultórica y todas las obras pictóricas desde 1610 hasta 1767 se debieron casi exclusivamente a los Jesuítas. Así es, en efecto, y la historia de dos centurias confirma ampliamente nuestro aserto.

La inmensa mayoría de las obras artísticas y monumentales debidas a los miembros de la Compañía de Jesús han desaparecido, pero quedan aún suficiente número de ellas para atestiguar cuán amplia y cuán perfecta fué su labor. Ningún edificio de Buenos Aires entraña recuerdos históricos más simpáticos que el viejo Cabildo porteño, y sabemos hoy, gracias a las investigaciones del señor Torre Revello, que fue un Jesuíta quien planeó y construyó, a lo menos parcialmente, aquella venerada reliquia; nada en Santa Fe constituye un símbolo de arte y un recuerdo tres veces centenario como el cuadro de la Virgen de los Milagros, y fue un Jesuíta quien dejó a la posteridad aquella obra maestra que ha sido durante siglos la admiración de los santafesinos. Nada digamos de la ciudad de Córdoba, donde cada piedra, cada claustro, cada aula recuerda la gloria de olvidados cuanto meritorios artistas de la Compañía de Jesús. No ascendamos al territorio de las Misiones, que, a pesar de la dilapidación sistemática y del abandono absoluto, es un inmenso museo de muros ciclópeos unas veces, de estilizadas columnas otras, de frisos rotos, tronchados íconos, capiteles destrozados y arcos atrevidos que aún resisten el embate de los años. Nuestros museos privados y públicos están llenos de las reliquias allí recogidas.

Quien estudie el arte en el Río de la Plata durante la época colonial tiene que venir a la conclusión que los Jesuítas se preocuparon, más que otra institución cualquiera, de embellecer las urbes y poblaciones de aquellos tiempos. En el siglo XVIII no dudaba asentar esta verdad uno que durante años había estado en el Río de la Plata, particularmente en Córdoba. Después de manifestar que las ciudades y casas eran simples ranchos por la razón de que "con la facilidad con que se fundaba la ciudad, se deshacía o mudaba", agrega que "de poco tiempo a esta parte empezaron a hacer edificios de alguna duración, debiendo en gran parte a los Jesuítas la hermosura de las ciudades, particularmente de Córdoba, porque habiendo llevado maestros alemanes que trabajaban y enseñaban a trabajar a los esclavos de dentro y de afuera, lograron tener quien les hiciese algunos edificios y casas decentes. Dura la memoria en esta ciudad y en la de Buenos Aires del famoso Hermano Blanqui, Maestro de obras que de Roma pasó al Paraguay. El les hizo en Buenos Aires a los Franciscanos la Iglesia, o se la compuso. El H. Antonio Harls, alemán que al presente (1767) se hallaba en Córdoba, designó las obras del Colegio y estancias. Otro Hermano Antonio Forcada, aragonés. Esto mismo ha acaecido en los Hermanos Herreros. Habían ido insignes alemanes, y había al presente en la Provincia quienes en Buenos Aires y en Córdoba han lucido sus casas con las hermosas rejas y toda especie de obras de yerro, haciéndoles molduras y ablandándole de manera que causaba admiración y pudieran lucir en Europa las cerraduras, llaves, rejas, balcones de yerro y molduras"[1].

Fueron arquitectos de nombradía y maestros en el arte los Padres Angel Camilo Peragrassa, natural de Italia; Antonio de Ribera, oriundo de Toro, en España, e hijo, según parece, del pintor y arquitecto madrileño Pedro de Ribera; Antonio Sepp, tan habilidoso en la música, en la pintura, en la escultura y en la arquitectura que era el asombro de sus contemporáneos. Débese a este Jesuíta el descubrimiento de la cal en el territorio de Misiones, como al mencionado Ribera se debe el estudio de las maderas del país más apropiadas para fines edilicios. Al lado de estos sacerdotes aparece toda una legión de Hermanos Coadjutores, que, antes de ingresar en la religión, habían sido arquitectos o maestros de obras. José Brasanelli,

[1] Lorenzo Casado, *Relación*, folios 107/108; Archivo de Loyola.

Juan B. Primoli, Andrés Blanqui, Felipe Lemer, José Gómez, Juan Wolff, José Schmid, Juan Kraus, Antonio Harls, Dionisio de Fuentes, Francisco Mareca y Antonio Forcada son algunos de los nombres que se destacan sobre los demás en el campo de la arquitectura.

Al Hermano Brasanelli se debió la iglesia de Itapúa, de la que afirman los Inventarios de 1767 que "es de tres naves grandes con su crucero, media naranja con columnaje por todas sus naves, bien doradas y jaspeadas, con sus buenos remates y molduras; el pavimento de las dichas tres naves está bien adornado con molduras de arco en arco, doradas, y en sus huecos, pintada de pintura fina, la vida y misterios de la Santísima Virgen...". Cuando lo estaba Brasanelli construyendo, escribía el P. Astudillo al P. Roca con fecha 25 de abril de 1718: "Empezóse la iglesia; se ha hecho la mayor parte de los cimientos, levantándose los pilares del presbiterio y labrádose mucha madera, todo bajo la dirección del H. Brasanelli, que tiene la obra a su cargo y a un tiempo ejercita todas sus habilidades dirigiendo a los estatuarios y a los pintores en la vida de N. Santo Padre, que hace sacar en cuadros para poner por los corredores de la casa; están ya acabados once cuadros sin otro defecto que el de los colores finos porque no se hallan"[2]

Hemos querido citar in extenso lo relativo a esta construcción porque nos proporciona una noticia completa de cómo trabajaban aquellos artífices. Desgraciadamente podemos agregar que aquella iglesia, que Azara pudo admirar después de la expulsión de los Jesuítas y afirmar que era "de tres naves, larga de 90 varas sin el presbiterio y ancha 30 varas", ya no existe. "Hasta las ruinas, escribe modernamente Capdevielle, han desaparecido, y sobre ella se han levantado casas, se han construido plazas y paseos..."[3]

Brasanelli fue también el artífice de la iglesia de Loreto, de la que un contemporáneo aseveraba que "es nueva, grande, con su media naranja, bien pintada, con algunos pasos de la historia de David: el altar mayor es obra prima, muy grave y hermosa, con diez estatuas primorosas; los cuatro retablos laterales con muy hermosas estatuas, obras todas del insigne artífice el H. Brasanelli". El P. Oliver, de quien son estas palabras, nos habla también de la iglesia de San

[2] Carta del 25 de abril de 1728: Archivo de la Nación, Buenos Aires.

[3] *Una peregrinación*, Asunción 1923, p. 6.

Borja, obra del mismo artista, y pondera particularmente el gran cuadro del Santo que ocupaba el centro del altar, que, según parece, era labor de singular hermosura. Era, además, escultor, como antes insinuamos y lo comprueba la orden que en 1726 dejaba el Provincial P. Roca de que se ocupara el H. Brasanelli en la obra de varias estatuas que eran necesarias para diversas iglesias.

La iglesia de San Javier parece haber sido construida por el P. Petragrassa, como también la de San Ignacio Miní. De esta última, cuyas estupendas ruinas pueden aún admirarse, nos han dejado descripciones Capdevielle, Gambón, Hernández y otros viajeros, y, según el testimonio acorde de todos ellos, constituyen dichas ruinas una de las obras más imponentes que existen en estas regiones. El frente de la iglesia tenía 30 metros de extensión; actualmente sólo existen 12 metros, y, aun así, "es imponente por su extensión... y lo habrá sido también por su arte, con sus entradas regias en que el cincel de los escultores parece haber agotado toda su perfección"[4].

Hablando de la iglesia y del colegio de este pueblo, escribía Gambón que "todo el material de estas construcciones eran piedras de asperón rojo o amarillo oscuro, primorosamente labradas, o bien una roca eruptiva, especie de basalto, que abunda en el lecho del Paraná. Lo extraño es que no usaban argamasa, sino que colocaban bloques juxtapuestos; y admira ver cómo los relieves de las columnas, chapiteles y demás adornos, que en abundancia rayana en prodigalidad se hallan en aquellas puertas y paredes, se ajustan con tal exactitud..."[5].

Gran arquitecto fue el H. Juan Primoli, natural de la ciudad de Milán y que vino a nuestras playas en 1718. Apenas llegado a Córdoba, se le contrató para terminar la Catedral de aquella ciudad. El Prelado se alegraba, y no en vano, de haber conseguido por fin "un famoso arquitecto Jesuíta, que es lo principal para su consecución y finalización". Son palabras del Obispo, según se leen en los Acuerdos del Cabildo del 11 de julio de 1718. Sabemos por Gervasoni que la obra de la catedral "es soberbia, hecha a la romana, con cúpula y cinco capillas por cada lado, sin contar las tres grandes que están a los lados de la cúpula. En estos momentos se está haciendo la bóveda

[4] Capdevielle, *Una peregrinación*, Asunción, 1923, p. 19.

[5] *Al través de las doctrinas guaraníticas*, p. 62.

de toda la nave, bajo la superintendencia de un Hermano Primoli... Es éste un Hermano incomparable e infatigable. El es el arquitecto, el intendente, el albañil y tiene necesariamente que ser así, porque los españoles no entienden jota. Este Hermano ha fabricado la Catedral de Córdoba del Tucumán, nuestra iglesia de aquel colegio y la de los Padres Reformados de San Francisco aquí (en Córdoba); en Buenos Aires, la de los Padres de la Merced, que es mucho más grande y majestuosa que la nuestra y continuamente es llamado aquí y allá para ver, visitar y hacer diseños"[6].

Primoli no terminó la obra de la Catedral de Córdoba y sabemos que le reemplazó el H. Andrés Blanquí, su contemporáneo y émulo en el ingenio a la par que en la labor infatigable. A la labor de ambos atribuye Cattáneo la construcción de la fachada de la Catedral de Buenos Aires con sus torres "que la hacen muy majestuosa". Hablando este escritor de las obras realizadas por estos dos arquitectos, afirma que construian con *plantas modernas*, y, comentando esta frase, escribe una autoridad tan indiscutible como el señor Kronfuss que "hay que admirar y reconocer la seguridad, porque unen la parte de renacimiento con el barroco, dejando los ejes anteriores de las torres laterales y poniéndolos más afuera, para tener base para los dos campanarios. Pero no solamente eso es admirable —sino la planta rectangular— sobre cimientos en parte existente, con lo cual son capaces de desarrollar la cúpula y todas las formas del conjunto. Aquí se ve y se reconoce el gran arquitecto que en la planta sencilla tiene ocultado este desarrollo genial de la obra en elevación"[7].

Primoli construyó en Buenos Aires las iglesias de San Francisco, Pilar o Recoleta y la Merced, pero sobre todo le cupo la gloria de haber sido el arquitecto del histórico Cabildo. No hay reliquia como esa, y aunque para abrir la Avenida de Mayo se le quitó parte de su fachada y se le privó de su torre primitiva, es y será siempre una de las obras arquitectónicas que con mayor interés podrán los argentinos presentar a los extranjeros que pisen nuestras playas. Sobre la parte que cupo al arquitecto Jesuíta en la construcción de esta obra hay documentos abundantes[8]

[6] Lettera al P. Comini en *Cristianismo felice*, t. 2, p. 60.

[7] *Arquitectura colonial*, p. 106.

[8] Archivo General de Indias, 76-1-38.

Fueron obra de este mismo arquitecto las tres magníficas iglesias de los pueblos de San Miguel, Trinidad y Concepción. Las dos primeras eran de piedra de sillería hasta el tejado y, a pesar de lo amplio que eran, carecían de columnas. Hablando de la de San Miguel, cuya extensión era de 100 varas, escribía Gay[9] que, "a pesar de estar en gran parte arruinada, es un monumento lleno de majestad. De estilo greco-romano, sobria en adornos, autorizábala, en especial a fines del siglo XIX, su grandioso pórtico de cinco arcadas, que puede verse en algunas fotografías..." En épocas posteriores visitó este pueblo el célebre arqueólogo Ambrossetti y nos ha dejado una estupenda relación de las ruinas por él visitadas. "Los arcos, cornisas, capiteles, balaustradas, adornos, nichos, columnas, todo está hecho con gusto, asevera ese sabio y con una gran prolijidad"[10].

Primoli y Blanqui llenan los anales arquitectónicos de todo un siglo. La iglesia de las Catalinas en Buenos Aires, la del Pilar en la misma ciudad, la de San Telmo, la de San Ignacio, a lo menos en parte, la fachada y torres de la Catedral, el templo de San Francisco y la capilla de San Roque, el Cabildo y muchísimas casas particulares, fueron, entre otras, las construcciones que realizaron en la capital del virreinato; la Catedral de Córdoba, la iglesia de la Compañía, la de las Catalinas, la del Hospital de San Roque, la de los Padres Franciscanos, los claustros de la Universidad, los templos y magníficos edificios de Altagracia, Jesús María, Santa Catalina, sin contar casas particulares en la ciudad y en la campaña y sin contar los muchos templos levantados en los pueblos de las Misiones, corresponden a esos abnegados como inteligentes artífices. En otras palabras, cuanto había de arquitectónico en 1810 se debía muy especialmente a estos dos Jesuítas.

Decimos especialmente, pues no ignoramos que también hubo un insigne arquitecto en la persona del Hermano Juan Kraus, autor de la planta de la iglesia de San Ignacio de Buenos Aires, aunque no llegó a terminar la obra. Le reemplazó el Hermano Juan Wolff, de quien sabemos que en Salta y Jujuy estuvo durante muchos años ocupado en construcciones así religiosas como civiles.

[9] *República Jesuítica*, p. 368.

[10] *Viaje a las Misiones por el Alto Uruguay*, p. 52.

Como hemos insinuado en varias ocasiones, casi todos los arquitectos nombrados, a la vez que construían los templos, así de las Misiones como de las ciudades de españoles, extendían sus fuerzas hasta la parte pictórica y escultórica. Hubo, sin embargo, quienes eran exclusivos en una u otra labor. No es fácil el señalar cuáles de las innumerables obras escultóricas que hoy día se conservan en nuestros Museos sean de este o de aquel escultor. De las dos mil o más estatuas que por sí o por medio de los indígenas amaestrados por los Jesuítas compusieron éstos, se conservan actualmente en La Plata, en Córdoba, en Luján, en Buenos Aires y en algunos pueblos de Misiones, tales obras y de tanto realce artístico que no puede el historiador artístico dejar de decir dos palabras acerca de las mismas. El antes citado especialista en la materia, señor Fernán Félix de Amador, ha llegado, después de hacer un detenido estudio de las estatuas más auténticamente jesuíticas, a esta conclusión: "Popularizados han sido por su poseedor el Museo de La Plata, algunos ejemplares de talla guaranítica, que nos dejan sospechar, que de no haberse producido la expulsión de los Jesuítas de la selva misionera, perduraría tal vez una vigorosa escuela regional de escultura religiosorealista, susceptible de rivalizar con la metropolitana del Montañés y de Alonso del Cano"[11].

¿No podría decirse lo mismo de la pintura? Sólo conocemos los dos cuadros de la iglesia de San Ignacio de Buenos Aires, los varios cuadros de la iglesia de Altagracia de Córdoba y el admirable cuadro de la Virgen de los Milagros de Santa Fe[12], pero en presencia de ellos nos creemos justificados a extender a la pintura jesuítico-colonial el juicio emitido por el señor Amador con referencia a la escultura. Hace justamente tres siglos, cuando la civilización rioplatense estaba aún en pañales, que el Hermano Luis Verger, francés de nacionalidad, pintó para la iglesia de los Jesuítas de la ciudad de Santa Fe esta tela, que en el orden cronológico y en el de méritos merece ocupar un puesto de honor en la historia de la pintura nacional. Su Virgen, como las de Humberto van Eyck, es una robusta doncella flamenca, de una placidez serenadora. ¿Será atrevido decir que tiene muchos

[11] La Prensa, mayo 25 de 1928.

[12] Véase *Criterio*, año 3, p. 308, n. 157, del 5 de marzo de 1931.

puntos de contacto con la Virgen Assunta que pintó Rubens y que actualmente se conserva en el Museo Real de Bruselas? "Un lienzo de singular hermosura" la llamó Guevara a fines del siglo XVIII, e, indudablemente, es uno de los más notables, si no el más notable de cuantos heredamos de la época colonial[13].



Nuestra Señora de los Milagros. Santa Fé.

[13] Estas breves páginas han sido centuplicadas en nuestro volumen sobre los *Arquitectos Argentinos durante la dominación hispánica*, Buenos Aires, 1946.

XV

IMPRESORES Y GRABADORES

A los Jesuítas se debió la primera imprenta que funcionó en el continente sudamericano[1], y a ellos también la publicación de la primera obra aparecida en la ciudad de los Reyes en el curso del año 1584[2]. A los Jesuítas se debió también la primera imprenta que se estableció en las misiones Guaraníticas desde 1700 y que ya en 1705 publicaba obras tan voluminosas y soberbiamente ilustradas como la *Diferencia entre lo Temporal y Eterno*, compuesta en castellano por el Padre Eusebio Nieremberg y vertida al idioma Guaraní por el P. José Serrano. A los Jesuítas debióse, asimismo, la primera imprenta que conoció la ciudad de Córdoba, e indirectamente se debió a ellos la primera que contribuyó, en la ciudad de Buenos Aires, a la difusión de la cultura en la época colonial y en los primeros lustros de la época independiente.

No vamos a ocuparnos de la imprenta peruana debida a los Jesuítas, ni de la primera que existió en Quito debida a los mismos religiosos[3]. Sólo nos ocuparemos de las imprentas rioplatenses: la de San Javier, la de Loreto, la de Santa María la Mayor, la de Córdoba y la de Buenos Aires. Todas ellas fueron, o construidas en el país por los Jesuítas o importadas por ellos. No es posible encontrar una prueba más elocuente de la misión cultural de la Compañía de Jesús en el Río de la Plata. Las autoridades españolas no se preocuparon

[1] Decimos en el continente sudamericano porque nada tuvieron que ver con el primero que funcionó en América, o sea, en Méjico desde 1533 ó 1534. Aun en Méjico se debió a ellos, total o muy principalmente la instalación de la imprenta de Antonio Ricardo que funcionó desde 1577 dentro mismo del Colegio de los Jesuítas. *Cf.* Furlong, *Los Jesuítas y la Imprenta en la América Latina*, Bs. As., 1940, p. 8-22.

de poseer una oficina tipográfica hasta 1780, cuando hacía ya quince años que los Jesuítas poseían su imprenta de Córdoba y cuando hacía más de ochenta años que funcionaban las de Misiones y cuando hacía dos siglos que la de Lima daba al pueblo peruano obras monumentales en todos los órdenes espirituales.

Buenos Aires no tuvo imprenta hasta 1780, y es muy probable que no la habría tenido hasta fecha mucho posterior si no hubiera sido por hallarse a mano la que habían poseído los Jesuítas de Córdoba. Como es sabido, desde 1767 hasta 1780 quedó arrumbada en los sótanos de la Universidad de Córdoba aquella maravillosa invención, sin que nadie, ni en Córdoba, ni en alguna otra ciudad del Virreinato, se le ocurriera aprovecharla. Creeríase que con los Jesuítas se había desterrado del país hasta toda sombra de cultura. El gran Virrey Vértiz salvó el buen nombre de los porteños de entonces, rescatando del olvido a aquella imprenta y haciendo que fuera trasladada a Buenos Aires. Desde entonces, y gracias a Vértiz, contó la ciudad de Buenos Aires con ese gran instrumento de cultura.

Fácil le fue a Vértiz obtener una imprenta, pero no fue tan fácil a los Jesuítas. Medio siglo de brega y de esfuerzos fueron menester para llegar al triunfo. Ya en 1630, cuando hacía tan sólo veinte años que los Jesuítas estaban radicados en territorio de la actual Argentina, pedía la Congregación Provincial celebrada en Córdoba una imprenta. He aquí las palabras de tan histórico postulado: "Insistentemente pide la Congregación que nuestro Procurador General nos conceda una imprenta para publicar varias obras en lengua indígena sumamente necesarias". Dos años más tarde llegaban a Roma el comisionado de la mencionada Congregación, el P. Ferrusino, y entregaba al General de la Compañía un Memorial en el que se leía entre otras cosas: "Hánse escrito Arte y Vocabulario y otras cosas en lengua general del Paraguay, y otro Arte y Vocabulario en lengua de Angola y también en la lengua Caca del Valle de Calchaquí, y por no se poder imprimir, si es sin asistencia de los que entienden las dichas lenguas, no se han traído a imprimir a Europa; y por otra parte para comunicarlos es necesario imprimirlos; suplico a V. P. nos mande dar

[2] Cf. *Los Jesuítas y la Imprenta en la América Latina,* Bs. As., 1940, pp. 31-35.

[3] Cf. *Los Jesuítas y la Imprenta...*, pp. 55-58.

de las Provincias de Francia o de Alemania y Flandes algún hermano que entienda de eso para que comprando una imprenta se pueda conseguir ese efecto de tanta importancia para el bien de las almas"[4].

Al postulado de la Congregación contestó el General de los Jesuítas con estas solas pero significativas palabras: "Nos esforzaremos cuanto podamos, y tendremos sumo placer en que se consiga lo que se desea", y respondiendo a la petición del P. Ferrusino le decía: "Por lo que toca al Hermano impresor, daré lo que se pide con sumo gusto". Dos años más tarde escribía el mismo General al Provincial del Paraguay, P. Francisco Vásquez Trujillo, y agregaba: "Lo de estampar ahí los Vocabularios de los Padres Ruiz y Lope de Castilla me parece bien; y en orden a su ejecución he avisado que vaya un hermano de Flandes para que los disponga". Por razones que ignoramos no se dio con el deseado Hermano impresor, no obstante haberse preocupado el General mismo de satisfacer los deseos tan reiterados de los Jesuítas de estas regiones. Si se tiene en cuenta que a la sazón contaban los Jesuítas de América, de Europa y de Asia con más de treinta imprentas, será más fácil comprender la dificultad que había de proporcionar a tantas oficinas maestros inteligentes en un arte que entonces suponía singular habilidad y no poca práctica.

Lo cierto es que en todo el curso del siglo XVII no se dio con el tan apetecido Hermano impresor. Felizmente, ni este contratiempo amilanó a los Jesuítas. A fines de aquel mismo siglo y valiéndose de maderas de la selva americana y fundiendo tipos del estaño que pudieron haber a las manos, y abriendo láminas que grabaron con singular acierto y maestría, fundaron los Jesuítas la *primera imprenta rioplatense*. Cabe esta grande gloria a los Padres Juan Bautista Neumann, alemán, Segismundo Aperger, de la misma nacionalidad y José Serrano, natural de Antequera de Andalucía[5].

Durante el primer tercio del siglo XVIII salieron de aquella me-

[4] Cf. G. Furlong, *Los orígenes de la Imprenta en el Río de la Plata* (1632-1637), en Estudios XVII, pp. 381-384, Bs. As. 1919.

[5] Cf. G. Furlong. *Los orígenes de la Imprenta en el Río de la Plata,* en *Estudios*, XV, pp. 96-117. Bs. As. 1912 y notas y aclaraciones sobre los orígenes de la Imprenta en las regiones del Río de la Plata en Estudios XVII, pp. 16-32. Bs. As. 1919.

morable prensa tipográfica obras de tal volumen y de tantos y grandes alientos que aun hoy día constituirían un gran esfuerzo. El *Flos Sanctorum* de Rivadeneira, la *Diferencia entre lo temporal y eterno* de Nieremberg, la *Instrucción práctica* de Garriga, el *Manuale* impreso por Aperger, el *Vocabulario* de Ruiz de Montoya, el *Arte* del mismo autor, la *Explicación* del indio Nicolás Yapuguai, los *Sermones y Exemplos* del mismo indígena, son obras voluminosas, pues cuentan con trescientas y cuatrocientas páginas cada una. Obras de menor extensión son las dos *Cartas*, la de Antequera y la del Obispo Palos, como también los libritos de efemérides, calendarios, tablas astronómicas, anuarios, cursos de los planetas, mudanzas del tiempo y demás hojas o boletines aparecidos por la imprenta o imprentas que existieron en el territorio de las Misiones.

Es tan absoluta la nulidad tipográfica en el Río de la Plata durante el siglo XVII y XVIII que se hace increíble que en aquellas misiones pudiera haber una eclosión de cultura tan magnífica y sorprendente. Si sólo poseyéramos testimonios de la existencia de la misma, fundadamente podríamos dudar de su realidad histórica, pero han llegado hasta nosotros pruebas convincentes de primer orden y no es posible negar la evidencia. Existe en Buenos Aires y en poder de los descendientes del señor Enrique Peña un ejemplar completo del libro de Nieremberg aparecido en las Misiones en el curso del año 1705. Constituye esa obra un grueso volumen en 4o. con 438 páginas a dos columnas. Su impresión es correcta en todo sentido. Aun hoy podría honrar cualquier taller tipográfico, por la limpieza y nitidez de sus páginas. Pero lo singular y singularísimo de este libro peregrino son sus muchas y preciosas láminas. magistralmente diseñadas y grabadas. Sesenta y siete viñetas, xilografías en su mayor parte, y cuarenta y tres láminas ilustran las páginas de este libro que es sin duda el más valioso de la tipografía rioplatense. Al frente del libro se lee: *Impreso en las Doctrinas* y al pie de la lámina más original y mejor trabajada se lee: "*Juan Yaparí lo grabó, en las Misiones del Paraguay*"[6].

No fue el indio Yaparí el único grabador que llegó a ser todo

[6] En 1930 la Casa Maggs Brothers puso a la venta un segundo ejemplar, y existe un tercero, aunque muy incompleto, en el Archivo General de la Compañía de Jesús.

un maestro en el difícil arte del buril. En poder del señor Alejo González Garaño se conserva una magnífica lámina impresa en San Ignacio en 1728 y grabada por el indio Tomás Tilcara. Estas dos láminas bastarían para indicar a qué altura llegó entre los Jesuítas el arte del buril, pero sabemos por otras fuentes contemporáneas que, gracias a los Hermanos coadjutores que de Europa habían llevado los Jesuítas, llegaron los indígenas a rivalizar con sus maestros en la perfección con que se esmeraban en hacer grabados. Los indios no eran originales, por lo general, pero copiaban a toda perfección cuanto se les ponía por delante.

En la introducción al mencionado libro de la *Diferencia entre lo temporal y eterno escribió el P. Serrano unas líneas que merecen ser aquí transcritas.* Dicen así: "Retorno al Divino Señor el haber logrado el deseo de V. P. se impriman estas obras en las Doctrinas, sin gastos, así de ejecución, como de los caracteres propios de esta lengua y peregrinos en la Europa; pues así la imprenta como las muchas láminas para su realce, han sido obra del dedo de Dios, tanto más admirable, cuanto que los instrumentos son unos pobres indios, nuevos en la fe y sin la dirección de los maestros de la Europa, para que conste que todo es favor del cielo...".

Obra de los indios bajo la dirección de los Jesuítas fue la construcción de la primera imprenta, la fundición de los variadísimos caracteres, las preciosas láminas y hasta varias de las obras impresas en aquellas imprentas misioneras fueron escritas por un indio salido poco antes de la selva. Este pormenor es de una elocuencia sin rival. Pero queremos anotar que no fue Yapuguay el único autor indígena, aunque fue el más egregio de todos ellos, según parece. Peramás que hace esta aseveración por lo que toca a Yapuguay, elogia a un indio de Loreto por nombre Vásquez, tal vez el autor del libro impreso en Loreto en 1709. Hubo en Corpus Christi un indio por nombre Melchor que llegó a escribir una obra de índole histórica, y hubo un tercero, cuyo nombre ignoramos que escribió la historia del pueblo de San Francisco Javier. ¡Cuán grande no debió ser la cultura impartida por los Jesuítas en sus pueblos misioneros para que llegara a germinar entre los mismos indígenas, tan cortos de suyo y tan rudos, toda una escuela de escritores!

En vísperas de la expulsión levantaron los Jesuítas en uno de los salones de la Universidad Cordobesa la célebre imprenta de los Ex-

pósitos. Ya en 1748 trató el P. Ladislao Orosz de conseguir una imprenta para dar a la publicidad los programas, actos y conclusiones de la Universidad, pero hasta 1764 no se llegó a realizar tan halagüeña idea. Vale la pena que copiemos las palabras que en 1764 profería el Padre Querini al pedir para la Universidad el poder tener una imprenta. Según él, era para que por ese medio se "facilitase las tablas y conclusiones para los actos literarios, imprimiéndose al mismo tiempo las obras que se ofrecieren de aquellos distritos, que muchas veces no se publican ni dan a luz por falta de esta oficina, con dispendio de la cultura de las repúblicas"[7].

Fue el Hermano Pablo Karer el primer impresor cordobés y es justo que no olvidemos a este benemérito tipógrafo ya que a él se debieron las *Laudationes Quinque Duartii et Quirosii*, la *Pastoral del arzobispo de París*, las *Meditaciones del P. Villacastin* y muchas otras obras de menor volumen salidas de la prensa cordobesa.

Como hemos indicado antes, pasó posteriormente esa prensa con todos los accesorios a la ciudad de Buenos Aires. No hemos de reseñar su historia en la capital de virreinato. Recordemos no obstante que esa imprenta fue la única que hubo en Buenos Aires desde 1780 hasta que en 1807 se compró a los ingleses la que habían llevado a Montevideo, durante las invasiones. Desde 1780 la imprenta Jesuítica de Córdoba tomó el título de Imprenta de los Expósitos y fue, durante el largo período de un tercio de siglo, como un faro que derramaba su luz en medio de las tinieblas de la ignorancia y del error. Al alborear el sol de Mayo fue la imprenta Jesuítica la que sirvió a López para hacer repercutir de un extremo al otro del territorio argentino las estrofas marciales y bélicas de su vibrante himno y sirvió a Moreno para imprimir la Gaceta, alma de la Independencia, código de la democracia argentina, haz de rayos que nuestro tribuno entregó a la revolución de Mayo.

[7] Véase nuestro estudio sobre los orígenes de la *Imprenta en Córdoba* en Estudios, XX. p. 243 y *Nuevos datos sobre los orígenes del arte tipográfico en la Argentina* en Estudios XL, 340-346, y *El Colegio de Monserrat y la primera imprenta rioplatense* en Estudios LVIII, 358-376, Bs. As. 1937.

XVI

ARTES, OFICIOS E INDUSTRIAS

Sorprende a la verdad hallar en los *Inventarios*, levantados por la autoridad española al expulsar a los Jesuítas, mención frecuente de herrerías, platerías, sombrerías, tornerías, arperías o fábricas de instrumentos músicos, oficinas de teja, taller de retablistas, carpinterías, curtidurías, taller de estatuas, oficinas de relojería, etc., etc. Aun en el supuesto de que cada pueblo de las Misiones o cada Colegio contara con una de dichas oficinas es ciertamente maravilloso el adelanto que hemos de asignar a dichos Colegios o pueblos misioneros, pero lo singularmente curioso es que todos o casi todos los Colegios y Pueblos de las Misiones tenían *simultáneamente* todas esas y otras muchas oficinas y talleres. No había actividad humana que no tuviera su desarrollo, entre los Jesuítas.

Peramás lo afirma categóricamente cuando asevera que había artífices en casi todas las artes útiles, pues había carpinteros y herreros y fabricantes de campanas, había albañiles, pintores y escultores que hacían altares y columnas de iglesias; había estuarios que sabían hacer imágenes policromadas unas veces o de oro y plata otras; había quienes trabajaban en madera haciendo figuras y adornos caprichosos. Ni es de extrañar, agrega Peramás, pues tenían artífices excelentes como el H. Brassanelli en la estatuaria, al H. Juan Primoli en la arquitectura, al H. Carlos Franck en la carpintería. Baste decir que hasta se fabricaban órganos de viento e instrumentos de toda clase y urnas hermosamente contorneadas y toda clase de tejidos, sin contar otras muchas industrias"[1].

[1] *De vita et moribus trecedim virorum*, Faenza, 1793, p. 66.

En 1717 llegó a Buenos Aires una expedición de misioneros, entre quienes había todo un grupo de notables artífices. A fines del siglo anterior había llegado otra expedición de maestros europeos; pero tal vez la mencionada expedición de 1717 constituya toda una fecha en la historia de la industria rioplatense. Aquellos misioneros traían además, consigo, un gran cajón de herramientas para trabajar metales, para hacer relojes y componer piezas de hierros para puertas y trabazones, y traían además instrumentos quirúrgicos. Esto declararon llevar consigo los misioneros y al través de las palabras nada explícitas puede el lector colegir lo que supondría para la civilización y la cultura aquel cargamento.

Basta un dato. Venía entre los misioneros de aquella expedición el H. José Klausner que desde su arribo a nuestro país hasta su muerte en 1746 se dedicó casi exclusivamente a la fabricación de quincallería. Era natural de Munich y a su maestro en el arte escribía el mismo Klausner en 1719 las siguientes líneas: "Mi trabajo principal es el oficio aprendido por Ud. Por el ejercicio de este oficio me han tributado a mi y a mi maestro mucha honra y agradecimiento, no sólo aquí en Córdoba, sino en todas las provincias circunvecinas. Le aseguro que nuestros Padres y los habitantes de estas Indias alaban al Señor que en su Providencia les ha enviado un peltrero, y ruegan a Dios por aquel que me ha enseñado este arte"[2].

En la misma carta aseguraba que hay en estos países abundancia de estaño, pero nadie se preocupaba de elaborarlo, de suerte que los arreos y objetos de estaño son tan caros como los de plata. "En el colegio de Córdoba, añade Klausner, han comido hasta ahora con vasos y platos de barro glaseados. Ahora les he provisto de vasos, saleros y vasijas de estaño, tanto que he gastado ya en mi fundición 107 quintales de estaño". Agrega además que tiene que ejercer el oficio de fundidor de campanas, de hojalatero, de tonelero, "pues en este país –son sus palabras– hay una falta muy grande de artesanos'" porque, según exagerada frase suya, no podía esperarse otra cosa "de la ignorancia y negligencia de los habitantes de estas regiones, los cuales ceden gustosos estos oficios a los extranjeros".

Un Jesuíta italiano, el P. Pedro Danesi, y otro alemán, el H. Car-

[2] Véase el magnífico artículo del P. Carlos Leonhardt, sobre este *pioneer* de la cultura rioplatense, publicado en Estudios, t. 20, p. 40.

los Krank, a los que hemos de agregar al P. Jaime Carreras, introdujeron y divulgaron la industria de los relojes mecánicos. Mucho antes que ellos iniciaran esa nobilísima industria habían los Jesuítas provisto sus Colegios y pueblos de relojes de sol tan perfectos que apenas echaban de menos métodos más modernos. Aun existen no pocos relojes, como el magnífico que se levanta en Santo Tomé y del que puede verse una reproducción en *Plus Ultra* (t. 4). En todos los Colegios había relojes de campanario y de pared, fabricados por los mismos Jesuítas particularmente por el H. Carlos Franck y por el H. Cristián Mayer. Este último había sido relojero de profesión antes de ingresar en la Compañía y una vez llegado al Río de la Plata se dedicó con todo esmero y tesón a su especialidad. Tal vez era suyo el famoso reloj de Itapúa que era una imitación del existente en Estrasburgo, ya que las diferentes horas, días y fiestas, salían a anunciar la hora unas pequeñas estatuas que representaban a Cristo, la Virgen, los Apóstoles, etc.

Del mencionado H. Carlos Franck hace grandes elogios el P. Peramás[3] por su grande pericia en fabricar relojes de sol portátiles y en fabricar brújulas que sirvieran para orientar a los misioneros en sus expediciones por tierras ignotas. Del H. Mayer sabemos que el Cabildo de Buenos Aires pidió sus servicios para hacer funcionar el reloj del Cabildo, ya que el relojero del mismo no entendía su mecanismo y sólo sabía darle cuerda y cobrar sus honorarios. Del mencionado P. Jaime Carreras no sabemos que en América se ocupara de hacer relojes, pero es casi cierto que sí, ya que en el destierro, la ciudad de Faenza le encargó la construcción de un reloj para su Cabildo y él realizó su cometido con la admiración de propios y extraños, llegando uno de los cronistas de la época a aseverar que ningún maestro alemán o suizo hubiera sido capaz de hacer cosa más notable.

Pudieron los artífices de relojería hacer estas obras gracias, a lo menos en parte, al descubrimiento que a principios del siglo XVIII hizo el P. Antonio Sepp. Notó el inteligente misionero alemán que las piedras llamadas Itacuras tenían unas vetas o manchas negras. Las puso al fuego y comprobó que "se mudaban en hierro como el que saca de las minas de la Europa"[4]. "Este descubrimiento me fue

[3] *Tredecim*, pp. 426/428.

[4] Estudios, t. 28, p. 58.

sumamente gustoso, agrega Sepp, porque estábamos precisados a traer de España las herramientas que nos eran necesarias". No llegaron los Jesuítas a tener forjas "como las de Vizcaya", como calumniosamente se expresaban los enemigos de los Jesuítas atribuyéndoles la fabricación de armas y pertrechos bélicos, pero llegaron a tener hierro para diversos fines caseros. Sabemos que el P. Buenaventura Suárez llegó a poner una fundición de campanas y las fundía con variedad de tonos y según la escala musical. Sabemos que el mismo Misionero se ingenió para organizar un taller para la fabricación de espejos, además de una fábrica de chocolate que inauguró en el pueblo de San Cosme de que era cura. No hemos de dejar de notar, como lo hace Sánchez Labrador, que este mismo misionero llegó a fabricar lentes astronómicos con cristales de roca[5].

Al ocuparnos de los arquitectos hemos reseñado cómo hasta los vecinos de las ciudades españolas pedían los servicios de los artífices de la Compañía de Jesús, particularmente de los herreros, para que les hicieran verjas, rejas y molduras para puertas y ventanas. ¡Cuántas de las que reproduce el señor Kronfuss en su precioso libro sobre *Arquitectura colonial*[6] son obra de artífices Jesuítas! Recordemos que en 1722 ordenaba el P. José de Aguirre al cura del pueblo de Jesús que "se envíen a los Pueblos donde hay buenos pintores y herreros, algunos muchachos hábiles y de buen natural para que arprendan a pintar y de herrería".

En el Conventillo, cerca de la actual ciudad de Tucumán, poseyeron los Jesuítas un magnífico aserradero hidráulico. En el Real de Santa Bárbara y en Santa Catalina, Córdoba, tenían otros de igual índole. El de Tucumán había sido construido por un Hermano alemán, probablemente el H. Martín Schmid. Dobrizhoffer nos dice que valióse de una corriente de agua que elevó a una altura, mediante un acueducto, y así obtuvo una buena caída de agua y la suficiente energía para hacer girar la sierra. Con ella cortaba y labraba aún los árboles más gruesos. En 28 de julio de 1754 manifestaba el Rector de Tucumán el Estado del Colegio y entre otras cosas anotaba que "en los Lules (o Conventillo) tiene el Colegio Corrientes la Ase-

[5] *Glorias santafecinas*, p. 104.

[6] Kronfuss, *Arquitectura Colonial*, pp. 58/67.

rraduría, los Molinos y la Curtiduría", y agregaba que en los Lules se trabajaba bien en la fabricación de jabón.

No mencionaba en esta oportunidad la quesería que en Tafí poseyeron los Jesuítas y que fue celebérrima en todo el Tucumán, pero sabemos que existía, y medio siglo antes había ordenado el Provincial, al hacer su visita anual al Colegio de Tucumán, que "procúrese entablar bien la quesería". Aun los manuales de geografía moderna recuerdan que el famoso queso de Tafí fue de origen jesuítico. Se atribuye generalmente al Obispo Colombres la introducción de la caña de azúcar al Tucumán, pero su gloria sólo estriba en haber hecho prosperar la industria azucarera que un siglo antes habían iniciado los Jesuítas y que en 1767, al ser éstos expulsados del país, estaba en pleno auge. Fue en San José de Lules donde se construyó el primer trapiche y se fabricó la primera sacarina tucumana, gracias a la labor de los Jesuítas.

No nos consta que en el Tucumán tuvieran también algodonales, pero los tenían ciertamente en Corrientes y en las Misiones. El primero en llevar a Corrientes este producto tan valioso fue el P. Francisco Serdaheli. Comenzó la siembra en Yapeyú con tal resultado que se persuadió ser Corrientes una región sumamente a propósito, como lo recuerda Dobrizhoffer[7]. En Misiones había algodonales antes de 1698 ya que el P. Sepp al fundar el pueblo de San Juan Bautista comenzó su labor sembrándolos y llegó a tener grandes plantaciones. "Antiguamente, escribía después Sepp, habían los Misioneros hecho traer cáñamo de España, para ver si probaría en este país tan bien como el algodón, pero la flojedad de las Indias no se acomoda con las maniobras, que es preciso dar el cáñamo, antes que se pueda hilar"[8].

También introdujeron los Jesuítas los gusanos de seda. En 1763 llegó a nuestras playas el P. Ramón Termeyer trayendo consigo en frascos debidamente preparados y conservados lo que él consideraba un tesoro: una respetable cantidad de huevos con los que esperaba desarrollar la industria del gusano en estas regiones. "Así lo hice en Montevideo, Buenos Aires y últimamente en Córdoba"[9]. Desgraciadamente no pudo hallar moreras para los gusanos que necesitaban de este árbol, ni el zumaque falso para los que requerían vivir sobre el

[7] *De Abiponibus*, t. 1, p. 430.

[8] Estudios, t. 28, p. 57.

[9] *Opuscoli*, t. 1, p. 52.

mismo. Habiendo fracasado su noble tentativa, ensayó utilizar para fines industriales la telaraña de la *Aranea Latro Linn*, que halló en el Chaco santafesino en una de sus correrías apostólicas y sabemos que llegó a ofrecer a Carlos III y al mismo Napoleón sendos pares de medias que "fueron fabricados de hilo de telaraña extraída de las entrañas de la araña Diadema y hábilmente hilado en la rueca y tejido con sutiles agujas por doña Lucrecia Rasponi"[10].

Fue el P. Juan Marquesetti quien introdujo en el Río de la Plata la cochinilla y la cultivó de suerte que tuvo cuanto podían necesitar los tejedores para teñir de grana. Así se explica, como lo asevera Sepp, que los Jesuítas de estas regiones particularmente los de las Misiones hacían tapices tan preciosos que podían competir con los de Turquía[11]. Del mismo Padre Marquesetti sabemos que dio especial impulso al cultivo de ciertas tunas o cactus de las que extraía cierto bálsamo y una especie de aguardiente.

Recuérdese que el Padre Segismundo Aperger fue quien descubrió y propagó el celebérrimo Bálsamo que extraía del árbol denominado Aguarabay. "Lo descubrió e hizo la primera vez el Jesuíta Segismundo Aperger cura de Apóstoles" aseveraba después de la expulsión de los Jesuítas el señor Azara[12] y Schuller llega a afirmar que cada año se remitía grandes cantidades de este Bálsamo a Europa, pero no creemos exacta esta afirmación. Lo cierto es que en todo el Río de la Plata tenía este producto una general aceptación, y, aun después de la muerte de Aperger se prosiguió en su confección y venta como lo atestigua el mencionado Azara nada favorable a los Jesuítas.

Ya que hemos mencionado el Bálsamo de Aperger, hemos de recordar que no fue menos célebre el Culen de Falkner, descubierto en las sierras de Córdoba por el tan conocido médico Jesuíta. Nadie que sepamos, antes que él, dio con las singulares propiedades médicas de la Psoralea Americana tan abundante en la provincia cordobesa y cuyas propiedades, según Falkner, no eran inferiores a las del Té chino[13].

A todas estas industrias y artes pudiéramos agregar no pocas otras que los Jesuítas inventaron, importaron o desarrollaron durante los dos siglos que vivieron en estas regiones rioplatenses. La construc-

[10] Opuscoli, t. 1, p. 294.

[11] Dobrizhoffer, t. 2, p. 446.

[12] *Geografía*, ed. Schuller, p. 127; ed. Mitre, p. 186.

[13] Juárez, *Osservazioni fitologiche*, t. 1, p. 47.

ción de puentes de piedra en Córdoba, en el Tucumán y en las Misiones; la formación de molinos neumáticos o hidráulicos en Santa Fe, Córdoba, Buenos Aires, Montevideo y en las Misiones; la construcción de diques y canales de riego; la construcción de carreteras y de picadas fueron trabajos que en todas partes realizaron los Jesuítas contribuyendo así a despertar la apatía de la población criolla.

Ocupándose de Montevideo ha podido escribir el doctor Carlos Ferrés que a los Jesuítas "debe Montevideo la instalación del primer molino harinero, industria principalísima para la satisfacción de las necesidades de las poblaciones, y, construido éste, pudo comenzar la producción de harina de trigo, que fué acrecentándose con la mayor labor que dió a las tierras destinadas al cultivo de este cereal. A ellos debe la agricultura un importante impulso y perfeccionamiento, ya que los Padres, una vez instalado el molino de ellos y en proyecto otros de los vecinos, se afanaron en que no les faltara material para la molienda... A ellos debió la ganadería la implantación de una estancia modelo... A ellos debió Montevideo procedimientos perfeccionados para la quema de la piedra cal en la calera de la Estancia y para la fabricación del ladrillo, tejuelas y tejas de canaleta en el horno del molino con indicación de la proporción y clase de la liga para hacerlos resistentes[14].

¿Cómo podían los Jesuítas emprender, y con tanto éxito, una labor tan extensa y tan cultural? En primer término no eran agrupación de hombres que sólo pensaban en sus intereses personales, soldados indoctos o comerciantes afanosos de enriquecerse a fin de regresar cuanto antes a la Península. En segundo término se procuraba que con frecuencia vinieran al país Jesuítas alemanes, españoles e italianos que en sus respectivas tierras hubieran llegado a ejercer artes e industrias útiles. En sólo el siglo XVIII introdujeron los Jesuítas alrededor de un centenar de verdaderos maestros de artes y oficios. En una lista de los expulsos se leen los nombres de éstos y el oficio que desempeñaban en 1767. Allí se lee: Falkner, médico; Guevara, historiador; Heyrle, cirujano; Kobel, obrajero; Grimau, pintor; Thalamer, médico; Negle, pintor; Wilgen, arquitecto y carpintero; Koschi, médico y botánico; Polentzer, herrero; Karer, impresor; Ott, carpintero; Carreras, relojero; Harl, arquitecto; Font, boticario; Audícula, arquitecto; todos los cuales, con la sola excepción de Falkner, y agregando los muchos fallecidos antes de 1767, habían sido

[14] Epoca colonial. *La Compañía de Jesús en Montevideo,* 1919, pp. 40/41

traídos por los Superiores de los Jesuítas para implantar y desarrollar las artes, oficios e industrias europeas.

Vale la pena que consignemos las preocupaciones que en 1744 tuvo el P. Rico mientras estuvo en Europa para dar con artífices que quisieran volver con él al Río de la Plata. En el Archivo de la Nación Argentina existe la correspondencia que medió entre él y el P. Alberich, procurador de la Compañía en Barcelona. Por ella sabemos que Rico deseaba regresar a su Provincia llevando consigo boticarios, albañiles, canteros, tejedores y fabricantes de papel. Lo que más llama la atención es que Rico prefería, como era natural, que fueran Jesuítas inteligentes en estos ramos del saber, pero a falta de éstos se mostraba dispuesto a llevar jóvenes seculares que tuvieran dichos conocimientos y quisieran cruzar los mares. En 1ro. de agosto de 1744 escribía el P. Alberich a Rico y le decía: "Siento la pérdida de sus cinco compañeros, que han naufragado casi en el Puerto. Buscaré Boticario. Tengo un Albañil y Cantero de bella habilidad medio persuadido". Procuró el mencionado Alberich dar con un fabricante de papel y al efecto se entrevistó con varios oficiales así en Barcelona como en Tarragona, pero, según se desprende de sus cartas, todas sus tentativas salieron fallidas.

Mientras los Jesuítas así contribuian al progreso en estas regiones del Mundo, no parece que los demás habitantes del Río de la Plata y del Tucumán tuvieran igual afán y empeño, según aseveraba, tal vez con alguna, o con mucha hipérbole, el Hermano Klausner: "Por lo demás, aunque en la ciudad (de Córdoba) haya mucha gente, no se encuentra ningún género de oficio, lo que atribuyo a la ignorancia y en parte a la pereza; porque los españoles tienen muy poca afición a los trabajos de mano, de donde resultan que los dejan para los extranjeros. Los oficios, empero, los dejan a los alemanes"[15]. Un compatriota de Klausner escribía por la misma época y daba la clave de esta actitud inverosímil. "En esta parte del nuevo mundo, escribía el P. Miguel Herle, son tenidos como nobles todos los que vienen de España, o sea todos los blancos; se les distingue de la demás gente en el lenguaje, en el vestido, pero no en la manutención y habitación, que es la de mendigos; no por eso dejan su ufanía y su soberbia; desprecian todas las artes; el que algo entiende y trabaja con gusto, es despreciado como esclavo; por el contrario, el que nada sabe y vive ociosamente es un caballero, un noble"[16]

[15] Revista de Inst. Hist. y Geogr. del Uruguay, t. VIII, p. 239/240.

[16] Rev. I. H. e G., t. VIII, p. 251.

XVII

AGRICULTORES Y GANADEROS

Bajo dos fases diversas hemos de referirnos a la labor realizada por los Jesuítas en pro de la agricultura y ganadería. En primer lugar se debió en gran parte a ellos, por no decir exclusivamente a ellos, el que los colonos rioplatenses pudieran cultivar los campos y tener rebaños de ganados; en segundo lugar fueron ellos quienes no solamente tuvieron estancias, sino que además las supieron organizar en forma científica, convirtiéndolas en centros de progreso.

En primer término hicieron posible el que hubiese agricultura y ganadería. Es menester leer los documentos de la segunda mitad del siglo XVIII para darse uno cuenta, por ejemplo, de que en todo el territorio que actualmente abarcan las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, no había sino dos ciudades y media docena de pueblitos, estando las primeras y los segundos tan cercados de indios y tan maltratados por las incursiones de los mismos, que si no era en algunas tierras inmediatas a dichas poblaciones, no se pensaba siquiera en cultivar campos ni en tener ganados.

¿Cuál fue la solución de tan grave problema? Por lo que respecta, por ejemplo, al pueblo argentino, la solución completa y definitiva pertenece a la historia contemporánea: la conquista del desierto por el General Roca, Con anterioridad a esa magna empresa, había Rosas practicado loables esfuerzos para ganar el desierto, pero hemos de consignar que antes de Rosas y antes de Roca habían los Jesuítas realizado esfuerzos no menos heroicos y no menos provechosos para la población rioplatense.

Con la fundación de los pueblos de Pampas y Serranos al Sur y Este de Buenos Aires, con la de los Mocobíes y Abipones al norte de Santa Fe, con la de los Lules, Tonocotes e Isistines al Este del

Tucumán, con las de los Guaycurúes y Mbayas al Norte de la Asunción, levantaron los Jesuítas las barreras más eficaces contra las invasiones de la indiada y permitieron a los colonos el cultivo de los campos, aun a distancia de las ciudades. Este es un hecho histórico del que no es posible dudar.

"Con la reducción de aquellas gentes al gremio de la Iglesia, escribía un escritor que moró en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XVIII, han empezado a respirar un poco las ciudades y a lograr alguna quietud, pero no tanta que aun por los años treinta y cuarenta de este siglo (XVIII), no se viesen las provincias del Río de la Plata, del Tucumán, del Paraguay y de Santa Cruz de la Sierra, acosados de los bárbaros y en continuos sustos y peligros. Yo llegué a la ciudad de Buenos Aires el año de 1749, tiempo que habían tomado los infieles tanto ascendiente sobre los españoles, hacían estragos en las vecindades y casi a la vista de las ciudades, que apenas se atrevían a alejarse notablemente de ellos; y en algunas (como Salta y Córdoba) ni aun una legua"[1].

Otro escritor afirmaba, hablando de esta meritoria labor de los Jesuítas, que mientras "van suavizando a los Indios, y fundando poblaciones, dan lugar a que los Españoles extiendan sus estancias no sólo a las tierras de que antes tenían dominio, sino a nuevas tierras, que antes no ocupaban. Todos saben que las mejores tierras estaban en poder de los infieles, unas que poseían ellos, otras que dominaban con sus correrías y ninguno osaba poblarse en ellos por temor del enemigo. Fundados los pueblos de indios, los españoles pueblan éstas con seguridad y sin sobresalto. Esta utilidad que ninguno negará ser grande, después de Dios se debe a los Jesuítas que desembarazando de enemigos el campo para que los Españoles extiendan sus estancias por todas partes juntan al servicio de Dios con la utilidad de los mismos españoles"[2].

En 1734 afirmaba el procurador de la ciudad de Santa Fe, don Juan José de Lacoizqueta que "hay que guardar el ganado con escolta. Los indios ocupan las campiñas, ríos, islas y se mueven y asechan con toda impunidad y aprovechan los menores descuidos. Son además poderosos"[3], pero después de fundados los pueblos de Mocobíes y Abipones por los Padres de la Compañía de Jesús, los espa-

[1] Miranda, *Vida de D. Domingo Muriel*, p. 115.

[2] *Lo que utilizan los Jesuítas con los Ministerios de infieles*, pp. 427/428; (Arch. de Loyola).

[3] Arch. de Tribunales de Santa Fe: Autos diversos, t. 1, f. 18.

ñoles "han poblado toda la jurisdicción de más de veinte o treinta leguas de todos los contornos; antes no se vendían mulas, no se tenían vacas que comer, y al presente venden muchísimo ganado de toda especie; y son más de cuatro mil mulas que venden anualmente a 4 y 5 pesos. Los diez años antes no se vendía nada, o muy poco de tal cual estancia de otra banda del Paraná y Arroyos en jurisdicción de Buenos Aires: ahora sólo la guata subía a seis mil pesos. En la ciudad en dicho año no había más que un tendejón, que tenía don Quiroga, gallego, que apenas llegaría a mil pesos; ahora manejaba solo éste cien mil pesos de caudal, y apenas había esquina en dicha ciudad que no tuviera una tienda de géneros"[4].

Fue extraordinaria la cooperación que prestaron los Jesuítas a los agricultores y ganaderos rescatándoles los campos que ocupaban las indiadas, pero sus esfuerzos no se redujeron a esto. Es además un hecho incontrovertible que formaron los Jesuítas las estancias mejor organizadas que hubo en el país hasta fines del siglo XVIII. En Buenos Aires eran proverbiales las de Arrecifes, Chacarita y Matanzas; en el Tucumán las de Aconquija y Lules; en Santa Fe las de las Tunas y San Miguel, llamado también Carcarañá; en Córdoba las de Santa Catalina, Altagracia, Caroya y Jesús María; en el Uruguay la de Belén o Víboras y la de la Calera o de los Desamparados. En Corrientes tenían los Jesuítas la estancia de Yapeyú que tuvo grande nombradía y en el territorio de las Misiones poseyeron una veintena de estancias, todas ellas bien montadas.

De algunas de estas estancias, como las de Altagracia y de la Calera, han sido editados valiosos documentos que permiten juzgar de la excelencia de las mismas. Así el doctor Carlos Ferrés en su notable monografía sobre los Jesuítas en Montevideo y el P. Grenón en su estudio sobre Altagracia nos ofrece abundantes materiales de juicio. Desde 1643 hasta 1767 tuvieron los Jesuítas la de Altagracia que convirtieron en "un pueblo fabril y agrícola"[5], llegando a contar con 6.000 cabezas de ganado vacuno; más de 3.000 mulas de cría; más de 1.100 yeguas y caballos. En 1740 la cosecha de trigo fue de 119 fanegas, sin contar el maíz y otros granos. Tenía tres telares nuevos para cordellate, bastilla, pañete y estameña; un molino y batán; un horno de cal con 160 fanegas de cal viva[6].

[4] Furlong, *Glorias santafecinas*, p. 49.

[5] *Altagracia*, Córdoba, 1929, p. 29.

[6] Grenón, *Altagracia*, p. 57.

Por su parte, el doctor Ferrés resume así sus observaciones sobre la estancia que en la Calera tenían los Jesuítas: "A ellos debe la ganadería la implantación de una estancia modelo, como fue la Estancia vulgarmente conocida por "la Calera", ubicada en el Rincón de los dos Santa Lucía, y cuya formación y administración fue realmente aventajada con relación a la época.

A ellos debió Montevideo procedimientos perfeccionados para la quema de la piedra de cal en la calera de la Estancia y para la fabricación de ladrillo, tejuelas y tejas de canaleta en el horno del molino... La Resistencia contribuyó con reses para las expediciones contra los indios y cooperó con dinero para distintas empresas, como construcción de mataderos y los fortines, estos para proteger las tierras de la jurisdicción contra los avances de la indiada"[7].

No podemos ocuparnos de la agricultura y ganadería sin decir dos palabras sobre el desarrollo de las mismas en el territorio de las Misiones. Desde ellas escribía a mediados del siglo XVIII el P. José Cardiel y manifestaba que "aquí todos son labradores, desde el Corregidor y Cacique más principal, hasta el menor Indio, y desde el día que se casa, se le señala tierra para su sementera"[8]. Sabemos que hasta los oficiales de los diversos talleres eran agricultores además, y participaban en las faenas agrícolas y ganaderas como los demás moradores del pueblo. Sabemos, asimismo, que los Jesuítas habían hecho que los Indios de las Misiones tuvieran amor al trabajo agrícola y se sintieran honrados en ocuparse en el mismo. Así se explica que, no obstante la eterna infancia espiritual del Indio, llegaran a poseer los pueblos de las Misiones excelentes mieses y recoger magníficas cosechas de trigo, maíz, algodón y aun tabaco, y que de dichos pueblos se proveían, a lo menos en parte, los españoles de las ciudades.

No hemos de omitir lo mucho que hicieron los Jesuítas por introducir y propagar la Yerba Mate. Cuando los misioneros bajaron del Guairá y comenzaron a poblar el territorio de Misiones no existía allí ese árbol, o existía tan solo en forma silvestre en algunos bosques. En los primeros tiempos hacían los indios largos viajes en busca del mismo, pero ya en 1742 eran cinco los pueblos que tenían sus propios yerbales y satisfacían todas sus necesidades. Veinte años más tarde todos los pueblos tenían tan útil plantación, pero hemos de hacer constar que costó muchos sudores y trabajos, pues se trata de

[7] Epoca colonial. *La Compañía de Jesús en Montevideo*, 1919, p. 41.

[8] *Declaración*, p. 275.

una planta de difícil aclimatación, como lo aseveran todos los contemporáneos sin excepción. "Costó mucho trabajo, escribe Cardiel, porque la semilla que se traía, no prendía... Finalmente después de muchas pruebas se halló que aquellos granitos, limpios de toda goma, nacían; y, trasladando las plantas tiernas del semillero bien estercolado a otro sitio, y dejándolas allí hacer recias, después se trasplantaban al yerbal, y regándolas dos o tres años, prendían y crecían bien; y después de ocho o diez años se podía hacer yerba"[9].

A esa labor de los Jesuítas debe la República Argentina y debe la República del Paraguay, en cuyo territorio tanto abundan ahora los yerbales, una de sus grandes fuentes de recursos, y no solamente están beneficiando el trabajo de aquellos beneméritos misioneros, sino que hasta la forma actual de trabajar la yerba es la que aquellos heroicos varones discurrieron y ensayaron con todo éxito. Compárese si no el método descrito por Cardiel, que es el que empleaban los indígenas bajo el gobierno de los Jesuítas, y el método descrito por el doctor Carlos R. Gallardo en su estudio sobre *La Industria yerbatera en Misiones*[10], para ver la absoluta identidad de procedimientos a pesar del siglo y medio transcurrido entre ambas épocas.

Hay, sin embargo, una diferencia, o para expresarnos con mayor exactitud había una grande diferencia entre la yerba trabajada por los Indios y la trabajada por los españoles de antaño. La de los primeros era muy superior por su aroma y gusto. Sabemos que los españoles se esforzaron en vano por competir con los indígenas misioneros en su preparación. Véase lo que escribe a este efecto el mencionado P. Cardiel: "Los españoles viendo estos yerbales, han pretendido hacer lo mismo en sus casas y granjas... y yo les he dado semilla y receta, para que lo hagan; más nunca lo consiguen, aun siendo las tierras del Paraguay más a propósito para esta planta que las de otras tierras"[11].

En cuanto a la ganadería no se ocuparon los Jesuítas de la calidad cuanto de la cantidad. En aquellos tiempos no se podía atender a otra cosa, ni otra interesaba. Fueron ellos quienes llevaron y multiplicaron el ganado vacuno en las regiones del Guayrá, mientras estuvieron en las mismas. Como es sabido, tuvieron después que abandonar aquel país huyendo de los atropellos de los mamelucos, y

[9] *Breve relación*, Cap. V, n. 45.

[10] Buenos Aires, 1919, p. 77.

[11] *Breve relación*, c. V. n. 45,

huyeron dejando en los campos el ganado que siguió procreándose en cantidad asombrosa, "vagueando y multiplicándose en un país donde no era molestado y donde había abundancia de pastos, vino a formar una cantidad enorme de ganado alzado entre las reducciones del Uruguay y el mar, extendiéndose hasta el territorio que más tarde ocupó Montevideo; ésta fue la que se llamó vaquería del mar, por dilatarse hacia la costa de la actual República Oriental"[12].

De esta vaquería se aprovecharon los pueblos de la margen oriental del río Uruguay y con ella se formó más tarde la llamada vaquería de los Pinares, que proporcionó durante medio siglo, o más, abundancia de corambre así a los españoles como a los extranjeros que venían en busca de esos productos. La faena era tan grande en manos de éstos que los Misioneros pensaron en formar nuevas vaquerías, pero en terreno de propiedad de las Misiones. Así lo hicieron en varias partes, sobre todo en Yapeyú. La vaquería de este pueblo era un campo cerrado de 10 leguas en cuadro y llegó a contener 200.000 cabezas de ganado.

Terminaremos estas líneas sobre la agricultura y ganadería, haciendo nuestras estas palabras del P. Grenón: "En los dos ramos enunciados influyeron propulsoramente los Jesuítas; porque por instinto y por instituto enseñaban a los pueblos, que formaban, esta ocupación indispensable. Por otra parte, como tenían los Jesuítas que procurarse la subsistencia de sus casas y colegios, tuvieron que plantar viñedos, hortalizas y frutales, con lo cual adiestraban a los del servicio que se volvían prácticos agricultores y ganaderos por necesidad.

"En otra forma, además de las indicadas, beneficiaron grandemente los cultivos, proporcionando planteles, semillas y préstamos en efectivo a los vecinos que querían iniciar su plantación o salvar sus huertas o chacras arruinadas. Son conocidos en nuestra historia los naranjales paraguayos de Misiones y de Santa Fe, los olivares de La Rioja, las viñas de Jesús María, de Mendoza y de Santa Catalina, los manzanares de Calamuchita, los perales y durazneros de Altagracia, los nogales de Jesús María. En los mencionados puntos quedan retoños de los referidos frutales y las tabladas de piedra en otros para secaderos de trigo lavado. Los inventarios de 1767 que se guardan en varios archivos de la República especifican los terrenos cultivados, los frutos en depósito y los instrumentos de labranza"[13].

[12] Hernández. *Organización social de las Doctrinas*, t. 1, p. 204.

[13] *Los Principios*, n. del 14 de julio de 1929.



Estancia de Alta Gracia (Córdoba)

Ranchería - Iglesia - Portal - Habitaciones - Camino - Dique

(Dibujo de J. Kronfuss).



Estancia de Santa Catalina (Córdoba)

Talleres - Entrada - Patio de honor - Iglesia - Cementerio - Noviciado - Ranchería

(Dibujo de J. Kronfuss).

XVIII

LOS JESUITAS EN LAS OBRAS PUBLICAS Y ACCIONES DE GUERRA

No por sí, sino mediante los indios que tenían los Jesuítas en los pueblos de las Misiones, realizaron, durante la época colonial, tantas y tan útiles obras de servicio público que no podemos menos de consignar aquí algunas de las mismas. Y esos servicios son tanto más de agradecer por cuanto los hacían pobres indígenas que tenían que abandonar durante meses sus hogares a ese fin y alejarse de sus pueblos cien y más leguas, y lo hacían por lo general, sin gratificación alguna, aunque con la satisfacción de haber sido útiles al país y haber comprometido la gratitud del Monarca y de sus ministros.

Es un hecho cierto que los mandatarios de Buenos Aires, de Santa Fe, de la Asunción, del Tucumán y de Montevideo siempre que se proponían defender la ciudad contra posibles ataques, siempre que requerían brazos para la construcción de obras públicas acudían sin demora a los Jesuítas. La razón es doble, en primer término ni los españoles que estaban en las ciudades, ni los indios que merodeaban por las mismas aceptaban trabajar en obras de esfuerzo y trabajo; los españoles porque eran nobles o se creían tales; los indios porque nada ni nadie les podía inducir a tales trabajos. En segundo término, era cosa sabida que los Indios de los Jesuítas no solamente podían y sabían hacer tales obras, bajo la supervisión de jefes o maestros españoles, pero estaban siempre deseosos de manifestar la obediencia a sus curas y su lealtad a su Rey.

Así en Buenos Aires hallamos, en 1664, a 150 indios de los pueblos guaraníes ocupados en la construcción de las fortificaciones de dicha ciudad y "abrieron y profundizaron los fosos y estuvieron cin-

co meses, como consta de su certificación"[1], labor que se cumplió en 1671 y al efecto se pidió y obtuvo el envío de 500 indios que trabajaron en la ciudad y además "hicieron un fuerte en la otra banda del río Luxan, 10 leguas distante del puerto de Buenos Aires; en todo lo cual certifica dicho Gobernador han sido muy puntuales, prontos y obedientes vasallos de su Majestad y merecedores de su real amparo". En 1704 bajaron cuatro mil indios para desalojar a los portugueses de la Colonia y cuatrocientos bajaron a Buenos Aires para realizar obras de fortificación, y veinte años más tarde, o sea en 1724, una remesa de indígenas con sus capellanes Jesuítas vinieron a dicha ciudad con el objeto de construir el fuerte y castillos de la misma. "La cual función, escribe el anónimo autor de la *Relación compendiosa*, duró también algunos años remudándose los indios, como es notorio, y toda la Ciudad lo ha visto. Asistió a los Indios en este trabajo el Sr. Capitán D. Ignacio Gari".

Mientras estos Indios trabajaban en Buenos Aires había dos mil Indios con sus capellanes Jesuítas trabajando las obras de fortificación de la ciudad de Montevideo. Llegaron a esta ciudad, o futura ciudad, el día 25 de marzo de 1724 y comenzaron a trabajar el Fuerte "trayendo con sus caballos y mulas la fajina y sustento de todos, la leña para su uso de distancia de 6 leguas con mucha incomodidad" y trabajaron en esta obra hasta el año 1729 remudándose siempre los Indios. De esta fortaleza dice el Sr. Gobernador en su informe a S. M. "sin ponderación, sino tuviera los Indios (de las Doctrinas) era imposible proseguir el trabajo empezado para el resguardo y defensa de Montevideo"[2].

Esta es cita del anónimo, pero vale la pena que citemos *in extenso* las frases de Zavala al Rey. Son del tenor siguiente: "Sin ponderación, decía el egregio fundador de la ciudad montevideana, si no tuviera (yo) a los indios, era imposible proseguir el trabajo empezado para el resguardo y defensa de Montevideo, ni tampoco el de este castillo (o fortaleza de Buenos Aires), cuando ni los Soldados, ni los demás Españoles quieren reducirse a este género de fatiga. Y aun los indios que andan vagabundos de los Forasteros, sucede lo propio; y los unos y los otros, si hay alguno que se aplique a ganar jornal, cuatro días es puntual en el trabajo; después pretende dinero adelantado, y se huye, si recibió algo, o no se le dió, por imitar a

[1] *Relación compendiosa de los servicios;* Archivo General de la Nación: C. de J. 1735.

[2] *Relación compendiosa,* n. 31.

los demás, que de ordinario lo ejecutan, sin el menor escrúpulo ni miedo: cuya propensión es tan arraigada en los genios, por su naturaleza floja, y viciada en la libertad, que no hay humano discurso para remediarlo.

"Esto es lo que pasa con los Españoles, Indios vagabundos y otra gente; pero los Tapes de las Doctrinas de la Compañía de Jesús, debo decir a V. M. con una verdad ingenua y sincera, que es imponderable la sujeción, la humildad y la constancia de perseverar en todo lo que ocurre del servicio de V. M.; y en particular en las obras de fortificación, en las que se ahorra el logro de su Real Hacienda, según lo que varias veces he representado a V. M. respecto de que nadie, con lo que tienen asignado, trabajaría, procediendo la sujeción y modo regular de vivir tan observantes en lo que se les impone...; los que al presente se hallan en Montevideo... están empleados en hacer la fajina, y trasportarla para la fortificación que se construye en aquel puerto, esmerándose en ello con la mayor diligencia y cuidado, con la sola subsistencia diaria, harto limitada"[3].

"Las murallas de Montevideo, escribe muy bien el doctor Carlos Ferrés, no fueron teñidas con la sangre de los Tapes, pero se empaparon en su sudor. No expusieron ellos sus pechos en la defensa de los edificios públicos de la ciudad, pero con el esfuerzo de sus brazos, piedra sobre piedra, levantaron las rústicas construcciones de las oficinas administrativas y militares. Y en todo momento, junto a la silueta de Zavala que inspeccionaba las obras, se ven las siluetas de los padres que vigilan a sus indios. No podrá, pues, nadie sustraerse a la obligación de reconocer al Instituto de San Ignacio de Loyola como intensamente vinculado a la ciudad en los instantes de su fundación"[4].

Si de Buenos Aires y Montevideo pasamos a la Asunción, a Santa Fe, a Córdoba, al Tucumán o Corrientes, hallamos la misma actitud de los Indios de las Misiones e igualmente insuperable su acción civilizadora. Cuando en 1660 se trasladó la ciudad de Santa Fe acudieron los vecinos y el Cabildo a los Jesuítas en demanda de Indios que realizaran tan difícil trabajo. Lozano y Funes afirman que los Jesuítas enviaron los deseados Indios y que éstos efectuaron la traslación, pero el doctor Cervera niega el hecho. Lo cierto es que los pedidos Indios partieron a Santa Fe, pero estando ya en camino reci-

[3] Archivo de la Nación, Buenos Aires: Compañía de Jesús, 1742.

[4] Epoca colonial. *La Compañía de Jesús en Montevideo*, p. 12.

bieron orden de pasar a Buenos Aires para defender a esa ciudad que se hallaba en grave peligro[5].

"En el año 1725 estuvieron los Indios en el cerco de la ciudad de Santa Fe, pidiéndolo así el Theniente de dha. Ciudad en nombre de su Magestad para defenderse de los Indios infieles Abipones y Mocobies que la tenían muy apretada: trabajaron en ella por espacio de un mes"[6]. Sabemos que en esta oportunidad fueron trescientos los Indios que bajaron de las Misiones para efectuar este cerco de la ciudad de Garay.

No vamos a extendernos más en este punto, pero no podemos omitir la referencia de que fueron los Indios de las Misiones que en 1652 reconstruyeron la iglesia de Santa Lucía, ellos los que diez años más tarde levantaron las primeras fortificaciones del Tobatí, los que en 1662 hasta 1667 trabajaron en las mismas hasta dejarlas terminadas y aptísimas para repeler cualquier invasión indígena o portuguesa que se propusiera caer sobre la Asunción. Sabemos, además, que desde 1672 hasta 1680 acudieron por lo menos siete veces o para trabajar en dichas fortificaciones o para defender desde ellas a la ciudad contra posibles o probables ataques. En 1664 pasaron a la misma ciudad de la Asunción 150 Indios y durante cinco meses se ocuparon en abrir y profundizar los fosos que la guarnecían, y en 1669 se les llamó para que construyeran un astillero y barcas de que necesitaba la ciudad.

En ella como en Buenos Aires, en Córdoba y en Tucumán se ocuparon varias veces en la construcción de iglesias y casas capitulares, llamados unas veces por Prelados eclesiásticos y otras por los respectivos Cabildos. Recuérdese también que fueron ellos quienes construyeron entre 1672 y 1680 las fortificaciones del Castillo de San Ildefonso al mismo tiempo que las reparaciones y presidios que se levantaron a lo largo del Río Paraguay, y ellos finalmente quienes construyeron en 1717 el Fuerte de Aracutacuá.

Un año antes había Felipe V expedido su Real Cédula, tan elogiosa para los Jesuítas, y en ella decía muy fundadamente que "siempre que se ofrezca cualquier facción de mi Real servicio... los que con más brevedad acuden a socorrerla son los Indios de dichas Misiones" y por esa misma razón su predecesor Felipe IV afirmaba que debía más estos reinos a los Indios que a sus soldados[7].

[5] *Glorias santafecinas*, pp. 19/20.

[6] *Relación compendiosa*, n. 34.

[7] Jarque, *Insignes misioneros*, 1, 3, c. 9, n. 5.

"En efecto, escribe el P. Pablo Hernández, la situación de las Doctrinas era tal, que en sólo defender los Indios sus tierras y moradas, hacían a la Corona de España, y a las naciones que de sus posesiones se han formado, un servicio positivo y de gran importancia: el de defenderles las fronteras y mantener la integridad de su territorio. Las Doctrinas estaban en la frontera oriental de las posesiones españolas con Portugal: y las miras de esta nación, decía el virrey Arredondo en la *Memoria* escrita para su sucesor, se han dirigido siempre a hacerse dueños del continente, y avanzar después hacia el Perú, sistema que desde el principio de la conquista formaron con tanto ardor como injusticia... Estas provincias, agregaba Arredondo, son el blanco a que hacen su tiro desde principios del siglo XVI, sin que los haya cansado la fatiga[8].

Para defender mejor sus pueblos contra las depredaciones de los Mamelucos portugueses constituyeron los Indios toda una cadena de fuertes y castillos en torno del área ocupada por ellos y establecieron guardias permanentes, de tal suerte que el virrey del Perú, Conde de Salvatierra, pudo decir de ellos ya en 1649 que eran "los presidiarios del presidio y opósito de los Portugueses del Brasil"[9]!

Muchos historiadores modernos han criticado el hecho de haber los Jesuítas obtenido para sus Indios el uso de las armas de fuego, pero los tales ignoran no solamente la vigilancia que de continuo ejercían sobre las fronteras, sino aun las acciones de guerra que tuvieron feliz éxito, gracias a la pericia e intrepidez de aquellos Indios misioneros.

Bastaría recordar la célebre toma de la Colonia del Sacramento en 1680. Allí sólo hubo 260 soldados españoles, mientras el número de los soldados de las Reducciones ascendía a 3.000. A esas valientes tropas y a su digno jefe el cacique Ignacio Amandaú, se debió aquella brillante victoria. Desgraciadamente la Corte de Madrid volvió a entregar a los Portugueses auqella Colonia, pero diez años más tarde, o sea en 1690, el mismo Rey manifestaba sus deseos de volver a recuperarla y al efecto escribía al Provincial de los Jesuítas manifestándole la probable necesidad de una acción posterior y manifestándole que "en cuya breve unión de fuerzas y su oposición, irá principalmente el buen logro del intento"[10]! Tal el con-

[8] Trelles, Revista, t. 3, p. 383.

[9] Provisión del 14 de febrero de 1649, n. 5 del apéndice.

[10] Cédula del 27 de noviembre de 1690

cepto que el mismo monarca tenía de los soldados adiestrados en las Doctrinas de los Jesuítas.

No fue preciso por entonces guerrear contra los Portugueses, pero cuando en 1698 se temió fundadamente que una escuadra de navíos franceses atacaría a la Ciudad de Buenos Aires, pidió el Gobernador D. Andrés Agustín de Robles al Provincial de los Jesuítas dos mil indios armados y el mismo Robles certifica después al Rey que "desde las Doctrinas, en sus propias embarcaciones, en menos de quince días después del aviso, estuvieron prontos en aquel Puerto, venciendo montón de dificultades y contratiempos. Consta de su Certificación, y Cédula de su Majestad de 12 de noviembre de 1716[11].

En 1704 y por pedido del Gobernador Juan Alonso Valdés Inclán bajaron para el segundo desalojo de la Colonia cuatro mil Indios armados, llevando consigo seis mil caballos, dos mil mulas y muchas embarcaciones, en que llevaban sus bastimentos de grano, yerba y tabaco para la ida, estada y vuelta, todo de lo suyo; trajeron al Real, mientras duraba el cerco, con sus caballós más de treinta mil vacas para el sustento de todos, así Indios como españoles. Duró la función ocho meses, en la cual perseveraron con mucha constancia, haciendo sus guardias en los ataques y trincheras como los demás, trayendo fajina y la artillería a fuerza de sus brazos. En las acciones quedaron 130 Indios muertos, y 200 mal heridos. Caminaron desde sus pueblos al paraje señalado unos 150, otros 200, y otros 300 leguas de caminos muy penosos en tiempo de una grandísima seca"[12].

Por el Tratado de Utrecht volvió nuevamente la Colonia a poder de Portugal y fue entonces que, para impedir el avance de los mismos sobre la costa y jurisdicción de Montevideo, Bruno Mauricio de Zavala solicitó primero 500 indios armados y más adelante, al ver la necesidad de mayores contingentes, pidió y obtuvo 4.000, aunque - por la retirada de las fuerzas portuguesas hizo que la mitad de esas tropas que ya estaban en camino, volvieran a sus respectivos pueblos. Con los dos mil restantes ocupóse Zavala en disponer las fortificaciones de la futura ciudad de Montevideo, como ya hemos indicado.

Al volverse a tomar en 1735 la desgraciada colonia del Sacramento formaban las fuerzas españolas solamente a 1.500 milicianos, más el número de los soldados de las Reducciones ascendía a 4.000.

[11] *Relación compendiosa*, n. 20.

[12] *Relación compendiosa*, n. 25.

Lo mismo acaeció en 1762 cuando Pedro de Ceballos se propuso tomar nuevamente la Colonia. Con 1.000 milicianos y otros tantos Indios obtuvo aquel bravo soldado la conquista de la Colonia, pero con solos los segundos desbarató la escuadra anglo-portuguesa que había ido en socorro de los Lusitanos.

Además de todas estas acciones de guerra bajaron los Indios de las Misiones a Buenos Aires en 1657 para defender la ciudad, y al siguiente año volvieron con el mismo fin otros trescientos. En 1671 pidió Zalazar otros quinientos para defender la ciudad contra nuevos ataques y sabemos que durante quince años hubo permanentemente diversos destacamentos de 150 Indios que vigilaban las costas del mar y del Río de la Plata. La ciudad pidió refuerzos cuando en 1697 se temió una invasión de fuerzas francesas y al efecto bajaron de las Misiones 2.000 Indios y en igual número acudieron en defensa de Buenos Aires cuando en 1700 se temió un desembarco de tropas dinamarquesas, "y estuvieron tanto tiempo en las cercanías del río Hurtado que hicieron allí sus sementeras, hasta que el Sr. Gobernador les dió licencia para volver a sus casas alabando su fidelidad y constancia en lo tocante al servicio del Rey"[13].

La ciudad de la Asunción lo propio que la de Buenos Aires contaba sobre todo con los Indios Jesuíticos para todas las empresas militares, ni tenía otras tropas para las mismas fuera de algunas pocas milicias españolas. Por esta razón cuando en 1646 los Guaycurúes pusieron a la ciudad en apuros llamaron en su ayuda a los Indios de las Misiones, y lo mismo hicieron cuando en 1650 los Payaguás estrecharon a la ciudad, y en 1674 Rege Corvalán se valió de 900 indios de las Reducciones para dar una gran batida contra los salvajes que merodeaban la capital y en 1676 fueron 600 Indios los que atajaron los pasos a los mamelucos, y otros 600 bajo el mando de Monforte impidieron los malones de los salvajes en 1689 y 1690. A lo menos en veinte oportunidades la ciudad de la Asunción solicitó los auxilios de los indios misioneros.

A todos estos servicios podríamos agregar otros muchos como los 2.000 indios que en 1702 hicieron una campaña contra los Charrúas que infestaban las campiñas, como otros dos mil que en 1724 acompañaron a Baltasar García Ros en sus campañas; como los 7.000 que en 1732 tuvo Bruno Mauricio de Zavala a su disposición durante 19 meses; como los 5.000 que se agregaron en 1735 a los

[13] *Relación compendiosa*, n. 22.

antes mencionados y con el mismo fin. Con estas tropas realizó aquel general la campaña del Tebicuarí.

El caso de los Indios misioneros es un caso único en la historia: el de una milicia que, no sólo defiende su propio territorio, sino que se moviliza, y viajando doscientas y trescientas leguas, acude en número de muchos miles a cuantas empresas militares ocurren durante más de cien años en el vasto ámbito de varias provincias; y todo esto a su costa y descubriendo en todas ocasiones un arrojo y valor indomable y una abnegación sin límites. No era, pues, ponderación, sino estricta realidad lo que de ellos dejó consignado el Rey Felipe V en su Cédula de 1743: "que estos indios de las Misiones de la Compañía, siendo el antemural de aquella Provincia, hacían a mi Real Corona un servicio como ningunos otros, lo que ya mi Real benignidad les manifestó en la instrucción de 1716...; cualquier novedad... podía quitar... a mi Real Corona aquellos Vasallos, que le ahorran la tropa que se necesitaría y no la hay en aquellos parajes; y a las Plazas del Paraguay y Buenos Aires una defensa inexpugnable de tantos años a esta parte"[14]!

[14] Hernández, *Organización social de las Doctrinas*, t. 2, p. 67.

K



El histórico Cabildo de Buenos Aires, construído por el Jesuíta Juan B. Prímoli

XIX

COLEGIOS, ESCUELAS Y BIBLIOTECAS

Buena o deficiente, satisfactoria o no satisfactoria, fue la educación Jesuítica la única que hubo en el Río de la Plata, Tucumán y Paraguay desde los primeros tiempos de la Conquista hasta fines del siglo XVIII. Se podrán tal vez criticar los métodos, condenar los procedimientos, hallar fallas en los programas, en los textos o en las enseñanzas, pero la historia imparcial tendrá siempre que reconocer que cabe a la Compañía de Jesús, y solamente a ella, haber abierto escuelas en todos nuestros centros de población, haber fundado colegios en todas las ciudades del antiguo virreinato y haber erigido en el corazón geográfico del mismo, una Universidad que desde principios del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII pudo competir con los grandes centros culturales del Viejo Mundo.

Es por demás gracioso el proceder antihistórico del Sr. Juan M. Gutiérrez[1], para quien la enseñanza superior nace en el territorio argentino precisamente con la expulsión de los Jesuítas, o sea en 1767. Graciosa manera de escribir la historia, dejando en el tintero nada menos que dos siglos de cultura pedagógica, tan gloriosa como la que después existió.

Si tenemos presente que los Jesuítas no solamente tenían escuelas ó colegios en cada ciudad donde moraban, sino también en todas y cada una de las reducciones que habían formado entre los indios Guaraníes, Chiquitos, Lules, Abipones, Mocobíes, etc., hemos de aseverar que al tiempo de la expulsión tenían en lo que ahora son las Repúblicas del Plata más de medio centenar de escuelas y colegios. La asistencia de los indios a sus aulas escolares, notémoslo de paso, era muy consolador y significativo: a la escuela de la Asunción,

[1] *Historia de la enseñanza superior en la República Argentina,* Buenos Aires.

regentada por los Jesuítas, acudían ya en 1611 unos 400 indígenas y sabemos que el pueblo de Santo Tomé, cuya población era de 1.400 familias, tenía una población escolar que ascendía a 900 entre niños y niñas[2]! Como advierte muy bien un escritor moderno, éste es un admirable porcentaje que sería una ilusión para un Ministro de Instrucción Pública[3].

Precursor gloriosísimo de Fray Antonio de San Alberto y de Sarmiento fue el Padre Antonio Ruiz de Montoya, cuyo afán en fundar escuelas de primeras letras y música era una obsesión[4]. No le iba muy a la zaga el Beato Roque González de Santa Cruz, quien al escribir los albores rudimentarios de la Reducción de S. Ignacio del Paraná (1613), se refiere a las escuelas ya existentes en esa población y a los 300 niños y niñas que las frecuentan. "Ahora... comenzaremos a enseñarles a leer, escribir y contar"[5]. En abril de 1614 escribió que "no mucho después del almuerzo, se les enseña por espacio de dos horas a leer y escribir".

Al obrar así montoya y Roque González no hacían sino cumplir con un precepto de sus Superiores, ya que el Provincial Diego de Torres, primero, y Nicolás Durán, después, habían ordenado a los misioneros que en todos los pueblos tuvieran "maestro de canto y de leer, que enseñe por la mañana y por la tarde, y por dos horas"[6].

No sólo en el decurso del siglo XVII, pero aun en el siglo XVIII, parece que la cultura general en las Reducciones Guaraníticas era superior a la existente en las ciudades españolas. Ni se crea que la población en éstas era mayor que en aquéllas. En 1750 había más habitantes en Misiones (140.000) que en todas las tres Gobernaciones del Río de la Plata, Paraguay y Tucumán. Si a esa población numéricamente superior, se agrega la organización, la disciplina, la técnica, la relativa abundancia de maestros tan capaces, como deseosos de enseñar, es fácil colegir lo que debió de ser la cultura misionera. No es verdad que los hombres de las ciudades hispanas despreciaran las artes y oficios, como aseveró el Jesuíta Miguel Herre[5], pero cierto es que no llegaron a rivalizar con los artífices existentes en Misiones.

[2] Pastells, *Historia de la Compañía,* t. 2, p. 317.

[3] F. Lérida, *Cartas y datos,* Buenos Aires, 1919, p. 13.

[4] Jarque, *Ruiz de Montoya en Indios*, 1. 1, c. 24.

[5] J. M. Blanco, *Historia documentada...*, p. 568.

[6] *Anuas de la Provincia del Paraguay*, t. 1, p. 345; t. 2, p. 56.

Unidos unas veces a los colegios de segunda enseñanza, independientemente otras de ellos, tuvieron los Jesuítas escuelas en casi todas las ciudades argentinas, paraguayas y uruguayas. Las había en Buenos Aires, Corrientes, Santa Fe, Tarija, Catamarca, Rioja, Asunción, Montevideo, San Luis, San Juan, Mendoza, Tucumán, Córdoba y Santiago del Estero. La escuela primaria de Santa Fe fue la primera en fundarse en territorio argentino. Remóntase su fecha a 1610. La de Montevideo fue la última, habiendo abierto sus aulas a la niñez montevideana en 1746. Sin duda alguna que la enseñanza en tales escuelas era realmente primaria como advierte el historiador uruguayo Carlos Ferrés. Todo su programa se reducía a catecismo, lectura, aritmética y escritura.

No así en los colegios de segunda enseñanza. Sabemos que los había de esta índole en Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Corrientes, Tucumán y Asunción. El de Buenos Aires tenía ya instaladas sus aulas en 1617. Junto al Colegio se abrió, poco después, el Seminario diocesano. En 8 de mayo de 1626 escribía el Obispo de Buenos Aires al Rey y aludiendo a esta última entidad ponderaba "lo bien que los Padres de la Compañía enseñan y adoctrinan (a los indios) llevándoles lenguas muy capaces, y acuden a sus obligaciones, y en este Puerto de Buenos Aires tienen el Seminario, donde con cuidado enseñan letras y virtud, y se van criando algunos sujetos que, con la ayuda de Dios, serán de importancia (para la Iglesia rioplatense)"[7]. Lo que en esta ocasión afirmaba del Seminario debe extenderse, como es natural, a todo el colegio del cual formaba parte. En 2 de julio de 1632 escribía el mismo Obispo "que en los colegios de Buenos Aires y de Santa Fe tienen los Padres de la Compañía muy pocos sacerdotes y hermanos para tantos ministerios de predicar, confesar y doctrinar a la gente ruda y enseñar a la juventud"[8].

Sabemos que en 1640 al celebrarse el primer siglo de la fundación de la Compañía de Jesús, los estudiantes del colegio de Buenos Aires representaron un Auto Sacramental y solemnizaron aquella fausta fecha con dos carros triunfales, el uno en forma de castillo y el otro en forma de nave. Sabemos que en 1644 había en el Colegio de Buenos Aires 8 Padres, 1 escolar y 5 Coadjutores, todos ellos ocupados en la enseñanza y en los ministerios sacerdotales.

Como es sabido, el primitivo Colegio estuvo en lo que es actualmente la Plaza de Mayo, de donde se trasladó en 1661 al terreno

[7] Arch. de Indias: 74-6-48; copia en la Bibl. Nác. de Buenos Aires.

[8] Archivo de Indias: 75-61.

que ocupó desde esa fecha hasta 1767 el Colegio Grande de San Ignacio (actual calle Bolívar). Durante todo el siglo XVIII fue aquella casa la entidad más cultural de Buenos Aires, aunque en 1727 se quejaba el Padre Arteaga, provincial a la sazón, de que los estudiantes jugaban demasiado, con detrimento de los estudios. En 1739 el señor García Ros donó al Colegio la suma de dos mil pesos para ampliación de sus estudios y sabemos que por el mismo tiempo otro caballero de la ciudad, el señor Pedro de Vargas, donó igual suma para que se fundara una cátedra de filosofía, como en efecto se fundó. Estos datos comprueban la opinión y buena fama de que gozaba en el ambiente porteño aquella institución docente[9].

La cátedra de filosofía se inauguró en 1741 y un año antes se había elevado a dos el número de las de teología. En 1733 se tuvieron en la pública iglesia de San ignacio las primeras conclusiones públicas, no sin grande admiración de los habitantes de la ciudad que acudieron a presenciar un acto tan novedoso. Veinte años más tarde se puso cátedra de matemáticas y en 1767, cuando sobrevino la expulsión, era el colegio Grande de San Ignacio una florentísima institución. Sabemos que la población porteña había pedido, pocos años antes, el que se concediera a los Jesuítas el fundar una Universidad en Buenos Aires, ya que, a este fin, nada les faltaba. Hasta un magnífico Convictorio estaba en construcción, a expensas de los Jesuítas y gracias a uno de ellos, el Padre Juan Bautista Alquizalete[10] que entregó, con ese objetivo, su rica herencia. Después de la expulsión de los Jesuítas, el Rey no sólo autorizó, sino hasta urgió en repetidas oportunidades, la fundación de la mencionada Universidad porteña, pero nada se hizo en ese sentido hasta después de los sucesos de Mayo.

El esplendor a que llegó el Colegio de San Ignacio, como lo evidencia el hecho anotado, y el haber dado a la patria y a la Iglesia hombres de singular cultura como Domingo Navarro, Jacinto Quintana, Pedro Ramila, Juan de Leiva, José Gómez y tantos otros confirma el aserto del doctor Sáenz, fundador de la Universidad de Buenos Aires y su primer rector, quien afirmaba que la Iglesia de San Ignacio había sido siempre el centro del intelectualismo en Buenos Aires. "Lugar tradicional de las grandes fiestas de la inteligencia", son sus palabras.

[9] Cf. G. Furlong, *Historia del Colegio del Salvador*, Bs. As. 1944, t. 1, pp. 183-203.

[10] Cf. *Historia del Colegio del Salvador*, Bs. As. 1944, t. 1, pp. 191-192.

El Colegio de Santa Fe fue en sus principios una escuela "de primera edad", como se expresaba Lozano[12], pero contó con los cursos superiores, aunque sin abandonar las inferiores. La escuela de primeras letras estuvo desde 1610 hasta 1624 bajo la dirección del Hermano Sigordia, como había estado en Montevideo bajo la del H. Martorell. Al frente de la primera clase de latinidad inaugurada en 1615 estuvo el P. Miguel de Sotomayor y sabemos que, aunque sus alumnos eran tan sólo quince, no había más en la de Santa Fe de aquella época. Uno de aquellos estudiantes fue después el célebre P. Cristóbal Altamirano.

Trasladada la ciudad en 1651 al lugar que hoy día ocupa, quedó emplazado el colegio en la histórica manzana donde al presente se levanta el Colegio de la Inmaculada. Durante todo el siglo XVIII fue el colegio de Santa Fe el orgullo de los habitantes de la ciudad y con sobrada razón. Era el alma de todo el movimiento científico y literario en la población; era el centro de todas las corrientes culturales y dentro de sus muros se albergaron hombres de singularísima cultura, como Lozano y Cardiel, Falkner y Dobrizhoffer, Brigniel y Núñez, García y Canelas. De las aulas santafecinas salieron hombres tan preclaros cual no los puede ofrecer instituto alguno del nuevo mundo. Basta recordar que estudiaron allí el humanista Tomás Ucedo, el lingüísta Cristóbal Altamirano, el historiador Francisco Iturri, el astrónomo Buenaventura Suárez, el gran misionero Gaspar Troncoso, el sargento mayor José Rivarola, y casi todos los teniente-generales con que contó la ciudad en el transcurso de dos siglos.

En medio de una población que vivía en modestas casuchas de quinchado barro, ajenos enteramente a toda manifestación artística, debió el Colegio de los Jesuítas ser una maravilla. Allí se veían magníficos cuadros que adornaban entonces, y aun hoy día, las paredes del templo; allí había una biblioteca que fue durante centurias la única que hubo en la ciudad. Sabemos que esta era buena, ya que los Jesuítas trabajaron con tesón en aumentar su caudal y en particular el señor Francisco Piedrabuena, ex alumno del colegio, que donó la cantidad de mil pesos para la adquisición de libros. No fue éste el único que favoreció la cultura santafecina tan sabiamente iniciada por los Jesuítas. Debemos recordar que aquel gran mandatario, el general Francisco Echagüe y Andía, fue siempre un Mecenas da-

[12] *Historia de la Compañía de Jesús*, Madrid 1755, t. 2, p. 206.

divoso y magnánimo y que en todas formas favoreció la magnífica obra realizada por los Jesuítas.

Lo detallado acerca de los Colegios de Buenos Aires y Santa Fe, podría consignarse de los demás colegios que con tanto acierto abrieron y regentaron los Jesuítas durante los siglos XVII y XVIII. Hasta en los pueblos tan insignificantes como San Luis tenían los Jesuítas un colegio. El señor J. V. Gez aseveró que allí nunca pusieron los Jesuítas escuela alguna a pesar de haber tenido en dicha ciudad una casa donde residían varios Padres[13], pero otro historiador, el Padre Saldaña Retamar, ha demostrado y en forma concluyente que abundan los documentos que prueban precisamente lo contrario. Aduce, en efecto, el bando que en 27 de Agosto de 1732 se dió obligando a los niños a asistir a las aulas de los Jesuítas, y aduce también otro escrito del 14 de Enero de 1745, en el que se lee cómo "los hijos de los principales vecinos concurran a la Escuela de la Compañía de esta ciudad, para su mejor cultivo", documentos que ponen de manifiesto el error del historiador de San Luis.

Cuanto sintió la población toda verse privada de los Jesuítas, no es fácil manifestarlo en pocas líneas, ya que son sin cuento los documentos que expresan el inmenso pesar producido por el destierro de los mejores maestros que había en el Virreinato y el desquicio en que quedó la enseñanza después de 1767. A propósito del ofrecimiento que en 1799 hizo un tal Juan N. Cañete para abrir una escuela, hacía notar el Síndico de Santa Fe "el trastorno que han padecido las escuelas" con la expulsión de los Jesuítas; años más tarde el señor Rafael Martínez elevaba un memorial al Virrey en el que exponía con los colores más pesimistas el estado de la enseñanza desde la expulsión de los Jesuítas y en 1803 volvía a insistir en el desquicio que se experimentaba en la educación desde que los Padres de la Compañía de Jesús abandonaron las escuelas y colegios que tenían en las ciudades del virreinato. En 3 de marzo de 1802 y en 12 de diciembre de 1804 lamentaba el Contador de las cajas reales los desmanes de la juventud que "crecen con una rapidez y progreso indecibles", como él se expresaba, y la causa no era otra que el abandono en que estaba la enseñanza desde la expulsión de los Jesuítas"[14].

A la labor representada por escuelas, colegios y universidad

[13] *Historia de San Luis*, t. 1, p. 69.

[14] Véase *Glorias santafecinas*, pp. 70-73.

hay que agregar la que significaban tantas bibliotecas como tuvieron los Jesuítas y que fueron casi las únicas que hubo en territorio nacional hasta la época de la Independencia. Aun más: la Biblioteca fundada por Moreno debió su existencia a las bibliotecas de los Jesuítas que, después de ser arrojadas y dilapidadas, recibieron por fin un modesto acomodo en los estantes de la primera Biblioteca nacional.

Del interés que desplegaron los Jesuítas en el Río de la Plata para enriquecer sus bibliotecas existen datos abundantes. Recuérdese que en todos sus colegios y escuelas, residencias y reducciones existió, y en forma manifiesta, la sala dedicada a la biblioteca. A principios del siglo XVIII el Obispo de la Asunción escribía al Rey y le manifestaba que "en aquellas tierras no había libros en latín y menos en arte y Teología; y sin libros no se puede estudiar". Así era en efecto y hay que agregar, como en 1617 lo manifestaba el Padre Viana, además de ser difícil conseguir libros, eran tan caros que "costaban un ojo de la cara". Los Jesuítas supieron vencer todos los obstáculos y, desde los primeros que pisaron tierra americana, todos ellos iban cargados de lo que era y es símbolo de progreso e instrumento de cultura. Ya en 1647 nos hallamos con una nota sugestiva como ésta: "Memoria y cuenta de lo que traje del H. Francisco de Lapaz, procurador del Colegio de Salamanca en Lisboa: Advierto en primer lugar que a más de los libros que de Lisboa traje según la memoria, me hice juntamente cargo de dos partidas, una en el Río de Janeiro que tenía el P. Gregorio de Barrios, y mandó el H. Lapaz me entregaran. La otra partida en Buenos Aires y estaba en poder del P. Tomás de Urueña y me los entregó por cuenta de dicho H. Lapaz"[15]

La Biblioteca del Colegio de Santa Fe tenía más de seis mil volúmenes; la del Colegio Grande de San Ignacio alcanzaba a la suma de diez mil; pasaba de esta cifra la de la Universidad de Córdoba; eran como dos mil los de la biblioteca de Montevideo y en cada Reducción o pueblo de indios había una biblioteca de trescientos a cuatrocientos volúmenes. San Borja contaba con 716. San Pedro con 834, Itapúa con 530, Santos Mártires con 382 y Candelaria con más de 3.700. Sabemos que en las reducciones de Chiquitos había más de 2.000 volúmenes; entre los Mojos el número ascendía a 5.200;

[15] Archivo General, Bs. As., C. de J., set. 25 de 1647.

en las Misiones del Uruguay había 3.600 y en las del Paraná había cerca de 7.000[16].



El histórico Colegio-Convictorio de Monserrat, fundado en 1688 y regentado por los Jesuítas desde ese año hasta el de 1767. Actualmente ocupa el edificio el Colegio Nacional de Monserrat. Entre este edificio y la Iglesia de la Compañía, cuyas torres asoman en el ángulo, se halla el edificio de la Universidad de Córdoba, fundada igualmente por los Jesuítas

[16] Quien deseare mayores detalles sobre este punto, puede consultar nuestro estudio rotulado *Bibliotecas Argentinas durante la Dominación Hispánica*, Buenos Aires, 1945.

XX

LAS UNIVERSIDADES DE CORDOBA Y DE CHUQUISACA

El historiador que, después de buscar sinceramente la verdad de los hechos, los halla y los encuadra dentro del marco ambiental que les corresponde, queda como atónito ante el despliegue cultural que se inició a fines del siglo XVI, con los primeros conquistadores y colonizadores, y que, a los pocos años, a principios del siglo XVII, cuando las ciudades argentinas eran insignificantes villorrios de 300 a 500 habitantes, había llegado a tal extremo de desarrollo que en todas ellas eran abundantes las escuelas para niños y niñas, existían los necesarios colegios de segunda enseñanza y existían, dentro de lo que habría de constituir el Virreinato del Río de la Plata, dos magníficas Universidades, la de Córdoba y la de Chuquisaca, fundadas ambas por los Padres de la Compañía de Jesús, a principios del siglo XVII.

La Universidad de Córdoba fue la expresión más elocuente de la cultura Jesuítico-colonial. Fue, además, la obra de mayores alientos y la más prolífica llevada a cabo por los Padres de la Compañía de Jesús en estas regiones del Nuevo Mundo. Cierto es que desde principios del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII fue la Universidad cordobesa el foco más poderoso de la ciencia y el propulsor más eficaz de las más nobles disciplinas intelectuales. Gracias a la riqueza de nuestro suelo y a la mayor población hemos podido levantar mo-

dernamente sedes intelectuales más suntuosas[1] que la de Córdoba, hemos podido desplegar un mayor lujo de asignaturas, de cátedras y de conferencias, pero ¿qué es todo eso en comparación de aquella Alma Mater que en plena época colonial y en medio del gran desierto abría sus aulas a los estudiantes que de miles de leguas a la redonda confluían a sus aulas y en ellas se nutrían de la más sólida de las filosofías y disciplinaban sus mentes en la lógica más autorizada y sazonaban sus espíritus en la meditación de los grandes pensadores de la antigüedad?

Queda aún por escribir la historia cultural de aquella celebérrima institución. Felizmente existen aún en la Secretaría de la misma valiosos libros y documentos que ofrecerán al futuro historiador abundante y novedosa información, ya sobre los destacados méritos de sapientísimos profesores como sobre los antecedentes de alumnos y discípulos que descollaron más tarde en las esferas de la magistratura, de la milicia, de la política y de las letras. Entre los profesores hemos de recordar al gran jurista Eugenio López, al eximio teólogo Gaspar Phitzer, al eruditísimo filósofo Domingo Muriel, al sabio matemático José Quiroga, al conocido naturalista Gaspar Juárez, al elegantísimo humanista José Peramás.

Se ha querido reducir las proporciones de la labor intelectual de la Universidad de Córdoba, afirmando que en sus aulas se enseñaba la escolástica y se estudiaba latín. El cargo, como ha demostrado el doctor Enrique Martínez Paz, es pueril, ya que la Universidad de Salamanca, madre intelectual de todas las universidades hispanas, fue ante todo y sobre todo teológica, y teológica fue también la Universidad de París. Ni en esas universidades europeas, ni en la cordobesa, anquilosó los ingenios la escolástica, ni cortó las alas a los pensadores, ni entorpeció el libre desenvolvimiento de la mente.

La Universidad de Córdoba, y lo propio hay que decir de la Universidad Jesuítica de Chuquisaca, eran eminentemente aristotélicas, esto es, primaba en ellas la inteligencia sobre la voluntad, el afán de

[1] Esto escribíamos en 1933 y, aunque la frase es exacta con relación a ciertas instituciones y a algunas facultades de algunas de nuestras modernas Universidades, no lo es en lo que toca a la Universidad de Córdoba, cuyo viejo edificio sigue siendo la principal sede de la misma. Las aulas, los salones, los claustros de 1946 son los mismos de 1746 y de 1646. La vieja casa del saber cordobés, no sólo está hoy en armonía con las exigencias de la cultura, por su monumentalidad, amplitud y belleza arcaica, sino que además posee, excelentes condiciones de *living*.

plasmar hombres prevalecía sobre el afán de hacer profesionales, y por esta causa aquellos centros de cultura tuvieron unidad, tuvieron universalidad y tuvieron proporción. En nada se parecían aquellas dos Universidades a lo que hoy día damos el nombre de tales, ya que no pasan de ser un conglomerado inconexo de escuelas profesionales.

Desterrada de nuestra modernas Universidades la metafísica, el entendimiento humano no puede levantarse sobre el plano de la experiencia sensible y como en este plano todo es hipotético, cambiable, dudoso, es la inteligencia una criada, más o menos afortunada, pero no es la reina, como lo era en aquellos antiguos centros del saber.

El *hombre económico*, producto de nuestras actuales Universidades sin alma, no podrá jamás equipararse con el *hombre humano*, el humanista, producto de las viejas Universidades. Estas dieron a la patria innúmeros varones de una tesitura y de un equilibrio tan maravilloso, que hoy, a pesar de la población cincuenta veces mayor y a pesar del derroche de caudales mil veces mayor, y a pesar de todas nuestras bibliotecas, gabinetes, especializaciones, becas, seminarios, etc., etc., no existen y el grito angustioso es éste: no hay hombres. ¡Crisis de hombres! He ahí la tragedia de la Universidad desaristotelizada.

Las Universidades de Córdoba y de Chuquisaca fueron fundamentalmente filosóficas, esto es, metafísicas. La filosofía en ellas no era una lista de nombres y un catálogo de opiniones y doctrinas, lo que apenas merece el nombre de historia de la filosofía, sino que constituía la conciencia científica más alta porque conocía lo que cada cosa era y su valor en el conjunto de las cosas. Ella era la sabiduría, por antonomasia, porque se fundaba en lo absoluto y, así fundada, sabía dar su justo valor a todas las cosas, así a las divinas como a las humanas. Por eso había en las aulas universitarias jerarquización, mientras hoy día sólo hallamos confusión.

Muchos están hoy intelectualmente inhibidos para entender lo que llevamos dicho sobre la excelencia de la cultura impartida por las Universidades de Córdoba y de Chuquisaca, pero a quienes tienen así cortadas las alas de la intelignecia, les ofrecemos el fenómeno experimental que el doctor Enrique Martínez Paz ha sintetizado así: "La Universidad teológica [o metafísica] de Córdoba forjó el cerebro de la mayoría de los pensadores de la Revolución".

Así fue en efecto, ya que de sus aulas salieron Valentín Gómez y Gregorio Funes, Baltasar Maciel y Pedro Ignacio Castro Barros, Fernando de Navarrete y Gabriel Bernal, Ignacio Villafañe y José I. Tha-

mes, Elías Bedoya y Miguel Calixto del Corro, Ambrosio Funes y Francisco Orellana, Ignacio Suárez Cabrera y cien más no menos ilustres en los anales del pueblo argentino, y aun en los de los pueblos vecinos, particularmente en los del Uruguay y Paraguay.

No hacía todavía medio siglo que se había fundado la ciudad de Cabrera cuando pensaron los Jesuítas en erigir la Universidad. Comenzaron en 1610 inaugurando el llamado Colegio Máximo; tres años más tarde inauguraban el Convictorio de San Javier y un año después quedaba virtualmente constituida la Universidad a base de estas dos instituciones. En 1622 el Papa Gregorio XV y el rey Felipe III elevaban oficialmente la Universidad a la categoría de tal y se le otorgaba el privilegio de dar títulos válidos en todos los dominios españoles.

Tuvo, tal vez, la Universidad de Córdoba sus épocas de opacidad y hasta de decadencia. Las han tenido todas las obras de los hombres que perduran largas etapas. Pero no puede negarse que tuvo, en proporciones sin comparación más destacadas, un brillo del que hoy día difícilmente nos podemos formar idea. Con toda razón ha podido escribir el señor Garro, egregio historiador de aquella casa de estudios, que al ocuparnos de ella "nos hallamos en presencia de un establecimiento que ha irradiado en nuestro suelo las luces del saber por espacio de 268 años y que puede ostentar con orgullo una vida sin mancilla, así en la próspera como en la adversa fortuna"[2].

Por eso un historiador eminente y ajeno a Córdoba, cual lo fue el doctor Ramos Mejía, ha podido estampar estas líneas: "el itinerario de la civilización y de la nacionalidad argentina ha sido erróneamente descrito. Su luminosa peregrinación no fue desde Buenos Aires, país extranjero por su desvinculación y natural egoísmo mercantil, sino de las provincias a Buenos Aires[3], o sea de la Universidad fundada por los Jesuítas en 1614. Cabe, pues, a ella, el haber cristalizado el alma argentina. Es ella el *Alma Mater* de la nación argentina.

[2] *La Universidad de Córdoba*, p. 7.

[3] T. 1, p. 165.

XXI

SANTOS Y MARTIRES

Toda organización que perdura al través de los tiempos y aun en medio de las myores contradicciones, no puede menos de tener una fuerza interna que la conserve y vivifique. La Compañía de Jesús tuvo y tiene ciertamente la suya: la virtud, la santidad. Quienes han prescindido de esta fuerza y han buscado el secreto del triunfo de los Jesuítas en causales humanos, en la ciencia de sus miembros, en la política de los superiores, en la vinculación estrecha de sus integrantes, en la obediencia ciega, etc., se han estrellado lastimosamente. Ni podía ser de otra suerte.

Vana habría sido la ciencia de los Hijos de Loyola, vanas las habilidades más grandes y los más grandes prestigios en la cátedra o en la tribuna, si les hubiera faltado "la ley interior de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones", ley sobre la que se basa toda la Compañía de Jesús y que, a su vez, está fundada sobre el amor a Cristo Sumo Capitán de esta misma Compañía. Podemos aseverarlo sin rebozo: los Jesuítas que vivieron en el Río de la Plata jamás perdieron de vista el fin de su Instituto y trabajaron con todas sus fuerzas en la consecución del mismo, y ese fin no era otro, ni es otro, que "atender no solamente a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, más con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos".

A muchos millares ascienden los documentos jesuíticos que han pasado por nuestras manos, documentos muchos de ellos de carácter íntimo y secreto, como las cartas de los superiores locales al Provincial o al General, como las actas secretas de las Consultas de Provincia, como las informaciones *ad gradum* o *ad gubernandum*, y podemos atestiguar que del conjunto de tantos escritos se desprende una

verdad sobre toda otra: la Compañía de Jesús en estas regiones del Río de la Plata y Paraguay fue una institución virtuosa y santa. Aun más: desde 1586 hasta 1767 vivieron en estos países, Tucumán, Paraguay y Río de la Plata, más de mil Jesuítas y no titubeamos en aseverar que unos trescientos de ellos, aproximadamente la tercera parte de los mismos, en vida y después de muertos fueron tenidos por varones santos y de virtud heroica. Ya Techo, a mediados del siglo XVII, consignaba el elogio de medio centenar de ellos en sus *Decades virorum illustrium*[1], y un siglo más tarde el P. Ladislao Orosz agregaba a la misma obra, otro medio centenar de Jesuítas que habían fallecido en olor de santidad. Bien podemos, pues, establecer en unos trescientos el número de hombres ostensiblemente santos que vivieron en estos países durante el curso de dos siglos. Creemos estar en lo cierto al agregar que de los setecientos restantes, pasan de cuatrocientos los que se distinguieron por su virtud más que ordinaria, como es por la gracia de Dios lo usual en las casas y colegios de la Orden. No pasan ciertamente de unos veinte los que en el transcurso de doscientos años merecieron serias amonestaciones de parte de los superiores por razón de sus defecciones o fallas.

No es posible recordar a aquellos primeros Jesuítas que pisaron tierra rioplatense sin sentirse uno emocionado. Parecían a la verdad hermanos de Javier. El mismo Obispo Victoria que los llamó y esperaba mucho de ellos, quedóse admirado del espíritu de celo que a todos ellos inflamaba. No hubo sacrificio que no abrazaran, no hubo dificultad que no superaran; ni las distancias enormes, ni los ríos invadeables, ni los espesos montes chaqueños, ni las fieras voraces tan abundantes y tan espantosas, ni la falta de agua potable en distancias enormes, ni la fiereza de los indígenas, ni el terrible aprendizaje de idiomas rarísimos, nada los arredró. ¿No es estrictamente histórico que uno de ellos llegó a aprender diez idiomas indígenas y otro llegó a dominar catorce, entre ellos algunos tan difíciles como el Abipón, el Kaká, el Puquino, el Querandí, el Natija, el Quiroquini? ¿No es también histórico que uno de ellos, en una de sus primeras giras apostólicas, verdadera conquista espiritual, catequizó y bautizó en sólo tres meses a más de 2.400 personas y formalizó 2.500 matrimonios?

Hermosamente escribía el Padre Añasco refiriéndose a su santo compañero de apostolado: "Nunca acabo de dar gracias a Dios Nues-

[1] Tyrnaviae, 1759. El único ejemplar que hemos visto de esta rarísima obra se encuentra en la Biblioteca de los Bolandistas (Bruselas).

tro Señor y V.R. por la grande merced que me hizo de enviarme a estas tierras [del Tucumán] y en compañía de mi amantísimo P. Barzana, que puedo decir con mucha veradad que aunque no vi al santísimo P. Francisco Xavier en la India Oriental, vi al P. Alonso de Barzana, viejo de sesenta y cinco años, sin dientes ni muelas, con suma pobreza, con profundísima humildad. . . haciéndose viejo con el viejo y con la vieja hecho tierra, sentándose por estos suelos para ganarlos para Cristo, y con los caciques e indios particulares, muchachos y niños, con tanta ansia de llevarlos al Señor que parece le revienta el corazón"[2].

Al lado de estos primeros apóstoles hemos de colocar a los que los reemplazaron, como el P. Lorenzana, que durante meses recorría los bosques y los montes, cruzando ríos y sierras, bañados y lagunas, en busca de indios; al P. Juan Darío, a quien los contemporáneos llamaban el *endiosado*; al P. Cristóbal de Mendoza, tan afable y caritativo con los rudos salvajes; al P. Pedro de Espinosa que en buscar, convencer y reducir a los indígenas fue infatigable, habiendo recorrido a pie más de mil leguas en pocos años; al P. Diego de Alfaro, que tanto fervor supo infundir en los corazones de sus neófitos hasta hacer del pueblo de Concepción una casa de piedad y de inocencia; al P. Gaspar Osorio, cuyos sermones abrasaban y encendían a sus oyentes; al P. Antonio Ruiz de Montoya, padre de los indígenas americanos y madre solícita de los más desvalidos y perseguidos por los fieros paulistas; a los Padres Roque González de Santa Cruz, Juan del Castillo y Alonso Rodríguez, que generosamente derramaron su sangre por Cristo, sangre bendita que vino a regar las primeras semillas de las prósperas misiones guaraníticas que entonces se hallaban en sus comienzos.

¡Cómo seguir en esta enumeración que se haría interminable!, pero ¿cómo omitir por otra parte los nombres de varones tan preclaros como José Cataldino y Juan Romero, Diego de Boroa y Cristóbal Altamirano, Martín Javier de Urtasun y Adriano Formoso, Tomás Ureña y Diego Suárez, Silvestre Pastor y Diego Salazar, Juan de Viana y Gaspar Monroy, Alfonso de Aragona y Simón Mazzetta, Diego Ranzonier y Justo Mansilla, Pedro Alvarez y Francisco Jiménez, Antonio Ripari y tantos otros no menos beneméritos por su fecundo apostolado y no menos admirables por su heroica santidad!

En las misiones de indios Chiquitos murieron con fama de san-

2 Lozano, *Historia de la Compañía*, l. 1, c. 20.

tos los Padres Lucas Caballero, José de Arce, José Tolu y Antonio Guasp; entre los indios Chaqueños dieron su vida por la fe los Padres Pedro Romero y Antonio Solinas, Antonio Ripari y Julián Lizardi, Agustín Castañares y Francisco Ugalde, además del Hermano Alberto Romero; en esas mismas misiones murieron al peso de fatigas inauditas el P. José Pons y el P. Pedro Artigues. En las misiones de Guaraníes terminaron santa y heroicamente sus días los Padres Juan Basseo y José Oregio, Juan de Salas y Pedro Canigral, Mateo Martínez y Juan Agustín Contreras, Bartolomé Mellado y Francisco Céspedes, Pedro Montenegro, Ignacio Aquilino, Antonio Carvajal, José Domenech y tantos otros no menos distinguidos en santidad y pureza de costumbres.

Apenas hubo ciudad de españoles que no contara con la historia de algún varón santo fallecido en su seno. Los Padres Horacio Morelli, José Ordóñez y Antonio Mazero fallecieron en Santigo del Estero y fueron reputados por santos; en Buenos Aires dejaron recuerdos de virtuosos los Padres Andrés Jordán y Domingo Massala, Juan B. Ferrusino y Rafael Castañeres, además de los Hermanos Sebastián Discreti y Juan Verger; en la Asunción terminaron su existencia los Padres Fabio Moya, Rafael Caballero, Jaime Aguilar y los Hermanos Juan Nieto y Pedro de Ayala; en Jujuy, el P. Lope de Mendoza; en Tucumán, los Padres Pedro Alvarez e Ignacio de Loyola, pariente del fundador de la Compañía; en Corrientes, los Padres Isidoro Sánchez y José Saavedra; entre los Itatines, los Padres Justo Mansilla y Lucas Quesa; en Tarija, el P. Tomás Figueroa y el Hermano José Gómez; en La Rioja, el P. Juan Manquiano y el P. Juan Barrera; en Santa Fe, el P. José Rosa y el H. Tomás de Alzaga, y en Córdoba, finalmente, toda una legión de hombres santos, a quienes la población reverenció en vida y lloró al saber su muerte. Entre ellos no podemos dejar de mencionar a los Padres Ocaña, Deyotaro, Vázquez Trujillo, Pastor (Juan), Sobrino, Gómez Cristóbal, Serra Antonio, Machoni Antonio, Díaz Taño Francisco y los Hermanos Alonso Nieto y Francisco Naranjo.

Todos los Jesuítas mencionados pertenecen al siglo XVII o primera mitad del siglo XVIII. Durante la segunda mitad de éste no fueron menos los varones eximios que ilustraron la Provincia del Paraguay con su santidad y excelsas virtudes. Bastaría mencionar al P. Cosme Agulló que en 1767 estaba en Montevideo y que terminó santamente sus días mientras platicaba a sus hermanos de religión sobre la alegría que el justo habría de sentir en el día del Juicio final; bastaría mencionar al P. Dionisio Diosdado, a quien los contemporáneos apellidaban el *Angel* por sus angélicas costumbres; al P. Esteban Pa-

XXII

LA EXPULSION DE LOS JESUITAS EN 1767

La expulsión de los Jesuítas sigilosamente ordenada por Carlos III, fue cruelmente ejecutada en el Río de la Plata por el Gobernador Bucarelli. Los coetáneos del suceso quedaron perplejos al presenciar el arresto y, no obstante todas las severísimas leyes que prohibían hablar en favor de la víctima y a pesar de toda la propaganda que se hizo en contra de la misma, quedó fija en la conciencia de todos la inocencia de los Jesuítas y el error del engañado monarca español.

Hoy es un hecho incontrastable que la expulsión de los Jesuítas no obedeció a irregularidades de los mismos, sino a manejos de cortesanos sin conciencia que sólo tuvieron por objetivo la incautación de los bienes temporales de los miembros de la Compañía de Jesús y la eliminación de los bienes espirituales que ellos irradiaban sobre España y sus Colonias.

La conspiración antijesuítica tomó cuerpo durante la desastrosa guerra guaranítica, resultado funesto del desacertado Tratado de Límites de 1750. Hoy día no es ningún secreto, ni es un punto discutido: los emisarios españoles estaban vendidos a los sagaces representantes lusitanos. Hacemos ciertamente nuestras las palabras de un gran historiador: "no entramos a discutir si la resistencia [de parte de los Indios Guaraníes] fue forzada o voluntaria. Si fue forzada no se les debe culpar [a los Jesuítas], ya que los Indios se negaban a obedecer y ellos no pudieron persuadirles el traslado [de los siete pueblos que exigía el Tratado]. Si fue voluntaria, creemos que no lo fue, nos hemos de felicitar por ello y contar a los Jesuítas entre los más grandes próceres de la historia Patria, ya que sostenían los derechos de inmensas tierras que con el tiempo habrían de formar parte de las

futuras Repúblicas Argentina, Uruguay y Paraguay, contra las viles asechanzas de los Portugueses"[1].

Lo cierto es que uno de los primeros actos de Carlos III, no bien ascendió al trono, fue el revisar el desastroso Tratado y conseguir su anulación. La correspondencia del ministro Ricardo Wall, que actualmente se halla en el Archivo de Simancas pone de manifiesto la mala fe de Gómez Freire, la conducta desleal de Valdelirios, la ignorancia o proterva intención de algunos mandatarios españoles y la inocencia de los Jesuítas. Su inocencia y su heroicidad, raras veces superada en los anales de la historia.

El fracaso del Tratado dio la razón a los Jesuítas, pero excitó contra ellos las iras de portugueses y españoles, a los que por otras razones no menos deshonrosas habían de agregarse las de los cortesanos y cortesanas de todas las cortes borbónicas. Conspiraron contra la Compañía de Jesús y juraron su ruina total y eterna. ¡Cálculos de los hombres! Lo que se consideró como una victoria decisiva, sobre todo después de la Bula de extinción promulgada por Clemente XIV, sólo contribuyó a la ruina moral y aun temporal de los estados, y sirvió en los planes de Dios para engarzar en la corona de la Compañía de Jesús una de sus mayores glorias, la de resucitar a nueva y no menos gloriosa vida en el seno de todos los pueblos civilizados del mundo.

Era en verdad magna la labor que realizaban los Jesuítas en el Río de la Plata cuando sobrevino la expulsión colectiva de 1767. En solas estas repúblicas tenían sesenta domicilios, de los que catorce eran colegios. Tenían diez y seis Reducciones sobre el Río Uruguay, trece sobre el Paraná, ocho en el Gran Chaco, diez entre los indios Chiquitos. Ocupados en todas estas Reducciones, residencias y colegios había 457 Jesuítas, de los que 53 eran alemanes, 17 italianos, 4 ingleses, 2 peruanos, 2 portugueses, 1 griego, 1 francés y 1 belga. Eran en número de 81 los Jesuítas oriundos de estas regiones. Los demás eran españoles.

El día 3 de Julio de 1767 fueron aprehendidos los Jesuítas que se hallaban en las dos casas de Buenos Aires: Colegio de San Ignacio y Colegio de Belén. "Entre todas las ciudades de América, escribía después el P. Olcina, se distinguió la de Buenos Aires en hacer públi-

[1] Biedma en su *Atlas histórico*, Bs. As., 1909, asevera que "en América los *indios defendían* mejor los intereses de la Metrópoli que sus *diplomáticos* en Europa" (p. 23. n.).

co el entrañable dolor que le causaba la pérdida de sus amados Jesuítas, pues todos sus vecinos quedaron poseídos de una mortal tristeza, que ocho días después de intimado el arresto, aún no se había abierto ninguna de tantas tiendas como hay en aquel emporio de la América meridional. . . Esta tan general y expresiva demostración del más vivo sentimiento la llevó muy a mal el Sr. Bucarelli, Gobernador de Buenos Aires, por lo que dio luego las órdens más estrechas, acompañadas de las más graves penas. . ."[2]. En Hernández[3] y en Brabo puede el lector ver las arbitrariedades que cometió el citado Gobernador para impedir el sentimiento que la población toda manifestaba por el arresto de los Jesuítas hasta desterrar de la ciudad a respetables vecinos, arbitrariedad que en tiempo de Vértiz fue reparada en parte declarando el proceder que Bucarelli de "temerario y escandaloso despotismo", de "insólito, inaudito y arbitrario modo de obrar"[4].

El 30 de julio de 1767 fueron aprisionado los Jesuítas de la Asunción, y de lo acaecido aquel día tenemos una relación interesante escrita por uno de los testigos de vista: "Los niños de la escuela, que pasaban de 400, habían acudido al salir el sol, como era allí de costumbre y encontrándolo todo ocupado de soldados, cerrada la escuela, aprisionados los Padres, se volvían llorando a dar el aviso a sus Padres y el más tierno espectáculo por todas las calles a cuantos los veían deshechos en lágrimas. Entrar estos inocentes mensajeros de aquella triste nueva y entrar con ellos a las casas más retiradas del pueblo los lamentos, todo era uno: de suerte que por todas partes se oían, desde el Colegio mismo, los ayes y gritos y lloros de todo el pueblo. . ."[5].

La expulsión de Córdoba no fue menos sentida por la población. Primeramente se ejecutó en el Colegio Máximo y Universidad y después en el Colegio Convictorio de Monserrat. En el estrecho comedor del Máximo fueron encarcelados los 133 Jesuítas que se hallaban en Córdoba, entre los cuales estaban Ladislao Orosz, continuador de las *Décadas* de Techo; Tomás Falker, autor de la *Descripción de la Patagonia*; Manuel Canelas, a quien debemos la magnífica relación sobre los indios Mocobíes; Pedro Juan Andreu, que nos ha dejado dos o-

2 *Profecías selectas*, p. 69; Archivo de la Prov. de Aragón, Barcelona.

3 *Extrañamiento de los Jesuítas*, Madrid, 1908, pp. 68/69.

4 Cf. Hernández, Op. cit., p. 69.

5 *Relación de lo acaecido*, p. 6.

futuras Repúblicas Argentina, Uruguay y Paraguay, contra las viles asechanzas de los Portugueses"[1].

Lo cierto es que uno de los primeros actos de Carlos III, no bien ascendió al trono, fue el revisar el desastroso Tratado y conseguir su anulación. La correspondencia del ministro Ricardo Wall, que actualmente se halla en el Archivo de Simancas pone de manifiesto la mala fe de Gómez Freire, la conducta desleal de Valdelirios, la ignorancia o proterva intención de algunos mandatarios españoles y la inocencia de los Jesuítas. Su inocencia y su heroicidad, raras veces superada en los anales de la historia.

El fracaso del Tratado dio la razón a los Jesuítas, pero excitó contra ellos las iras de portugueses y españoles, a los que por otras razones no menos deshonrosas habían de agregarse las de los cortesanos y cortesanas de todas las cortes borbónicas. Conspiraron contra la Compañía de Jesús y juraron su ruina total y eterna. ¡Cálculos de los hombres! Lo que se consideró como una victoria decisiva, sobre todo después de la Bula de extinción promulgada por Clemente XIV, sólo contribuyó a la ruina moral y aun temporal de los estados, y sirvió en los planes de Dios para engarzar en la corona de la Compañía de Jesús una de sus mayores glorias, la de resucitar a nueva y no menos gloriosa vida en el seno de todos los pueblos civilizados del mundo.

Era en verdad magna la labor que realizaban los Jesuítas en el Río de la Plata cuando sobrevino la expulsión colectiva de 1767. En solas estas repúblicas tenían sesenta domicilios, de los que catorce eran colegios. Tenían diez y seis Reducciones sobre el Río Uruguay, trece sobre el Paraná, ocho en el Gran Chaco, diez entre los indios Chiquitos. Ocupados en todas estas Reducciones, residencias y colegios había 457 Jesuítas, de los que 53 eran alemanes, 17 italianos, 4 ingleses, 2 peruanos, 2 portugueses, 1 griego, 1 francés y 1 belga. Eran en número de 81 los Jesuítas oriundos de estas regiones. Los demás eran españoles.

El día 3 de Julio de 1767 fueron aprehendidos los Jesuítas que se hallaban en las dos casas de Buenos Aires: Colegio de San Ignacio y Colegio de Belén. "Entre todas las ciudades de América, escribía después el P. Olcina, se distinguió la de Buenos Aires en hacer públi-

[1] Biedma en su *Atlas histórico*, Bs. As., 1909, asevera que "en América los *indios defendían* mejor los intereses de la Metrópoli que sus *diplomáticos* en Europa" (p. 23. n.).

co el entrañable dolor que le causaba la pérdida de sus amados Jesuítas, pues todos sus vecinos quedaron poseídos de una mortal tristeza, que ocho días después de intimado el arresto, aún no se había abierto ninguna de tantas tiendas como hay en aquel emporio de la América meridional. . . Esta tan general y expresiva demostración del más vivo sentimiento la llevó muy a mal el Sr. Bucarelli, Gobernador de Buenos Aires, por lo que dio luego las órdens más estrechas, acompañadas de las más graves penas. . ."[2]. En Hernández[3] y en Brabo puede el lector ver las arbitrariedades que cometió el citado Gobernador para impedir el sentimiento que la población toda manifestaba por el arresto de los Jesuítas hasta desterrar de la ciudad a respetables vecinos, arbitrariedad que en tiempo de Vértiz fue reparada en parte declarando el proceder que Bucarelli de "temerario y escandaloso despotismo", de "insólito, inaudito y arbitrario modo de obrar"[4].

El 30 de julio de 1767 fueron aprisionado los Jesuítas de la Asunción, y de lo acaecido aquel día tenemos una relación interesante escrita por uno de los testigos de vista: "Los niños de la escuela, que pasaban de 400, habían acudido al salir el sol, como era allí de costumbre y encontrándolo todo ocupado de soldados, cerrada la escuela, aprisionados los Padres, se volvían llorando a dar el aviso a sus Padres y el más tierno espectáculo por todas las calles a cuantos los veían deshechos en lágrimas. Entrar estos inocentes mensajeros de aquella triste nueva y entrar con ellos a las casas más retiradas del pueblo los lamentos, todo era uno: de suerte que por todas partes se oían, desde el Colegio mismo, los ayes y gritos y lloros de todo el pueblo. . ."[5].

La expulsión de Córdoba no fue menos sentida por la población. Primeramente se ejecutó en el Colegio Máximo y Universidad y después en el Colegio Convictorio de Monserrat. En el estrecho comedor del Máximo fueron encarcelados los 133 Jesuítas que se hallaban en Córdoba, entre los cuales estaban Ladislao Orosz, continuador de las *Décadas* de Techo; Tomás Falker, autor de la *Descripción de la Patagonia*; Manuel Canelas, a quien debemos la magnífica relación sobre los indios Mocobíes; Pedro Juan Andreu, que nos ha dejado dos o-

[2] *Profecías selectas*, p. 69; Archivo de la Prov. de Aragón, Barcelona.

[3] *Extrañamiento de los Jesuítas*, Madrid, 1908, pp. 68/69.

[4] Cf. Hernández, Op. cit., p. 69.

[5] *Relación de lo acaecido*, p. 6.

bras impresas y una inédita sobre historia tucumana y etnografía chaqueña; Gaspar Phitzer, uno de cuyos tratados de filosofía se encontraba otrora en poder de Monseñor Cabrera; Gaspar Juárez, que en el ostracismo llegó a publicar cuatro volúmenes de fitología americana, particularmente rioplatense; José Peramás, egregio humanista como lo comprueban sus *Laudationes quinque* y sus dos series *De Vita et moribus*; Joaquín Millás, esteta de la escuela de Arteaga y Lessing, filósofo atrevido pero seguro y tradicionalista en el fondo.

En medio de sus amarguras no dejaron los Jesuítas cordobeses de tener grandes satisfacciones. La población toda se desveló por manifestar su sentimiento. En 10 carretones y 34 carretas fueron transportados a la Capital del Virreinato, y los habitantes de Córdoba aprovecharon esta oportunidad para acompañar durante horas, y aun días, a los exilados. Aun más: no faltaron jóvenes que procuraron con todas las veras de sus almas obtener el ser agregados al número de los expulsados, entre ellos el joven Luis Castañares, el señor Gabriel Alvarez y el joven Gregorio Funes. De este último escribía poco después el P. Peramás que "D. Gregorio Funes, mi consiscípulo, escribió al comandante Fabro [que fue a quien Bucarelli encargó la prisión de los Jesuítas en Córdoba] que puesto que había tenido deseos y vocación para ser Jesuíta, que le permitiese incorporarse con los Padres. Para lo mismo se empeñó su señora madre; mas fue en vano"[6].

No vamos a relatar las patéticas escenas que tuvieron lugar en las Reducciones de las Misiones de Guaraníes, Lules, Mbayas, Isistines y Chiquitos. Sólo diremos que la expulsión de los Jesuítas de aquellos pueblos fue la ruina de los mismos. "Y es tan exacto que los Jesuítas implantaron el sistema de administración que aquellas Reducciones exigían, escribe el doctor Carlos R. Gallardo, que tan pronto como las autoridades civiles reales se hicieron cargo de esos pueblos, comenzó su desorganización primero y luego su aniquilamiento. Se abandonó la agricultura, desaparecieron las industrias, los indios volvieron a los bosques prefiriendo vivir en las selvas, como sus antepasados, que estar sujetos a las arbitrariedades y exacciones de los mandatarios españoles que sólo pensaban en enriquecerse a costa de los desgraciados indígenas. Tal fue la furia cleptómana de los nuevos mandatarios que en dos años se deshizo la labor maravillosa de dos centurias de pacientísima acción civilizadora".

Los Colegios y las Escuelas que tenían los Jesuítas en Buenos

[6] *Annus patiens*, p: 41; Arch. Gen. de la C. de J.

Aires, Santa Fe, Córdoba, Corrientes, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy, Mendoza, San Luis, San Juan, Catamarca y La Rioja, fueron todos clausurados en 1767 y, sólo después de seis o más años, se trató de reabrir algunas de esas instituciones docentes. En los años en que habían quedado abandondonados los locales, fueron ellos privados de su material pedagógico y, lo que fue más de sentir, fueron esos colegios y escuelas despojados de los recursos económicos con que habían contado para su existencia y funcionamiento.

Una parta mínima de los bienes de los Jesuítas fue destinada, después de 1773, a la reapertura de algunas de las aulas que habían tenido los Jesuítas, habiendo caído en manos rapaces la mayor y mejor parte de los bienes que, con tanta continuidad, con tanto acierto y para fines tan nobles habían acumulado los Jesuítas desde 1595 hasta 1767. Maciel en Santa Fe, Campero en el Tucumán, Fabro en Córdoba, se habían mostrado muy poco amigos de los Jesuítas, pero grandes amigos de los bienes de los Jesuítas. Todos tres fueron después procesados por esa razón.

Pero reconozcamos con un pensador de la talla del doctor Atilio dell'Oro Maini que la disipación de los bienes de los Jesuítas no fue en efecto ciertamente el más desastroso efecto de la expulsión. Esta inicia el drama de nuestra desintegración espiritual y el proceso de disolución de nuestra inteligencia. Derrumbóse de un golpe toda la obra útil emprendida por la Compañía; enmudeció la voz docente que había formado tantas generaciones y, aunque el país siguió viviendo de su espíritu, fueron apagándose las luces de la certidumbre que alimentaban la unidad espiritual, y el pueblo, empobrecido por aquella ausencia, abandonó, poco a poco, la tradición cuya integridad dábale vigor y consistencia. Todavía no sabemos lo que perdimos, ni lo que nos falta recuperar, para alcanzar el nivel a que nos habría llevado aquella cultura inicial si su normal y progresivo desenvolvimiento no se hubiera tronchado en flor, con el zarpazo sectario y ciego de la Corte liberal del rey Carlos III.

Los Jesuítas fueron expulsados del país, pero como escribía el Obispo de Tucumán al Rey, no había sido expulsado el Jesuitismo. Aquéllos estaban ya lejos de Tucumán, pero éste estaba más vigoroso que nunca, de tal suerte que según confesaba el Prelado en carta quejumbrosa al Conde de Aranda, "no se puede vivir en estas partes". "Al presente parece que no hay que temer. Parece; pues yo temo que hayan (los Jesuítas) dejado oculta alguna mina"[7]. Tenía razón el Sr.

[7] Bravo, *Colección*, pp. 151/160.

Obispo; los Jesuítas habían dejado una mina, pero no una de iras, venganzas o desórdenes, sino la del recuerdo, de la gratitud, de la labor heroica en todos los órdenes de la vida, la de grandes bienhechores y desinteresados apóstoles del bien. Ni el pueblo tucumano, ni otro alguno podía olvidar a la ligera lo que debían a los miembros de la Compañía de Jesús.

No eran pocos los que como Ambrosio Funes se gloriaban de haber sido discípulos de los Jesuítas. "La dicha indeleble de haber sido discípulo de los Jesuítas", es frase de aquel gran patriota que hallamos en una de sus cartas. La población de Buenos Aires no consintió que la fiesta anual de San Ignacio desapareciera con la ausencia de los Jesuítas y fueron los Padres de la Orden de Santo Domingo quienes en forma elocuente tomaron a su cuidado desde 1785 celebrar, en la que fue la Iglesia de los Jesuítas, la fiesta del Santo Fundador "a satisfacción de los apasionados", como se expresaba un contemporáneo[8].

"Cuánto celebraría, escribía en 1801 un hombre de prestigio como Letamendi, íntimo corresponsal de Liniers y de los hermanos Funes, cuánto celebraría que volvieran los Jesuítas tanto por conocerlos, como por el gusto que causaría a Ud. su establecimiento en España; la corrupción que se observa entre nosotros, puede ser que domine aún a los Autores de la más clara doctrina"[9]. "La falta de toda correspondencia de Europa. . . nos ha privado del gusto de saber los posteriores progresos de la Compañía de Jesús en Alemania. . . Armémonos de paciencia mientras se apaciguan los asuntos críticos de Europa con la esperanza de que acaso, después de una sonada de tanto bulto, quieran también los Españoles recordar que las buenas costumbres y doctrina se extinguieron con los Jesuítas y que volviéndolos a admitir podrán de nuevo establecerse con ellos"[10].

El 29 de enero de 1822 falleció en Buenos Aires el doctor Tomás Aguirre, que nunca conoció personalmente a los Jesuítas, y no obstante hizo entrega de todos sus bienes a los mismos Jesuítas de estas Provincias si en el término de tres años se restablecía en ellas, como era general persuasión, la Compañía de Jesús"[11]. En 1791 había fallecido otro caballero que obró en forma análoga. Ignoramos su

8 Carta de Pedro Arduz, 8 de abril de 1786; Archivo de Loyola.

9 Rev. de la Univ. de Córdoba, año 4, n. 3, p. 188.

10 Op. cit., p. 530.

11 Observador Eclesiástico, Córdoba 1822, p. 177.

nombre, pero sabemos que era natural de Cataluña y había sido abogado en estas regiones del Nuevo Mundo. Dejó treinta mil pesos para que con ellos pudieran los Jesuítas volver a levantar de su ruina los pueblos de Indios Guaraníes[12].

Fueron expulsados los Jesuítas, pero no el Jesuitismo, había dicho el Obispo de Tucumán, y a las muchas pruebas que se pudieran aducir para confirmar este aserto del Prelado hay una de fuerza avasalladora. Nos referimos a la obra de María Antonia de la Paz y Figueroa. En un día todas las obras de los miembros de la Compañía de Jesús se disolvieron como la sal en el agua, menos una, precisamente la más típicamente jesuítica. Por especialísima gracia de Dios y por el grande y general cariño que los rioplatenses tenían a los Jesuítas no solamente no decayó sino que prosperó y adquirió proporciones tan enormes y produjo frutos tan abundantes, como jamás había producido en tiempo de los mismos Jesuítas. Nunca, como en tiempo de la Madre Antula, así popularmente era denominada Sor María Antonia, fueron los Ejercicios Espirituales de San Ignacio el alimento sólido y vigorizante de las multitudes, así en Buenos Aires, como en Montevideo, Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba. Vestida con un hábito análogo al de los Jesuítas reemplazó aquella mujer fuerte la acción de los Jesuítas y su sola imagen era una apoteosis de la perseguida Compañía. Virrey, Gobernadores, Obispos y Prelados de las Religiosas no solamente no obstaculizaron su labor, antes la secundaron en forma franca y decidida. Desde 1768 hasta 1799 fundó cuatro casas de Ejercicios y en la de la ciudad de Buenos Aires llegó a dar los Ejercicios a más de cien mil ejercitantes, y "ha habido ocasión, escribía después don Isidoro Lorea, como en octubre de 1788 que han entrado a hacer los ejercicios más de 400 personas. La tanda menor ha sido de 200"[13].

Pedro Arduz, ex Jesuíta que pudo llegar hasta Buenos Aires y permanecer por algunos meses en el Río de la Plata, escribía con fecha 10 de octubre de 1785 estas líneas: "De nuestra Beata Ma. Antonia de San José, digo: Que esta Señora es un vivo despertar de nuestra memoria en estas partes: y por un portento de la Divina Providencia está sustituyendo la falta de la Compañía y haciendo ver el puro Instituto de ella sin confusión en todas sus operaciones, y de modo que me atrevo a decir que está (aquí) la Compañía en espíritu,

[12] Juárez, *Correspondencia*, t. 1, p. 286.

[13] Véase nuestro estudio sobre María A. de S. José en *Estudios*, Bs. As., 1929, t. 38, p. 124.

en esta pequeña máquina de Da. María Antonia como lo está en la Rusia, y lo estuvo aquí el año de 1766". Otro Jesuíta que también estuvo en Buenos Aires, el paraguayo Francisco Javier Echard, escribía desde esa ciudad en 1785 que "Nuestra Beata. . . está haciendo en esta ciudad más que cuanto hacían los Nuestros en toda la Provincia. Ella conserva en su corazón el espíritu en compendio de la Compañía Universal, y hace que aquí se conserve aún su memoria, mediante el buen olor que esparce ella de las virtudes propias de aquel Instituto"[14].

Los Jesuítas rioplatenses desterrados en Italia se ubicaron en Faenza, en los Estados Pontificios, y en cuanto lo permitían las facultades de cada uno se dedicaron a la enseñanza, a la predicación y a la administración de los Sacramentos. La miseria más grande los aquejó casi siempre, aunque algunos pocos pudieron, una vez aprendida la lengua italiana, obtener Canongías o Prebendas. Los viejos amigos que habían tenido en estas regiones no se olvidaron de ellos y desde todas las ciudades, particularmente desde Córdoba y Buenos Aires, se remitía mensualmente cantidades de dinero para socorro de los exilados. Podemos y debemos recordar entre otros al maestro Martín Olmos, cura de Río Segundo, al doctor Gabriel Gómez, cura de Salta, al canónigo Videla, al Deán Funes, a Fray Ildefonso Visuara, a los señores Miguel Learte, Luis Aguirre, Alberto Coarazas, Alberto Cors, Luis Vázques, Estanislao López, José Gainza, Ramón de Sulaiva, y las familias de Sarmiento, Allende, Luján, Zuloaga, Rodríguez, y la de Ambrosio Funes que se distinguió sobre todas por su entrañable amor y nobilísimo desprendimiento a favor de los necesitados hijos de Loyola.

En su largo destierro no se olvidaron los Jesuítas de estas tierras, ni dejaron de profesarles inmenso cariño. Acertadamente se ha escrito que: "todos los desterrados de 1767 permanecieron ligados por su pensamiento a nuestra tierra. Desde sus claustros de Viena, de Faenza, de Spello, de Roma, su recuerdo nostálgico se volvía a los claustros americanos donde una noche fueron a prenderlos aquellos sicarios de Bucarelli. En la paz de sus celdas europeas continuaban cultivando los estudios de su primera vocación y escribiendo de temas argentinos"[15].

La vasta correspondencia de Juárez y de Villafañe, impresa ya

[14] Luengo, *Papeles varios*, t. 15, 225; Archivo de Loyola.

[15] Ricardo Rojas, *Historia de la Literatura*, t. 2, p. 370.

la primera, inédita aún la del segundo, confirma abundantemente aquella aseveración. Sólo transcribiremos unas frases de Juárez, tomadas de su carta del 13 de mayo de 1779: "Haga cuanto le fuere posible, escribía a don Ambrosio Funes, de prevalerse de mi inutilidad para poderles servir, por el deseo de cooperar de mi parte al bien de esa Provincia y de las almas;. . . ya que estamos aquí inutilizados para otras cosas, serviremos en esto a la Patria y a los Patriotas"[16].

La Compañía de Jesús fue desterrada de España y de la América latina en 1767 y seis años más tarde era disuelta por el Papa Clemente XIV. Si grande había sido el primer golpe, era sin comparación mayor el segundo, no solamente por la persona que lo infligía sino también por su carácter universal y decisivo. Sólo en la Rusia Blanca en forma abierta y manifiesta y en algunas diócesis de Inglaterra y de los Estados Unidos, donde la Bula pontificia no fue promulgada, siguieron los Jesuítas viviendo en comunidad y conservando bajo las cenizas el fuego sagrado con el que habían más tarde de refundar a la Compañía de Jesús. En la Europa meridional dejó de existir la célebre Orden fundada por San Ignacio. Con razón escribía un famoso Jesuíta chileno, algunos años más tarde: "Por acá todo está quieto con respecto de nosotros. Todos nos miran como un árbol perfectamente seco e incapaz de revivir o como un cuerpo muerto y sepultado en el olvido. Entretanto nos vamos muriendo".

1773

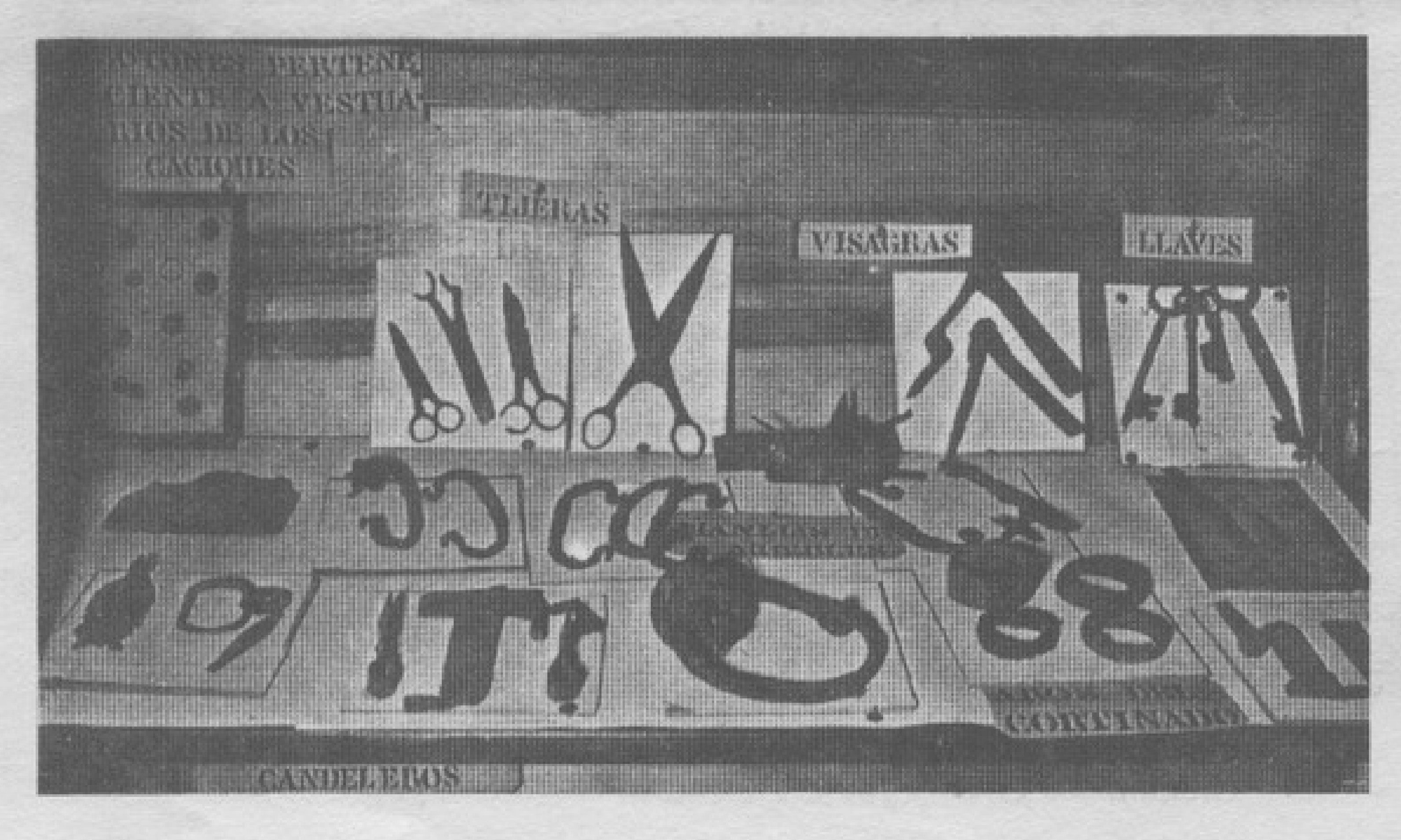
Este pesimismo de Lacunza fue raro entre los desterrados. La idea de la resurrección de la Compañía fue general entre los Jesuítas y muy profunda. La que como el divino Salvador había sido sacrificada en el patíbulo de la paz, había forzosamente que surgir gloriosa. El amor a la disuelta Compañía que siguieron los hijos de Loyola alimentando en sus corazones era una garantía de la nueva vida que había de alentar al cuerpo exangüe de la Orden. "Cuando yo reflexiono, escribía el P. Villafañe en 24 de octubre de 1799, el inestimable favor que tuve de haber sido miembro de la sobredicha Compañía de Jesús paciente: superabundo gaudio: me arrebata el gozo".

El 7 de agosto de 1814 convocó el Papa Pío VII a los Jesuítas residentes en Roma, septuagenarios los más jóvenes de entre ellos, y les entregó la Bula por la que restablecía en todo el mundo la disuelta Compañía de Jesús. A ceremonia tan inolvidable asistieron varios Jesuítas rioplatenses, y entre los refundadores de la Orden hemos de mencionar al riojano Joaquín Camaño y al santafecino Fancisco Javier Iturri.

16 Grenón, *Los Funes y Juárez*, Córdoba, 1920, t. 2, p. 5.

Aunque restablecida en 1814, no volvió la Compañía al Río de la Plata hasta un cuarto de siglo más tarde, no obstante todos los deseos manifestados, en múltiples ocasiones, por los habitantes de estos países, aun por los hombres más conspicuos como lo fueron ciertamente el congresista del Tucumán, Pedro Ignacio de Castro Barros y al Gobernador de Córdoba Ambrosio Funes.





XXIII

LOS JESUITAS Y LA INDEPENDENCIA

Menéndez y Pelayo, primero, y Ramiro de Maetzu, después, han aseverado *que uno de los factores que más* han contribuido a la independencia de las posesiones hispanas en América, fue la expulsión de los Jesuitas. Los criollos quedaron atónitos ante un hecho tan insólito, ejecutado con saña, contra los hombres que más habían contribuido a la felicidad de todos y en todos los órdenes. Aquel acto tan escandaloso religiosamente y tan disparatato políticamente abrió un abismo de desconfianza entre América y España.

"Podrá haber, escribe Vicuña Mackenna, dos opiniones sobre la justicia, necesidad o conveniencia de la expulsión de la poderosa Orden de Loyola, como medida política o de gobierno; pero ninguna conciencia honrada e imparcial, dejará de condenar, con indignación, la manera cruel, inhumana y despótica como ella fue ejecutada, sin juicio, sin voz, sin defensa; los ancianos, los novicios, una masa inmensa de hombres en que había muchas lumbreras para la tierra, muchos ángeles para el cielo, sacados de sus celdas a media noche, en medio de una patrulla de sayones, y luego, metidos entre dos filas de soldados, conducidos a un puerto de mar, sin saber nadie su destino; desnudos muchos, otros enfermos, la mayor parte sin poder decir un adiós, mudo siquiera, al amigo, a la madre que no volvería a ver. Y más allá, el mar, el destierro eterno, la miseria y la duda, clavada como una espina en el corazón, ignorando todos cuál era el delito que así se castigaba y cuyo secreto, decía el perseguidor, *guardaba en su real ánimo* ¿qué cúmulo mayor de iniquidad, de abnegación de todo derecho, de vilipendio a toda justicia?

Esto escribía Vicuña Mackenna con relación a los 316 Jesuítas bárbaramente expulsados de Chile, y otro tanto podemos decir en cuanto a los 437 desterrados del Río de la Plata, y lo propio, sin atenuaciones algunas, hay que decir de los 413 Jesuítas peruanos, de los 562 mejicanos, de los 229 quiteños y de los 201 de la Provincia Jesuítica de Santa Fe de Bogotá. Hechos universales producen efectos universales, y la expulsión de los Jesuítas, tan brutalmente ejecutada en todas las ciudades de América preparó en toda ella los sucesos de 1810.

Desterrados los Jesuítas americanos en 1767, fueron disueltos como corporación en 1773, por la bula Dominus ac Redemptor de Clemente XIV y no fueron restablecidos a su ser y organización primitiva hasta 1814, por el Papa Pío VII. Desde 1773 hasta 1814 no existía, pues, la Compañía de Jesús, si bien existían, durante ese lapso de tiempo, los sujetos que habían pertenecido a la disuelta Compañía de Jesús. Cabe preguntar ¿qué actitud habría tomado esa Orden religiosa, ante los sucesos de Mayo, en el caso de existir? Indudablemente se hubiera mantenido en absoluta prescindencia, como corporación, pero muchos de sus miembros, sobre todo los nacidos en estas regiones del Nuevo Mundo, se habrían plegado a la causa americana.

Los hechos históricos, que conocemos, aunque pocos, nos dictan ese juicio. Rufus King, ministro norteamericano en Londres, escribía al Secretario de Estado, el 26 de febrero de 1798, y le manifestaba que "me he encontrado aquí con varios antiguos Jesuítas de la América del Sur, y me he captado su confianza. Ellos tienen en mira la emancipación de aquellas regiones... y me han mostrado las *memorias* que tienen preparadas para presentar al Gobierno Inglés. Son documentos que arrojan mucha luz sobre la población, riqueza y venta de aquellas colonias..."[1].

El historiador Becerra consigna este documento en la historia a don Francisco de Miranda y es este mismo precursor de la Independencia quien, en carta al Ministro Pitt, suscrita en Londres a 28 de enero de 1791, manifestaba que "unos cuantos ex-jesuítas, naturales de Chile y de México, hoy desterrados, radicados ahora en Italia y mal tratados allí, pueden ser de grande utilidad para dirigir los nuevos establecimientos y las relaciones comerciales que se inicien entre los naturales y los ingleses, en las costas de la América del Sur,

[1] R. Becerra, *Vida de Miranda*, t. 1, c. 2.

relaciones que se extenderán luego a las grandes ciudades del continente, por medio de su influencia y la de sus amigos".

Esto escribía Miranda en 1791, y sabemos que mientras estuvo en Italia, en 1785 y 1786, procuró tratar con los Jesuítas americanos e hizo una lista de los que manifestaban simpatizar con la emancipación de las colonias hispanas en América.

El caudillo de todos esos Jesuítas que se atrevían a levantar bandera contra la Metrópoli, no era otro que el Jesuíta peruano Juan Pablo Vizcardo y Guzmán. En 1791 fugó a Francia, abandonando el destierro de Italia, desde donde pasó a Inglaterra. Subvencionado por el Gobierno Inglés ocupóse Vizcardo de promover la causa americana, y suya es la carta a los Españoles Americanos, publicada en Filadelfia y en lengua francesa, en 1799; dos años más tarde, publicóse en Londres, en castellano, y se reeditó en diversas ciudades de América. Como manifestaba Don Pedro José Caro al Ministro de Estado, en 31 de mayo de 1800, fue el mismo Miranda quien hizo que se tradujera dicha carta, del francés al castellano "para hacerla circular en Europa, a fin de preparar la opinión pública."

Dejando de lado a Vizcardo, sabemos que los Jesuítas del Río de la Plata en su destierro se ubicaron en Faenza, ciudad de los Estados Pontificios, y que fue en 1781 que el Gobierno español amonestó seriamente a los que allí se hallaban a causa de haber hablado "con el mayor desahogo y osadía con deshonor de nuestra Nación y Gobierno con motivo de la presente guerra" y por haber "procurado ponderar en gran manera las revoluciones del Perú". "Dos veces manifestó el Monarca español su real desagrado por intermedio del doctor Pedro de la Forcade y Miranda que era a la sazón el primer Comisario Real en los Estados Pontificios"[2].

Coincide cronológicamente con estas amonestaciones la actuación del Jesuíta argentino[3] Juan José Godoy. Desterrado a Italia en 1767, pasó poco después a Francia y algo más tarde a Inglaterra. En esta capital trató a algunos americanos que disponían una expedición libertadora a Venezuela. Tal vez trató con el mismo Miranda, cosa nada difícil ya que éste era amigo del P. Vizcardo que a la sazón estaba en la capital inglesa y con quien es muy probable se comunicara el Jesuíta argentino. Lo cierto es que en 1782 estaba Godoy

[2] Luengo, *Compendio del Diario*, p. 624, Archivo de Loyola, España.

[3] Cuando digo *argentino*, no supongo ya constituida la Argentina, sólo pretendo destacar que el tal o cual Padre había nacido en territorio de la actual República Argentina.

en Charlestown, Estados Unidos, y tenía planes o proyectos emancipadores. El mismo Gobierno español, por noticias que le habían transmitido desde Londres, así lo creía. En la Biblioteca Nacional de Buenos Aires existe una Real Orden que lleva la fecha de 7 de Setiembre de 1785 y en ella se dice que el Jesuíta argentino piensa pasar a Indias y que hay "recelos fundados en que pueda llevar objeto de sublevar o perturbar alguna de nuestras posesiones". Por esta razón se ordenaba en la citada Real Orden que Godoy fuera arrestado no bien pisara tierra americana. Al efecto se remitió copia de dicho documento a todos los Virreyes y Gobernadores acompañado de las "Señales del ex Jesuíta"[4].

Godoy procuró penetrar en el continente, pero fue preso por el Virrey del Perú y deportado inmediatamente a la Habana. Embarcado después para la Península fue encerrado en el Convento de San Francisco de Cádiz y rigurosamente incomunicado. La Junta de Estado en 4 de Noviembre de 1781 condenó a Godoy a ser encerrado en el castillo de Santa Catalina, cerca de la misma ciudad de Cádiz, y en este encierro terminó el Jesuíta argentino sus días. Monseñor Aníbal Verdaguer en su *Historia de Mendoza* ha sido el primer historiador que ha dado a conocer la labor de este precursor de la independencia nacional, aunque, antes de él, había Medina escrito una lucubración sobre el mismo Jesuíta intitulada "Un precursor de la Independencia"[5].

No fue Godoy el único Jesuíta que tuvo que sufrir por causa de sus ideas americanistas. En la noche del 20 al 21 de marzo de 1789 fue preso el Padre Cosme de la Cueva, que había estado en el Río de la Plata durante muchos años y morado en Buenos Aires, Córdoba y Montevideo. Fue apresado y sus papeles confiscados, por orden de la Corte de Madrid, y durante tres años y medio sufrió durísima prisión. Un contemporáneo escribía que "se ha dicho que la causa de ella (o sea de la prisión de este Jesuíta) eran algunas cosas que había escrito en algunas cartas a Cádiz, a Buenos Aires en América y a otras partes[6], pero sabemos por don José Raimundo Guerra que en Montevideo fue registrada la casa del clérigo doctor Luis Ramón Vidal y se le interrogó acerca de sus relaciones epistolares con el Jesuíta Cosme Antonio de la Cueva. "Muy avisado anduvo el Clérigo, agrega

[4] Biblioteca Nacional (Buenos Aires), ms. 1456.

[5] Santiago de Chile, 1911.

[6] Luengo, *Compendio del Diario*, p. 624.

Guerra, porque según después fue sabido, cuando ya no podía perjudicarle, había tenido la precaución de colocar en lugar seguro la correspondencia del Jesuíta y las medallas de la libertad americana, y no dieron con esas cosas que tanto podían comprometerlo"[7].

Además de estos Jesuítas rioplatenses hubo otros pertenecientes a otras provincias de Indias que fueron igualmente presos o perseguidos por sus ideas americanistas o revolucionarias, como el mejicano Salvador López, el chileno Manrique Lara, el cubano Hilario Palacio y los Padres Javier Caldera y H. González. No creemos que el número de los Jesuítas que en el destierro favorecieran las ideas emancipadoras ascendiera a trescientos, como asevera Mancini, pero debieron de ser no pocos según los datos verídicos que hemos podido recoger en este sentido. Lo cierto es que ni uno solo de los desterrados de 1767 escribió en contra de los derechos de los americanos, a pesar de que varios de ellos, como el P. Domingo Muriel, escribieron y publicaron obras relativas al derecho indiano[8].

Cabe a los Jesuítas un puesto entre los precursores de la Independencia y les cabe también uno entre los que alentaron la obra de los héroes de 1810. Varias veces y muy de veras se esforzaron los Jesuítas, sobre todo los oriundos de estas regiones, por regresar a los patrios lares, pero jamás obtuvieron el deseado permiso. Sólo tres de ellos lograron a fines del siglo XVIII entrar por el puerto de Buenos Aires. Nos referimos a los Padres José Rivadavia y Diego León Villafañe y el hermano lego Pedro Arduz. Este y el P. Rivadavia fueron presos poco después de regresar y nuevamente desterrados, quedando tan sólo en tierra argentina el P. Villafañe. Habíase éste retirado a Tucumán, de donde era natural, y los vecinos de aquella ciudad imploraron del Virrey le permitiera permanecer en la ciudad, dada su avanzada edad y achaques.

Villafañe pudo permanecer, y en vísperas de la revolución y gracias a los buenos servicios de Liniers, que era "muy apasionado de los Jesuítas", tuvo la grande satisfacción de ocupar una cátedra en la Universidad de Córdoba, cátedra que regenteó durante algunos meses. Su salud no le permitió continuar en esa labor. Vuelto a su Tucumán, escribía a Funes con fecha 24 de febrero de 1810[9] y le manifestaba que el Dr. Nicolás Laguna "abogado y de instrucción en asuntos

[7] Revista del Río de la Plata, t. 2, p. 311; Criterio, t. 16, n. 214, 7 abril de 1932.

[8] Letamendi, Rev. de la Univ. de Córdoba, año 4, p. 387.

[9] Archivo de la Prov. Arg. Chil. Bs. As.

de derecho, que no se encuentra en otros" era de parecer que "hallándonos sin Rey en el Reyno recae toda la autoridad gubernativa en el pueblo", doctrina que Villafañe reconoce ser peligrosa, pero que no deja de serle simpática. Por eso terminaba con esta frase tan significativa: "Es tiempo que la América mire por sí; yo no temo mucho de la Europa".

Su americanismo fue franco y desembozado desde el primer momento, como puede verse al través de su correspondencia aun inédita. La disolución de la Junta Conservadora de 1811 le indignó. Lo más curioso es que él personalmente tomó la iniciativa de protestar contra tamaña iniquidad: "reflexionando mejor las cosas. . . me hice juicio me corría cuasi una obligación indispensable de mirar por este mi pueblo. . . La protesta de este mi pueblo por mi boca ya está hecha". Poseemos el borrador de esta nota, tan llena de lógica como valiente, pero ignoramos si llegó a manos de Rivadavia y de los que precipitaron al Gobierno de Buenos Aires a aquella medida tan fatal en la marcha de la Revolución. Si todas las provincias hubieran tenido la valentía de la de Tucumán se habría evitado al país la anarquía posterior. Recuerde el lector que con aquella medida tan arbitraria soltó Rivadavia las Euménides de la anarquía.

Amigo de Belgrano, celebró Villafañe la victoria de Tucumán en versos escasos de numen, pero repletos de patriotismo[10]. Fue sin duda el Jesuíta tucumano el primer cantor de aquella grande y trascendental victoria:

A las armas cantemos
Del día veinticuatro, más horrendo
Al orgullo Limeño, cuyo estruendo
Dio en tierra con su Ejército: cantemos
Guerreros valerosos.
O Cielo Tucumano el más glorioso. . .

Así comienza la canción del poeta Jesuíta, canción que remitió su autor pocos días después a su amigo Funes juntamente con una larga reseña histórica de aquella gloriosa acción de guerra.

Años más tarde se alegraba Villafañe de que su sobrino, el Dr. Molina, hubiese sido electo pro-secretario del Soberano Congreso de Tucumán. Afirmaba además que en el seno de esa Asamblea halló

[10] Arch. de la Prov. Arg. Chil. Bs. As.

buena acogida la proposición de llamar a los Jesuítas, conforme habían manifestado algunos diputados. "Yo tuve ocasión de hablar a alguno otro Diputado, escribía más tarde el mismo Villafañe, y reconocí que los ánimos abrazaban con mucho agrado el asunto"[11]. "La idea del Sr. Rivarola de que se traigan Jesuítas de otros reynos, y no de España, es conforme a nuestra situación. Por medio de los Jesuítas ya establecidos en Inglaterra, u otra parte, se puede agenciar el que facilite tener del R.P. General de la Compañía de Jesús algunos sujetos que sirvan de semilla. Por lo que a mí toca, estoy en las manos de Dios. Nunca me he retirado de mi vocación a la Compañía de Jesús. . ."[12].

Fue para Villafañe una grande satisfacción el saber que el Deán Funes llevaba al Congreso un *Memorial* en el que se pedía al mismo que trabajara a fin de que con Padres de la Compañía de Jesús se abrieran los colegios de Buenos Aires, Córdoba y Tucumán. Todo alborozado escribía Villafañe con fecha 18 de abril de 1817: "El grande asunto de restablecer la Compañía de Jesús en nuestros países tengo entendido agrada al Soberano Congreso"[13].

Falleció Villafañe en 1830. Su íntimo amigo, el doctor Ignacio Castro Barros, signatario del Acta de la Independencia nacional, pregonó sus virtudes religiosas y cívicas. Es curioso: el único Jesuíta que pudo regresar a estas regiones de América, fue un decidido patriota. ¡Cuántos otros, si la vejez no los abrumara, habrían vuelto, después de los sucesos de 1810, y habrían sido tan patriotas como el Jesuíta tucumano!

[11] Arch. de la Prov. Arg.

[12] Arch. de la Prov. Arg.

[13] Arch. de la Prov. Arg.



SAN IGNACIO DE LOYOLA. Imagen actualmente en San Miguel.

XXIV

LOS JESUITAS Y ROSAS

Los Jesuítas fueron desterrados del país en 1767, pero su recuerdo lejos de aminorarse fue en aumento al través de los años y en alas de la gratitud. Antes de aquella fecha escribía el marqués de Valdelirios que en todas partes gozaba la Compañía de Jesús de popularidad, "pero en estas tres provincias (de Tucumán, Buenos Aires y Paraguay) no sólo gozan esta estimación con ventaja, sino que por la copia de colegios que tiene en ellas y por la posesión de las misiones logran de una cierta autoridad que todos generalmente la respetan"[1]. Fue después de 1767 que el señor Obispo del Tucumán escribía al Rey, no sin cierta pena y en son de querella, que "los entendimientos del Tucumán estaban tan sujetos a la Compañía que por milagro había quien no discurriese a su favor"[2].

El largo período de medio siglo no había bastado para hacer desaparecer el afecto de los argentinos, uruguayos y paraguayos a aquellos hombres que tanto habían contribuido a su felicidad espiritual y aun material. Así se explica que, aun antes de ser restablecida la Compañía de Jesús en todo el mundo por Pío VII (1814), p propusieran los diputados americanos, convocados a las Cortes de Cádiz en 1810 y lo propusieran en forma conjunta y solidaria, el que la Compañía de Jesús fuera restablecida en el continente Americano. En el diario de sesiones correspondiente al 16 de Diciembre se pidió que "reputándose de la mayor importancia para el cultivo de las ciencias y para el progreso de las misiones que introducen y propa-

[1] Carta del 12 de abril de 1755; Arch. de Simancas. leg. 296.

[2] Bravo, *Expulsión*, p. 133.

gan la fe entre los indios infieles la restitución de los Jesuítas, se concede por las Cortes para los reinos de América". Tal fue la petición de los diputados americanos, petición que fué denegada arbitrariamente.

No bien instalada la Junta de Mayo en la Fortaleza de los virreyes, llegó a su poder una nota en la que se solicitaba asimismo el restablecimiento de la Compañía. Copiamos algunas líneas de este escrito: "El Gabinete de España prometió dar al mundo entero las causales que le motivaron a la expatriación de los Jesuítas; pero en el largo espacio de cuarenta y cuatro años no hemos visto realizada todavía esta promesa tan autorizada. El restablecimiento de los Jesuítas será útil para la religión, para las ciencias, para la educación de la juventud y para las costumbres generales... Los Jesuítas saben sostener no sólo los derechos del altar, sino también los de los tronos, como dice el célebre Bonet; ellos abrirán escuelas florecientes para la juventud, y el gusto de las letras se introducirá hasta en lo más bajo del pueblo...[3].

Esta petición no halló ambiente en la Junta de Mayo, ni era de extrañar. Nuestros próceres de aquella época solo podían pensar en llevar adelante la guerra y conseguir la tan deseada libertad. Este objetivo fue exclusivo, y con razón. Por otra parte, la Compañía de Jesús no había sido aun restablecida por Pío VII. Cuando el Deán Funes partió para el Congreso reunido en Tucumán llevaba una misión de Gobierno y llevaba además un Memorial que se le había entregado para pedir el restablecimiento de la Compañía de Jesús en estas regiones. Villafañe, que a la sazón estaba en dicha ciudad, escribía con fecha 18 de Abril de 1817: "El grande asunto de restablecer la Compañía de Jesús en nuestros países tengo entendido agrada al Soberano Congreso".

Sería interesante conocer las actas secretas de dicho Congreso, en las que habrá sin duda algo a este respecto.

Las proposiciones a la Junta de Mayo y al Congreso de Tucumán prueban, por lo menos, la opinión altamente favorable que había en el país hacia la Compañía de Jesús y la necesidad evidentemente sentida de su acción educativa y evangelizadora. La anarquía

[3] Colección de documentos sobre el restablecimiento de los Jesuítas en Córdoba, Córdoba 1839.

que destrozó al país desde 1820 hasta el advenimiento de la dictadura no ofreció oportunidad alguna a los pueblos del Río de la Plata para insistir en la demanda de los Jesuítas, pero comprobó cuán necesario eran para levantar el nivel cultural. A los embates del ciclón retiróse del país el progresista Rivadavia y es curioso anotar que no bien llegado a la Península puso a sus dos hijos Bernardino y Joaquín en el colegio que los Jesuítas tenían en la ciudad de Sevilla[4]

En 1835, y respondiendo a la voluntad popular, inició Rosas las gestiones para que vinieran al país religiosos de la Compañía de Jesús. Llegaron al efecto en Agosto del siguiente año. El Gobierno les entregó parte del antiguo Colegio de San Ignacio y la iglesia contigua, y fue a principios del año 1837 que se abrieron las aulas escolares bajo el magisterio de los Jesuítas y en su vieja y venerable sede.

Fue desde el primer momento tan enorme la afluencia de alumnos que fue preciso a los Jesuítas negar la admisión a más de la mitad de los que pedían y rogaban ser admitidos en aquellas aulas. Eso explica que a pesar de que duró pocos años aquel colegio, contó en sus aulas excelentes jóvenes y dió a la patria ciudadanos singularmente provechosos. Jacinto Vera y Martín A. Piñeyro, Federico Aneiros y Eduardo O'Gorman, Ventura Martínez y José G. Zúñiga, Manuel M. Escalada y Daniel M. Cazón, José Benjamín Gorostiaga y Delfín Huergo, Benjamín Victorica y Miguel Navarro Viola, Juan Manuel Terreros y Mariano Berro, Juan Francisco Seguí y Mariano Lársen, Guillermo Zapiola y José M. Malaver, Saturnino Unzué y Guillermo Rawson son algunos de los nombres de alumnos de aquel colegio, que tomamos de los mismos catálogos publicados por el establecimiento durante los años de su existencia. Bastaría el nombre del último de los mencionados para sentirse honrado el colegio de San Ignacio, pues cabe a Rawson la gloria de haber sido uno de los hombres más beneméritos que ha tenido la República Argentina. Bien lo comprueba el regio monumento que la gratitud nacional ha sabido elevar a su memoria. Recordemos que Rawson en su vejez y en uno de sus escritos más conocidos, en el que versa sobre las "Bellas artes y ciencias", recordó a sus antiguos maestros, sobre todo al "sabio Padre Gomila que me dispensaba mucha con-

[4] *El Católico Argentino*, número del 20 de febrero de 1875.

fianza"[5] y que fué quien, como profesor de ciencias, abrió su alma a las nobles conquistas del saber.

El colegio de San Ignacio iba viento en popa y los Jesuítas se dedicaban noble y sacrificadamente al ejercicio de sus ministerios sagrados, pero no fué posible conseguir que se declararan a favor de los postulados del dictador argentino. Como sacerdotes de la iglesia de Dios y como educadores conscientes de su misión no quisieron abanderarse en ninguno de los dos partidos que cruel guerra se hacían a la sazón: unitarios y federales. Rosas buscó todos los medios para sacar de ellos una declaración, pero en vano. Cuando el fusilamiento de uno de los Reynafé, cuando la guerra de Chile y del Perú, cuando el asesinato de Maza, puso Rosas a los Jesuítas en la contingencia de declararse, pero ellos supieron en todos los casos salir airosos. Con ocasión de la muerte de Maza se llegó a poner el retrato del dictador en todas las iglesias, pero en vano procuró que los Jesuítas hicieran otro tanto. "Cómo sorprenderse entonces, escribe Lucio V. Mansilla[6], si era ese el rumbo de las cosas, en un sentido, de que el retrato de Rosas fuera puesto en los altares, excepto en los de San Ignacio, que fue la cuádruple razón suficiente para disolverlos (a los Jesuítas) y cerrarles el colegio, allí donde se educaron Rawson, Seguí, Navarro Viola, Gorostiaga y tantísimos otros de aquella generación; todos ellos reconociendo que "a pesar de sus virtudes cristianas y morales, los Padres de la Compañía de Jesús (son palabras del mensaje a la Legislatura)... no han respondido a las esperanzas de la Confederación generosamente consignadas en el decreto de su restablecimiento".

Antes que ceder a las exigencias arbitrarias de Rosas prefirieron los Jesuítas alejarse del país y así lo hicieron, abandonando el colegio que tan prósperamente marchaba. En 1841 partió para Montevideo el P. Berdugo, que era el vice-provincial, y dos años después llamó a la misma ciudad a los demás jesuítas que habían quedado en Buenos Aires. Uno de los que pasaron a Montevideo fue el célebre Padre Ramón Cabré de quien aun se conserva en Montevideo gratísimo recuerdo por su inagotable caridad durante la guerra grande y

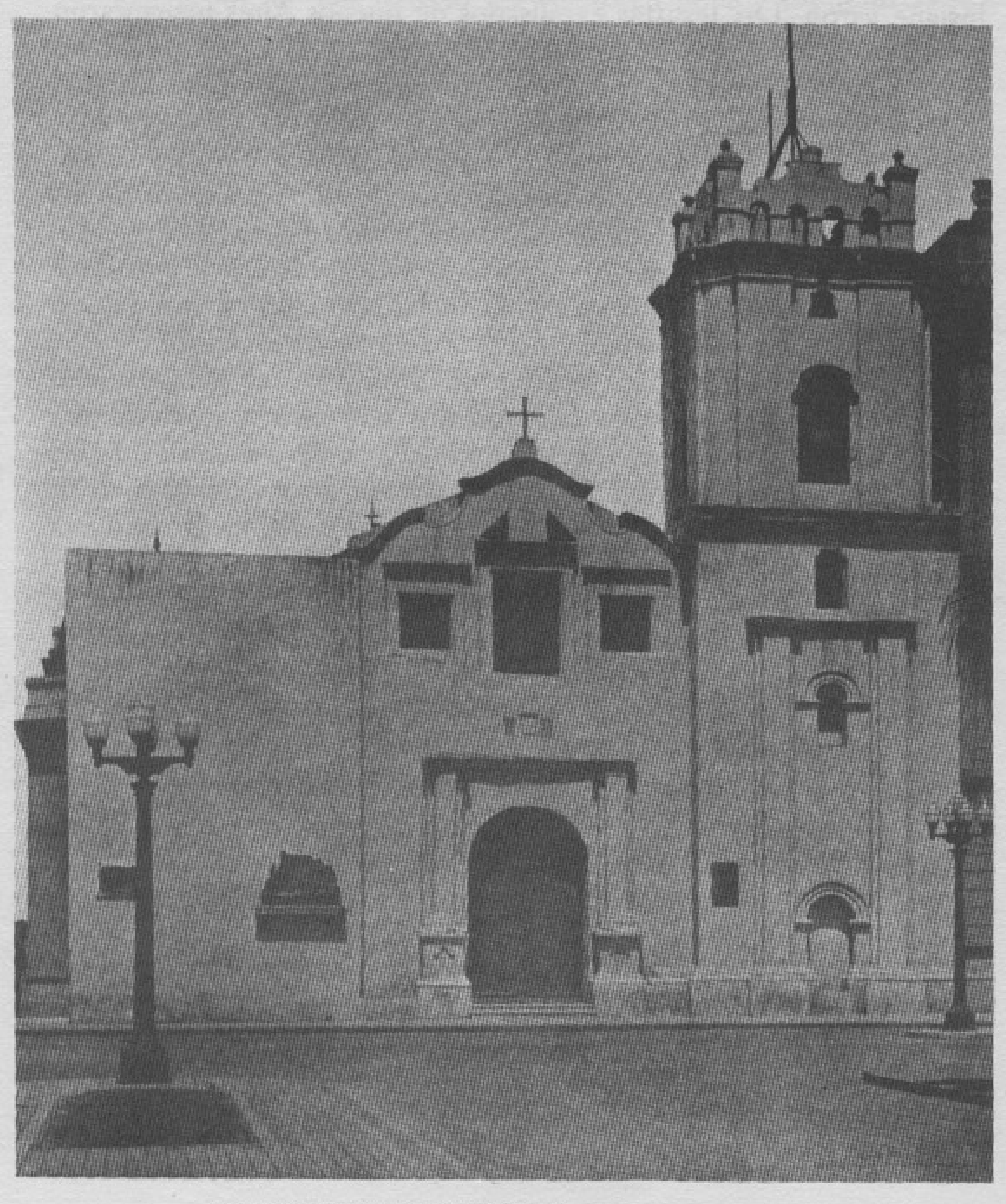
[5] *Escritos*, t. 1, p. 377.

[6] *Rozas*. París 1899. p. 120.

en todas las ocasiones. Ya el doctor Andrés Lamas, como jefe político de la ciudad, tuvo que elogiar los meritorios servicios de este insigne varón. Los Jesuítas expulsados de Buenos Aires inauguraron en 1842 la residencia de Montevideo, y en 1841 se habían hecho tentativas de fundar una casa en la Asunción o en alguno de los pueblos de las Misiones. En 1843 llegó a la capital del Paraguay el P. Bernardo Parés. Comenzó por dar algunas clases al hijo del Cónsul y luego famoso Presidente Francisco Solano López. La labor de los Jesuítas era muy apreciada del pueblo cuando López, cuya psicología es bien conocida, quiso seguir la táctica de Rosas y conseguir que los Jesuítas se doblegaran incondicionalmente a sus deseos. Se negaron a ello y consecuentemente abandonaron el país.

Al ocuparnos de los Jesuítas de Buenos Aires hemos dicho que Rosas procuró en vano que aquellos religiosos se doblegaran a sus caprichos. Así fue en efecto, aunque, por desgracia, dos de los Jesuítas que entonces moraban en Buenos Aires cometieran el error, bien perdonable a la sazón, de alabar en alguna forma la conducta del dictador. Uno de ellos, el P. Majesté, llegó hasta pedir la protección del cielo sobre la persona de Rosas contra sus adversarios. Notaremos que esta profanación de la cátedra sagrada, aunque leve e insignificante en comparación de lo que otros hacían y decían, mereció la condenación de parte de los superiores de la Compañía, y Majesté, lo mismo que el P. Ildefonso García, fue despedido de la Compañía y segregado del miembro de la Compañía de Jesús. Las cartas cruzadas entre él y el Vice-provincial, con esta ocasión, han sido ya publicadas[7]. La lectura de las mismas ponen en evidencia la prudencia de los superiores de la Compañía y el espíritu nada apostólico del orador ex Jesuíta.

[7] Pérez, en su *"Historia de la Compañía de Jesús en Sudamérica"*, Barcelona 1901, pp. 280/281.



IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS
COMPAÑIA DE JESUS. SANTA FE

XXV

LOS JESUITAS Y LAS PROVINCIAS ARGENTINAS

Rosas llamó a los Jesuítas en 1835 y se instalaron en Buenos Aires al año siguiente. Esta admisión legal de los Jesuítas en la provincia más importante de la Confederación estimuló a las demás provincias para llamar a sus dominios respectivos a esos activos obreros de la civilización.

La provincia de Mendoza fue la primera en entablar formalmente la venida de los Jesuítas, como lo prueba la ley acordada por la Cámara de Representantes en 18 de mayo de 1837:

"1. Facúltase al Poder Ejecutivo para proceder en la Provincia al restablecimiento de los PP. de la Compañía de Jesús bajo la Regla de San Ignacio. 2. Destinará a este objeto los capitales, el templo y hacienda de potreros y viña del extinto Convento de Agustinos: la casa y capitales de Ejercicios, los réditos que produzcan los fondos afectos al Colegio. 3. De fondos públicos satisfará la tercera parte de lo que importe el transporte de los Religiosos de la expresada Compañía que se solicitaren".

Otro tanto hizo la Provincia de Entre Ríos en abril de 1838, aunque un año antes había el Gobernador Pascual Echagüe obtenido una ley de parte de la Sala de Representantes en virtud de la cual se "autoriza al P.E. para que por su parte ponga en ejecución todos los medios que juzgue convenientes a fin de hacer venir de Europa algunos Religiosos de la Compañía de Jesús con el importante objeto de regentar las cátedras en los diferentes ramos de la educación pú-

blica, y para que pueda hacer uso de la suma de dinero que sea necesario impender en los gastos de transporte de dichos Religiosos. . .". En carta al P. Berdugo le escribía Echagüe que "el elevado concepto que formaron nuestros mayores de los Religiosos de la Compañía de Jesús, procedente sin duda de las ventajas que lograron bajo su dirección, se ha trasmitido sin disminución hasta la generación presente. A una prevención tan favorable fue consiguiente la buena acogida que halló en la Honorable Sala el referido proyecto y el placer con que fue sancionado por una completa unanimidad de sufragios prestados por los miembros que componen el Cuerpo Legislativo. . . Si le fue satisfactorio al que suscribe el ver secundado por la Sala su designio, le fue mucho más lisongero el escuchar las voces tan significativas con que el pueblo expresó su júbilo, tan luego como llegó a su conocimiento esta honorable sanción"[1].

A Mendoza y Entre Ríos siguió la Provincia de Salta, cuyo Gobernador don Manuel Solá, haciéndose intérprete de los ardientes deseos de sus conciudadanos, no dejó piedra por mover en orden a la adquisición de algunos Religiosos Jesuítas. Su ideal era obtener "seis Padres para fundar un Colegio en que la juventud se perfeccione en conocimientos útiles". Rosas, que había a la sazón (1839) cambiado en cuando a su conducta con los Jesuítas, procuró por todos los medios impedir que Solá consiguiera lo que se proponía. Solá conoció que era Rosas quien impedía la ida de los Jesuítas a Salta y con esa ocasión atrevióse el valiente Gobernador a manifestar el disgusto que esa actitud producía en él y en la Provincia de su mando: "Como el clamor público se hace cada día más exigente, por tener cuanto antes entre nosotros tan celosos cooperadores en la instrucción moral y humanidad de sus semejantes, me veo obligado a interrumpir por un instante las muy serias y graves ocupaciones de V.E. para encarecerle, a nombre de esta Provincia, quiera dignarse interponer su amor ardiente, que lo distingue por la felicidad real y efectiva de los argentinos hacia el objeto de conseguir la resignación del digno P. Superior a la demanda que le tiene dirigida este Gobierno. Estoy bastantemente persuadido que esto sólo bastaría para que la Provincia de Salta no careciese por más tiempo de un establecimiento de que tanto necesita para formar y perfeccionar la generación que mañana le tocará regir los destinos de la Patria"[2].

[1] Véase Gambón, *Estudios*, t. 26, p. 324.

[2] Gambón, *Estudios*, t. 26, p. 325.

La legislatura de Córdoba aprobó una ley[3] fechada a 23 de mayo de 1839, por la que se concedía a los Jesuítas regresar a aquella Provincia que había sido durante dos centurias la sede de su Provincia del Paraguay y sede además de la celebérrima Universidad. Con grande gozo del pueblo cordobés publicóse la citada ley el día 27 de mayo de aquel mismo año:

1. Se permite desde está fecha que los Religosos de la Compañía de Jesús puedan libremente establecerse en esta Provincia y vivir en ella conforme a su Instituto. - 2. Se les concede para este caso el templo de sus predecesores expulsos, hasta hoy denominada la Compañía. . . - 3. El Rector del Colegio de Monserrat les hará entrega de todos los trastos, muebles y demás útiles de la Iglesia que corre a su cargo. . . - 4. Comuníquese al Ejecutivo para su cumplimiento, etc.

Al siguiente año, y por la prensa de la Universidad, publicóse un curioso folleto con los diversos documentos relativos a este asunto de los Jesuítas. Comienza con el texto de una larga nota (pp. 1/3) suscrita por todo lo más granado de la ciudad y en la que se pedía al Gobernador se interesara por el regreso de los Jesuítas. Lleva este documento la fecha del "año 30 de la libertad –24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina". A continuación se halla la respuesta suscrita por el Gobernador Vélez en 11 de abril de 1839 en la que promete elevar a la Sala de Representantes la petición del vecindario y manifiesta además que se interesará por ella.

La Ilustre Asamblea Provincial de La Rioja no anduvo[4] a la zaga de la de Córdoba, llegando a dar por unanimidad un decreto sumamente favorable a la Compañía de Jesús:

"La Ilustre Asamblea Provincial, convencida de la utilidad que traerá la Compañía de Jesús a esta Provincia, en el orden eclesiástico y civil, en el religioso y social, en uso de las facultades ordinarias y extraordinarias que inviste, ha sancionado el siguiente decreto con valor y fuerza de ley:

1. Desde el día de la fecha queda restablecida la Compañía de Jesús en esta Provincia.- 2. Se le asignan los intereses muebles y raíces que pertenecieron al Hospicio de la Merced.- 3. Se le devuelve el Colegio de Guasán y todo lo que existía perteneciente a esta finca.- 4. Dicha finca queda desde hoy libre de cualquier hipoteca o responsabilidad con que en ausencia de sus legítimos dueños la Provincia la

[3] Gambón, *Estudios*, t. 26, p. 326.

[4] Gambón, *Estudios*, t. 26, p. 326.

hubiese gravado.- 5. Con los fondos ya adjudicados en los artículos 2 y 3 los Padres de la referida Compañía vivirán y ejercitarán los ministerios propios de su Instituto, misionando y educando la juventud en bien de la Iglesia y de la Patria. . .".

Catamarca[5] a su vez sancionaba una ley análogoa y en ella hacía constar que:

"Cuando los Ilustres Representantes han sancionado la admisión de los beneméritos Padres Jesuítas a la Provincia que representan, y la dotación de algunas fincas de ella para que puedan vivir, ha sido después de estar firmemente persuadidos que este era el voto uniforme de sus comitentes. Las demostraciones de alegría que se han repetido y han sido bien públicas, han comprobado que el juicio que había formado no ha sido equivocado. . . La generación presente no ha olvidado las anécdotas que oyeron a sus padres en honor de los mismos Jesuítas, y ha visto que los que ahora la divina Providencia ha traído al país, observan el mismo instituto, y que son igualmente amables, sabios y virtuosos".

Como se colige de estas líneas, e igualmente de las notas o documentos antes citados, conservábase todavía, a pesar del tiempo transcurrido, el recuerdo de los Jesuítas en todas las provincias argentinas y en todas ellas había grandes deseos de que esos Religiosos volvieran a ocupar el puesto que antes de 1767 habían ocupado con tanto provecho de los habitantes de estas regiones. Puede decirse sin exageración alguna que la Argentina, a la par de las naciones europeas, contempló con júbilo el resurgimiento de la disuelta Compañía de Jesús y no quedó a la zaga de ninguna en su empeño de tener en su seno a los Hijos de Loyola.

La buena voluntad de las provincias se estrelló no obstante contra la mala voluntad de Rosas. Como los Jesuítas que moraban en Buenos Aires se abstenían de toda intromisión en política y estaban muy lejos, cual convenía a la dignidad y aun al carácter sacerdotal, de declararse federales, trató Rosas de dificultar por todos los medios posibles no solamente su acción en la Capital, pero aun su extensión a otras provincias o ciudades del interior.

De Buenos Aires los expulsó en 1843 y por su medio consiguió que fueran también desterrados de Córdoba en 1848. El Gobernador López quiso defenderlos contra las imputaciones del tirano bonaerense, pero el superior de los Jesuítas residentes en aquella ciudad, el

[5] Gambón, *Estudios*, t. 26, p. 328.

P. Fondá, creyó más oportuno librar al Gobernador de situaciones difíciles con Rosas y espontáneamente se retiró de Córdoba juntamente con los demás Jesuítas que allí se hallaban. La ciudad quedó hondamente apenada al ver desaparecer aquellos operarios evangélicos por cuyo regreso tanto se había esmerado y cuya acción era tan edificante y provechosa así en la cátedra sagrada como en las aulas escolares.

Felizmente la tiranía del Gobierno bonaerense estaba ya en sus postrimerías. El día 3 de febrero de 1852 terminó la dictadura, vencida en los campos de Caseros, y alboréo para la República una nueva época de paz y de progreso. Así lo comprendieron las Provincias y uno de los primeros actos de las mismas fue volver a solicitar la venida de los Jesuítas. Apenas hacía un mes que Rosas había caído y ya la Provincia de Córdoba manifestaba su deseo, elevando al mismo Gobernador López una petición en la que solicitaba el regreso de los miembros de la Compañía de Jesús:

"Los vecinos que suscriben se presentan a V.E. respetuosamente y exponen: Que siendo público y notorio el inmenso beneficio que recibió esta ciudad, y la mayor parte de los pueblos de la República, de la Compañía de Jesús, en todo el tiempo que duró en ella, hasta que fue expulsada por el dictador Rozas, por no haber contribuido a la degradación que prescribía a todos los individuos de esta Sociedad; y habiéndose removido el único obstáculo que impedía su regreso. . . vienen a solicitar de V.E. . . . el completo restablecimiento de la referida Compañía de Jesús en esta ciudad. . .".

El General López no se hizo rogar. Nada extraño, pues era de los más entusiastas de los Jesuítas y deseaba, como el que más, que volvieran a la ciudad y se encargaran de la enseñanza de la juventud cordobesa como lo habían hecho durante dos centurias. El día 7 de abril del mismo año de 1852 expedía el siguiente decreto:

El Gobernador y Capitan General de la Provincia.

Considerando:

1. Que nada es más justo en un Gobierno que profesa principios liberales, en la nueva era de progreso e ilustración que data para las Provincias Confederadas, que garantir los derechos individuales, la vida, honor y bienestar de cada uno de los individuos que existieron y existen en esta Provincia;

2. Que el cumplimiento de este deber es tanto más sagrado, cuanto que la parte que lo demanda se halla investida del carácter sacerdotal;

3. Que aun es mayor cuando la calumnia y la violencia han ejercido su poder con absoluta impunidad e inquietando la habitación pacífica;

4. Que siendo conculcada ésta en los individuos de la Compañía de Jesús que residían legalmente en esta Provincia, ejerciendo su ministerio en bien de la patria;

5. En fuerza de estas consideraciones, y en uso de las facultades extraordinarias que inviste, acuerda y decreta:

Art. 1. Se declara inocente, observante de su Instituto y benemérita de la Patria a la Compañía de Jesús en todos los individuos que la componían y residían en esta Provincia.

Art. 2. Se declara su extrañamiento obra de la violencia y tiranía del Ex-Gobernador de Buenos Aires D. Juan Manuel Rozas, y que al Gobierno de Córdoba no le fue posible reclamar medida tan caprichosa y arbitraria.

Art. 3. En consecuencia se declara vigente el decreto de su adopción, y se le garante la libertad de restituirse a su antiguo estado, con las prerrogativas, franquicias y exenciones de que fue violentamente despojada.

Art. 5. Publíquese, imprímase y circúlese a quienes corresponda."[6]

Hasta el año de 1860 no les fue posible a los Jesuítas satisfacer la manifiesta y unánime voluntad de los cordobeses. Abrióse en dicho año una residencia y desde el primer momento se trató de disponer lo necesario para abrir un colegio. Gracias a la buena voluntad del Gobernador Posse y a la generosidad de los habitantes de la ciudad docta, cuyo amor a los Jesuítas ha sido siempre proverbial, pudieron éstos en 1862 abrir un instituto de enseñanza.

Con anterioridad habían los Jesuítas tomado a su cargo el Seminario Metropolitano de Buenos Aires que con grande satisfacción suya y de su Clero les entregó Monseñor Mariano José Escalada. Este hecho tuvo lugar en el curso del año 1857. Cinco años más tarde abríanse las históricas aulas del Colegio de Santa Fe, ocupando los Jesuítas el mismo edificio que habían poseído antes del destierro de 1767. A los pocos meses de inauguradas las clases pudo manifestar el entonces gobernador don Patricio Cullen a las Cámaras provinciales su satisfacción y la de la provincia toda por el regreso de los Hijos de

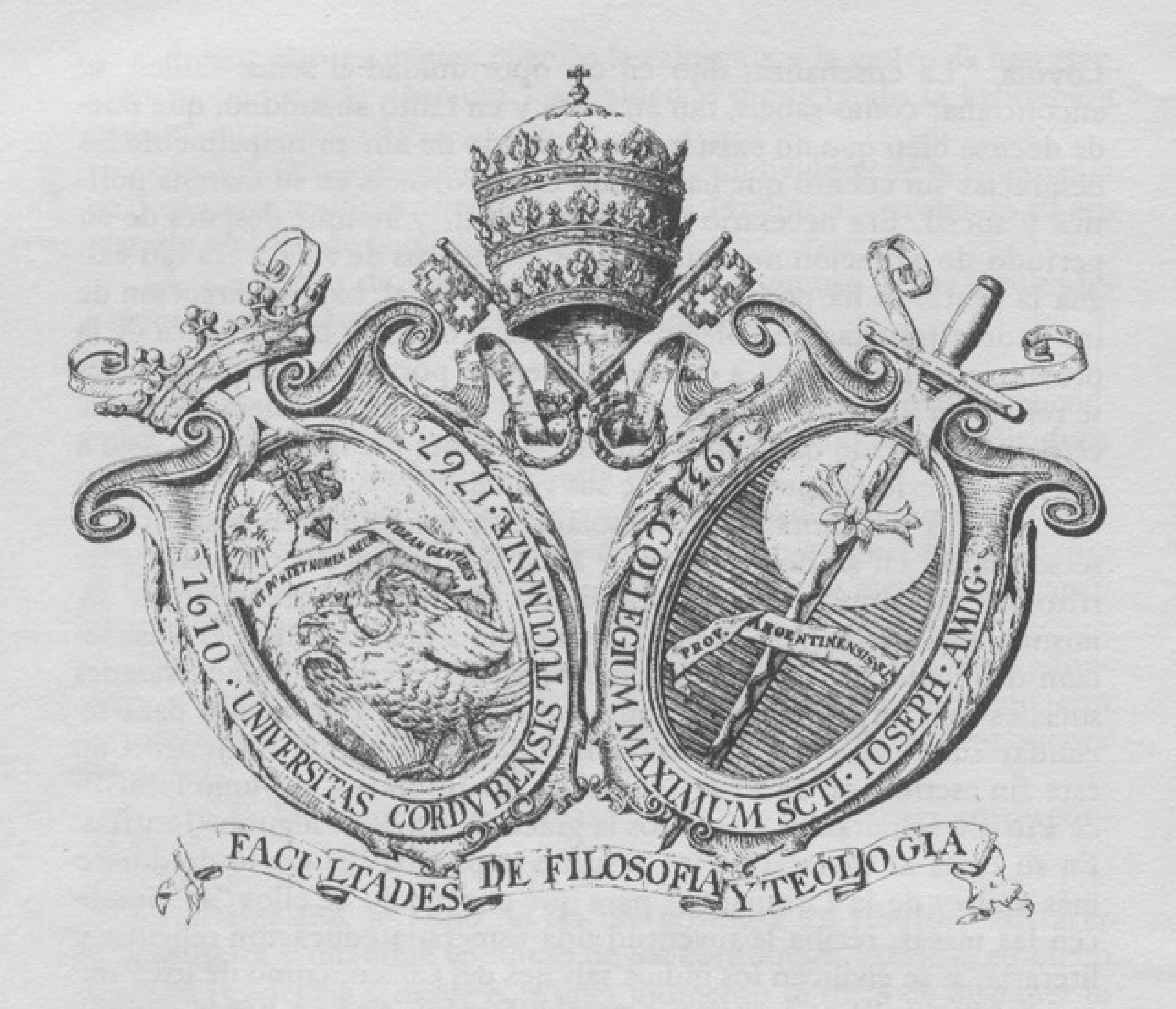
[6] Gambón, *Estudios*, t. 26, p. 330.

Loyola. "La enseñanza, dijo en esa oportunidad el señor Cullen, se encontraba, como sabéis, tan atrasada y en tanto abandono, que puede decirse bien que no existía, procediendo de ahí principalmente las desgracias sin cuento que ha sufrido esta provincia en su marcha política y social. Era necesario remediar el mal: y aunque después de un período de agitación nos faltaban los elementos de vida y era tan exigua la renta, se ha podido fundar en esta capital, bajo la dirección de los Padres Jesuítas un colegio. . . que es el honor y la esperanza de la provincia y que augura a cuántos lo ven un porvenir, que pocas veces se refleja en los primeros pasos que da al nacer un establecimiento de este orden. Desde que está a nuestra vista este plantel modelo, dejo a vuestro criterio la apreciación de sus ventajas"[7].

Hemos de anotar que no solamente los gobiernos provinciales se señalaron en su deseo de tener a los Jesuítas en sus respectivos territorios, sino que el mismo Gobierno Nacional se preocupó de lo mismo. El Dr. Santiago Derqui, que subió a la Presidencia en sustitución del General Urquiza, deseando poner remedio a las necesidades sociales más urgentes, pensó que nadie era más a propósito para secundar sus deseos que los Religiosos de la Compañía de Jesús. Con este fin escribió en 1860 al General de los Jesuítas y al Sumo Pontífice Pío IX solicitando de ambos la gracia de enviarle algunos Jesuítas. En su carta al General de los Jesuítas suplicaba "el envío de doce o más Padres de la Compañía" para que por medio de ellos "se moralicen las masas, reciba la juventud una esmerada educación religiosa y literaria, y se civilicen los indios salvajes del Chaco, como de los Pampas del Sud". "Los Jesuítas, agregaba Derqui, podrán llenar cumplidamente mis deseos, porque además de su reconocida capacidad, contarán con las simpatías de estos pueblos, que conservan la grata memoria de los grandes beneficios que en otros tiempos los Padres de la benemérita Compañía de Jesús"[8].

7 Furlong, *Glorias santafecinas*, p. 78.

8 Véase el texto íntegro en Gambón, *Estudios*, t. 26, pp. 334/335.



El actual "Colegio Máximo de San José", fundado de modo estable en la localidad de San Miguel (F. C. P.) en 1931, es la continuación del antiguo Colegio Máximo de Córdoba, inaugurado en 1610 por el P. Diego de Torres, S. J., Provincial de la Provincia del Paraguay, Colegio Máximo que obtuvo facultad **Real y Pontificia** para otorgar grados académicos universitarios, convirtiéndose así desde 1621, en la **Universitas Cordubensis Tucumaniae**, que se extinguió en 1767, al ser expulsada la Compañía de Jesús, única y exclusiva fundadora y dueña de aquella gloriosa Universidad que conquistó para Córdoba el justo renombre de "ciudad docta".

XXVI

LOS JESUITAS EN LA ACTUALIDAD

La antigua Provincia del Paraguay se denomina en la actualidad Provincia Argentino-Chilena y comprende, además de las dos repúblicas andinas, las del Uruguay y Paraguay. Prescindimos en esta nota de la República Chilena por constituir desde 1929 una Vice-Provincia.

De aquende los Andes tienen los Jesuítas cinco colegios: el de la Sagrada Familia en Córdoba, el de la Inmaculada en la ciudad de Santa Fe, el de San José en el pueblo de San Miguel (Provincia de Buenos Aires), el del Sagrado Corazón en Montevideo y el del Salvador en Buenos Aires, además de tres colegios apostólicos, uno en Montevideo, otro en Córdoba y el tercero en la Asunción. Sostienen asimismo escuelas gratuitas de carácter primario en Mendoza, Córdoba, Buenos Aires y Montevideo. Existen seis Residencias ubicadas en las ciudades de Buenos Aires, Mendoza y Córdoba en la Argentina, Asunción y Orqueta en el Paraguay y Durazno en la República del Uruguay.

En Córdoba están los Jesuítas desde 1852. Apenas cayó el dictador Rosas, anuló el Gobernador López el decreto de expulsión de 1848 y después de colmar a los Jesuítas de elogios, manifestó abiertamente su deseo, y el de la Provincia de su mando, de que los Padres de la Compañía de Jesús regresaran a tomar posesión de su vieja casa. No fue posible hasta el año 1852 en que el P. Sató con cuatro Padres y dos Hermanos abrieron la Residencia. Diez años más tarde, el 29 de junio de 1862, abrieron los Jesuítas un colegio que se denominó de la Asunción. En 1866 contaba con doscientos cincuenta alumnos. En 1881 se inició el colegio de San José dirigido por los Jesuítas aun-

que el magisterio corrió desde los principios a cargo de profesores seculares. Cuenta en la actualidad con más de trescientos alumnos. El P. Cayetano Carlucci, fundador de esta benemérita escuela, fue también quien fundó en 1877 la Congregación de Artesanos. Además del citado colegio de San José tienen los Jesuítas en el Barrio Inglés la asociación obrera de la Sagrada Familia, una de cuyas actividades es la escuela de doscientos alumnos con clases diarias y nocturnas que sostiene en dicha sección de la ciudad cordobesa.

En la ciudad de Buenos Aires trabajan los Jesuítas desde 1857. En marzo de dicho año tomaron a su cargo el Seminario Conciliar ubicado a la sazón en la llamada Quinta de Salinas. En 1859 abrieron una residencia en la calle Piedras, pero la población católica de la ciudad urgía la apertura de un colegio de segunda enseñanza. Abrióse éste en la calle Callao el día 1ro. de mayo de 1868. Entre los diez mil alumnos que han cursado en sus aulas hallamos magistrados conspicuos, profesores que han sido la honra de nuestras universidades, profesionales eminentes en todos los ramos del saber. Bástenos mencionar a hombres de tanta figuración social y política como el Dr. Norberto Fresco y Joaquín Anchorena, Luis J. Rocca y Pedro Bercetche, Adolfo Salas y Hernán Ayerza, Teófilo Lacroze y Juan B. Estrada, Julio E. Padilla y Jorge A. Mitre, Arturo Bas y Alejandro Bunge, Bernardino Bilbao y Carlos G. Bollaert, Arturo Caranza y Rómulo Naón, Atilio Dell'Oro Maini y Alejandro D'Huicque, Santiago Klappenbach y Manuel Pizarro, y tantos otros que sería muy largo enumerar.

En el Colegio del Salvador tiene su sede la Academia Literaria del Plata, fundada en 1879 por el P. Esteban Salvadó y dirigida en épocas posteriores por los Padres Requena, Barber, Homs, Jordán y Gambón. A dicha Academia pertenecieron los leaders de la causa católica en la República Argentina como José Manuel Estrada y su hermano Santiago, Miguel Navarro Viola y Manuel Pizarro, Féliz Frías y Pedro Goyena, Toribio Ayerza y Apolinario Casabal, Antonio Malaver y Santiago O'Farrell, Ramón Santamarina y Achával Rodríguez, Emilio Lamarca y Juan B. Estrada. Ocuparon la presidencia de dicha Academia hombres tan conspicuos en el mundo de las letras como Juan Carlos del Castillo, Isaac Pearson, Enrique y Santiago Klappenbach, Santiago Echard, Pedro Alcacer, Ceferino y Gerardo Araujo, José M. Olmedo y Luis J. Rocca.

En la calle Riobamba y anejo al Colegio del Salvador sostienen los Jesuitas el Colegio gratuito que da educación a más de doscientos alumnos desde hace más de un cuarto de siglo. En sus aulas han reci-

bido esmerada educación más de cinco mil niños de las familias pobres que viven en las cercanías de dicho colegio.

El Colegio de la Inmaculada Concepción de la ciudad de Santa Fe, fundado en 1609, fue nuevamente abierto por los Jesuítas el día 9 de noviembre de 1862. Cinco años más tarde iniciaba la Academia Literaria sus sesiones que tantas vocaciones literarias ha despertado entre los jóvenes que durante setenta años, han frecuentado las aulas de aquel colegio que es sin duda alguna el más célebre de cuantos ha tenido y tiene la República Argentina. El histórico Colegio del Uruguay no puede parangonarse con el de la Inmaculada de Santa Fe, ni en el largo curso de su existencia ni en el número y valía de sus egresados. Ex alumnos de esas aulas santafecinas fueron los Gobernadores Güemes, Maciá, Hernández, Gálvez, Cafferata, Leiva, Iturraspe, Freire, Echagüe y casi todos los de la Provincia de Santa Fe y muchos de los de otras Provincias; discípulos fueron de aquel centro educacional los novelistas Hugo Wast y Manuel Gálvez, los poetas Alfonso Durán y Juan Zorrilla de San Martín, los historiadores Ramón Lassaga y Manuel Cervera, el conocido literato Isaac Pearson y el notable orientalista Jacinto Viñas, sin contar más de doscientos entre diputados nacionales y provinciales. Unos y otros en la administración de la cosa pública y en los cargos de gobierno así dentro como fuera de las fronteras nacionales y aun allende de los mares han rodeado de esplendorosa lumbre al histórico Colegio de la Inmaculada.

Recordaremos que en 1869 estableció el mismo Gobierno Provincial en las aulas de este Colegio una Facultad de leyes cuyos profesores aunque seculares en su mayoría, estaban subordinados al rector del mismo. Los grados universitarios expedidos eran reconocidos en todas las Universidades del país y del extranjero. Duró esta Facultad hasta 1886.

Desde 1862 hasta 1907 tuvieron también a su cargo los Jesuitas el Seminario Conciliar de Santa Fe y dependían también del Colegio los Jesuítas alemanes que trabajaban en las Colonias santafecinas. Esperanza, fundado en 1865, San Gerónimo y San Carlos fundados en 1858, cuentan entre sus grandes promotores a los Padres José Repetti, Guillermo Kurten y José Zeitlmayer. En épocas posteriores vinieron expresamente al país para atender a los colonos suizo-alemanes los PP. Federico Tewes, Juan J. Auweiler y Enrique Niemann. Tewes en San Jerónimo y Auweiler en Esperanza fueron los incansables apóstoles de aquellas colonias que tanto han contribuido a la grandeza y prosperidad de la Provincia de Santa Fe. Trabajaron por el bien espiritual de los colonos en dichos pueblos como también en la colonia Humboldt y en la colonia Alvear de la Provincia de Entre Ríos. Ade-

más de los misioneros citados trabajó con gran celo entre los colonos suizo-alemanes el infatigable y bondadoso Padre Francisco Javier Hermann.

Cuando Rosas hizo imposible la vida a los Jesuítas que moraban en Buenos Aires, pasaron éstos a Montevideo. Entre ellos se encontraban los Padres Juan Coris, eximio humanista y literato, y el P. Ramón Cabré tan popular, aun hoy día, en la República del Uruguay. Como es sabido, una de las calles de Montevideo lleva el nombre de este preclaro varón, como también lo lleva una de las salas del Hospital Maciel de la misma ciudad. Su grande alma de apóstol halló campo anchuroso a su caridad durante el largo sitio de ocho años que las huestes del general Oribe pusieron a la capital uruguaya. Durante ese largo lapso de tiempo fue él, y con él otros varios Jesuítas, los que más se distinguieron en atender a los heridos en el campo de batalla y en socorrer a los desvalidos y necesitados. El doctor Andrés Lamas que fue el Jefe de Policía durante aquellos años sentía hacia el P. Cabré una admiración rayana en veneración.

Al mismo Padre Cabré se debió la fundación de una escuela de primeras letras para los hijos de familias pobres, particularmente inmigrantes. En 1845 y con la cooperación económica del señor Antonio R. Vargas, rico caballero español radicado en Montevideo, pudo abrir un colegio de segunda enseñanza. Pocos años más tarde, al retirarse el señor Vargas a España, cargó el P. Cabré con todo el peso de esta institución educacional y pudo sostenerlo hasta 1849, fecha en que se vio precisado a clausurarlo por la falta de fondos para pagar los alquileres de las casas que ocupaba. Cuatro años más tarde volvieron los Jesuítas a abrir un segundo colegio de segunda enseñanza en el pueblo de Santa Lucía, pero tampoco este colegio pudo prosperar por análogas razones, a pesar de que el Presidente Pereira había otorgado a dicho establecimiento las más ilimitadas facultades así en cuanto al uso de los textos como en cuanto a la concesión de títulos y grados académicos. Dicho Presidente no contento con favorecer muníficamente a los Jesuítas, escribió al Romano Pontífice pidiéndole el envío de mayor número de Padres para atender así a ese como a otros colegios que deseaba fundar en diversas localidades de la República. Lo curioso es que siete meses más tarde, impulsado por el odio de las sectas, ordenaba el destierro de los Jesuítas porque uno de ellos había dicho desde el púlpito que la filantropía era la moneda falsa de la caridad cristiana. Entre los desterrados se halló el Padre Ramón Cabré tan benemérito de la ciudad de Montevideo y que tanto se había sacrificado por el bien de sus moradores.

No bien subió el General Flores al poder derogó el despótico decreto de expulsión y se esforzó en obtener la vuelta de los Jesuítas. Debían sin embargo pasar no pocos años antes que pudieran volver a la capital del Uruguay. En 1872 abrieron una Residencia en la calle Canelones e iniciaron los Jesuitas una labor misionera en los pueblos de la campaña. Aquel gran Prelado, Monseñor Vera, tenía especial gusto en salir acompañado por Padres de la Compañía de Jesús.

Habiendo pasado los Jesuítas a Montevideo con el fin primordial de levantar un colegio de segunda enseñanza, pudieron gracias a la generosidad de varias personas y particularmente a la de la familia Jackson, tener terminado el edificio para el curso escolar de 1880. No vamos a relatar las glorias de ese centro cultural de la capital uruguaya, pero no podemos dejar de recordar que en sus aulas cursaron estudios el Dr. Antonio Cabral y el Dr. Javier Mendivil, el Dr. Alejandro Galllinal y el Dr. Carlos Urioste, el Dr. Luis Ponce de León y el Dr. Héctor Antuñez Saravia, el Dr. Gustavo Gallinal y el Dr. Francisco Ponce de León, el Dr. Dardo Regules y el Dr. Joaquín Secco Illa, el Dr. Juan Vicente Algorta y el Dr. Juan Antonio de Luis, el Dr. Juan Guani y el Dr. Amaro Carve, el Dr. Rafael Gallinal y el Dr. José Irureta Goyena, el Dr. Alberto Mañé y el Dr. Camilo Payssé, el Dr. Víctor Escardó y el Dr. José L. Mullin, el Dr. Américo Fossati y el Dr. Ulises Ferreyra, el Dr. Rafael Schiaffino y el Dr. Buenaventura Caviglia, el Dr. A. Agustín Aguerre y el Dr. Ramón Llambías, y tantos otros profesionales no menso prestigiosos y apreciados en la actual sociedad uruguaya.

Además de este colegio de segunda enseñanza tienen los Jesuitas en la ciudad de Montevideo una escuela gratuita, en la que reciben educación esmerada más de doscientos niños. Ocupa un edificio levantado de planta a ese fin y provisto de todas las comodidades y ventajas de la moderna pedagogia. Desde 1880 hasta 1923 tuvieron también los Jesuítas a su cargo el Seminario diocesano en la ciudad de Montevideo y formaron en sus aulas a casi todos los actuales prelados y sacerdotes de la Iglesia uruguaya. Recientemente han vuelto los Jesuítas a hacerse cargo de dicho Seminario.

En la ciudad de Mendoza tienen los Padres de la Compañía de Jesús una Residencia desde el año 1878 y sostienen además una escuela primaria de carácter gratuito. La acción espiritual de los Jesuitas residentes en esta ciudad se extiende hasta las Provincias de San Juan, La Rioja y San Luis.

Mucho más reciente es la fundación de la Residencia y del Colegio Apostólico en la capital de la República Paraguaya (1927). Du-

rante todo un siglo solicitaron los habitantes de aquella nación el regreso de los Jesuitas, pero hasta hace pocos años no se pudo disponer del personal necesario para abrir la mencionada Residencia y Colegio. Conservaban los paraguayos tan vivo el recuerdo de los antiguos misioneros que creían tener derecho a que moraran entre ellos algunos de los sucesores de aquellos varones que en siglos pasados dieron tanta gloria a Dios y tanto contribuyeron a la cultura en aquellas latitudes.

Dos años hace que se abrió en las cercanías del pueblo de San Miguel, Provincia de Buenos Aires, el Colegio de San José destinado exclusivamente a la formación filosófica y teológica de los estudiantes de la Compañía de Jesús, así de la república Argentina, Uruguay y Paraguay como también de las vecinas repúblicas de Chile y Bolivia. Su situación y constitución evoca el recuerdo de las universidades europeas y norteamericanas. Entre sus incipientes gabinetes y museos debemos hacer particular mención del Museo Bíblico, único en su género entre nosotros así por la riqueza de su contenido pedagógico como por las valiosas piezas arqueológicas que contiene.

Tales son los domicilios que en la actualidad y aquende los Andes cuenta la Provincia Argentino-Chilena. Justo es agregar que así en los colegios citados como en las residencias ha tenido la Compañía de Jesús en el transcurso de los últimos cincuenta años hombres eminentes en ciencia y en virtud, a quienes muy particularmente debe el prestigio y buen nombre de que gozan los hijos de Loyola en los países rioplatenses. Muchas personas que aun viven recuerdan con cariño, con gratitud y aun con admiración al P. Camilo Jordán egregio orador cual no ha tenido igual la República Argentina, al P. Manuel Poncelis cuya *Historia de la literatura universal* no ha sido reemplazado aun por libro alguno tan completo y orgánico, al P. Eduardo Brugier autor de un tratado de *Cosmografía* que sigue siendo, aun después de cuatro lustros desde su aparición, el texto usado en muchos colegios, al P. Francisco Ginebra que escribió un amplísimo *Tratado de Filosofía*, reeditado en Chile y últimamente en España, al P. Luis Feliú alma abierta siempre a todas las manifestaciones estéticas y que formó en las bellas letras a tantos jóvenes santafecinos y bonaerenses, al P. Hilario Fernández que así en Mendoza como en Córdoba consagróse con tesón y éxito a la implantación de cajas obreras y a la construcción de casas baratas, al P. Anselmo Aguilar misionero infatigable en la Provincia de Buenos Aires que recorrió en todas direcciones cuando las líneas férreas apenas llegaban a los pueblos vecinos de la Capital, al P. Pablo Hernández autor de tantas monografías

históricas e investigador tenaz en los archivos nacionales y extranjeros, al P. Juan B. Juan todo caridad y sacrificio para con sus iguales, al P. José Guarda profesor, consejero y superior de egregias dotes, al P. Cándido Darner cuya exquisita prosa e insinuante oratoria era un reflejo de su nobilísima alma, al P. Ramón Morell a quien la historia de la educación en la República del Uruguay recuerda con gratitud y a quien tanto debe el catolicismo de aquella República, al P. José Repetti moralista y consejero de visión certera, al P. José Reinal varón de singular fibra en todas las empresas que acometía y de sólida virtud, al P. Francisco Javier Simó tan popular en Santa Fe por su caridad para con los encarcelados y presos y tan benemérito por sus libros de texto en lengua inglesa, al P. Antonio Castro que en las aulas del colegio de Montevideo y aun en las de la Universidad de dicha ciudad fue escuchado con respeto y elogio por su ciencia química y por sus estudios filosóficos, al P. José León a quien la sociedad de Santiago de Chile recuerda aun por sus egregias dotes de profesor de literatura y por los hombres decididos que formó en la Academia filosófica por él establecida y dirigida en dicha ciudad, al P. Cayetano Carlucci a quien hemos ya mencionado al referir el origen del Colegio de San José de la ciudad de Córdoba y la fundación de la Congregación de Artesanos, al P. Salvador Villarubias misionero durante más de un cuerto de siglo en la campaña cordobesa y apóstol de los barrios pobres de la capital fundada por Cabrera, al P. Vicente Gambón, autor de libros tan valiosos como su *Historia Argentina* que sigue siendo el mejor manual existente, profesor durante cuatro décadas y siempre tan admirado y querido de sus innumerables alumnos, consejero y amigo, padre y madre para cuantos en sus pesares y aflicciones acudían a él en busca de consuelo, al P. Segismundo Masferrer asediado de continuo por los pobres que acudían a él en demanda de remedio a sus necesidades y a quienes socorría con generosa mano y noble corazón, al P. Francisco Costa fundador del Centro Apostólico de San Javier en el Uruguay y misionero incansable en ese país, al Padre Pedro Cendra, apóstol infatigable, corazón delicado y comprensivo que supo verter en todas las heridas el bálsamo de la resignación y aun del consuelo, a los Padres Esteban Salvado, Juan Cherta, Bartolomé Mas, Sabino Menéndez, Baltasar Homs, Salvador Barber, Antonio Dalmau, Julián Requena, Menas Planas, Julián Solanellas, Miguel Cabeza, José Gasset, Vicente Campos, José Querol, Felipe Ramo, y no pocos otros que trabajaron en estas regiones noble y denodadamente por la gloria de Dios y por la salvación de las almas.

Todos ellos, y otros muchos a quienes no hemos siquiera mencionado y que por su virtud y letras fueron beneméritos de estas re-

públicas, han contribuido grandemente a establecer primero y a robustecer y prestigiar después la moderna Compañía de Jesús, prolongación, sucesora y heredera de aquella antigua Compañía de Jesús tan íntimamente ligada al nacimiento y desarrollo de los pueblos rioplatenses.

N.E.

Otros trabajos sobre la actividad de la Compañía en épocas recientes:

– *El colegio más antiguo de la República Argentina*, 1610-1942. Santa Fe, Castelví, 1942, 27p. – Este trabajo se refiere al Colegio de la Inmaculada Concepción de la Ciudad de Santa Fe.

– *Los Jesuitas; su origen, su espíritu, su obra. La Compañía de Jesús a través de los cuatro siglos de su existencia. 1540* –Veintisiete de septiembre– 1940, Buenos Aires, impr. de Luis L. Gotelli, 1942, 216 p. ilus. retr. facs. map.

– *Historia del Colegio del Salvador y de sus irradiaciones culturales y espirituales en la ciudad de Buenos Aires.* 1617-1943, Buenos Aires. Colegio del Salvador, 1944, 2 t. en 3 v., ilus.

– *En el mundo . . . y en la Argentina; crecimiento del número de jesuitas en todo el mundo desde 1534 hasta 1940.* En El Salvador, Buenos Aires, Nro. 197, 1945: 72-73.

– 1911 – *Estudios* – 1951. En: Estudios, Buenos Aires. t. 84, Nro. 450, octubre-diciembre 1951: 371-372.

– *Los Jesuitas en la Argentina.* En: Estudios, Buenos Aires, t. 87, Nro. 465, noviembre-diciembre 1954: 506-512.

– *Historia del Colegio de la Inmaculada de la Ciudad de Santa Fe y de sus irradiaciones culturales, espirituales y sociales*, 1610-1962, Buenos Aires, Edición de la Sociedad de Ex-alumnos, Filial Buenos Aires, 1962-63, 6v.

– *Breve historia grande . . . del Colegio del Salvador.* En: Estudios, Buenos Aires, Nro. 597, noviembre 1968: 20-26, ilus.

SELECCION BIBLIOGRAFICA

A – Sobre la obra de Guillermo Furlong S.J.:

– *Bibliografía de Guillermo Furlong S.J.*, por A.R. Geoghegan. Introducción por José Torre Revello. Buenos Aires: Tall. Gráf. "San Pablo", 1957.

Esta obra incluye todos los libros y artículos publicados por Furlong, hasta 1957.

– *Bibliografía de Guillermo Furlong S.J.* –1912/1974–, por Abel Rodolfo Geoghegan. En: Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1975; vol. XLVIII, p. 401-546.

Actualiza la primera obra e incluye todos los libros y artículos publicados por Furlong hasta 1974.

B – Exposición más completa del conjunto de temas aquí presentados:

– *Misiones y sus pueblos de guaraníes.* Prólogo del Dr. César Napoléon Ayrault. Buenos Aires: Talls. Gráfs. "Balmes", 1962.

– *Historia Social y Cultural del Río de la Plata 1536-1810.* Buenos Aires: Tipográfica Editora Argentina, 1969, 3 v.

Contenido: v. I: *El Trasplante Social*; v. II: *El Trasplante Cultural: Ciencia*; v. III: *El Trasplante Cultural: Arte.*

C – Obras en que el autor amplía los temas tratados en los diversos capítulos:

– *Glorias Santafecinas.* Buenaventura Suárez, Francisco Javier Iturri, Cristóbal Altamirano. Estudios bibliográficos. Precedidos de una introducción por Guillermo Furlong Cardiff, S.J. Buenos Aires: Surgo, 1929.

– *La personalidad y la obra de Tomás Falkner*. Buenos Aires: Talls. Gráfs. Peuser, 1929.

– *Diario del viaje y misión al Río del Sauce. Realizado en 1748 por el R.P. José Cardiel S.J.* (con dos cartas y un croquis inéditos). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Geográficas de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 1930.

– *El Padre José Quiroga*. Buenos Aires: Peuser, 1930.

– *Domingo Muriel*. Buenos Aires: Peuser, 1934.

– *Cartografía Jesuitica del Río de la Plata*. Buenos Aires: Peuser, 1936. T.I: Texto; T.II: Ilustraciones.

– *Entre los Mocobíes de Santa Fe*. Con un apéndice sobre los hallazgos del arroyo de Leyes. Buenos Aires: Amorrortu, 1938.

– *Entre los Abipones del Chaco*. Según noticias de los Misioneros Jesuitas Martín Dobrizhoffer, Domingo Muriel, José Brigniel, Joaquín Camaño, José Jolís, Pedro Juan Andreu, José Cardiel y Vicente Olcina. Buenos Aires: Talls. Gráfs. "San Pablo", 1938.

– *Entre los Pampas de Buenos Aires*. Según noticias de los Misioneros Jesuítas: Matías Strobel, José Cardiel, Tomás Falkner, Jerónimo Rejón, Joaquín Camaño, Manuel Querini, Manuel García, Pedro Lozano y José Sánchez Labrador. Buenos Aires: Talls. Gráfs. "San Pablo", 1938.

– *Entre los Vilelas de Salta*. Según noticias de los misioneros Jesuitas: Bernardo Castro, Joaquín Camaño, Antonio Moxi, Vicente Olcina, Alonso Sánchez, Roque Gorostiza, José Jolís, Antonio García, Tomás Borrego y Pedro Juan Andreu. Buenos Aires: Talls. Gráfs. "San Pablo", 1939.

– *Entre los Lules de Tucumán*. Según noticias de los Misioneros Jesuítas: Antonio Machoni, Pedro Lozano, Pedro Juan Andreu, Pedro Artigas, José Jolís, Pedro Francisco Charlevoix, José Peramás y Francisco Barnechea. Buenos Aires: Talls. Gráfs. "San Pablo", 1941.

– *Entre los Tehuelches de la Patagonia*. Según noticias de los misioneros Jesuitas: Diego Rosales, Miguel de Olivares, Nicolás Mascardi, Juan José Guillermo, Felipe Vander Meeren, Armando J. Nyel, Antonio Aleman, José Cardiel, Antonio Machoni y Francisco Enrich. Buenos Aires: Talls. Gráfs. "San Pablo", 1943.

– *Bibliotecas Argentinas durante la dominación hispánica*. Discurso a guisa

de introducción por José Torre Revello. Buenos Aires: Huarpes 1944. (Cultura Colonial Argentina I°).

– *Músicos Argentinos durante la dominación hispánica.* Exposición sintética precedida de una introducción por Lauro Ayestarán. Buenos Aires: Huarpes, 1945. (Cultura Colonial Argentina II°).

– *Matemáticos Argentinos durante la dominación hispánica.* Buenos Aires: Huarpes, 1945. (Cultura Colonial Argentina III°).

– *Arquitectos Argentinos durante la dominación hispánica.* Prólogo del Arq. Mario J. Buschiazzo. Buenos Aires: Huarpes, 1946. (Cultura Colonial Argentina IV°).

– *Artesanos Argentinos durante la dominación hispánica.* Prólogo de Vicente Nadal Mora. Buenos Aires: Huarpes, 1946. (Cultura Colonial Argentina V°).

– *Médicos Argentinos durante la dominación hispánica.* Prólogo del Dr. Aníbal Ruíz Moreno. Buenos Aires: Huarpes, 1947. (Cultura Colonial Argentina VI°).

– *Naturalistas Argentinos durante la dominación hispánica.* Buenos Aires: Huarpes, 1948. (Cultura Colonial Argentina VII°).

– *Nacimiento y desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata 1536-1810.* Buenos Aires: Kraft, / 1952 /.

– *José Manuel Peramás y su diario del destierro* (1768). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1952.

– *José Cardiel S.J. y su Carta – Relación* (1747). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1953.

– *Pedro Juan Andreu y su Carta a Mateo Andreu, etc.* (1750). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1953.

– *Gaspar Juares, S.J. y sus "noticias fitológicas"* (1789). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1954.

– *Tomás Falkner y su "Acerca de los Patagones"* (1788). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1954.

– *Francisco Javier Iturri y su "Carta Crítica"* (1797). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1955.

– *Domingo Muriel S.J. y su Relación de las Misiones* (1766). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1955.

– *Joaquín Camaño S.J. y su "Noticia del Gran Chaco"* (1778). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1955.

– *Pedro Lozano S.J. y sus "Observaciones a Vargas"* (1750). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1959.

– *José Sánchez Labrador S.J. y su "Yerba Mate"* (1774). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1960.

– *Diego León Villafañe y su "Batalla de Tucumán"* (1812). Buenos Aires: Libr. "del Plata", 1962.

– *Antonio Sepp S.J. y su "Gobierno Temporal"* (1732). Buenos Aires: Eds. Theoría, 1962.

– *Justo Van Suerck y su Carta sobre Buenos Aires* (1629). Buenos Aires: Eds. Theoria, 1963.

– *Francisco Miranda y su Sinopsis* (1772). Buenos Aires: Eds. Theoria, 1963.

– *Nicolás Mascardi S.J. y su Carta – Relación* (1670). Buenos Aires: Eds. Theoria, 1963.

– *Juan de Montenegro y su "Breve Noticia"* (1746). Buenos Aires: Eds. Theoria, 1964.

– *Antonio Ruíz Montoya y su carta comental* (1645). Buenos Aires: Eds. Theoria, 1965.

– *Juan de Escandón S.J. y su Carta a Burriel* (1760). Buenos Aires: Eds. Theoria, 1965.

– *Ladislao Orosz y su "Nicolás del Techo"* (1759). Buenos Aires: Theoria, 1966.

– *Manuel Quierini S.J. y sus "Informes al Rey"* (1747-1750). Buenos Aires: Theoria, 1967.

– *Alonso Barzana S.J. y su Carta a Juan Sebastián* (1594). Buenos Aires: Eds. Theoria, /1968/.

– *Bernardo Nusdorffer y su "Novena Parte"* (1760). Buenos Aires: Eds. Theoria, 1971.

– *Tomás Fields S.J. y su "Carta al Prepósito General"* (1601). Buenos Aires: Eds. Theoría, 1971.

– *Florián Paucke S.J. y sus Cartas al Visitador Contucci* (1762-1764). Buenos Aires: Eds. Theoria, 1972.

– *Los Jesuitas y la Escisión del Reino de Indias.* Proemio por Ernesto Dann S.J. Buenos Aires: Amorrortu, /1960/.

– *Historia y Bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses 1700-1850.* Buenos Aires: Guadarrama, 1953. 4 v.

Contenido: v. I: *La Imprenta en las Misiones del Paraguay* (1700-1727); *La imprenta en Córdoba* (1765-1767); *La Imprenta en Buenos Aires* (1780-1783). v. II: *La Imprenta en Buenos Aires* (1785-1807). v. III: *La Imprenta en Buenos Aires* (1808-1810); *La Imprenta en Montevideo* (1807-1810). v. IV: *La Imprenta en Buenos Aires* (1810-1815).

INDICE

A. M. D. G.



". . . En el Salvador no solamente trabajó el P. Furlong en el Colegio, sino en lo que el Colegio ha ido produciendo, ha ido haciendo crecer en torno a la atmósfera del Colegio: sus exalumnos, sus instituciones culturales, su biblioteca, la Academia del Plata, la Revista Estudios. (. . .) *En la tradición científica y cultural del Salvador, se inserta con toda plenitud la vocación del P. Furlong. Seguramente que en la historia de la cultura argentina va a ocupar él uno de los lugares más prominentes, al lado de los grandes historiadores y de los grandes pensadores que ha tenido el país.* Dejo esta misión a los que lo han acompañado en la Academia de la Historia y en la Academia de Geografía. . . En el futuro ciertamente no se podrá prescindir de lo mucho que ha escrito el P. Furlong, pues parece que *ha reunido una inmensa enciclopedia de la historia cultural argentina*".

"En el Salvador, también surgió como uno de los mejores frutos [illegible] su tradición cultural, *la Universidad. Como Director del Institu[illegible] de Investigaciones Históricas, estaba dando también en ella el [illegible] Furlong lo mejor que tenía*, todo lo que podía dar, realmente [illegible] su vocación en todos los órdenes, como sacerdote, como [illegible] como jesuíta del Salvador. . ."

(Extracto de la homilía pronunciada por el P. Ismael Quiles S.J. en la misa exequial del 21 de mayo de 1974).